

Chicas de Brooklyn

Gemma Burgess



PLAZA  JANÉS



Chicas de Brooklyn

Gemma Burgess

Maquetación ePub: El ratón librero (tereftalico)

Agradecimientos: a Peabody y LTC por el

Escaneo y corrección del doc original

Este fichero ePub cumple y supera las pruebas

epubcheck 3.0b4 y FlightCrew v0.7.2.

Si deseas validar un ePub On Line antes de

cargarlo en tu lector puedes hacerlo en

<http://threepress.org/document/epub-validate>

Para ti

Nunca te tires al hermano de tu compañera de piso.

Una regla sencilla, pero buena. Y yo la rompí anoche. Dos veces.

Ups.

Al menos la fiesta fue genial. Probaré con esa excusa si Julia está cabreada. Y si su casa está hecha un asco, lo cual es casi seguro.

Tampoco es que me sorprenda. Me gustan las fiestas, son lo mío, y ayer era 26 de agosto. Ese día siempre bebo para olvidar. Y este año lo he hecho por todo lo alto.

No dejo de rozarme el culo desnudo con la pared mientras trato de alejarme de Mike. ¿No odias estos momentos? ¿Acaso la etiqueta del sexo ocasional no exige que el tío mire hacia el otro lado? Me gustaría que se marchase sin más y no tener que... no sé... hablar con él.

Me pregunto qué diría Madeleine, su hermana, si se enterase. Probablemente me ignoraría, que es lo que ha estado haciendo estos últimos días. Me gustaría que Julia no le hubiese pedido que se mudase aquí.

Julia, mi mejor amiga de la universidad, heredó esta casa cuando murió su tía. Así que nos ofreció a mí, a su hermana pequeña Coco y a Madeleine que nos mudáramos con ella. Y como teníamos que ser cinco, se lo pregunté a mi amiga Angie. Somos un grupo variado: Coco tiene un rollo ama de casa de los cincuenta; Angie es muy fashion; Julia, superlista y ambiciosa, y Madeleine, una neurona. ¿Y yo? Yo... Bueno, es imposible describirse a uno mismo ¿verdad? Digamos que soy una «operación en curso».

Nos mudamos hace un par de semanas. Vivimos en una casa de piedra rojiza llamada Rookhaven y situada en Union Street, en Carroll Gardens, un barrio del distrito de Brooklyn, Nueva York. Hasta ahora ninguna de nosotras ha vivido como es debido en Nueva York.

Carroll Gardens lo forman una extraña mezcla de gente mayor que probablemente lleva toda la vida ahí, jóvenes profesionales como nosotras, que, afrontémoslo, no podemos permitirnos vivir en Manhattan, y un puñado de parejas *yupsters* con niños pequeños. También los restaurantes y panaderías italianos tradicionales junto a pequeños bares modernos ayudan a crear un verdadero ambiente de barrio.

Me gustan los pequeños bares modernos.

También me gusta mi habitación. He tenido un montón de habitaciones a lo largo de mi vida (veintisiete, si contamos cada cambio en el internado y la universidad), pero ninguna como esta. Techos altos, ventanas que dan a la entrada principal, armarios con espejo de pared a pared. Vale, los espejos están amarillentos y el papel de las paredes tiene un diseño de capullos de rosa descoloridos que parece sacado de una película antigua. Me hace sentir bien. Sentir que es como debe ser.

Rookhaven es así. Siendo generosa, calificaría la decoración de *vintage* y *preloved*. (Vieja y destantalada.) Simplemente me alegro de estar en Nueva York, lejos de mis padres, en la ciudad más emocionante del mundo y trabajando en una agencia de relaciones públicas del SoHo. Al fin tengo una vida.

¿Puedo serte sincera? No debería haberme acostado con Mike. No cuando las cosas ya son, por decirlo de alguna manera, complicadas con Madeleine. El sexo ocasional solo funciona cuando lo practicas con alguien a quien no vas a volver a ver. Pero, como he dicho, era 26 de agosto (también conocido como día de Conmemoración de Eddie o día de Nunca Más). Y, el 26 de agosto, no queda otra.

¿Qué es ese maldito ruido?

Creo que es el timbre.

¡Arg! ¡Mike! ¡Despierto! Aquí mismo, a mi lado. Le echo una miradita con los ojos entrecerrados. Como Madeleine, es ridículamente guapo. Supongo que es el ADN chino-irlandés. Una buena combinación.

—Eh... ya contestará alguien —murmuro.

El aliento me huele a tumba abierta, pero tampoco es que importe porque Mike no me gusta de esa forma. Aunque anoche yo... ay. Dios. Fue un error. Pero ¡eh! ¿Y qué? Vale que todo el asunto del sexo fue una mala idea. Pero tampoco hay

por qué sentir una estúpida culpa puritana por los rollos de una noche. Yo soy feminista. Y toda esa mierda.

El timbre vuelve a sonar.

—Pia... Ven aquí, gatita loca —me susurra Mike al tiempo que pasa el brazo por debajo de mi cuerpo.

—Será mejor que abra. ¡Podría ser alguien importante! —digo mientras me deslizo a su alrededor y caigo a la moqueta verde oscura con un ruido sordo.

Me retuerzo para ponerme las bragas, tratando de parecer serena y despreocupada, y cojo la primera camiseta que veo. Pertenece a Smith, un tío con el que salí (bueno, con el que me acosté varias veces) en la universidad. En la espalda se lee: «Piso el freno por las animadoras. Plasta el fondo».

Me pongo mis vaqueros cortados favoritos, las zapatillas de andar por casa de Elmo y me meto el móvil en el bolsillo.

—Me alegro de que frenes por las animadoras —dice Mike—. Son una especie en peligro de extinción.

—Hum, sí, ¡por supuesto! —contesto, y le interrumpo cerrando con un portazo tras de mí.

¡Mike! ¡Dios! ¡Qué pesadilla!

Cierro los ojos e intento recordar qué ocurrió anoche. Me resulta preocupantemente difícil. Me sentía chof después de que Thompson (el capullo con el que he estado saliendo... bueno, acostándome) ignorara mi mensaje («Hola. Fiesta tremenda. Si puedes trae tabaco...») Un buen mensaje, ¿no? Uso irónico de argot pasado, elipsis en lugar de patéticas caritas sonrientes, etcétera). Y el rechazo no lo llevo nada bien. No el 26 de agosto.

Así que seguí bebiendo. Y bebiendo. Y bebiendo.

Recuerdo que bailé. ¿Encima de una mesa, quizá? Sí, eso me suena... Y creo que estuve ejecutando algunos pasos estilo aeróbic años ochenta. El *grapevine*, un paso básico. Decididamente el *grapevine*. De cualquier modo, me lo estaba pasando bien. Normalmente no me preocupo demasiado cuando me lo estoy pasando bien.

Y Mike hacía flexiones con una mano, de forma muy torpe, y me hacía reír, y luego me tambaleé, y lo siguiente que supe fue que los labios de Mike estaban sobre los míos. Bueno, a mí me encantan los besos, de verdad, y a él se le dan bastante bien, y yo estaba hecha polvo, así que le sugerí que subiésemos a mi habitación. Y luego... oh, Dios.

Nada consume como la vergüenza de la resaca.

Quienquiera que esté en la puerta se muere por entrar.
Dingdongdingdongdingdong.

—¡Ya voy! —grito abriéndome paso entre las botellas y colillas de las escaleras.

Espero que no sea la policía. No creo que hubiese drogas en la fiesta, pero nunca se sabe. Una vez en mi segundo internado creí que mi novio tenía TOC, y que por eso colocaba los polvos de talco en pequeñas líneas, y resultó que... Espera. Volviendo a la pesadilla.

Abro la puerta de entrada y suspiro de alivio.

Es solo un hombre muy mayor. Su rostro es como una larga uva pasa con orejas puntiagudas de elfo sobre un cuerpo alto y delgado.

—Señorita, ¿dónde está su padre? —inquire con un fuerte acento de Brooklyn.

—En Zúrich —contesto, y luego añado—, señor.

(Para que luego digan que no respeto a los mayores.)

—¿Eres familia de Julia?

—Jod... Quiero decir, Dios, no.

—Bueno, claro. Creí que Pete no había vuelto a casarse, y está claro que tú eres medio algo.

¿En serio?

—Soy una persona completa, no medio nada. Mi madre es india, y mi padre,

suizo. Por favor, vuelva más tarde.

Hago ademán de cerrar la puerta, pero él la bloquea.

—Necesito hablar con la señorita Russotti.

—¿Cuál de ellas? Hay dos. Russotti la mayor, también conocida como Julia, y Russotti la pequeña, también conocida como Coco.

—La que quiera que fuese responsable de la ruidosa fiesta que duró hasta las cinco de la mañana e hizo que se hundiera todo el techo de mi cocina.

Doy un grito ahogado. Debe de vivir en el apartamento a pie del jardín que queda debajo de nuestra casa. Mi mente trabaja a toda prisa. ¿Cómo puedo arreglar esto?

—Oh, lo siento mucho, yo puedo pagar el techo, señor, yo...

—¿Entiendo que no había padres presentes?

—Creo que Madeleine, una de mis compañeras de piso, tiene experiencia como canguro, ¿eso cuenta?

—No te hagas la lista conmigo.

—Nunca me habían llamado «lista» —repongo enrollándome el pelo alrededor del dedo con el fin de hacerle reír un poco. Nadie puede seguir enfadado después de reírse, es un hecho.

Su expresión se suaviza ligeramente, luego cede, como si movilizar todas esas arrugas para adoptar una nueva forma supusiese un esfuerzo excesivo.

—Ve a buscar a Julia.

—Sí, señor. ¿Le gustaría esperar dentro?

—No, prefiero esperar aquí.

—Iré a buscar a Julia.

Corro escaleras arriba, saltando por encima del caos de la fiesta, y llamo a la

puerta de la habitación de Julia.

—¿Juju? —pregunto asomando la cabeza.

Ni rastro de Julia, solo Angie con un lord inglés al que conoció en la Copa Cartier de Polo de Londres (sí, va en serio). Les vi enrollándose anoche en el cuarto de la lavadora después de jugar a verdad, atrevimiento o beso, que Angie rebautizó como «atrevimiento o largo». Buf, espero que no follasen encima de la lavadora. Tengo la ropa ahí dentro. Siempre se me olvida sacarla, y con el calor apesta, así que luego me toca volver a lavarla y...

Oh, lo siento. Me concentro.

—¡Angie! ¡Levántate, maldita sea!

Le doy una sacudida, pero emite un leve ronquido y se hunde aún más en la cama. Parece un ángel caído con una grave adicción al lápiz de ojos. Y resulta imposible despertarla después de una noche de fiesta.

Julia se va a poner como una loca si se entera de esto. Ella y Angie no han hecho buenas migas precisamente. Culpa mía: convencí a Julia de que dejase que Angie se viniese a vivir con nosotras antes de que se conocieran siquiera, porque los padres de Angie le consiguieron un trabajo como ayudante de una fotógrafa de comida en Chelsea y necesitaba un lugar en el que vivir, y ha sido mi mejor amiga desde que nació. (Literalmente. Nuestras madres se conocieron en el pabellón de maternidad). Entonces Angie entró y dijo: —Es un antro, pero es retro, puedo hacer que funcione. —Y se encendió un cigarro.

Julia no quedó impresionada precisamente.

—¡Angie! Despierta, demonios.

—¿Pia? —Alza la vista a través de su larga melena rubio platino—. He tenido que dormir aquí, había un trío en mi cama.

—Aj. —Hago una mueca mientras ayudo a Angie a incorporarse—. Ayúdame. Crisis importante.

—Eres una jodida reina del drama. Hugh, tío, despierta.

Hugh se incorpora vacilante detrás de ella. Tiene un acento inglés pijo.

—Menuda fiesta.

«Fiessta.»

Es muy atractivo, como el príncipe William de joven pero con más pelo.

En cuanto se marcha, Angie se lame la mano y la olfatea para comprobar cómo le huele el aliento.

—Sí, fétido. ¿Qué pasa, zorrита?

—De todo. Tenemos que encontrar a Julia.

—Recibido. —Angie todavía lleva puesto el diminuto vestido de fiesta de anoche y se calza unas botas de nieve que saca del armario de Julia—. Tienes un chupetón en el cuello.

—Qué anticuado. —Cojo la base de maquillaje de Julia para cubrirlo—. Huy, ¿por qué lleva este tono? No le pega nada. Lo siento, me estoy desviando del tema.

Subimos las escaleras. Angie se queda mirando la puerta cerrada de su habitación.

—Dios, odio los tríos.

—Yo también. Son puro exhibicionismo.

Angie sonríe con suficiencia, luego propina una patada de kárate a su puerta.

—¡Se acabó el espectáculo, zorras! Largo de mi casa.

Dos chicas a las que no he visto nunca y un chico alto de cabello oscuro que me suena vagamente de la universidad salen tranquilamente de la habitación de Angie.

—¡Pia, nena! —exclama el tío, que se está poniendo la camiseta—. ¡Me pasé toda la noche buscándote! ¿Te acuerdas de aquella fiesta de primero? Un poco de Vicodina, un poco de tequila...

Me estremezco. Ahora le recuerdo.

—Fuera —le espeta Angie—. Ya.

—Zorra —le llama él mientras baja las escaleras.

—¡Que te folien! —le grita ella en respuesta, luego entra en su habitación—. ¡Joder! Voy a tener que quemar estas sábanas.

Oigo el chirrido de unos goznes. Es Madeleine, que sale del baño con un albornoz blanco immaculado y el pelo perfectamente enrollado en una toallaturbante.

—¡Buenos días! —le digo sonriendo todo lo inocentemente que puedo.

Ella se dirige sin hacer ruido a su habitación y cierra la puerta de un portazo. Típico. Me alegro de no haber añadido: «Por cierto, tengo a tu hermano desnudo en mi cama».

Subo fatigosamente el último tramo de escaleras y por fin llego a la habitación de Coco, en el ático, y llamo. Julia debe de estar aquí. Ya no hay más donde buscar.

—Soy yo... —Abro la puerta lentamente.

Julia está sentada en la cama, todavía vestida con la ropa de anoche, aunque tan impoluta como siempre, junto a Coco, cuya melena rubia sobresale de un cubo de plástico mientras... Oh, Dios. Está vomitando.

—¡Coco! —exclamo—. ¿Te encuentras mal?

—Plas, plas, plas, Sherlock —replica Julia.

—¡Estoy bien! —La voz de Coco reverbera con un dejo nasal en el cubo—. Perfectamente. Oh, Dios, no, bien no. —A continuación se oyen ruidos de arcadas y atragantamiento—. Uau. ¡Esto es verde! Ay, Julia, es verde, ¿eso es malo?

—Es bilis —contesta su hermana, y le frota la espalda mientras me fulmina con la mirada. Furiosa y fraternal a un tiempo—. Tengo que hablar con Pia. Intenta parar de vomitar, ¿vale?

Tiene la voz grave y segura, últimamente de manera especial. Es como si desde el momento en que se graduó hubiera decidido que había llegado la hora de

«comportarse como una adulta a toda costa».

—Quizá adelgace —resuena la voz de Coco desde el cubo.

Sigo a Julia al pequeño rellano en lo alto de las escaleras y cerramos la puerta de la habitación de Coco detrás de nosotras. Me encuentro mal. No llevo bien las confrontaciones.

—Lo siento —digo inmediatamente—. Supongo que estás enfadada por la fiesta y...

—Me lo vendiste como una pequeña «reunión de inauguración de la casa» —me interrumpe Julia—. Esto era Cancún en las vacaciones de primavera, pero con menos clase.

También odio que me echen la bronca. No es que no sepa cuándo he metido la pata. Ni que lo haga a propósito. Y nunca sé qué decir, así que me quedo con la mirada perdida a la espera de que pase el chaparrón.

—Dije que nada de fiestas salvajes. Cuando nos mudamos todas aquí, esa fue la condición. —Dios, Julia da miedo cuando quiere—. ¿En qué coño estabas pensando, Pia?

—Es solo que... hum... simplemente pasó... —Me mordisqueo el labio—. Y también siento... esto... hum, hay un tío mayor en la puerta. Dice que se le ha hundido el techo. ¡Lo pagaré yo! Tengo el dinero, y...

—¿Vic? —pregunta Julia consternada—. Joder, Pia, te juro que si vas a comportarte así todo el tiempo yo no puedo vivir contigo. ¡Hablo en serio!

¿Piensa echarme de Rookhaven?

—¡No lo haré! —exclamo—. ¡Lo siento! ¡No exageres!

—¡Ponte a limpiar! —me grita mientras baja las escaleras con estruendo.

Piensa echarme. Creí que por fin tenía un lugar al que llamar hogar, algo que no fuese temporal, un lugar en el que no me viera obligada a llevar chanclas para la ducha. Y de nuevo soy la ama de mi propio final fatal. ¿«El» ama? Da igual.

Regreso a la habitación de Coco.

—¿Quieres que te traiga algo, cariño? Tengo sales de rehidratación en alguna parte.

—No —grazna ella, y me sonrío con aire angelical desde la almohada—. Anoche me lo pasé muy bien. Estabas graciosísima.

—Ah, bueno, eso está bien —. ¿Qué demonios estuve haciendo?

Hay cientos de libros por el suelo de la habitación de Coco. Creo que normalmente se encuentran en las estanterías del salón. Son todos viejos y están raídos, y tienen títulos como *Lo que hizo Katy*, de Susan Coolidge, y *¿Estás ahí, Dios? Soy yo, Margaret*, de Judy Blume. Recuerdo que *Lo que hizo Katy* me encantó. La continuación, *Katy va a la escuela*, fue una de las razones por las que pensé que el internado sería genial. Estúpido libro.

—¿Por qué están aquí? —pregunto.

—No quería que... hum, ya sabes, se estropearan por la fiesta —responde Coco—. Así que cogí los que más le gustaban a mi madre y los subí aquí.

—Debiste de tardar un buen rato —digo.

—Con cada viaje me tomaba un chupito...

Coco empieza a vomitar otra vez.

—Eh, zorritas. —Angie entra con un cigarrillo apagado en la comisura de la boca—. Para ti, señorita Coco.

De algún modo, Angie ha conseguido encontrar una lata de Coca-Cola fría.

—¡Uau, gracias! Normalmente bebo Coca-Cola light, pero...

—Confía en mí, la Coca-Cola light es una chorrada. Vale, chicas, ya estoy oficialmente harta de este caos posfiesta. Vamos a limpiar.

En ese momento me suena el móvil. Número oculto. Lo cojo.

—¿Hola?

—Pia, soy Benny Mansi.

Benny Mansi es el director de la agencia de relaciones públicas en la que trabajo. Mis padres conocían a su familia y en junio me consiguieron una entrevista. Empecé a trabajar allí la semana pasada. ¿Por qué iba a llamarme un domingo? ¿Es normal? ¡Quizá se trate de una emergencia de relaciones públicas!

Intento sonar profesional.

—¡Hola! ¿Qué tal?

—¿Eres consciente de que hay una foto tuya en facebook en la que sales bailando en topless encima de una mesa y bebiendo de una botella de ron Captain Morgan?

Zas. Me siento como si me hubiesen dado un puñetazo.

—Hum, yo...

—Pia, vamos a dejar que te vayas antes de que acabe tu período de prueba.

Zas. Otro puñetazo.

—Me estás despidiendo... ¿por celebrar una fiesta?

—Captain Morgan es uno de nuestros clientes más importantes —asegura Benny—. Como empleada nuestra, representas a la agencia. También has agregado como amigos en facebook a todos tus nuevos compañeros de trabajo. Alguien te etiquetó y lo han visto. Aplaudo ese enfoque abierto de las relaciones en la oficina, pero esa clase de comportamiento es... es poco profesional y completamente inaceptable, Pia.

—Lo sé. —Me invade una oleada de horror, frío y enfermizo, y me quedo mirando las estrellas amarillas que brillan en la oscuridad del techo inclinado de la habitación de Coco. Perdieron su brillo hace mucho tiempo... Oh, Dios, no pueden despedirme. No pueden despedirme al cabo de una sola semana—. Lo siento mucho, Benny. —Silencio—. ¿Se lo has... esto... contado a mi padre?

Suspira.

—Le he mandado un e-mail esta mañana. No le he explicado por qué. —No digo nada, y su voz se suaviza—. Mira, Pia, es complicado. Hubo algunos despidos hace unos meses. Así que contratarte por ser amiga de la familia molestó a algunas

personas, y esa foto... Tengo las manos atadas. Lo siento.

Cuelga.

Coco y Angie me miran fijamente, pero no soy capaz de decir nada.

Me he quedado sin trabajo. Y probablemente están a punto de echarme de mi casa. Tras una semana en Nueva York.

Vuelve a sonarme el teléfono. Son mis padres. Me quedo mirándolo unos segundos, sabiendo lo que me espera al otro lado.

Me pregunto si a Coco le importaría que cogiera prestado su cubo para vomitar.

Necesito estar sola para lo que está a punto de ocurrir, así que vuelvo a salir a la escalera y me siento. Puedo oír la música angustiante procedente de la habitación de Madeleine, en la planta de abajo, mezclada con el tono tranquilizador de Julia y los reniegos de Vic, en el vestíbulo.

Entonces cojo el teléfono e intento sonar como una buena hija.

—¡Hola, papá!

—Así que ya has perdido el trabajo. ¿Qué tienes que decir en tu favor?

Me he quedado sin voz. A veces me pasa. Justo cuando más la necesito. En su lugar, me sale un leve chirrido.

—¡Habla más alto! —me espeta mi padre.

Tiene un acento suizo que da miedo a pesar de que lleva veinte años viviendo en Estados Unidos.

—Lo siento... Conseguiré otro trabajo, lo haré, y...

—¡Pia, nos has decepcionado tanto!

Mi madre permanece al otro lado de la línea. Tiene un leve acento indio que solo le sale de verdad cuando está cabreada. Como ahora.

—Querías pasar el verano con Angie, y nosotros lo pagamos. Querías trabajar, y te conseguimos un trabajo. Dijiste que tenías el sitio perfecto para vivir, y accedimos a ayudarte a pagar el alquiler, aunque Dios sabe que Brooklyn no era el lugar perfecto para vivir la última vez que estuve allí...

—¡No tienes ética de trabajo! ¡Eres una malcriada que solo sabe irse de fiesta! ¿Ya estás esnifando drogas otra vez?

Con los años han ido perfeccionando su rutinario bombardeo de acusaciones por ambos flancos.

—Ética de trabajo. Tu madre tiene razón. Tu absoluto fracaso a la hora de conservar un empleo... Bueno, deja que te cuente una historia.

Hundo la cabeza entre las rodillas. Mis padres tienen el don de acabar con toda autoestima gracias a una combinación perfecta de altos valores morales y bajas expectativas.

También lo retuercen todo para que parezca terrible. Me dijeron que si sacaba buenas notas me pagarían las vacaciones, y que nunca encontraría un trabajo yo sola, y me ofrecieron una asignación, así que ¡por supuesto que dije sí! ¿Tú no habrías hecho lo mismo?

—... y así es como conocí a tu padre y luego nos casamos y te tuvimos y luego vivimos... ¿Cómo lo decís? Felices para siempre...

Sí, claro. Mis padres apenas se hablan. Se distraen con el trabajo (mi padre) y la vida social (mi madre). Se conocieron en Nueva York, donde me tuvieron, luego se mudaron a Singapur, Londres, Tokio, Zúrich... Fui a distintos colegios americanos internacionales hasta los doce años y después empezaron a mandarme al internado. Bueno, los internados.

—La vida empieza con un trabajo, Pia. Tú crees que siempre vamos a pagar por tus errores, que la vida es una fiesta. Sabemos que nunca tendrás una carrera, pero un trabajo es...

—¡Un motivo para levantarse por las mañanas!

—Y la única forma de comprender el valor del dinero. ¿Lo entiendes?

Asiento estúpidamente mirando la pared de al lado, el papel de capullos de

rosa, de aspecto antiguo. Ha empezado a despegarse en la parte inferior, parece una pequeña viruta de lápiz. Resulta reconfortante.

—¡Pia! —me grita mi madre—. ¿Por qué no me estás escuchando? ¿Tenemos que volver a Skype?

—No, no, no puedo, lo tengo estropeado —replico rápidamente.

Me siento incapaz de hablar por Skype con mis padres. Es demasiado intenso.

—Vamos a dejar de pasarte la asignación, con efecto inmediato. No habrá más dinero para el alquiler ni tarjeta de crédito para emergencias. Estás sola.

—¿Qué? Pe... pero ¿podría tardar un tiempo en encontrar otro trabajo! —tartamudeo, presa del pánico.

—Bueno, el Banco de Mamá y Papá está cerrado a menos que te vengas a vivir con nosotros a Zúrich y encuentres un trabajo aquí. Ese es el trato.

—¡No puede ser! —Sé que sueno histérica, pero no puedo evitarlo—. ¡Mis amigas están aquí! ¡Mi vida está aquí!

—Estamos preocupados por ti —repite mi madre, con un tono ligeramente más amable. De repente se me llenan los ojos de lágrimas—. Por tu seguridad. Y parece que solo estás segura cuando estás con nosotros.

—Estoy segura.

—Y queremos que seas feliz —añade.

—¡Soy feliz! —exclamo con la voz entrecortada.

Mi padre nos interrumpe.

—Este es el trato. Nos vamos de vacaciones a Palm Beach en exactamente dos meses y pasamos por Nueva York. Si no tienes un trabajo remunerado para entonces, te traeremos de vuelta a Zúrich con nosotros. Es lo mejor para ti.

Se me saltan las lágrimas. Sé que he cometido algunos errores, pero, Dios, he intentado compensárselo. Estudié mucho, entré en una gran universidad... Nunca

es suficiente.

¿Cómo es que nadie en este mundo consigue hacerme sentir tan mal como mis padres?

—Vale, mensaje recibido —digo—. Tengo que irme.

Cuelgo y me quedo mirando el papel enrollado de la pared unos segundos más. Entonces, casi sin pensarlo, me chupo el índice y trato de alisarlo, de forma que queda perfectamente pegado a la pared. Y salta de nuevo.

Con una sola fiesta he arruinado mi vida en Nueva York. Antes de que empezase siquiera.

Cuando Julia sube al cabo de un rato, roja de ira, se me revuelve el estómago. Odio discutir. Y a Jules se le da realmente bien. Debería haber sido abogada.

—Habéis destrozado el techo de nuestro vecino —me suelta—. Destrozado. Esta mañana le ha caído un pedazo de yeso a su hermana en la cabeza. ¡Joder, Pia, tiene ochenta y seis años!

—¿Está bien? Oh, Dios mío, no puedo...

—Está bien —contesta Julia—. Solo ha sido un trozo pequeño. Pero Vic está cabreado.

—¡Lo pagaré, te lo prometo! —exclamo—. Tengo unos seiscientos dólares. Puede quedárselos él. —Es todo lo que tengo en el mundo, pero necesito convencer a Julia de que no me eche—. Lo siento, Julia, no sabía que se descontrolaría tanto.

—¿En qué estabas pensando?

—Yo solo... creí que sería divertido, que todo el mundo se lo pasaría bien. —No puedo contarle que estuve bebiendo porque era 26 de agosto. Nunca le hablo de Eddie a nadie. Angie es la única que conoce la historia, la única que me vio ese día—. En serio, Juju, no pretendía hacer daño a nadie... ni destruir el techo del viejo... de Vic, quiero decir.

—Vic y Marie llevan aquí desde siempre. Desde mucho antes de que yo naciera, incluso antes de que naciera mi madre —añade—. Son como de la familia, ¿vale?

De repente lo entiendo. Su madre se crió aquí y murió de cáncer hace alrededor de ocho años. Su padre se halla sumido en un duelo silencioso desde entonces, y luego murió su tía Jo, así que imagino que Vic y Marie —y Rookhaven— son como un último vínculo con su madre. No me extraña que despierten ese instinto protector en ella.

—Arreglaré los daños del suelo —digo, y hago además de cogerle la mano. Julia no se resiste, lo que me tomo como una buena señal—. Y les compraré flores para disculparme. Hoy mismo. Y no dejaré que vuelva a pasarle nada malo a la casa. Te lo prometo.

Julia inspira hondo y se apoya en la pared, cerrando los ojos. Parece exhausta, y no es solo por la fiesta. Su trabajo como aprendiz en un banco de inversiones empieza a las seis de la mañana cada día, y no llega a casa hasta pasadas las siete de la tarde. Es el primer paso en su plan para gobernar el mundo. Está tan agotada que lo cierto es que se la ve algo gris. Y eso que ni siquiera tiene resaca.

—Anoche me lo pasé bien, por cierto.

—¿Qué?—pregunto.

Abre un ojo y una sonrisa asoma a sus labios.

—Fue una gran fiesta. Me lo pasé bien. Hasta que Coco se puso a hacer un striptease en la cocina.

Me tapo la boca con la mano.

—Ni hablar.

—Cargué con ella hasta aquí. Pero no se lo digas. No se acuerda. Siempre pienso que es mejor así.

—Oh, lo sé —digo—. Tú nunca deslumbraste a un bar entero con tu faja durante las vacaciones de primavera.

—Maldita sea, ojalá me hubiese puesto un tanga esa noche.

Nos sonreímos la una a la otra un segundo al recordarlo. Esa es la Julia que yo conozco y quiero. La chica que trabaja duro y también juega duro. Y la chica que siempre quiere hacerlo todo bien. Pero todavía no puedo contarle lo que ha ocurrido con mi trabajo y con mis padres. Necesito procesarlo (esto... fingir que no ha ocurrido).

—Espera un momento. —Julia entrecierra los ojos—. Pelo revuelto. Ojos de oso panda. Irritación producida por una barba de varios días. ¡Pipi! ¡Anoche

tuviste acción! —exclama.

—¡No es verdad! ¡Y no me llames Pipi!

—¿Hemos hecho las paces? —murmura Angie asomándose desde la habitación de Coco. Pasa la pierna desnuda por la puerta y mueve una bota de nieve arriba y abajo como una stripper amante de la meteorología—. ¿Volvemos a ser todas amigas?

—Esas botas son mías —suelta Julia—. ¿Por qué las llevas puestas?

—¿Tienes pensado esquiar en breve? No creo. —Angie pasa pavoneándose por delante de nosotras y baja las escaleras—. Estamos en agosto. Te las devolveré en impecables condiciones en cuanto la casa quede libre de restos de la fiesta, ¿vale, mamá?

Julia pone los ojos en blanco y baja las escaleras.

—Ponte a limpiar.

Angie le hace un gesto obscuro con el dedo.

—Eso es muy maduro, Angie.

—Me cago en la madurez.

—Tengo hambre.

—Tú siempre tienes hambre. Vamos a limpiar.

De alguna forma, tener resaca y reírme con Angie consigue animarme y me ayuda a sofocar los pensamientos sobre qué demonios voy a hacer ahora con mi vida. Angie no para de emitir leves gemidos de consternación ante cada nuevo centímetro de suciedad.

—Cuando tenga mi propia casa no habrá alfombras —digo—. Las alfombras no traen más que problemas.

—¿Alguien perdió un zapato? ¿Y por qué invitamos a nuestra fiesta a alguien que lleva mocasines?

—¿Esto es vino o sangre? No. Espera. Es tomate. Qué raro.

—¿Quieres explicarme lo de ese chupetón, zorrита?

Veo que me mira de reojo y me muerdo el índice avergonzada.

—¿Has practicado sexo? Pequeña descarada...

—Con su hermano —susurro señalando la puerta de Madeleine—. Un pequeño ups.

«Ups» es nuestro término para un error de borrachera.

—¿Ups, besé al tío equivocado, o ups, me tropecé y su polla acabó en mi boca?

Me parto. No hay nadie más basto que Angie. Tiene el aspecto de un angelito de Navidad y actúa como un marinero hasta las orejas de Viagra.

—¿O fue más como «ups, estoy cabalgando en su cara y...»?

—¡Te has pasado! ¡Ahí te has pasado!

—Lo siento.

—No se lo cuentes a Jules, ella tendría que contárselo a Maddy, y se armaría un follón.

—Claro que no, cariño —dice imitando mejor que nunca el acento británico de su madre—. Anoche estabas en plan kamikaze total.

—Era 26 de agosto. Era el día internacional en el que Pia entra en modo kamikaze, ¿recuerdas? ¿Cuando arrasa con todo?

Se produce una pausa.

—Oh, tía, lo siento. Se me había olvidado completamente. Eddie.

No soy capaz de mirarla. Angie fue la única que me vio ese día, solo ella sabe lo malo que fue. Siempre me llama «reina del drama», pero sabe que ese sufrimiento fue real. Ese tipo de crisis nerviosa no lo finges.

—No quiero hablar de ello —contesto.

Angie continúa limpiando.

—Que le den, Pia. ¿Vale? ¡Que le den! ¡Han pasado cuatro años!

Asiento mientras froto con todas mis fuerzas. Han pasado cuatro años desde que rompimos. Y debería haberlo superado. Luego, gracias a Dios, Angie cambia de tema.

—Pues voy a mudarme a Los Ángeles después de las vacaciones —me dice—. Yo no pertenezco a Brooklyn, ¿sabes?

Esta noticia me entristece aún más. No tiene sentido discutir con Angie. Ella hace lo que le da la gana. En lugar de eso froto con más fuerza y, escalón a escalón, mancha a mancha, llegamos abajo. Angie pone algo de música, y limpiamos al compás de los Ramones, algo apropiado para después de una fiesta. Oigo a Julia y a Coco tirando botellas vacías en la cocina y, cada dos por tres, chillando cuando encuentran algo asqueroso. Oh, por favor, Dios, ni drogas ni condones usados. Ahorradme eso.

—¿A qué hora se acabó la fiesta? —le pregunto a Angie.

—Sobre las cinco. Lord Hugh y yo acompañamos fuera a los últimos invitados justo cuando salía el sol.

—Hugh parece... «lordesco».

—Es muy «lordesco». —Asiente—. También sabe montárselo con una lavadora secadora de por medio.

—¿Hicisteis el... —empiezo a preguntar, hago una pausa y le sonrío— programa largo?

—Solo uno rápido. Luego aclaramos. A conciencia. Oh, mira. Medio porro. Qué bien.

Llegamos a la planta baja y ayudamos a Julia y a Coco a acabar en la cocina, lo que principalmente implica eliminar sustancias pegajosas de todas las superficies existentes. Nada mejor para la pegajosidad que un linóleo de hace cuarenta años.

—Ha sido intenso —declara Julia secándose la frente con el brazo—. El cuarto de la lavadora se ha inundado. Eso es lo que ha provocado que se derrumbara el techo de Vic.

—Yo lo arreglaré.

—Oh, sé que lo harás.

—He limpiado los baños —dice una voz gélida. Alzo la vista y veo a Madeleine cargada con un cubo y una fregona—. Estaban completamente asquerosos.

—Gracias, Moomoo —contesta Julia.

Madeleine pone los ojos en blanco al oír ese nombre —lo odia— y le tira cariñosamente de la coleta al pasar por nuestro lado hacia el fregadero. Es tan amable bajo ese exterior frío y controlado... solo que no conmigo, ya no.

Vale, la historia de Madeleine, en resumen: éramos amigas. Muy buenas amigas. De hecho ella, Julia y yo fuimos prácticamente inseparables el primer año de carrera. Somos muy distintas, pero de alguna forma... encajamos sin más, como polos opuestos que se atraen.

Entonces, de repente, al final del primer año, Madeleine se emborrachó completamente por primera vez en su vida y, sin venir a cuento, me dijo que me odiaba. Le estaba sujetando el pelo para que vomitase y no paraba de decir: «Te odio. Te odio, Pia, te odio». Luego perdió el conocimiento. Al día siguiente traté de hablar con ella, pero se cerró en banda, y llevamos en guerra fría desde entonces. Y ahora su hermano está desnudo en mi cama.

Hum.

Entre nosotras, yo no me habría mudado a Rookhaven de haber sabido que Madeleine también estaría aquí. Jules probablemente esperaba que hiciésemos las paces, que las cinco nos convirtiésemos en las mejores amigas y empezásemos a intercambiar ropa o lo que sea. No me lo imagino. En especial ahora que Julia está enfrascada en su propia pequeña guerra fría con Angie.

Una hora más tarde, todo Rookhaven se ha librado de los efectos colaterales de la fiesta, sin contar las resacas.

—Perfecto —declara Julia sonriendo mientras mira en torno al salón.

—Vamos, esta tartana no ha estado perfecta desde la administración Eisenhower —dice Angie.

—No llames «tartana» a esta casa —replica Julia—. Si tanto la odias, siempre puedes marcharte.

—¿Quién ha dicho nada de odiarla? —repone Angie.

—A mí me gusta tal y como está —intervengo.

—A mí me encanta. Y me encanta Brooklyn. Soy una pequeña brooklynista.
—Angie nos sonrío con dulzura a todas.

—¿Podemos comer algo? —digo para distraerlas de su casi-discusión—.
Estoy muerta de hambre.

—¡Voy a hacer tostadas francesas! —Esa es Coco. Ha estado intentando obligarnos a buscar consuelo en la comida desde que nos mudamos aquí—. ¡Todo el mundo a la cocina!

—Yo tardo un minuto —respondo.

Hora de lidiar con ya sabes quién.

—Eh. —Mike se estira grogui en mi cama. Está mucho más guapo recién afeitado y con la camisa planchada—. ¿Dónde has estado? ¿Te apetece acurrucarte conmigo?

—¿Acurrucarme? —pregunto con una sonrisa.

—Todos los chicos guays lo hacen. Vamos...

Me pongo mis gafas de sol de estilo aviador e inspiro hondo.

—Mike, tu hermana me matará si se entera de lo de anoche. Finjamos que no ha ocurrido, ¿vale?

—Vale. Bien.

Uau, se comporta como un malcriado cuando las cosas no salen como quiere.

—Hablo en serio. Con las cosas como están, ya no le gusto.

—¿No?

—No... —De pronto me doy cuenta de que hablarle a Mike de que su hermana se porta como una zorra no es la jugada más inteligente—. Hum, ya sabes. Probablemente lo esté malinterpretando.

—Maddy es bastante complicada —asegura—. Nunca baja la guardia. Ni siquiera conmigo, y yo soy de su familia. Creo que es inseguridad.

Lucho contra el impulso de poner los ojos en blanco. Estoy tan harta de que la gente lo achaque todo a la inseguridad. No sirve para librarte de cualquier cosa, ¿sabes?

—Bueno, estamos todas en la cocina. Espera diez minutos y podrás salir sin que te vean.

—¿Por qué no salgo por la ventana y bajo deslizándome por la cañería?

—¡Eso sería perfecto! ¿Crees que podrías hacerlo? —pregunto, solo para ver su reacción—. Es broma. Nos vemos.

Gracias a Dios que hemos terminado. Tengo cosas más importantes de las que preocuparme. Como no tener trabajo, ni dinero y que me hayan cortado el grifo del denominado Banco de Mamá y Papá (¡los intereses se pagan en culpa!) bajo la amenaza de verme obligada a dejar Nueva York en exactamente ocho semanas.

Si una cocina puede ser maternal, esta lo es. Es enorme y acogedora a un tiempo, al estilo de las reposiciones de comedias de los sesenta. El tipo de cocina en la que siempre hay pasteles y galletas y tartas en el horno, ¿sabes? Mi madre nunca ha hecho pasteles.

Mientras estamos sentadas en torno a la mesa de la cocina, escuchando a Lionel Richie y comiendo las increíbles tostadas francesas con beicon de Coco, finalmente se lo cuento todo a las chicas. Lo de la foto de facebook, el trabajo e incluso lo de mis padres.

—En pocas palabras: he destrozado Rookhaven, no tengo trabajo ni aptitudes para conseguirlo y estoy sin blanca —concluyo empujando mi comida por el plato con tristeza. No sé qué hacer. ¿A quién despiden al cabo de una semana? Soy un completo desastre...—. Si no encuentro trabajo, mis padres me obligarán a irme a vivir con ellos.

—¡No puedes hacer eso! —De alguna forma, Angie consigue parecer sofisticada incluso cuando habla con la boca llena de beicon—. ¡Jamás sobrevivirías! Tus padres no pueden obligarte a hacer nada.

—¡Sí, sí que pueden! —replico—. Nunca he estado a la altura de sus expectativas. Solo hago lo que me dicen y luego les evito.

—Suenas muy sano —dice Julia.

Me encojo de hombros. ¿Es que hay alguien que mantenga una relación sana con sus padres?

—¡No puedo creer que te hayan despedido! —añade Coco—. Debe de haber sido horrible. —Se acerca para darme un abrazo. Por segunda vez hoy, tengo que pestañear para deshacerme de las lágrimas. Juro que tengo más ganas de llorar cuando la gente es amable conmigo que cuando se porta mal.

—Vaya —dice Madeleine—. ¿Quién habría dicho que bailar en topless en una fiesta pudiese resultar tan contraproducente?

—¡Llevaba sujetador!

—Pia, era un sujetador transparente.

—Para, Maddy. —Julia se sirve otra tostada en el plato con el tenedor. Advierto que no ha dicho nada sobre que no quiera que me vaya.

—Escucha, tengo un montón de efectivo, no pasarás hambre... o sed. — Angie coge un trozo de beicon crujiente con los dedos y lo hunde en un charco de sirope de arce, y entonces baja la voz—. Y creo que la inundación del cuarto de la lavadora podría haber sido culpa nuestra... esto, mía. Te ayudaré a pagarlo.

—Yo también puedo prestarte dinero —añade Julia, cuya naturaleza competitiva se despierta al instante.

—No seáis tontas. No puedo aceptar caridad. No lo haré. Si necesito tanto el dinero iré a un banco. Pediré un préstamo.

—¿Estás loca? ¿Pedir un préstamo? ¡Te cobrarían unos intereses de locos, y el préstamo sería cada vez más y más grande, y no podrías devolverlo nunca! ¡Así no tendrías ninguna solvencia crediticia! ¡Te arruinaría la vida!

Uau, la idea de un préstamo la ha alterado de verdad.

—Vale, santo Dios, no iré al banco —digo—. De todas formas, esa no es la cuestión. La cuestión es que necesito un trabajo. Y no tengo ni idea de qué podría hacer.

—¿En qué te licenciaste? —pregunta Coco.

—Historia del Arte.

—¿Eres... historiadora del arte?

Todas se ríen.

—Sí, lo sé, escogí una carrera muy poco práctica. No, no sé por qué.

—Probablemente porque sonaba guay —dice Angie dirigiéndome su mejor sonrisa de qué útil soy.

Alzo una ceja.

—Eso no me ayuda.

—Yo te veo trabajando en una revista de moda —asegura Coco levantándose de su silla de un salto—. ¿Quién quiere más café?

—¡Yo, por favor! —exclaman Julia y Angie al unísono, y se miran con el ceño fruncido.

—No soy escritora —repongo—. De cualquier forma, sería todo en plan *El diablo viste de Prada*. Y las modelos me harían sentir como una mierda.

—Además, es muy difícil conseguir un trabajo relacionado con la moda —añade Angie.

Por un segundo me planteo si lo sabe por propia experiencia. Antes de que pueda preguntar, coge el teléfono para leer un mensaje.

—Y necesito dinero ahora. —Y añadido para mis adentros: es un hecho probado, cuanto más atractivo resulta el trabajo, peor es el sueldo.

Mi salario en la agencia de relaciones públicas —nada comparado con trabajar en... no sé, el mundo de la moda o la televisión o lo que sea— era de treinta y cinco mil dólares al año, lo cual, si le restamos el dinero del alquiler y las facturas, se queda en unos veinticinco dólares al día. A ver, una limpieza de cutis decente en Nueva York cuesta al menos ciento cincuenta. ¿Cómo iba a sobrevivir alguien con ese salario y además comer, por no hablar de tener una vida?

Julia ya ha entrado en modo reparación.

—Hagamos una lista de tus habilidades y experiencia. ¿Qué hiciste la semana pasada en la agencia de relaciones públicas?

Rememoro.

—Fingir que no me pasaba todo el tiempo mandando e-mails a mis amigos, sentarme en reuniones de las que no sabía nada y mirar el reloj de forma obsesiva. Juro que casi me duermo como veinte veces encima de la mesa.

Todo el mundo (salvo Madeleine) se ríe al oírlo, aunque, sinceramente, fue bastante deprimente. ¿De verdad se supone que tengo que hacer eso el resto de mi vida?

—Si necesitas dinero rápido, busca un trabajo que te dé dinero rápido —dice Julia—. De camarera o algo así.

Pestañeo.

—¿Un trabajo manual?

Madeleine contiene una risa con un resoplido. La ignoro. Era una broma. Más o menos.

—Con esos aires de princesa, estás jodida —contesta Julia.

—Quiero un trabajo de verdad. Algo que impresione a mis padres, lo que

significa algo en una oficina. Algo con una dirección de e-mail de negocios oficial.

—Pues envía tu currículum a agencias de colocación en relaciones públicas de Manhattan —propone Julia—. Luego impresionalos con lo brillante e inteligente y asombrosa que eres. ¡Cualquier agencia de relaciones públicas tendría suerte de contar contigo!

Vale. A veces me encanta tener una mejor amiga mandona. Hace que la toma de decisiones resulte mucho más fácil.

-¿Pia Keller?

Me levanto esbozando la sonrisa «hola-soy-totalmente-apta-para-trabajar» que he perfeccionado durante las catorce entrevistas para agencias de colocación anteriores.

Bridget, la asesora que ha accedido de mala gana a «discutir opciones» conmigo, me sonrío con los labios apretados y me tiende una mano flácida. Mi madre juzga a las mujeres por sus zapatos, pero esta semana yo he aprendido a juzgarlas por su apretón de manos. Flojo no es buena señal.

Sigo a Bridget por un pasillo estrecho desde la zona de recepción hasta una sala de reuniones diminuta. Por un segundo me planteo dar media vuelta y salir de aquí. Sé exactamente lo que está a punto de ocurrir, y casi no puedo soportar pasar por esto otra vez.

Sin embargo, necesito un trabajo. Arreglar la cocina de Vic ha costado algo más de doscientos dólares, a medias con Angie (insistió, aunque no estoy segura de que la inundación la causaran lord Hugh y ella; el fontanero dijo que había un desagüe atascado con colillas), y los últimos diez días se han chupado los quinientos dólares que me quedaban, solo en comida y metro y tampones y champú... ya sabes, cosas. Es tan dolorosamente evidente como doloroso sin más: Nueva York es una ciudad cara. En este preciso instante tengo exactamente ocho dólares a mi nombre. Y en mi cuenta corriente no queda nada. De nada.

Así que abandonar esta entrevista no es una opción.

Tomo asiento. Bridget saca una botellita de desinfectante del bolsillo y se frota una gota entre las palmas de las manos.

—¿Por qué no me hablas de ti?

—Bueno. —Trato de parecer segura, y no como si estuviese desesperada y sin blanca—. Hum, me llamo Pia Keller, tengo veintidós años y una licenciatura en

Historia del Arte por la Universidad de Brown...

—¿Por qué Historia del Arte?

—Me fascina el modo en que el arte refleja el clima sociopolítico en el que ha sido creado —respondo. Suena bien, ¿no?—. Desgraciadamente, no es muy útil, ¡a menos que quieras ser historiadora del arte! —Sonrío. Ella no lo hace. Nunca lo hacen. Debería suprimir esa línea.

—¿Y tus prácticas?

—Ah, bueno, mis padres viven en el extranjero, y estamos muy unidos, así que pasaba las vacaciones con ellos, lo cual no me dejaba mucho tiempo para prácticas. —Como probablemente adivinarás, esto no es del todo cierto. Es solo que nunca supe qué tipo de prácticas quería hacer, y Angie siempre tenía planeado algo divertido, así que en lugar de hacerlas me iba con ella.

—Y ahora quieres trabajar en relaciones públicas. ¿Por qué?

—¡Me encantan las relaciones públicas! Me encanta ayudar a la gente a canalizar información a través de los medios apropiados, me gusta la idea de... —Hago una pausa, tratando de recordar de nuevo por qué pensé que me gustarían las relaciones públicas (¿porque sonaba divertido y no sabía qué otra cosa hacer?)—. Ayudar a las empresas, quiero decir, las marcas, a construir la imagen apropiada y organizar eventos con repercusión en el mercado, y marcar una diferencia en la sociedad moderna. —Oh, Pia. Demasiado lenta. Ha sido patético.

—Te cuento cuál es el problema, Pia. —Bridget junta las manos como si fuese a rezar—. Eres muy joven. No tienes cualificaciones relevantes. No tienes experiencia. Básicamente no eres apta para trabajar.

Hum...

—¿Por qué iba a pagarte ninguna empresa un salario mensual si no puedes ayudarles a ganar dinero? Por no mencionar el tiempo y los recursos que perderán en formarte. Y no tienen manera de saber si merecerá la pena siquiera. —Extiende las manos, con las palmas hacia arriba, como para comprobar si llueve—. Sin experiencia no hay trabajo.

Cada entrevista que he tenido hasta ahora acababa justo en este momento.

—Pero ¡no puedo tener experiencia a menos que tenga trabajo! —No puedo evitar emitir un chillido agudo de pánico—. ¿Qué se supone que tengo que hacer?

Se queda completamente seria. Algunas personas son excesivamente felices al decirle a otras que lo tienen crudo, ¿te has dado cuenta?

—Es un mercado difícil. Pasa lo mismo en publicidad, marketing, medios digitales... Los puestos de trabajo son solo para los mejores y los más brillantes.

—No para mí, entonces —digo intentando sacarle una sonrisa.

—Antes de que te vayas, tenemos un ritual que consiste en que cada candidato cree una presentación digital de sí mismo, independientemente de lo poco prometedor que sea.

—¿Una... qué? —¿«Poco prometedor»? Zorra.

—Una presentación digital. Para nuestros archivos —añade mientras me guía por una oficina de planta abierta. Da una palmada para llamar la atención de sus colegas—. ¡Atención! Esta es Pia. ¡Dave, hazlo!

Un tipo con el pelo excesivamente engominado me apunta con una cámara digital.

—¿Quién eres? ¿Y qué estás buscando?

Toda la sala se me queda mirando, con expresiones que van del desinterés a la indiferencia, y siento que me invade una sensación de puro miedo.

Odio hablar en público. Incluso si no me quedo sin habla, me odio a mí misma por ser un caso perdido. Es como si estuviese de pie junto a mí misma diciendo «mira que eres idiota» todo el tiempo.

No puedo hacer esto.

—¡Venga! —me dice Dave.

—Me llamo... —empiezo, y se me quiebra la voz. Tengo la cabeza como un bombo en el que reverberan las palabras de Dave. «¿Quién soy? ¿Y qué estoy buscando?»— ¡Habla más alto! —grita Bridget.

Me aclaro la garganta rápidamente y empiezo otra vez, balbuceando y pronunciando las palabras a toda prisa.

—Me llamo Pia Keller. Tengo veintidós años. —Todos me miran, todos piensan lo estúpida que soy. Quiero parecer inteligente, quiero que se acuerden de mí. Oh, Dios, cuánta presión—. Y estoy buscando un trabajo... quiero decir una carrera... que, eh... me encante.

Menuda estupidez, Pia.

—Eso es lo que... es lo que... yo... sí.

Cállate.

Dave vuelve a sentarse, con una expresión de «¡Cielos!» en la cara que probablemente cree que no capto. En el silencio desolador que sigue, siento tanta vergüenza que duele.

Al cabo de unos segundos, todos se vuelven de nuevo hacia sus portátiles. He desaparecido, me han olvidado, como un problema pasajero e irrelevante en su día. Otra licenciada sin cerebro incapaz de formar una sola frase.

En los ascensores, trato de sonreír mientras estrecho la mano flácida de Bridget.

Jamás encontraré trabajo.

Jamás ganaré dinero. No seré capaz de pagar el alquiler de Rookhaven, aunque tampoco importa, porque vendrán mis padres y me obligarán a mudarme a Zúrich con ellos, y a buscar un trabajo aburridísimo, y estaré sola, para siempre, el resto de mi vida.

Cuando las puertas del ascensor se cierran, de repente me siento como si succionaran el aire a mi alrededor. Me caigo contra la pared e intento recuperar el aliento. Oh, Dios, por favor, no, un ataque de pánico no, ahora no...

Entonces se me revuelve el estómago y me cosquillea la cara y sé, exactamente, qué va a ocurrir en unos tres segundos.

Voy a potar.

Presiono todos los botones, el ascensor se detiene en la quinta planta, y salgo corriendo, buscando frenéticamente el letrero de los lavabos. ¿Dónde está? Oh, mierda, voy a vomitar, lo sé, lo sé...

Apenas un segundo después, me arrojo de rodillas y vomito en un paragüero vacío que hay delante de la puerta de un despacho. El chorro ácido y acuoso es incontrolable y, cuando ha salido todo, me limpio la boca con la parte posterior de la manga de la chaqueta y apoyo la frente en la pared, jadeando aliviada.

Bueno, hola, vómito de ansiedad. Volvemos a encontrarnos.

Al menos no ha sido un ataque a lo grande. No he tenido uno de esos en un par de años, y ninguno realmente grave desde... sí, lo has adivinado. El 26 de agosto.

Bajo la vista al paragüero. No puedo dejar esto aquí para que lo limpie otro, ¿no? Es asqueroso.

Cinco minutos más tarde estoy saliendo con toda la seguridad que puedo a Broadway, cargada con un paragüero lleno de vómito.

Bueno.

Otra reunión increíblemente exitosa.

Bien por mí. Así se hace.

Como siempre que estoy en Manhattan, alzo la vista entre los edificios, que alcanzan el cielo por encima de mi cabeza. ¿He mencionado que me encantan las grandes ciudades, y Nueva York más que ninguna?

Así es. La gente, el tráfico, el ruido, los bares, los restaurantes, ese zumbido indescriptible y citado hasta la saciedad... Me encanta saber que siempre está ocurriendo algo, nada más doblar la esquina.

Yo nací aquí, pero nos marchamos cuando era pequeña. Así que nunca tuve la oportunidad de sentir que pertenecía a Nueva York como la gente que nace y crece aquí. Yo nunca me he sentido de ninguna parte, la verdad. Nunca pertenezco.

Avanzo por Broadway mirando a la gente que pasa a toda prisa con la cara seria y la mente ocupada. ¿Cómo han llegado a donde están hoy? ¿Qué tienen ellos que no tenga yo? ¿Por qué todos los demás parecen tan tranquilos acerca de todo ese rollo de la edad adulta? Lo único que yo siento es pánico, una especie de aleteo en el pecho ante la idea de que quizá no sea capaz de hacer lo que todos los demás encuentran tan fácil... de que quizá no sea capaz de ganarme la vida por mí misma, una vida de verdad. Nunca.

Tal vez debería concentrarme en cómo quiero que sea mi vida, medito al tiempo que tiro el paraguero robado y lleno de vómito a una papelera. Visualización positiva, ¿no?

Quiero trabajar mucho, y que me encante mi trabajo, y ser buena en ello. De verdad. Quiero ganar mi propio dinero. Quiero una casa propia (imprescindiblemente con vestidor), que nadie pueda quitarme, y quiero conservar a mis amigas para siempre. Ah, y quiero salir con tíos guapísimos, y algún día quiero el lote completo, matrimonio e hijos, etcétera.

¿Cómo llego desde esto hasta eso? No tengo trabajo, no tengo dinero y estoy cubierta de vómito.

Me gustaría poder apretar el botón de avance rápido.

Suspiro con pesadez y echo a andar de vuelta a Brooklyn. No puedo permitirme un taxi y hace demasiado calor para el metro. Se me empiezan a ampollar los pies justo después de Canal Street, así que me compro un par de sandalias de tres dólares y me cuelgo los zapatos de tacón del asa del bolso. Ahora me quedan cinco dólares. ¿Qué puedo comprar con cinco dólares? ¿Un par de chupitos de gelatina? Ya está. Se acabó. Me rugen las tripas, así que me gasto los últimos cinco dólares del mundo en un yogur Fage y una barrita Luna. No tiene sentido comprar una galleta. Un subidón de azúcar no va a alegrarme el día.

Mientras cruzo el puente de Brooklyn, con Manhattan a un lado y Brooklyn al otro, tomo una decisión. No tengo dinero. No tengo futuro.

Llamaré a mis padres y les diré que me mudo ya.

¿Por qué siento que no es lo que debo hacer? Me siento como si... no sé, como si quizá debiera estar aquí. Como si quizá perteneciera a este lugar.

Estoy pasando junto a una gran extensión de hierba en el exterior de un

monumento conmemorativo cuando veo a una sintecho. Es vieja, de pelo gris, va encorvada y, a pesar del calor, cubierta de abrigos mugrientos y con cajas de cartón atadas a los pies. Tal vez debería ofrecerle mis sandalias. Ya casi he llegado a casa, ¿por qué no hacer el resto del camino descalza?

Establecemos contacto visual, y le sonrío. Y por un segundo pienso que va a devolverme la sonrisa.

Entonces abre la boca.

—¡Tú! —grita—. ¡Largo de aquí! ¡No eres bienvenida!

Aparto la mirada inmediatamente y sigo caminando. Cuando echo un vistazo atrás, veo que ha empezado a andar hacia mí. Acelero el paso y la oigo reírse a carcajadas.

—¡Corre! ¡Que te pilló! ¡Que te pilló!

Así que corro.

Todo lo rápido que puedo.

Pero no sé hacia dónde corro. Mierda, ¿dónde estoy? Tomo la primera a la izquierda. Oh, por favor, que encuentre a alguien. Ni siquiera sé adónde me dirijo, otra esquina y... ¡sí! ¡Gente! Siempre me siento segura entre la multitud. Intento correr por Court Street, y una mujer me empuja, clavándome el codo en la teta con fuerza. Doy un grito ahogado de dolor, empiezo a sollozar descontroladamente y me paro. Gruesas lágrimas resbalan por mi cara y jadeo y tengo hipo, en parte de correr y en parte porque estoy asustada y desesperada y acabo de fastidiar otra entrevista de trabajo y no sé qué viene ahora.

Me siento como si estuviera al borde del abismo. ¿Me doy la vuelta y me alejo o salto a ver qué pasa?

Entonces un taxi se detiene a mi lado.

Un tipo trajeado se baja de él. Es tan guapo que me arranca de mi miseria de inmediato. Piel morena, cabello castaño, los ojos del azul más intenso que he visto en mi vida, y unas buenas cejas, unas cejas que consiguen que me pregunte si hace algo para tenerlas tan bonitas... No puedo evitarlo. Me quedo mirándolo.

Y aquí viene lo extraño del asunto. Como si percibiese mi mirada, el tío también se para, vuelve la cabeza y nuestros ojos se encuentran. El corazón me late con tal fuerza que me llevo la mano al pecho, casi de forma automática. Mierda, quizá esté sufriendo un infarto.

El tío me dedica una sonrisa lenta, natural, y le devuelvo el gesto, pensando «Eres perfecto». Experimento una sensación rarísima de *déjà vu*, como si ya le conociese, como un verdadero clic de reconocimiento en mi cerebro.

Y sí, es una absoluta estupidez.

—Hola —dice, y se le quiebra la voz.

Suena tan raro que ambos nos echamos a reír. Entonces se me cae un zapato del bolso a la acera.

El tipo se agacha inmediatamente, lo recoge y, con una rodilla aún apoyada en el suelo, me lo tiende. Como el jodido Príncipe Azul. Si no me hubiese quedado sin habla, soltaría un chiste sobre Cenicienta. En lugar de eso, me inclino y cojo mi zapato, todavía boquiabierto y anonadado.

El Príncipe Azul frunce el ceño y abre la boca para hablar cuando...

—Por Dios, ¿quieres ayudarme, ridículo hombre? —grita una voz femenina con acento británico y, pam, se rompe el hechizo.

Él se vuelve inmediatamente para ayudar a bajar del taxi a la mujer: una morena igual de guapa que él, con vaqueros ajustados, zapatos de tacón y blusa de seda, seguida de un rastro de pañuelos y bolsos, con ese estilo londinense desordenado sin ningún esfuerzo. Novia. Tiene novia.

En cuanto la veo, agacho la cabeza y me alejo, y no me detengo para comprobar si él me mira. Oigo la voz de ella reverberar al otro lado de la calle cuando entran en la pastelería Sweet Melissa.

—Y me quedé en plan: «¿Por qué?», ¿sabes? Y... ¡Oooh! ¡Gofres! ¡Qué felicidad! Y va y me dice: «Mira, cariño, siempre supiste que iba a ser así»...

Y entonces desaparecen. El hombre perfecto... y su novia perfecta. Todavía siento la descarga de endorfina que he experimentado al sonreírle, ¿es eso raro? Probablemente. Por no decir frívolo, después de la histeria apocalíptica de hace

unos minutos.

Entonces alzo la vista hacia mi reflejo en el escaparate de una tienda y dejo escapar un gemido: soy una rata con el rímel corrido y manchada de vómito y sudor. Puaj. ¿Por qué solo me encuentro con chicos guapos cuando estoy hecha un despojo?

Bueno, de todos modos no puedo meterme en relaciones serias. No desde toda la deblacle de Eddie. Incluso mis rollos casuales tienden a darme una patada en el culo. (Si sabes a qué... no importa.) He ignorado tres mensajes y dos llamadas de Mike desde el domingo. Al menos Madeleine no se ha enterado. (Todavía.)

—Bueno, ¿no es esa la señorita Persona Completa? —dice una voz.

Alzo la vista. Es Vic, el viejo como una pasa que vive abajo.

—¡Hola! Quiero decir, ¡buenas tardes! Señor... eh...

—Vittorio Bartolo —dice con una floritura—. Llámame Vic.

—Yo soy Pia... Pia Keller. Y siento mucho, de nuevo, lo del techo de su cocina. —No le he visto desde aquella mañana; Julia ha hecho las veces de intermediaria—. ¿Va todo... hum... bien?

—Perfecto. Gracias. —Sonríe, y todas esas arrugas marcadas que advertí el domingo pasado por la mañana vuelven a desplazarse por su cara. De repente tengo la sensación de que encontró algo divertida toda la situación—. Siento haberte llamado media persona la otra mañana. No pretendía ofenderte.

—No lo hizo. ¿Cómo está su hermana?

—Marie está bien —contesta—. Se ha ido a ver a sus nietos a New Jersey. Pasa media semana con ellos y la otra media conmigo. Así se siente popular. Bueno, ¿vas a contarme por qué andas con la lengua fuera como si hubieses estado soplando para tirar la casa abajo? Huy, lo siento. No he acertado demasiado con las palabras.

—Ja. Es todo un cómico, ¿no? Hum... necesito un trabajo. Necesito ganar dinero.

—Bienvenida a Nueva York —dice con tono amigable—. No es para llorar.

Solo tienes que ponerte en marcha. Tu futuro te está esperando.

—¿Y si no puedo? Mi vida en Nueva York terminará antes de haber empezado siquiera.

—No es por nada, pero a mí me parece que la única gente que gana dinero en este mundo son emprendedores —dice—. Encuentra una idea para un negocio, haz que funcione, véndela.

—Eso suena... factible. Salvo por la parte de venderla. Y la parte de hacer que funcione. Ah, y la parte de encontrar una idea para un negocio.

Vic prorrumpe en una carcajada jadeante. Por un segundo me da miedo que se le vaya a colapsar un pulmón.

—En realidad, cuando tenía catorce años intenté montar un negocio —añado, recordando—. Compré vaqueros de segunda mano realmente baratos en eBay, los convertí en shorts rasgados únicos y los vendí como vintage customizado en Etsy.

—No sé qué significa nada de eso.

—Sí, nadie lo hizo. No eran tan geniales. Vendí alrededor de la mitad. —Suspiro al recordar las decenas de vaqueros ruinosos que estuvieron cayendo de todos los cajones de mi habitación durante meses. Se suponía que Angie tenía que ayudarme con la parte de customizarlos, se le dan bien esas cosas, pero me dejó colgada—. Y cuando tenía once años intenté abrir un club para niños. Estábamos de vacaciones en el sur de Francia y mi idea era organizar actividades para los niños más pequeños que veraneaban en el mismo pueblo... Algo así como una organizadora de fiestas. Pero el resto de los padres no creían que fuese lo bastante responsable como para cuidar de sus hijos, así que, ya sabe, no cuajó.

—Bueno, parece que habría sido una gran idea.

Nos sonreímos un segundo.

—¿Tienes hambre? —Señala Court Street—. Esposito e Hijos. Las mejores bolas de arroz del barrio. Podemos hablar de tus perspectivas profesionales en el camino de vuelta.

El Esposito's es una oda a la escuela decorativa «Si no está roto...», y delante

de la fachada hay una estatua de un cerdo grotesco con un delantal de carnicero.

—Uau —exclamo—. De la vieja escuela.

—Lleva aquí desde 1922 —me explica Vic.

Todo el mundo dentro del Esposito's le saluda en voz alta, «¡Vic!», cuando entra.

—Toda una celebridad —murmuro, casi para mí.

—Yo prefiero «personalidad del vecindario» —replica con sorna.

Vic pide cuatro bolas de arroz con carne de cerdo, un bocata italiano y un trozo de lasaña.

—Aquí tienes, jefe —le dice el tío de detrás de la barra—. Marie no está, ¿eh? ¿Cómo llevas el colesterol últimamente?

—Como le digas una palabra a mi hermana de esto...

Sonrío para mis adentros mientras miro la comida preparada tras el cristal. Debe de ser el vicio secreto de Vic.

El tipo del mostrador se vuelve hacia mí.

—¿Y tú, miss Pakistán? ¿Quieres algo?

—¿«Miss Pakistán»? —repito.

—Lo siento. ¿Mejor miss Mundo?

¿No es genial que te señalen por el color de tu piel? Aunque probablemente me llamaría miss Suecia si fuese rubia. O eso me digo a mí misma.

El tío del mostrador se está impacientando.

—Vamos, ¿qué va a ser, cariño?

Esto es como estar en casa de alguien y rechazar la comida que ha preparado especialmente para ti. Pero no me queda dinero. Ni un céntimo.

—Hum, no, yo...

—¿Eres amiga de Vic?

—Sí —contesto, al tiempo que Vic dice «vecina».

—Bueno, eres una chica con suerte. Vic cuidará de ti. Toma, cariño. Invita la casa.

Al cabo de unos minutos estamos saliendo por la puerta; llevo una bola de arroz del tamaño de un pomelo en la mano.

—Un sitio genial. —Doy un mordisco—. Oh, uau, ¡está buenísimo!

—Es el mejor. Bueno, te explico. Mi sobrino Angelo tiene un restaurante en Smith. El Bartolo's. Lo abrió mi hermano hace cincuenta años.

—¿De verdad? —pregunto, animándome.

—Él te dará trabajo. Es un verdadero restaurante de barrio. Y la gente deja buenas propinas. Si me acompañas ahora mismo, te lo presento —agrega.

—¡Uau, muchas gracias! —¡Camarera! ¡Podría ser camarera! Ahora mismo mi postura contra el trabajo manual de hace diez días me parece bastante estúpida.

—No vas a ganar una fortuna, pero es mejor que quedarte lloriqueando sobre la vida sin mover el culo. Mientras no te dé miedo un poco de trabajo duro...

—¡No! Quiero decir, sí, quiero decir que no me da... Gracias. ¡No me da miedo el trabajo duro! ¡Eso sería increíble!

Recorremos Union Street lentamente, pasamos por delante de Rookhaven, en dirección a Smith Street, disfrutando de la agradable tarde.

—Bueno, ¿y cómo te estás adaptando?

—Hum, bien.

No estoy segura de a qué se refiere. Yo nunca me adapto; solo duermo un tiempo en alguna parte, y entonces la vida cambia y me mudo a otro sitio.

Alzo la vista a las casas de piedra rojiza de Brooklyn que me rodean, a los árboles, que ascienden arqueados hacia el cielo azul por encima de nuestras cabezas. Cada casa, cada escalera de entrada, cada ventana es similar y única a un tiempo, con pequeños toques individuales de propietarios pasados y presentes. Es como si todo el que ha vivido aquí hubiera dejado su marca.

—Union Street es tan bonita —digo—. Da la sensación de ser personal, de un modo en que la mayoría de las calles nunca lo son. Cada casa es un hogar.

Asiente.

—Tiene carácter. Por eso yo nunca me he ido de aquí, ni siquiera cuando no era una zona agradable. Deja que te cuente... Mis padres se mudaron aquí desde un pequeño pueblo llamado Pozzallo, en Italia, en 1922. Vino un montón de gente de Pozzallo; incluso bautizaron una calle por nosotros.

—No es broma, ¿no? ¿Tus padres se mudaron desde Italia aquí? —pregunto sorprendida mientras doblamos en Smith y seguimos caminando—. ¿Justo aquí, a Carroll Gardens?

Hace una mueca.

—A Carroll Gardens, no. Esto es South Brooklyn, siempre ha sido South Brooklyn. Ni Carroll Gardens ni Cobble Hill ni BoCoCa.

—Sí, señor.

—Mi madre y mi padre desembarcaron en Ellis Island en 1922, cuando no tenían más que veintiún años. El viaje fue su luna de miel. Al principio vivieron en el Lower East Side, pero se marcharon de allí muy rápido. Con el tiempo, mi padre compró Rookhaven con su hermano. Dos familias, con cinco niños cada una, ¿te lo imaginas? ¿En esa casa?

—Algo serio. Y luego ¿qué ocurrió?

—Bueno, a mi padre lo mataron en Francia en 1944.

—Oh, lo siento muchísimo —contesto rápidamente.

—No pasa nada, fue hace mucho tiempo. —Vic me dirige su sonrisa arrugada—. Su hermano se mudó a Jersey. Y mi madre y su hermana convirtieron

el lugar en una pensión. La mayoría de nuestros huéspedes eran ex soldados.

Uau. Me pregunto quién estuvo en mi habitación. Resulta extraño pensar en décadas, siglos incluso, de gente que llegaba a Nueva York para empezar su vida aquí, como nosotras. Es como si nada cambiase nunca, no del todo.

Nos detenemos en Sackett Street y Vic hace un gesto hacia otra hilera de idílicas casas de piedra caliza para señalar donde vivían sus primos y amigos.

—Y mi primera novia vivía aquí. —Vic señala una casa con altos ventanales y rosales fuera.

—Bonitas rosas —comento.

—Ese rosal se lo regalé yo en nuestra segunda cita.

—¡Precioso gesto! Bueno, ¿y qué pasó? ¿Rompisteis?

—Me casé con ella. Murió.

Intento pensar qué decir, pero no se me ocurre nada, así que me limito a cogerle del brazo. Es mucho más fuerte de lo que parece. Debió de ser un tío grande de joven.

—¡Y ya hemos llegado! —anuncia un minuto después.

Nos encontramos delante de un restaurante con la fachada de piedra y un letrero que dice bartolo's en una letra llena de florituras, típica de los años cincuenta.

Trabajo manual, allá voy.

Al cabo de tres días trabajando en el restaurante, me duele la espalda, tengo los pies llenos de ampollas, me pitan los oídos a causa de los chillidos de los niños y el pelo me huele a ajo.

Pero estoy ganando dinero.

Y eso es lo que necesito para quedarme en Nueva York, con mis amigas, y empezar mi vida. No sé qué pasará después, pero ahora mismo necesito este trabajo para sobrevivir.

Antes ni siquiera me habría planteado comer en un sitio como el Bartolo's. Y adivina qué. Me encanta. Todo el local fue diseñado, equipado y decorado por Vic y su hermano hace mucho tiempo. Como resultado, el suelo es desigual y está gastado, los platos y tazas son todos dispares, procedentes de vajillas compradas hace mucho, mucho tiempo. Hay un mural pintado a mano del campo italiano en la pared del fondo, y Frank Sinatra, Tony Bennett y Perry Como suenan en un bucle interminable.

Sin embargo, el restaurante tiene esa misma calidez de barrio que noté en el Esposito's. Los clientes no vienen aquí porque se lo hayan vendido en alguna campaña publicitaria o porque este mes esté de moda. Vienen aquí porque la comida es buena y la bienvenida, cálida.

—¡Pia! —Angelo entra corriendo en la cocina, donde estoy cotilleando con sus primos Ricky y Vinnie, los cocineros—. ¿Por qué demonios sigo encontrándote aquí dentro? ¡Te necesito en la mesa tres!

—¡Lo siento! —Esbozo mi mejor sonrisa.

—Solo estaba ayudándonos con la ensalada de rúcula. —Vinnie encuentra la ensalada de rúcula hilarante; es la única nueva incorporación a la carta de la última década. Entretanto, al parecer todos los demás restaurantes de Brooklyn cultivan algún híbrido orgánico en el jardín de atrás.

En realidad me estaban hablando de Jonah, el guapo barman (piensa en una mezcla de vaquero y surfero, superrubio, supersexy). Esta noche es nuestro primer turno juntos, y hemos intercambiado varias miradas, pero también detecto que hay algo entre él y una de las otras camareras, Bianca (un híbrido punk-hipster de cara chupada, el tipo de chica a la que sencillamente no le gustan las demás chicas). Según Vinnie, entre ella y Jonah nunca ha pasado nada. Ricky cree que Bianca se le insinuó el fin de semana pasado y que él la rechazó. (Lo juro por Dios, los tíos son los mayores cotillas. Me encanta.) En la mesa tres hay unos padres jóvenes y guapos sentados con sus hijos, que están acabándose sus pizzas. El niño, que debe de tener tres o cuatro años, está contando una historia.

—Y entonces, ¿mamá?, ¿mamá?, ¿mamá? Mamá, estaba ese perro, y el perro iba olisqueando. —Está tan entusiasmado que apenas le salen las palabras—. ¡Y entonces ha cagado! —Chilla y se cae riendo de su silla.

Yo me río y me agacho para ayudarle a levantarse.

—Oh, gracias — dicen los padres a coro.

Los dos van impecablemente vestidos, al estilo chic de Brooklyn. Estoy casi segura de que sus vaqueros cuestan más de lo que yo voy a ganar esta noche, y no me cabe duda de que su chaqueta también.

—Gabe, nada de historias de caca en la mesa —le reprende la madre esforzándose por mantener una expresión seria.

—No me puedo creer que acabes de utilizar el término «historias de caca» — añade el padre en voz baja. Se vuelve hacia la niña pequeña—. Pia, cariño, nada de iPad mientras comemos.

Ella frunce el ceño y le ignora.

—¿Te llamas Pia? —le pregunto a la niña, que es mayor que Gabe y lleva dos coletitas que parece haberse hecho sola. Asiente con timidez—. ¡Yo también me llamo así! Somos como gemelas. ¿Te gustaría ver la carta de los postres? —Bajo la voz para que suene como un gran secreto. Ella asiente otra vez y aparta el iPad. Me encantan los niños. De seis a ocho minutos.

—¡Oh, sí! ¡Postre!

—Gracias. —La madre me sonrío mientras recojo la mesa y les tiendo la

carta de postres para los niños.

Ella no debe de tener más de treinta años, pienso impresionada. Eso significa que probablemente dio a luz cuando tenía alrededor de veintitrés. Eso es el año que viene. Mierda, me estoy quedando sin tiempo para ser madre joven.

—Mesa cinco —me susurra Angelo cuando llevo los platos sucios a la cocina—. Más colines.

—¡Gracias, chica nueva! —exclama uno de los hombres de la mesa cinco, un tipo barrigón con un fuerte acento de Brooklyn, como Vic.

—Para ti no hay más pan —suelta la mujer que está sentada a su lado—. ¡Angelo! ¡A este bájale los carbohidratos!

—Yo solo hago lo que me dicen —contesta Angelo, que pasa zumbando por nuestro lado sin detenerse.

—¡Eso es porque se acuerda de que le salvé de los puños de Conor Barry en quinto curso!

La mitad de las mesas de esta noche parecen conocer a Angelo, Ricky y Vinnie de toda la vida. Brooklyn es el pueblo más grande del mundo. El equipo de sonido emite «Papa Loves Mambo», de Perry Como, y reprimo el impulso de ponerme a cantar.

Sonrío a la mesa cinco.

—¿Están listos para pedir?

—Tomaremos las salchichas con pimientos, pollo a la romana y espaguetis con doble de ajo. Una gran pizza blanca para los niños (no te preocupes, Ricky sabe a qué me refiero). No dejes de traer pan de ajo, y dile a Vinnie que extra de sal de salvia y cebolla.

—Hecho —digo. Pidiendo comida que no aparece en la carta en una pequeña *trattoria*. De armas tomar.

—¡Quiero zumo! —grita el niño pecoso que se encuentra sentado a su lado.

—La última vez que tomaste zumo empezaste a encorvarte y babear encima

de la mesa —asegura Carbohidratos—. No.

—¡Es sensible al azúcar! —exclama su mujer.

—Es un yonqui del azúcar —repite el tío de los carbohidratos.

Me esfuerzo por no reírme (trabajar como camarera es la mejor forma de observar a la gente que existe) y lo apunto todo. Les sonrío mientras lo repito, y me devuelven la sonrisa. Me dirijo a la cocina para entregar su nota con una sonrisa bobalicona todavía pegada en la cara. Nunca creí que trabajar de camarera fuese a gustarme tanto. Es como cobrar por hacer vida social.

—¡Señorita! Disculpe, ¿señorita?

Me vuelvo y veo a una mesa que me hace gestos frenéticamente. No están en mi zona, pero su camarera, Bianca, ha desaparecido. Me acerco a toda prisa con una sonrisa.

Dos hombres y dos mujeres, todos en la cuarentena, vestidos con camisetas y pantalones cortos demasiado cortos. Están rodeados de bolsas de la compra que han unido con un cordón (por si alguien roba una, ¿supongo?). Turistas, sin duda, que se hospedan en un hotel local para evitar el gasto de quedarse en Manhattan. Me infundo ánimos inmediatamente. En los últimos días ha habido cuatro o cinco mesas similares llenas de turistas y, en cada ocasión, me han tratado como si fuese una ciudadana de segunda. Te dejaré adivinar por qué.

—¿En qué puedo ayu...?

—¿Cartas? —me suelta uno de ellos en voz alta, un hombre en cuya gorra aparece escrito «Petes Gym». Está sudando profusamente a causa de la energía que necesita consumir su cuerpo solo para existir—. Necesitamos cartas.

—¿Queremos pedir? —enuncia su mujer cuidadosamente, una rubia desaliñada con riñonera, no es broma. Forma un gran cuadrado en el aire con las manos.

—¡Carta! ¡Hambre! —dice Pete's Gym de nuevo, se señala la boca y finge masticar.

Sonrío lacónicamente, me vuelvo y cojo unas cartas para ellos. Si van a dar por hecho que no hablo inglés, no pienso molestarme en corregirles. Dejo caer los

menús con una sonrisa y vuelvo a la cocina para coger las primeras raciones de pan de ajo para la mesa cinco. Luego llevo los postres a la mesa tres, donde ahora Pia, la niña, está cantando una canción sobre el barro.

—¡Gracias, Pia! —grita.

—¡De nada, Pia! —exclamo yo en respuesta.

Regreso a la mesa de los turistas, puesto que Bianca sigue sin aparecer. Me piden, sin dejar de gritar y pronunciar como si fuese idiota. Yo me limito a sonreír y a anotar todo. No tiene sentido rebelarse.

Entonces oigo:

—Señor, es que en Nueva York hay tantos... —murmura Riñonera—. Yo no me sentiría segura, de verdad que no...

Creo que tengo un aspecto amenazadoramente exótico, de Oriente Próximo tal vez, probablemente musulmán, y que, por lo tanto, supongo una amenaza a la seguridad nacional. Debería estar acostumbrada, pero el corazón empieza a palpitarme con ira/ansiedad (introduce aquí la emoción extrema de tu elección) y, antes de que pueda decir nada, me veo apartada de un leve empujón por Jonah, el barman sexy.

—¡Buenas noches, amigos! Soy Jonah, y estoy aquí para tomarles nota de las bebidas. Usted, señor, parece la clase de hombre encargado de elegir del vino. —La lenta pronunciación texana de Jonah hace que los forasteros se sientan como en casa—. ¿Me equivoco?

—No bebemos. —Uñas Postizas sonrío a Jonah como si fuese el segundo advenimiento de Billy Graham.

—Cuatro Coca-Colas light grandes —dice Pete's Gym.

—La mía sin hielo —interviene el otro tío mientras me mira las tetas—. Jesús, odio eso. Intentan timarte con la bebida poniéndole hielo de más —añade, no del todo para sus adentros.

—Todas sin hielo —concluye Gordo Mayor, y le guiña el ojo a Tetas.

—Muy bien, señor, una elección inspirada, debería decir. —Jonah rezuma

ahora encanto texano—. El aspartamo es excepcional en esta época del año. Mandaré a su camarera inmediatamente con las bebidas...

Jonah me coge amablemente de la cintura y me aleja de la mesa a toda prisa.

—¿Dónde demonios está Angelo cuando le necesitas?

—Han dicho... han sido... —balbuceo de rabia cuando llegamos a la barra.

—Lo sé. Bueno, no lo sé, pero me lo imagino.

—¿Cómo? —le suelto—. Dime, rubiales, ¿con qué frecuencia te confunden a ti con un yihadista tarado?

—Tranquilízate, princesa. —Jonah llena cuatro vasos de Coca-Cola light—. Solo son unos ignorantes. ¡Bianca!

—¿Qué...? —Bianca vuelve tranquilamente de la parte atrás, seguida de cerca por el olor a tabaco—. Estaba al teléfono con mi director comercial.

—¿Cosmo? —dice Jonah—. Es un usurero. No lo elogies.

—¡Es majo! —exclama Bianca dándole un puñetazo de broma. Flirteo para principiantes.

—Por favor, atiende a tu mesa —digo con los dientes apretados.

—Relájate —replica Bianca al tiempo que coge la bandeja con las bebidas.

Miro a Jonah.

—Por cierto, me llamo Pia. No «princesa».

—Lo sé —contesta, y me dirige una blanquísima sonrisa de estrella de cine—. «Princesa» te pega.

Echo un vistazo atrás. Bianca está sirviendo las Coca-Colas light. Todo el mundo en la mesa se inclina hacia delante al tiempo que le susurran y me lanzan miradas.

Me cuesta respirar, me encuentro mal, oh, mierda, creo que estoy sufriendo

un ataque de ansiedad. Otra vez no, por favor, Dios...

Bianca vuelve hacia nosotros, con los labios apretados.

—¿Qué han dicho? —consigo preguntarle.

—Ignóralos.

—Dime qué te han dicho.

Suspira.

—Me han pedido que me asegure de que no tocas su comida. Olvídalo, no es para tanto.

Me quedo mirándola un segundo. ¿Cómo puede decir eso?

Sí que lo es. Siempre es para tanto.

—¿Sabes?, estoy acostumbrada a los comentarios, a que den por hecho que no hablo inglés, a la pregunta constante de «¿De dónde eres?». Es molesto, y es así y punto. No tengo el mismo aspecto que todos los demás, lo pillo.

Pero esto va más allá. Esto es racismo. Cuando era más joven, las actitudes como la suya me asustaban y me ponían enferma. Entonces me disgustaba, así que fingía no haberlo oído y huía.

Esta vez no.

He tenido un par de semanas muy malas y, sí, los problemas me los he buscado todos yo sola, pero estoy haciéndolo lo mejor que puedo para mejorar mi vida. No necesito esta mierda. La gente puede juzgarme por mi falta de experiencia, mi actitud de princesa, mi incapacidad para tomar decisiones firmes bajo la influencia del tequila... Juzgarme por el color de mi piel está mal. Así de simple.

Call me... irresponsible, pide Sinatra a través del sistema de sonido.

Me quito el pequeño delantal blanco, lo dejo encima de la barra y camino tranquilamente hacia su mesa.

Me inclino hacia delante, me apoyo las manos en las rodillas y empiezo a hablar con mi tono más dulce.

—Soy americana, gilipollas. Nací en Nueva York, mi pasaporte es estadounidense, y la razón por la que tengo el aspecto que tengo es que soy mitad suiza y mitad india. Los indios son hindúes, no musulmanes, y las dos religiones no tienen absolutamente nada que ver. Ya sea musulmana, budista, griega ortodoxa o venere el altar de Bob Esponja, sigo teniendo derecho a serviros la comida sin recibir esos insultos racistas a cambio. Además, nada de eso es asunto vuestro, porque este es un país libre. ¿Y tú? —Me vuelvo hacia el Tío de las Tetas—. Estas no las inventaron para tu placer visual. Aparta tus asquerosos ojos de ellas. Y largo de aquí.

Me incorporo, sonrojada y temblando.

Con apenas un murmullo, abandonan el restaurante, arrastrándose tan rápido como sus muslos escocidos se lo permiten.

Oh, madre mía. Acabo de echar a unos clientes. No sé dónde está Angelo, pero no tardará en enterarse. Estoy jodida.

—¿Estás bien? —Jonah se encuentra de repente detrás de mí. Me pregunto cuánto tiempo lleva ahí.

—Odio los enfrentamientos, de verdad —respondo, con la voz súbitamente temblorosa.

Jonah se ríe, y el cabello rubio y greñado le cae delante de los ojos.

—Bueno, Pia, yo no soy ningún experto, pero diría que se te dan excepcionalmente bien.

Le miro a los ojos.

—Cuando Angelo se entere, estoy jodida. Tiene que despedirme por esto. Demonios, yo me despediría por esto.

—Yo también. Y me debes una propina por perder mi mesa —interviene Bianca.

—Oh, Dios —murmuro.

—A quién le importa —repite Jonah, con su tranquilizador encanto texano—. Supongo que no era el trabajo de tus sueños, ¿no?

—No, pero lo necesito. Tengo un problema de efectivo.

—Bienvenida al club. Yo solo hago esto para pagarme las clases de interpretación.

—Actor, ¿eh? Todos los barmans de Nueva York son actores. ¿Qué, no encontraban avión para volar a Los Ángeles?

—¡También bailo! —dice, con un zapateado.

En ese momento Angelo me da unos suaves golpecitos en el hombro.

—Pia, tenemos que hablar. Lo siento, pero voy a tener que pedirte que te vayas.

—Vamos, ¿en serio? —interviene Jonah—. No puedes despedirla por defenderse.

—No me queda más remedio que despedirla, necesito tener contentos a los del hotel para asegurarme de que siguen recomendándonos a sus clientes. Nos mandan a un montón de gente... —Angelo junta las manos con una palmada. Es un tipo realmente agradable. Me doy cuenta de que odia tener que hacer esto—. Te pagaré esta noche, y puedes quedarte las propinas. ¿Sin rencor?

Suspiro hondo y cierro los ojos. Estoy tan cansada.

—Uh... eh, ¿Pia? —me llama una voz. Alzo la vista. Es la madre joven y elegante de la mesa tres.

—Ah —digo intentando sonreír—. ¿En qué puedo ayudaros? Oh, Dios... ¿la cuenta?

—No, no te preocupes, hemos dejado suficiente para la cuenta. Quería darte esto personalmente —añade, y desliza algo de dinero en mi mano—. También quería decirte que lo hemos visto, y oído, todo, y has estado genial. E *illegitimi non carborundum*, y todo eso.

—¡Gracias! «No permitas que los bastardos te fastidien», ¿eh? Mi padre me

dice la misma cita en latín corrupto cuando se siente loco y extravagante. Es una de las pocas bromas de mi familia.

—Exacto —contesta riendo—. Me llamo Lina, por cierto.

—Pia.

—Lo sé.

—Hum, ah... sí.

Me estrecha la mano calurosamente.

—Vale, bueno, cuídate. —Se vuelve y se dirige hacia la puerta, donde la esperan su marido y sus dos hijos.

—¡Adiós, Pia! —grita la niña, que me saluda con la mano de forma entusiasta.

Le devuelvo el saludo y, cuando se han ido, miro el dinero que tengo en la mano. ¡Doscientos dólares! Eso, junto con la paga y las propinas de las tres últimas noches, me deja en casi setecientos dólares. No está mal. Pero no basta para cubrir el alquiler de este mes. Ni las facturas. Ni, ya sabes, la vida.

—Vale, princesa, tengo una idea —dice Jonah—. Primero bébete esto. —Me ofrece un vaso—. Es un gimlet. Mi especialidad.

Doy un trago y casi me atraganto: es básicamente ginebra pura.

—Y B, ¡ven conmigo mañana a mis trabajos de los sábados, tía! Verás que hay un montón de formas fáciles de hacer dinero en Brooklyn. Me repartiré las ganancias contigo, a medias.

Está flirteando conmigo. Incluso a pesar del efecto de la ginebra puedo verlo.

—¿Qué clase de trabajos?

—Es una sorpresa, princesa —contesta Jonah—. Sin embargo, te diré que el primer trabajo es dulce y vibrante. Tú preséntate en Williamsburg a las 6 de la mañana y ya está. ¡Vamos! ¿Qué tienes que perder?

Tiene razón. Y es mono. Y necesito el dinero.

Le estrecho la mano.

—Hecho.

Todavía es temprano cuando llego a casa. Coco, Madeleine y Julia están en la cocina, como de costumbre. De algún modo hemos adoptado la cocina como eje central de Rockhaven. Cenas, cartas, charla: todo tiene lugar aquí.

—Eh, chicas. —Asiento hacia ellas, cojo la revista *Us* de Coco y me siento en el banco de la cocina. A veces estar en un grupo resulta reconfortante, aunque no te apetezca hablar.

Coco está midiendo cuidadosamente harina, que introduce en un bol rosa, y hay una sartén de risotto con espárragos en el fuego. Julia y Madeleine están sentadas a la mesa, las dos van vestidas con traje todavía y beben vino, lo cual, por cierto, nunca le había visto hacer a Jules; debe de formar parte de su rollo «ahora soy una adulta». Resultan presentables, ambiciosas, felices y empleadas. Yines a mi yang.

—¡Hola, P! —Julia continúa con su historia—: Y se han puesto en plan «¡Lo necesitamos antes de que acabe el día!». Y yo «Vale, no me lo ha dicho nadie, claro que puedo hacerlo».

—¿Y?

—Lo he clavado.

Chocan los cinco entusiasmadas, como algo salido de la maldita *Wall Street*.

—¿Qué tal el trabajo, Pipi? —añade Julia volviéndose hacia mí—. Te han dejado salir pronto, ¿eh?

—Sip. —Finjo estar profundamente interesada en la revista.

Julia se levanta, se sirve otro bol de risotto y mira a Coco.

—¿Magdalenas?

—No, pastel de limón. Angie dice que las magdalenas están desfasadas —

aclara Coco.

—¿Es que hay modas en la repostería? —Julia se ríe y se atraganta con el risotto.

—Mastica bien, Jules —dice Madeleine—. Ve más lenta.

—Tengo demasiada hambre. De hecho, llevo todo el día muerta de hambre. He estado comiendo cada dos horas desde que me he sentado a mi mesa a las siete de la mañana. Solo puedo levantarme para ir a mear o a la máquina expendedora.

—Yo también. Me he comido un sándwich vegetal en mi mesa, igual que mi jefe, y por la tarde me ha dado un bajón de azúcar mortal.

«Ingiere más proteínas en la comida», pienso. Reduce los carbohidratos simples como el pan blanco. Una vez leí en un artículo de una revista que evitar los bajones de azúcar era el secreto para mantenerse delgada, y según mi experiencia, es cierto. A mí me encanta la comida, pero no me paso con el azúcar. Y nunca le doy demasiadas vueltas a mi peso, a menos que me aprieten los vaqueros, y entonces como más carne y menos carbohidratos durante una o dos semanas y ya está. La única persona que conozco que come lo que quiere y nunca engorda es Angie. Como resultado, tiene cero complejos. Si no la quisiera tanto, lo encontraría irritante.

—¡Aj, bajón de azúcar! Yo compro caramelos a media tarde para mi equipo. La dulzura significa amor —dice Julia—. ¿Verdad, Coco?

Todas miramos a Coco, que está removiendo y tarareando felizmente, sumida en sus pensamientos.

—Todavía no he hecho amigos de verdad en el trabajo —dice Madeleine.

—¡Dale tiempo, tía! —contesta Julia—. De todos modos, las primeras personas a las que conoces normalmente son unos perdedores. ¿Recuerdas cuando estuve de becaria en Morgan Stanley y me hice amiga de aquella tía de Long Island? Oh, sí. Solíamos ir juntas al Century 21 a comer y todo. Entonces me di cuenta de que ella era aburrida y, como yo salía con ella, todo el mundo pensaba que yo también lo era. Muerte social por asociación.

—Vale —repite Madeleine obedientemente.

—¡Oh, no! —chilla Coco—. Nos hemos quedado sin mantequilla. —Todas la miramos. Se altera mucho con los pasteles—. ¡No pasa nada! Improvisaré.

Julia frunce el ceño.

—Por cierto, ahora que lo pienso, ¿por qué soy la única persona que parece darse cuenta cuando nos quedamos sin papel higiénico y cosas de la casa? A partir de ahora vamos a poner un bote para lo básico, y Coco, tienes que dejar de hacer comida para todo el mundo a menos que hayan puesto dinero para ello, ¿vale?

—No me importa —contesta Coco.

—Esa no es la cuestión —replica Julia—. Todas vivimos en Rookhaven y tiene que ser justo, ¿vale?

Angie pasa por la cocina antes de salir, va disparatadamente elegante, con unos zapatos de tacón de doce centímetros y un largo vestido de seda blanca cubierto de manchas de pintura negra. El vestido es evidentemente caro, probablemente se lo ha robado a su madre, que pertenece a la alta sociedad, y lo ha customizado ella misma. Suele hacer ese tipo de cosas.

—Eh, gatitas —saluda de manera informal mientras hurga en su bolso, presumiblemente en busca de tabaco.

—¿Qué tal tu día? —pregunta Coco con timidez.

—De coña, si excluyes las partes que incluían a la Zorra. No sabía que organizar fotos de comida pudiese ser tan aburrido y estresante al mismo tiempo. «Abusante.» —Se coloca un cigarrillo apagado en la comisura de los labios y empieza a recogerse el pelo con un nudo. La Zorra es, evidentemente, su jefa. Al parecer es holandesa y muy exigente—. Pero la última que ríe soy yo. Cada vez que me envía a Starbucks a por un *latte* con leche desnatada, se lo llevo con entera.

Madeleine da un grito ahogado.

Coco remueve la sartén.

—¿Te apetece un poco de risotto?

—Ah, señorita Coco, eres la mejor. —Angie se inclina y coge una cucharada directamente de la sartén—. Increíble. Quizá luego, cuando vuelva, encanto. Hoy

he comido un montón de sashimi.

—Comes tanto pescado crudo que pareces un jodido delfín —dice Julia.

—¿Y cómo puedes permitirte? —pregunta Madeleine—. Un buen sushi es caro.

—Mi jefa lo pide, pero nunca se lo come. ¿Por qué dejar que se eche a perder? —Angie se sirve un vodka con hielo y añade unas gotas de limón de los ingredientes del pastel de Coco—. Sobreviví a base de masa de bizcocho de chocolate y vino durante mi último semestre de carrera. Estoy intentando restaurar el karma nutricional.

—Eso no es nada, una vez durante las vacaciones de primavera yo me comí todos los platos de la carta de Taco Bell —repite Julia—. Dos veces. —Dios, sí que es competitiva.

—Menudo escándalo. Vale, me voy a Manhattan a tomar algo con lord Hugh, si alguien se apunta. ¿Pia? ¿Por qué demonios estás tan callada?

Inspiro hondo.

—Esta noche no puedo salir. Mañana me levanto a las cinco y media. Tengo un trabajo. O una cita. No estoy segura. Y me han despedido. Otra vez.

Se produce un silencio de estupefacción.

—¿Te han despedido del Bartolo's? Oh, cariño, ¿estás bien?

—¿Mañana trabajas a las cinco y media de la mañana? ¿Quién coño trabaja un sábado a las cinco y media de la mañana?

—¿Quién coño queda con un tío un sábado a las cinco y media de la mañana?

—Cuéntanoslo todo ya.

Está amaneciendo. Jonah y yo nos encontramos en una azotea de Williamsburg, en nuestro trabajo-barra-cita. Ha aparecido delante de la puerta de este edificio con dos cafés para llevar, me ha sonreído adormilado y se ha negado a decirme qué vamos a hacer.

Se me ha pasado por la cabeza que podría tener planeado algo perverso para mí. Entonces he visto que llevaba una camiseta de los Osos Amorosos y unos pantalones cortos rosa claro atados con un trozo de cuerda, y me he dado cuenta de que ningún hombre que se vista como un Huckleberry Finn hipster puede ser malvado.

Y ahora me tomo mi café a sorbos —Dios, me encanta el café—, incapaz de dejar de mirar el río en Manhattan. Resulta tan hermoso a la luz del sol de primera hora de la mañana que casi parece generado por ordenador.

No puedo marcharme de Rockhaven, no puedo marcharme de Nueva York. Quiero vivir mi vida aquí, y más que eso, estoy... estoy ansiosa por lo que sea que me espere.

Solo que no sé qué es.

—Bonito, ¿eh? —comenta Jonah, que contempla la ciudad conmigo.

—Es increíble —contesto.

—Leí en alguna parte que el filósofo Descartes dijo que una gran ciudad debería ser una «relación de lo posible» —dice Jonah—. Un lugar donde puede ocurrir cualquier cosa. Donde nunca sabes qué viene a continuación.

—Me encanta.

—Vuélvete y diles hola a las chicas.

¿Las chicas?

De repente, en un rincón de la azotea, veo tres bloques que me deben de llegar a la altura de la cadera. Entrecierro los ojos hacia la luz del amanecer y chillo.

—¡Cuidado! ¡Abejas! —Casi salto en brazos de Jonah.

—Relájate, gatita. —Saca un sombrero de safari cubierto con una malla de su bolsa—. No te dan miedo las abejas, ¿verdad? Si te vas a comportar como una gallina, ponte el sombrero de gallina.

Ignoro el sombrero de gallina, aunque, en realidad, me dan miedo las abejas.

—No, no, estoy bien. Entonces... ¿qué vamos a hacer?

—Vamos a cuidar de las abejas.

Asiento, tratando de parecer tranquila. Claro que vamos a hacerlo. Estamos en Nueva York. ¿Por qué no íbamos a cuidar de unas abejas?

—Me encargo de las colmenas por mi colega Ray —me cuenta Jonah mientras coge un artilugio con forma de regadera metálica—. Tiene un restaurante en el centro. Si lo haces bien hoy, puedes quedarte este trabajo.

¿Pia Keller, cuidadora de abejas?

—Entonces ¿vamos a... exprimir la colmena?

Jonah deja escapar una sonora carcajada.

—¿Hablas en serio?

—No —repongo rápidamente. Odio soltar chorradas—. Quiero decir... bueno, ¿qué hacemos?

—Vamos a comprobar las colmenas —contesta al tiempo que enciende la regadera metálica—. Esto es un ahumador. El humo de alguna forma las coloca, así no les importa que registremos su casa. Tú solo muévete lentamente y en silencio.

Entonces una abeja se posa en mi brazo y corro al otro lado de la azotea, gritando.

—¡Tía! ¡En serio! —exclama Jonah—. ¡Vas a asustarla!

—¡Lo siento!

—Haz lo que acabo de decirte que hagas —me indica Jonah.

Nuestros ojos se encuentran un segundo, y arquea una ceja. Donjuán. Esto es una cita. Pero ¿me gusta Jonah en ese sentido? Creo que no.

De repente pienso en el tío al que vi en Court Street, el aspirante a Príncipe Azul con las cejas ridículamente bonitas y la ruidosa novia británica... ¡Buf! ¿Por qué estoy pensando en él siquiera? Después de todo, está pillado y nunca volveré a verlo. Y yo no me meto en relaciones.

¿Por qué?

Bueno, su nombre era Eddie. Y fue mi primer amor. (Un horror, lo sé. No hay otra manera de decirlo.) Yo tenía dieciséis años y había llegado a mi tercer internado neurótica y miserable después de que me echaran de los dos anteriores, por no hablar de la consiguiente bronca parental. Entonces conocí a Eddie. Mientras estuvimos juntos, me sentí tranquila por primera vez en mi vida. Simplemente, no sé, conectamos. Y él me ayudó a estudiar. Hizo que dejase de salir de fiesta, recondujo mi vida. Más que eso, me hizo sentirme feliz, a salvo, comprendida... Me sentí rescatada. Me dijo que yo también le había rescatado a él, de las chicas fabricadas en serie de Nueva Inglaterra con las que había crecido, de no reírse nunca hasta llorar, de la asfixia de ser popular y al mismo tiempo estar más solo que la una. No eran más que gilipollices, por supuesto. La única persona a la que nunca puedes rescatar es a ti mismo.

Bueno.

Justo cuando estábamos a punto de vernos por primera vez en todo el verano antes de irnos a la universidad (él a Berkeley y yo a Brown), rompió conmigo. ¡Por teléfono! Sus palabras exactas: «Pia, afrontémoslo, contigo hay riesgo de fuga, nunca funcionará. Solo estoy haciendo esto antes de que lo hagas tú».

Incluso ahora, solo de pensarlo, me siento como si me hubiesen dado una bofetada. Me dejó por ser quien soy... o quien él creía que era, claro, y dado que él me conocía mejor que nadie, es lo mismo, ¿no?

Yo no sabía que fuera capaz de sentir tanto dolor. Incluso al recordarlo noto un nudo enorme y doloroso en la garganta. ¿Conoces esa sensación?

En ese momento yo me encontraba en casa de Angie, en Boston, y tuve el ataque de ansiedad más grande de mi vida. Creí que me moría. Me costaba respirar, tenía el corazón desbocado, todo me daba vueltas y lo único en lo que podía pensar era «se ha acabado, se ha acabado»... Angie apareció unos minutos después, aunque me parecieron horas. Luego me dijo que había oído unos extraños gemidos que yo no recuerdo haber emitido.

Las semanas siguientes fueron... indescriptibles. Creo que cuando una relación termina es casi como una muerte, y yo estaba fuera de mí.

Angie no es muy dada a hablar de sentimientos, pero, Dios, en esa época fue increíble... Me escuchaba mientras yo empujaba el codo y despotricaba. Me sujetaba el pelo cuando vomitaba e hizo acopio de pañuelos para mis lágrimas. Preprogramó mi iPod para que no tuviera que escuchar canciones que me recordaran a Eddie. Me recogía al final de cada noche, me llevaba a casa y me metía en la cama. Era, sencillamente, la mejor amiga.

Luego empecé la universidad y decidí no volver a hablar de ello. Era el único modo de contener mi miseria y actuar como la señorita Chica Fiestera Feliz.

Bueno, esa es la historia de Eddie. Por eso siempre estoy sola y no tengo más que rollos esporádicos. ¿Por qué iba a querer volver a exponerme a que me rompan el corazón?

Aj. Odio pensar en Eddie. Mi cerebro vuelve a él, una y otra vez, como cuando tienes ocho años y un diente se te está a punto de caer y no paras de moverlo.

Pero, a diferencia de un diente, Eddie no desaparece de mi cabeza.

Mis ensoñaciones se ven interrumpidas por Jonah, que se acerca a mí y me pellizca la nariz.

—¿Quieres ver las abejas, princesa?

Jonah, que se ha puesto unos guantes de lana, retira la tapa de una de las colmenas y levanta una bandeja de madera. Está llena de nidos de abejas y de insectos colocados.

—Supongo que les has dado un subidón —digo dándome una palmada en el muslo, encantada con mi propia broma.

—Eres hi... espera... larante. Vale, mira. Esta está llena de miel. Es alucinante. Les das una casa a las abejas y a cambio ellas producen la cosa más dulce del mundo.

—¿Qué clase de flores comen? —pregunto intentando no pestañear cada vez que una abeja zumba cerca de mí—. Con qué flores practican el sexo. Lo que sea. «Polinan.» Polinizan. Ya sabes a qué me refiero.

—Cualquier flor, en realidad, o árboles frutales, arbustos de bayas —dice—. Son capaces de volar kilómetros en busca de su polen, lo que puede llevarlas hasta Central Park. Y está el jardín botánico Brooklyn para las más vagas, por supuesto.

Veo a una abejita regordeta trazando dos ochos perfectos alrededor de la multitud, frotando su cuerpecito rechoncho contra sus vecinas en una especie de baile.

—Son tan hermosas de cerca —digo en voz baja—. Se las ve tan atareadas y felices. Resultan reconfortantes, ¿sabes?

Me callo al darme cuenta de que probablemente he vuelto a decir algo estúpido. Descubro a Jonah mirándome, pero él no se ríe. En lugar de eso, se inclina hacia mí para besarme y, en el último momento, algo en mi interior me dice «nop» y me aparto.

Gracias a Dios, Jonah lo acepta como un hombre.

—¡Me encanta el aroma a rechazo por la mañana!

Me río.

—Lo siento, tío. Yo no estoy...

—No tienes que disculparte por nada —me interrumpe—. Todo pasa, amigo. Manos a la obra.

Un par de horas de recogida de miel más tarde, he decidido que la cría de abejas sin duda no es para mí. Es demasiado peligroso (bueno, o yo soy demasiado miedica). He pasado la mayor parte del tiempo corriendo de un lado para el otro

cada vez que las abejas se posaban sobre mí. Ahora estoy en el coche viejo y destartado de Jonah, el sol brilla en el cielo y tengo una cesta llena de tarros de miel Kings County etiquetados a mano.

—*Baby, you're afiyaaaawork!* —canta Jonah con Kate Perry en la radio.

—¡Me siento tan despierta! ¡Es tan divertido hacer algo! —exclamo—. ¡Me encanta!

—¿Cómo es tu vida normalmente, princesa? —pregunta Jonah riéndose—. ¿Te limitas a recostarte y dejar que unos esclavos te alimenten a base de uvas o qué?

—Ah, que te den. Este coche está asqueroso, por cierto. Está lleno de envoltorios de comida y huele a pies.

—¿Esto? No es nada. Deberías ver mi apartamento. Lo comparto con otros cinco tíos, es como una placa de Petri de enfermedades. Los otros tíos siempre se están poniendo enfermos, pero ¡yo no! —Sonríe orgullosamente—. Tengo la constitución de un búfalo de Texas.

Puaj. Los tíos de nuestra edad son tan felices viviendo como cerdos. No lo entiendo.

—Entonces ¿cómo compaginas todos estos trabajos con tu carrera como actor?

—Tía, yo no lo llamaría «carrera como actor». Llevo seis años aquí y no está pasando nada de verdad. Aun así, me lo paso bien. A veces echo un cable en la banda de mi amigo, el Pequeño Ted, y a veces tomo clases de interpretación. El resto del tiempo solo hago el tonto por ahí.

—Guay —contesto, aunque en realidad pasarse seis años haciendo el tonto resulta algo deprimente—. ¿Cuál ha sido tu último trabajo como actor?

—Una campaña publicitaria de Diesel. —Está tratando de parecer guay y no está funcionando.

—¿Un anuncio de televisión?

—Esto... no. Para su página web.

—¿Un anuncio para su página web? ¿Eso no es hacer de modelo?

—No, era imagen en movimiento. Era actuar.

Tengo dudas respecto a eso (mi motivación en esta escena es ¡vaqueros!), pero no importa.

En ese momento, me suena el teléfono.

Me quedo mirando la pantalla un segundo, luego lo silencio. Son mis padres. No he hablado con ellos desde el desastre de la llamada posfiesta, y no quiero empezar a hacerlo ahora.

Un minuto más tarde, el móvil emite un pitido. Un mensaje. Debería cogerlo y acabar con esto.

Mi padre empieza a hablar primero.

«Ah, Pia, son las... 14.45 en Zúrich, lo que hace que sean las 8.45 en Nueva York, probablemente sigues en la cama... —No, no es verdad, estoy trabajando, pienso, desafiante—. Te llamábamos para decirte que estaremos en Nueva York en octubre.»

Mi madre lo interrumpe.

«Y a menos que tengas trabajo, un trabajo de verdad, ¡vas a volver con nosotros a Zúrich, donde podemos cuidar de ti!» Entonces mi padre retoma la palabra.

«Te llamaremos mañana. Intenta estar despierta y sobria.»

Clic.

Presiono «Borrar», cuelgo y suspiro.

Conozco a miles de chicas de mi edad que son totalmente independientes de sus padres, que les dicen que les dejen en paz sin más y cortan todo vínculo con ellos... Yo no quiero hacer eso. Una parte de mí todavía espera que tal vez, algún día, el extraño distanciamiento de los últimos años termine. Después de todo, son los únicos padres que tengo. De verdad que quiero que estén orgullosos de mí. Pero la mayor parte del tiempo, no creo que les guste siquiera.

Miro por la ventanilla, absorta en mis pensamientos. De repente la luz del sol resulta algo deprimente. ¿A quién quiero engañar? No puedo hacer carrera de la maldita cría de abejas. Necesito un trabajo, un trabajo de verdad... y rápido.

—Hoy es un día especial para los chicos y chicas con suerte —dice Jonah con la voz de un locutor de radio—. ¡Se celebra el Festival de Camiones de Comida en el mercadillo de Brooklyn! ¡Y ahí es donde tú, Pia Keller, vas a trabajar! ¿Conoces el mercadillo de Brooklyn?

—¡Por supuesto!

En realidad no había estado en el mercadillo de Brooklyn hasta hace un par de semanas, y porque me arrastraron Angie y Coco. Es un enorme montón de puestos en los que se vende de todo, desde cosas vintage hasta cosas de diseño y cosas de arte, bueno, muchas cosas.

—Espera, ¿qué es un Festival de Camiones de Comida?

—Dios, eres realmente nueva aquí, ¿no? Los camiones de comida son camiones que conducen por la ciudad vendiendo... tachán, comida.

—Bueno —digo sonrojándome—. Como los camiones de los helados.

—Piensa a lo grande —contesta Jonah al tiempo que aparca.

—Camiones de kebabs —sugiero mientras bajamos del coche—. Ah, creo que una vez vi un camión de magdalenas en el SoHo.

—Más grande.

Recorremos la calle, hacia un letrero en el que se lee festival de camiones de comida de Brooklyn, y ahora sé a qué se refiere con «más grande». Se encuentran alineados uno tras otro como gigantescos juguetes coloridos y brillantes: camiones de comida de todas las descripciones posibles.

Las Artes Sanas, Con un Par de Huevos, El Origen de las Especias, A Tortas, Thai Tanic, Batidos Imbatibles, La Manzana Mecánica, Meximanito, Bizcochos Borrachos, Borrachos, El Señor de los Pepinillos, Macarronáutica, Salsabor, El Guardián del Pan de Centeno...

—Vaya con los juegos de palabras —comento—. ¿Cómo preparan toda esa

comida en la parte de atrás del camión?

—Tienen elfos —dice Jonah.

—Me está entrando hambre —añado alzando la vista hacia él.

—Tú aguanta, cariño.

Ya hay gente esperando pacientemente en fila para recibir su comida antes de un largo día en el mercado. Uau, la gente hace lo que sea por una buena comida en esta ciudad. Estos camiones deben de estar forrándose.

Jonah se detiene delante de uno verde oscuro con una comida crece en Brooklyn pintado a un lado en grandes letras mayúsculas blancas. El toldo del costado está recogido y deja a la vista un menú corto y escrito a mano con tiza.

DESAYUNO

Tostada francesa con pan de pasas (DUMBO)

Beicon (Mill Basin) con huevos fritos (Brooklyn Heights) sobre masa fermentada con mantequilla (DUMBO)

Donuts con suero de leche (DUMBO)

¡Y TODO es local, sostenible, de temporada, alimentado con pasto o con biberón y orgánico siempre que sea posible!

—Este es el camión del hermano de Ray, Phil. Su especialidad es el pan, pero casi todo lo elaboran, cultivan, matan o curan en el distrito. ¿Lo pillas? Una Comida Crece en Brooklyn.

—En realidad, las pasas son de California —suelta un tío pelirrojo al tiempo

que sale de detrás del camión. Es uno de esos urbanitas de Brooklyn que ronda los treintaipocos, de ironía agresiva, con bigote estilo Dalí y camisa vintage de cowboy.

Phil y Jonah ejecutan una pequeña combinación de abrazo y apretón de manos, y Jonah me presenta. Al parecer Phil tiene un café—barra-panadería orgánica en el DUMBO, y tiene el camión los fines de semana por diversión.

—¿Todo se cultiva aquí, en Brooklyn? —pregunto escépticamente.

—Brooklyn está lleno de comida, *ma petite*. —Phil echa un vistazo a la cesta—. Ostras, ¡esas abejas están que se salen! Me encanta cuando mi hermano tiene una buena idea. Por supuesto, eso también explica por qué Ray es más rico y tiene más éxito.

—Pero no puede dejarse un bigote como el tuyo —añade Jonah—. ¿Echas de menos la barba?

—No demasiado —dice Phil retorciéndose uno de los extremos pelirrojos—. ¡Bueno! Veamos... ¿pan tostado de masa fermentada con queso ricotta y miel? —Alza la voz—. ¿Lara? ¿Cariño? ¿Tenemos ese ricotta?

—Sí —responde la esposa de Phil, una mujer guapa con el pelo alborotado, mientras se acerca desde la parte posterior del camión.

—Pan de masa fermentada de nuestra panadería orgánica del DUMBO, ricotta elaborado artesanalmente por un amigo mío en Fort Green, miel de Williamsburg. Productos de Brooklyn. ¿Lo entiendes?

—Lo entiendo. —Asiento enseguida.

—¿Qué tal van esos huevos con beicon, amor?

—Tenemos un pequeño problema. —A Lara se le escapa una risa nerviosa—. Se nos han olvidado los huevos.

Me da la sensación de que no es la primera vez que se olvidan de algo.

—¿Bocadillos de beicon solo? —dice Phil en tono dubitativo—. Un tostón. ¿Alguna idea, chicos?

—Beicon con... hum... ¿beicon?— propone Jonah.

—¿Y bocadillos de beicon con mermelada picante? —sugiero yo. Es uno de mis favoritos. Eddie solía prepararlo cuando estábamos de resaca durante las vacaciones, utilizando salsa de chile dulce de bote. «El desayuno de los campeones, Keller», solía decir, al tiempo que me atraía hasta su regazo para comerlo juntos, un mordisco cada uno. Luego salíamos a por café con leche con pan de jengibre, que en realidad es asqueroso, lo juro por Dios. Eddie decía que sabían a vacaciones. Arg, deja de pensar en él.

—¡Sí! ¡Me gusta la gente creativa! Vale, vosotros dos, id a explorar. Os necesito a mediodía.

Así que Jonah y yo paseamos por el mercadillo de Brooklyn mientras nos comemos los bocatas de ricotta con miel.

—Bueno, ¿de dónde eres, princesa? —me pregunta Jonah, con la boca llena—. Ricky y Vinnie me han hablado de ti, me han dicho que eres europea, pero yo creí que eras india o paquistaní o algo así.

¿O algo así?

—Eh... nací en Estados Unidos. Nos mudamos mucho de un país a otro, si es a eso a lo que te refieres —digo cuando pasamos por delante de un puesto en el que venden unos espejos antiguos que quedarían preciosos en el vestíbulo de Rookhaven. Debería volver cuando tenga dinero. Si es que lo tengo alguna vez.

—¿Ah, sí? Eso tiene que ser raro.

Suelto la retahíla habitual.

—Una escuela es una escuela, no importa dónde estés. Aula de estudio, actividades extraescolares, deberes...

—¿Nunca has estudiado en Estados Unidos?

—Sí, a partir de los doce estudié en un internado aquí... en tres, en realidad. —Cojo una joya hecha de piezas de máquinas de escribir antiguas—. Guay, ¡mira esto!

—¿Tres? Tía, ¡eso es muy raro! ¿De dónde son tus padres?

«Raro.» Otra vez. ¿Cómo voy a sentir que pertenezco a alguna parte si la gente no deja de señalar que soy diferente?

—Mi madre es de la India. Mi padre es de Suiza, pero vivió en Estados Unidos durante... unos treinta años. Es mucho mayor que mi madre.

—¿Por eso tienes los ojos verdes? ¿Por tu padre?

—Supongo.

Mis ojos son de un extraño tono jade; cuando era una adolescente todo el mundo pensaba que llevaba lentillas y prácticamente tenía que sacarme los ojos para demostrar lo contrario.

—Entonces hablas... ¿unas tres lenguas?

—La verdad es que no.

—Entonces... ¿dónde está tu casa?

Lucho contra el impulso de gemir.

—Dondequiera que deje mi sombrero. —Es una de mis respuestas estándar a esa pregunta sin respuesta. No sé dónde está mi casa. ¿Por qué le importa tanto a todo el mundo el hogar? ¿Porque una vez que saben dónde está tu casa creen que saben quién eres?

—Tía, tienes una vida estafalaria.

Hummm. Empiezo a mirar entre abrigos de pelo vintage. Nunca puedo explicar cómo es ser yo. Solo Eddie lo entendió de verdad, y me rechazó.

Dios, esta conversación está deprimiéndome.

—Debes de echar mucho de menos a tus padres.

—Ah, sí...

Yo nunca añoro a nadie, simplemente estoy acostumbrada a las despedidas. Pero la gente cree que eres fría y dura cuando lo dices.

—Y apuesto a que eras una de las chicas populares en todas tus escuelas.

—Sí. Era la Heather de *Escuela de jóvenes asesinos*.

Vale, solía salir con los populares, pero yo nunca fui una de ellos realmente. ¿Cómo iba a serlo? Esas chicas llevaban la misma ropa, se ponían los mismos reflejos, iban de vacaciones a los Hamptons y Martha's Vineyard desde que nacieron. Yo sencillamente no encajaba: el color de mi piel era distinto, mi ropa era distinta, todo. La única forma de sobrevivir era guardar las distancias, sin ser una marginada, y eso siempre implicaba parecer feliz, pasara lo que pasase. Y entonces conocí al tranquilo y estable Eddie, y la verdadera felicidad resultó fácil. Por un tiempo.

Jonah coge un sombrero de safari y se lo prueba. Bonitos bíceps. Por un segundo me imagino lamiendo sus brazos, me lo imagino encima de mí en la cama... Me pregunto si es normal fantasear con el sexo con tíos en los que no estoy interesada románticamente. Julia diría que no. Angie diría que sí.

—Vuelvo a tener hambre —le digo a Jonah—. ¿Quieres un perrito caliente a medias? ¡Doble de ketchup! Una vez me bebí un bote entero de ketchup por una apuesta. ¡Gané!

Y, ¡plof!, mi fantasía sexual con Jonah se desvanece. Justo entonces veo a Angie a unos seis metros, con un diminuto vestido de cóctel azul, cogida del brazo de un tío mayor y eurodesaliñado al que no he visto nunca. Probablemente francés, por sus vaqueros, ligeramente demasiado cortos.

Justo cuando estoy a punto de gritar para llamar su atención, Angie le abofetea la mejilla. Él le aparta la mano con brusquedad y dice algo desdeñoso. Entonces ella le empuja con tanta fuerza que el tipo retrocede un paso. No alcanzo a oír lo que Angie dice, pero las tres últimas palabras son muy claras, porque las grita a pleno pulmón. «Que te jodan.»

Ahora todo el mundo les mira.

—Un cielo —comenta Jonah.

Entonces Angie se vuelve y sale corriendo.

El tío se aparta el flequillo largo y lacio varias veces y desaparece en medio de la multitud.

—Es mi mejor amiga —murmuro. ¿Por qué no ha mencionado Angie a ningún tío nuevo? Creí que estaba con Hugh, ese lord inglés. ¿Quién es este tipo? Saco mi móvil.

—Sí, probablemente deberías llamarla —dice Jonah.

—No... —Dios, los hombres a veces son idiotas. Si Angie quisiera que yo supiese de ese tío, me lo habría contado. Es evidente que no quiere, y yo tengo que respetarlo. Pero puedo ponérselo más fácil si quiere contármelo ahora.

Le escribo un mensaje. «Eh, zorrita, ¿qué pasa? ¿Quieres que nos veamos luego?»

Un segundo más tarde recibo una respuesta. «Puede. Estoy fuera. Bebamos esta noche.»

Típico de Angie, pienso mientras Jonah y yo continuamos caminando.

Si viese a Julia discutiendo con un hombre misterioso, podría ser directa con ella. Aunque eso tampoco ocurriría jamás, por supuesto. El misterio no es lo suyo. La última vez que Jules empezó a salir con un tío, me escribió mientras ocurría. Literalmente.

Angie no. Una vez estábamos de vacaciones en Tailandia con mis padres a los catorce años. Angie me dijo que iba a acostarse temprano, así que yo salí a hurtadillas para ir de bar en bar con un par de camareros del hotel. Alrededor de medianoche, fui al lavabo en algún antro, oí unos sollozos y vi los zapatos de Angie por debajo de la puerta del cubículo. Me quedé sentada delante del urinario alrededor de una hora, rogándole que hablase conmigo. Ella se negó, sin parar de decirme que no me necesitaba, que quería estar sola. Al final me fui y, a la mañana siguiente, Angie había dejado su habitación del hotel y se había ido a casa con sus padres.

Nunca supe qué había ocurrido, y Angie estuvo casi un año sin hablarme después de aquello.

Ese fue el año en que me echaron de mi primer internado, ahora que lo pienso.

El verano siguiente ella actuó como si todo estuviese perfectamente entre nosotras, así que le seguí el rollo. A veces la amistad es más complicada que

cualquier otro tipo de relación.

—Pagaría por saber qué estás pensando —dice Jonah.

Le miro y frunzo el ceño.

—Lo siento. No tienes suficiente dinero para eso.

Es casi la hora de comer en el mercadillo de Brooklyn, y mientras Jonah hace cola para comprar un helado de caramelo con sal marina, yo me apoyo contra un camión viejo y destartalado a un lado del mercado para mirar a la gente. ¿La barba es obligatoria para los hombres de entre treinta y cuarenta años de Brooklyn o qué? Por norma todos los vendedores varones vienen con tapicería facial. Y todos parecen tan felices.

Eso es lo que necesito: un trabajo que me haga sonreír.

¿A quién quiero engañar? Necesito un trabajo y punto.

—Eh, cuidado —me espeta una voz ronca. Es una mujer mayor con el pelo plateado recogido en un moño alto.

Miro el camión que tengo detrás. Se trata de un camión de comida, advierto ahora, pintado de rosa claro y más viejo que yo. No se me ha ocurrido que pudiese dañarse tan fácilmente.

—Lo siento, yo...

—Es broma. —Me sonrío—. Este es Toto.

—¿Toto el camión? ¿Cómo en la canción «África»?

—Era eso o el título de otra: «Maniobras orquestadas en la noche» —dice—. Toto me pareció más fácil. Me llamo Francie.

—Pia. —Me inclino para estrecharle la mano. Un apretón muy firme, reconozco.

—¿Estás en tu descanso? —me pregunta.

Me halaga que crea que podría trabajar aquí.

—No exactamente... Estoy esperando a un amigo. Aunque me encanta este

sitio. Todo el mundo parece muy feliz. Especialmente la gente de los camiones de comida.

—Más les vale, esos advenedizos están haciendo una maldita fortuna — suelta ella mientras consulta su iPhone. Impresionante. Mi madre confunde el mando a distancia con el teléfono inalámbrico. Un iPhone le provocaría un colapso total.

—¿De verdad? ¿Tú también trabajas aquí?

—No. Estoy intentando venderlo. No hay suerte —añade Francie, suspira y da unas palmaditas al camión como si fuese un perro.

—¿Por qué no?

—Es viejo. —Francie se encoge de hombros—. Está completamente equipado, solía vender helados con él en Coney Island, pero no tiene todas las pijadas que quieren. Y el motor no es nada del otro mundo.

—Pobre Toto... —digo con tono compasivo, al tiempo que le doy una palmadita.

La pintura resulta cálida y granulosa, a diferencia del brillo resplandeciente de todos los demás camiones de comida. Y también me gusta su forma. No sé nada de camiones de comida, ni de ningún tipo de vehículo a motor, ya puestos, pero Toto es algo así como... adorable.

—¿Cuánto cuesta? —pregunto.

—Nueve mil dólares, cien arriba cien abajo. El problema es que no quiero vendérselo a alguien que no vaya a quererlo.

«Yo podría querer a este camión», pienso de repente. ¿Me imaginas conduciéndolo? ¿Vendiendo comida en la parte de atrás? Podría hacerlo; sé que podría... si supiese cocinar.

Maldita sea.

—Vale, tengo que irme, cariño. He quedado a las cinco en Battersby.

Abre la puerta del camión, sube ágilmente de un salto y se aleja

conduciendo con un saludo.

Sumida en mis pensamientos, me vuelvo y me choco contra Jonah y Bianca, la camarera medio punk de mala leche del Bartolo's.

—¡Mira con quién me he encontrado! —exclama Jonah alegremente, con la cara llena de helado. Se inclina hacia mí con aire conspirador—. Bianca está de resaca.

—Estuve celebrando no tener que volver a visitar esa casa de empeños de Pitkin —añade Bianca. Se dirige exclusivamente a Jonah. Clásico rollo de chica mala—. ¡Cosmo me ha dado mi dinero y mi camión está en camino!

—Es un usurero. Ese dinero es suyo —la corrige Jonah.

—¡Lo que sea! ¡Ahora es mío! —Bianca suelta una carcajada seriamente irritante.

—Qué sorpresa encontrarnos contigo —digo con mi tono más dulce. Apuesto a que sabía que Jonah estaría aquí.

Bianca me ignora, se inclina y mete la lengua en el helado de Jonah. El gesto de posesión es tan transparente que me esfuerzo por no hacerle la ola. Lo que sea, hermana. Todo tuyo.

—He estado ahondando en todo el concepto de los camiones de comida, ¿sabes? —dice Bianca mientras caminamos hacia Una Comida Crece en Brooklyn. Está al otro lado de Jonah y habla lo bastante bajo para que me cueste oírla—. Me encanta que enseñemos a las masas oprimidas el valor intrínseco de la comida que alimenta de verdad, el cuerpo y la mente... Siento que es lo correcto, tanto que por fin estoy empezando mi propia camiopastelería artesana.

¿«Masas oprimidas»? ¿«Camiopastelería artesana»?

—Tía, ¡te vas a salir! —exclama Jonah.

—En serio, J. Puede que los camiones de comida sean el principio de algo más grande y los parásitos de Manhattan por fin dejen de envenenar la Madre Tierra y se den cuenta de que estamos aquí para hacer del mundo un lugar mejor para los hijos de nuestros hijos.

Resoplo de la risa. ¿Esta tía va en serio? Me vuelvo para intercambiar una mirada con Jonah —perdón, «J»—, pero descubro que él está asintiendo.

—Entiendo a qué te refieres —dice él—. Todo está relacionado con la educación, con enseñar a la gente que lo que comen realmente marca una diferencia.

—¡De eso tratan los camiones de comida! —grita Bianca—. Necesitamos aprovechar el espíritu del tiempo, influir en la cultura pop, ¡plantar las raíces de la hierba que puedan convertirse en árboles!

—Yo creí que los camiones de comida simplemente hacían más fácil la vida de la gente que no tiene tiempo o dinero para sentarse en un maldito restaurante cada día —mascullo, medio para mí—. ¿Y desde cuándo la hierba se convierte en árboles?

Se produce una pausa.

—Perdona, ¿qué? —pregunta Bianca.

Me aclaro la garganta.

—Tengo amigos que trabajan en Manhattan y siempre dicen que no tienen tiempo para comer. Un camión de comida debería hacer sus vidas más fáciles, ¿no? Es comida rápida, buena y barata.

—Bueno, eso también es cierto —reconoce Jonah.

—Apuesto a que tienes un montón de amigos en Manhattan —añade Bianca con tono mordaz.

—Ah, pues sí. —Esbozo una sonrisa falsa. Uau. Es una mala pécora.

Llegamos a Una Comida Crece en Brooklyn y Phil asoma la cabeza desde el interior del camión.

—¡Necesitamos vuestra ayuda! ¡Nos hemos quedado prácticamente sin comida! —grita, y se echa a reír, con un leve dejo histérico—. ¡Y ni siquiera es mediodía!

Lara se apresura hacia nosotros.

—Jonah, ¿puedes llevarme a la panadería para coger más provisiones, por favor? No hemos planificado esto demasiado bien.

—Vale, de paso llamaré a Ray —contesta Jonah y frunce el ceño en plan «Soy boy scout y puedo arreglarlo», como suelen hacer los buenos tíos. Eddie fruncía el ceño así—. Seguro que tiene algo que nos venga bien. Mozzarella de búfala, quizá, o algo de ese impresionante embutido local... —Saca su móvil.

—Os acompaño —añade Bianca con insistencia, le agarra del brazo y me sonrío mientras se lo lleva—. Entonces ¿trabajas esta noche en el Bartolo's? Un amigo toca en el Red Hook...

Jonah se libera de ella.

—¡Pia! Tía, ¿te vienes?

—¿Y abandonar una emergencia en un camión de comida? ¡Ni de coña! — respondo, y le grito a Phil—: ¡Eh! ¿Necesitas ayuda en esa cocina?

—¡Demonios, sí! —contesta él—. ¡Venga, entra!

Vale, lo que quería por encima de todo era alejarme de los irritantes quejidos de Bianca, pero cuatro horas más tarde creo que jamás me lo he pasado tan bien con algo que no implicara alcohol y/o una cama. ¡Me encanta trabajar en un camión de comida!

Tiene todo lo que más me gustaba del Bartolo's —hablar con gente y verles disfrutar de una comida genial— sin las partes molestas, como correr de un lado para el otro, sacar la cuenta y recoger los platos sucios.

—¿Por qué no hacemos un bocadillo sin tapa, ya sabes, solo con la mitad de abajo del pan? —le sugiero a Phil, pues he notado que mucha gente, especialmente las mujeres, inmediatamente desechan la mitad del pan y rascan los ingredientes con más calorías, como la nata o la cebolla frita—. ¿O una ensalada? ¿O hacer que las cosas pesadas como la nata sean opcionales?

—Eso no es lo que quiere la gente, Pia.

Supongo que el movimiento de comida sostenible no incluye sostener el tamaño de tu culo.

Alrededor de las cuatro cerramos, abrimos unas bebidas heladas y nos apoyamos en el camión para hablar del día. Me encanta sentirme parte del equipo, aunque el equipo incluya a la pécora de Bianca. Ella y Jonah han pasado la tarde repartiendo *flyers* y muestras de Una Comida Crece en Brooklyn.

Phil me da cien dólares y un tarro de miel Kings County.

—Uau, gracias, ¿estás seguro? ¡No he trabajado más que unas horas!

—Cariño, te lo has ganado —interviene Lara—. Coge el dinero y sal corriendo.

Jonah y Phil están hablando acerca de conseguir peras locales, y Lara y Bianca de qué nombre poner al nuevo negocio (perdón, «camiopastelería») de Bianca. Así que me quedo en las nubes. Hoy ha sido divertido y todo eso, pero no olvidemos lo más importante: necesito un trabajo de verdad. Una sensación de ahogo me inunda el pecho al pensar en que estoy sin blanca y que no sé cómo voy a pagar el alquiler del mes que viene, por no hablar de comer.

Mis pensamientos se ven interrumpidos por el golpe que da Phil al camión para enfatizar su argumento.

—Lo que resulta realmente increíble es que el movimiento de los camiones de comida haya cubierto, literalmente, todas las bases en cuestión de años —está diciendo—, hay algo para todo el mundo.

No quiero discutir, pero... eso no es del todo cierto.

—Hay algunos grupos étnicos poco representados, supongo —reflexiona Lara—. Resulta difícil hacer churrasco en un camión.

—Alguien debería montar un camión de comida texana —agrega Jonah con aire soñador—. Té helado, filete de pollo frito, salsa de carne blanca, ostras fritas...

—¿Por qué no lo haces tú? —dice Phil.

—Porque suena a un montón de trabajo. —Jonah se echa a reír afablemente de sí mismo.

—Hay espacio para más pastel artesanal —insiste Bianca.

Pongo los ojos en blanco y contengo un resoplido.

—¿Tú qué crees, Pia? —me pregunta Phil.

Mierda. Creí que nadie me estaba prestando atención.

—¿Qué sé yo? Yo no soy especialista en... comida. Quiero decir, cocinera... eh... chef. Lo que sea.

—Tu opinión es igual de válida —asegura Lara—. A veces hace falta alguien de fuera para ver las cosas con claridad.

—Y tu bocadillo de beicon con mermelada picante ha sido el más popular de la carta de desayunos de hoy —añade Phil.

—Vamos, no me hagas sacar el sombrero de gallina otra vez —dice Jonah.

—Vale. —Intento sonar segura—. Creo que no hay nada en estos camiones para las personas que no quieren una sobrecarga de hidratos de carbono, sal y grasas. Si estoy trabajando en una oficina y voy a parar para comer, no quiero comerme un burrito agridulce, sea lo que sea eso.

—Pollo y puerros con una salsa de nata y estragón recubiertos de hojaldre.

—¡Exacto! ¡Nata y hojaldre! Quiero decir, ¡venga ya! —Siento que estoy a punto de empezar a despotricar, y no quiero parar—. A mí me encanta la comida, me encanta comer, pero no quiero algo que engorde, y no quiero un bocadillo que me haga caer en un coma de hidratos de carbono o pasarme toda la tarde eructando aceite de ajo. Por otro lado, tampoco quiero una de esas viejas ensaladas anémicas que venden en las tiendas, porque me llenará durante veinte minutos y luego volveré a tener hambre.

—¿Las tías eructan? —me interrumpe Jonah.

—¡Hablo en serio! Quiero una ensalada grande y crujiente con montones de proteínas, como atún o pollo o huevos cocidos, y quiero un montón de sabores, como marinada picante de jengibre y ajo y... hum... lima. —He ido bajando la voz; tratar de hablar de comida como lo han estado haciendo los chicos toda la tarde no es fácil—. Y endivias y almendras y rábanos y... eh... aguacate, y queso bajo en grasas, y solo la grasa justa en el aliño para que tenga buen sabor...

—Bueno, buena suerte para encontrar eso —interrumpe Phil—. Prueba con un bufet de ensaladas. O ve a un restaurante.

—La mayoría de las chicas de mi edad no podemos permitirnos ir de restaurante todos los días, y no hay suficientes bufets de ensaladas. Queremos un camión de comida con comida fresca que sepa bien y no esté cargada de grasa y calorías. —Hago una breve pausa cuando la semilla de mi pequeña idea toma forma de repente—. Queremos Ruedas Flacas.

—Bueno, cariño, las chicas de tu edad constituyen un sector diminuto de la población —dice Phil.

Ahora estoy pensando en voz alta.

—En realidad, no tiene nada que ver con la edad. Hay miles, no, millones de mujeres como yo. Y apostaría a que tíos también. Yo adoro comer, pero tengo que escoger de forma inteligente. Tiene que ver con el equilibrio, ¿no lo veis? Entre la comida que sabe bien y la que es buena para el tamaño de mi culo.

Phil y Jonah se encogen de hombros. Lara asiente con gesto pensativo. Bianca se mira las uñas.

Y entonces tomo la decisión que podría cambiar sin más el resto de mi vida.

Salto desde la parte delantera del camión.

—¿A dónde vas? —me pregunta Jonah mientras me alejo con paso decidido.

Sin bajar el ritmo, grito por encima del hombro:

—¡Voy a comprarme un maldito camión de comida!

—He venido a ver a Cosmo. Soy... esto... amiga de Bianca.

Es la primera vez que piso una casa de empeños. He venido directa desde el mercadillo de Brooklyn hasta Pitkin Avenue, y el sitio encaja a la perfección con todos los clichés. Ventanas grasientas, mala iluminación: el salón de las últimas oportunidades de la era moderna. Ahora mismo es mi única alternativa. Además, si le ha funcionado a Bianca, me funcionará a mí, ¿no?

El tipo de la casa de empeños —como recién salido de una película, con palillo y todo— coge su teléfono y marca.

—¿Cosmo? Hay un asunto que te concierne. No, este te va a gustar.

Estoy nerviosísima, así que intento aparentar que pasar el rato en casas de empeños es algo que hago todos los días y me dedico a fingir que estoy de compras con los tristes y pequeños anillos de compromiso alineados como huérfanos. Al cabo de unos minutos llega Cosmo.

Lleva unos pantalones de buen corte, una camisa perfectamente planchada y la cabeza recién rapada. No es guapo, pero resulta agradable. Podría tener cualquier edad entre los treinta y los cincuenta años. Me estrecha la mano con firmeza al tiempo que me mira a los ojos y sonrío, mostrando unos dientes blancos inmaculados y unas encías sanas y muy rosas.

—Cosmo Ferris.

—Pia Keller.

—Encantado de conocerte. ¿Me acompañas a la trastienda para hablar? — Habla bien, con un leve acento de Brooklyn.

—Mejor vayamos a la cafetería. —Cosmo parece legal, pero yo no creo que las historias que empiezan con un «Y entonces ella se fue a la trastienda de la casa de empeños» suelen acabar bien, ¿y tú?

Nos dirigimos a la cafetería de al lado y ambos pedimos botellas de agua sin gas. Intento parecer todo lo profesional que puedo teniendo en cuenta que llevo unos vaqueros cortados y probablemente huelo a Una Comida Crece en Brooklyn. Se trata de una reunión de negocios.

—Necesito hidratarme —dice Cosmo—. Me encanta la Smartwater, ¿la has probado?

—Oh, sí, es la mejor —contesto. El año pasado Julia estaba obsesionada con la Smartwater.

—Ahora es lo único que bebo. Compito en triatlones, y me aficionó a ella mi entrenador. Proporciona al cuerpo todos los electrolitos que necesita.

Uau, un prestamista triatleta. La sensación de inquietud que experimento en el estómago se suaviza un poco. Este tío no me cae mal.

Mientras llegan nuestras bebidas, Cosmo saluda a algunas personas: está claro que tiene buena reputación. Es una buena señal. No se trata de ningún cerebro criminal del inframundo, o lo que sea. Claro que ni que yo fuera capaz de reconocer a un cerebro criminal del inframundo.

—Me alegro de que Bianca te haya hablado de mí. —Cosmo me sonrío afablemente—. Una gran chica. Bueno, te explico. Yo soy un chico de Brooklyn, nací y crecí aquí. Dirijo una exitosa firma de seguridad, ese es mi principal negocio y fuente de ingresos, y actualmente, toco madera, no tengo de qué preocuparme. Llevo unos cuatro años como prestamista profesional, desde que yo mismo tuve problemas para conseguir un préstamo del banco y me di cuenta de que a veces la gente buena y honrada solo necesita que le echen una mano.

—Claro. —Asiento. Las frases que utiliza son mucho más complicadas de lo necesario. Me pregunto si cree que le hacen sonar inteligente. Supongo que algunas personas hablan así y punto.

—Yo te hago el préstamo y tú lo devuelves a plazos semanales, con un pago único al final de un período acordado, además de una tasa de interés del diez por ciento, por supuesto, como probablemente esperarías. Mis tasas de interés son comparables o inferiores a las de algunos de los bancos más importantes, como estoy seguro de que una chica lista como tú puede ver. Es todo muy sencillo.

—Ajá. —Con sintaxis enrevesada o sin ella, tiene sentido. Y sus intereses son

más bajos que los de un banco.

—Bueno, ¿cuánto necesitas?

—Solo nueve mil dólares —respondo—. Voy a abrir un negocio. Obtendré beneficios inmediatamente, así que devolvértelo no será un problema.

Los camiones de comida son un negocio que genera dinero en efectivo, lo que significa beneficios inmediatos, ¿no? Una Comida Crece en Brooklyn ha ganado miles hoy. No hay alquiler, ningún gasto aparte de la comida y un espacio para aparcarlo por la noche. Es la única forma posible de que me construya un negocio y una carrera, gane dinero e impresione a mis padres. Se trata de un préstamo a corto plazo para una solución a largo plazo. De repente el corazón me late más rápido de la emoción. Pienso hacer que esto funcione.

—Dejémoslo en diez mil redondos —dice Cosmo.

—Vale.

Saca un pequeño libro de contabilidad y se pone a escribir.

—Veamos... diez mil, a un interés semanal del diez por ciento, hacen un pago semanal de mil. Entonces, en seis semanas, solo me deberás los diez mil originales. Es muy simple.

—¡Genial! —contesto. Parece una tasa de interés importante, pero, insisto, una vez que esté ganando miles al día, será nada. Así son los negocios.

Cosmo empieza a hablar de extensiones de préstamos y de cómo cambiarán las tasas. Si no gano los diez mil a tiempo, solo tendré que vender el camión antes de la finalización del préstamo para pagarle.

—Entonces ¿te hago una transferencia con el dinero cada semana?

—No, no, hagámoslo más fácil —dice—. Me pasará a recogerlo cada domingo a las siete de la tarde, ¿vale?

—Vale —respondo—. Entonces... ¿ahora qué?

—Te tomo los datos, tú lees y firmas el contrato, te doy el dinero y ya está.
—Y es realmente así de fácil.

Dos horas y una rápida visita a Francie más tarde, soy la orgullosa propietaria del camión Toto.

Toto y yo llegamos a Union Street justo cuando el sol se está poniendo, y estoy de muy buen humor. No tiene aire acondicionado, y su radio salta a cualquier emisora en un kilómetro a la redonda. De alguna forma, en perfecta sincronía, empieza a sonar «Happy Together», de los Turtles. Voy cantando a pleno pulmón.

—*Imagine me and, you...*

Una deliciosa sensación de calma y bienestar me invade a medida que recorro Union Street. El olor a barbacoa flota en el aire, los niños en bici gritan de ese modo ligeramente histérico en el que lo hacen los niños, y hay dos niñas pequeñas jugando a la rayuela. Resulta ridículamente idílico, de manera que solo se ve estropeado levemente por el motor de Toto, que tose como si fumase como un carretero.

Con gran dificultad, aparco marcha atrás justo delante de Rookhaven, y echo un vistazo y veo a Julia, Madeleine y Coco en los escalones de nuestra entrada, charlando alegremente con varias cervezas y un bol de Doritos entre ellas. Me inclino por la ventanilla, me bajo las gafas de aviador hasta la punta de la nariz y grito:

—¡Eh, muy buenas!

Julia alza la vista hacia mí, da un grito ahogado y deja caer su cerveza. Esta rueda por los escalones de la entrada, arrojando un chorro de espuma, y emite un ruido metálico hasta abajo. Salto del camión, cierro la puerta de un portazo detrás de mí y recojo la cerveza.

—¿Qué... cómo... demonios... tienes un camión? —dice Julia.

—Lo he comprado. —Me siento eufórica—. ¡Se llama Toto! —Todas nos volvemos para mirarlo. Toto es aún más grande y está más oxidado de lo que parecía en el mercadillo de Brooklyn, y su color rosa pálido es un cruce entre rosa chicle y un cerdito—. ¿A que os encanta?

Francie estaba tan emocionada porque quisiera comprarlo que ni siquiera le ha importado que la haya acosado hasta su cita en Battersby. Me ha llevado a su casa, justo a la vuelta de la esquina, para darme las llaves y todos los papeles

enseguida.

—¿De dónde has sacado el dinero? —me pregunta Julia, al tiempo que me tiende una PBR. Normalmente no bebo cerveza, pero esta tarde es justo lo que quiero.

—He empeñado algunas joyas. —No me apetece nada oír los comentarios sarcásticos de Madeleine acerca de acudir a un prestamista.

—Es como un enorme grano metálico —dice Madeleine al instante.

—No hables así de Toto —le suelto. Pero ni siquiera Madeleine puede ponerme de mal humor—. ¡Adivinad qué! Voy a abrir un negocio de comida llamado Ruedas Flacas!

Julia se queda boquiabierta.

—Joder, ¿que vas a hacer qué?

Les cuento rápidamente todo acerca de mi día y mi idea.

—Voy a empezar con poco: solo un par de ensaladas con montones de proteínas. ¡Lo único que tengo que hacer es cocinar cada noche y ponerme a conducir y a vender durante el día! ¡Me he pasado todo el día haciéndolo, es muy fácil! ¿Qué pensáis?

—¡Megaincreíble! —exclama Coco—. Es lo más guay que he oído nunca.—
¿Dónde vas a comprar la comida? —me pregunta Julia—. Y tú no cocinas.

—En el mercado, o en Trader Joe's, claro —respondo despreocupadamente—. Y sé asar pollo y preparar una ensalada, ¿sabes?, no soy idiota. No puede ser tan difícil, ¿no? ¡Las ensaladas ni siquiera implican cocinar de verdad! Tal vez necesite la ayuda de Coco, porque estaba pensando en intentar hacer algún postre bajo en azúcar.

Sonrío esperanzada a Coco, que da una palmada emocionada.

—¡Me encantaría!

—¿Cuál es el RI esperado? —interviene Madeleine.

La ignoro y anoto mentalmente buscar «RI» más tarde.

—¿No necesitas una licencia o algo? —pregunta Julia—. ¿Y registrar el vehículo?

Hago un gesto de rechazo con la mano.

—Fácil. Tengo que enviar los papeles con mi nombre, y bla, bla, bla. El camión ya tiene licencia como Heladería Toto. Pintaré «Ruedas Flacas» en la parte de arriba. Es solo un nombre, y alquilo la licencia de la propietaria, todo el mundo lo hace. —Francie me lo ha explicado todo. Al parecer hay un montón de trapicheos en el sistema de permisos de los vendedores de camiones de comida en Nueva York, lo cual me viene de maravilla.

—¿Dónde vas a preparar la comida?

—En nuestra cocina hasta que tenga dinero suficiente para ir a uno de los espacios esos —digo. Soy consciente de que esta parte implica desviarse un poco de las normas—. Tenemos esa nevera grande de sobra en el cuarto de la lavadora. Y me aseguraré de que todo sea higiénico. Ya sabéis, guantes, cuchillos limpios, ese tipo de cosas. Si... hum... ¿os parece bien?

—Claro que nos parece bien —responde Julia—. Es solo que... ¿tú? ¿Un camión de comida?

—Es la idea más ridícula que he oído en mi vida. ¿Quién iba a comprarte comida? —me espeta Madeleine.

Por un segundo se me parte el corazón. Tiene razón. ¿En qué demonios estoy pensando?

—¡Yo! —salta Coco.

Hago chocar mi cerveza con la suya y le sonrío agradecida.

—¿Sabes qué? Yo también lo haría —añade Julia lentamente—. Es una locura, pero lo haría. ¿Aparcarás cerca de mi oficina primero?

—Voy a ducharme. —Madeleine sube los escalones con paso firme y cierra la puerta principal de un portazo tras ella.

—Eh, se ducha como tres veces al día, es muy raro —digo. Julia me fulmina con la mirada para que me calle—. ¡Es verdad!

—Bueno, ¿no son esas las bisoñas de Rookhaven?

Las tres alzamos la vista para ver a Vic y a su hermana, Marie, que pasean sin prisa por la acera. Marie se parece un poco a Vic, tiene las mismas orejas grandes y puntiagudas y una cara arrugada como una vieja carta de amor, con el pelo rosa claro cardado. Le pega. Es como un hada muy mayor.

—¡Hola, tío Vic! ¡Hola, tía Marie! —saludan Julia y Coco a coro, como si tuviesen cinco años.

—¡Mira eso! —exclama Vic—. ¡Un camión rosa!

Los dos están comiendo helados de limón.

—El camión es mío —anuncio orgullosamente—. ¡Se llama Toto! ¡Voy a abrir un negocio! ¡Un camión de comida!

—No me digas —responde Marie—. Se parece a uno que solía vender helado de limón en Coney Island.

—¡Es el mismo camión! —exclamo—. Bueno, puede. Tal vez. Era un camión de helados.

—Eso es un buen pedigrí, cariño —me felicita—. Oh, nos encantaba ir a Coney Island cuando éramos más jóvenes. ¿Te acuerdas, Vittorio? En días como hoy, ¡íbamos a Ravenhall! Era una piscina. Vic atravesaba toda la piscina conteniendo el aliento, solo para impresionar a Eleanor. —Vic no reacciona a esta historia, sino que se limita a continuar comiéndose su helado. ¿Eleanor era su esposa? ¿La mujer a la que regaló el rosal, la que murió? Marie prosigue casi sin coger aire—: Ah, y luego parábamos en Williams Candy. Las palomitas caramelizadas eran para morir. ¿Sabes?, creo que sigue allí. Deberíamos ir, Vittorio.

—Palomitas caramelizadas y dentaduras postizas, eso sí que es una idea genial —replica Vic. Me mira—. Bueno, he oído que anoche montaste todo un numerito en el Bartolo's.

¿De verdad fue anoche? Parece hace tanto tiempo...

—Oh, Dios, sí... hum... oh, Vic, de verdad que disfrutaba con el trabajo, y me encanta el restaurante —añado con sinceridad—. Lo siento mucho, supongo que te he hecho quedar mal...

—Ricky y Vinnie me han contado toda la historia hoy en el club.

—Angelo es demasiado rígido —interviene Marie—. Siempre lo ha sido. Ya era un niño rígido. Aunque su madre, eso sí que era una mujer rígida. ¡Tensa! Me sorprende que consiguiera empujarle...

—Marie —la interrumpe Vic con un gesto de advertencia.

Ella pone los ojos en blanco con una leve sonrisa y vuelve a concentrarse en el helado. Vic se vuelve hacia mí y, sorprendentemente, dice:

—Bueno, bien por ti por defenderte. Entonces ya tienes otro trabajo, ¿no? ¿Crees que esta vez podrás conservarlo?

—Lo haré —contesto—. Lo prometo.

—¿Cómo estás, tía Marie? —pregunta Julia—. ¿Qué tal la cadera?

—Ah, no me quejo. Coco, cariño, ¿me ayudarías a bajar las escaleras? Voy a acostarme. Vittorio, es hora de que tú también descanses, ¿me oyes?

—¿Quién ha muerto y te ha nombrado jefa?

Mientras Coco ayuda a Marie, Julia le ofrece a Vic una cerveza, pero él la rechaza. Parece feliz con solo apoyarse contra la barandilla al sol de la tarde.

—Eres igualita que tu tía Jo, ¿sabes? —le dice a Julia—. Y Coco es como tu madre.

—Lo sé —responde Julia—. Cuanto mayor se hace Coco, más me recuerda a ella. No creo que ella se dé cuenta.

Coco sale repentinamente del apartamento al nivel del jardín, sube los escalones de dos en dos y entra corriendo en nuestra casa, cierra la puerta tras de sí de un portazo y sale unos segundos después con una cesta de bollitos de arándano.

—Los favoritos de Marie —explica, y baja los escalones de un salto para

volver a casa de Vic y Marie.

—Sí, igual que tu madre, siempre haciendo pasteles y ayudando —dice Vic.

—Era la mejor —concluye Julia.

Se produce una pausa, y nadie dice nada.

—Bueno, será mejor que vaya a echar un vistazo a ese espectáculo de bollitos de arándano —dice Vic—. No puedo dejar que mi hermana se los coma todos sola. Volveré a salir en un rato.

—Algunos de mis primeros recuerdos son de cuando me sentaba aquí con Vic, Marie y mi madre las tardes de verano, viendo el mundo pasar —explica Julia, medio para sí.

—Me gustan mucho los dos —digo.

—A mí también. Saber que están aquí me hace sentir segura. Es como si Rookhaven realmente les perteneciese. O ellos perteneciesen a Rookhaven.

—¿Vic tiene hijos? —pregunto.

Julia niega con la cabeza.

—No. La familia de mi madre se mudó aquí en los sesenta, creo. Vic se instaló directamente abajo, y Marie cuando murió su marido. Son como de la familia.

Me mira a los ojos y sonrío, pero su mirada es triste.

Alzo mi cerveza hacia la suya.

—Por los amigos que son como de la familia.

Y bebemos.

Una hora más tarde, Coco vuelve a estar sentada en la entrada con nosotros, y yo estoy completamente achispada por la cerveza. ¡Tengo un camión! ¡Voy a abrir un negocio! ¡Tengo una nueva carrera!

Estamos hablando de hombres. O, como dice Coco, «chiiicoosss».

Les cuento todo sobre Jonah.

Veredicto: no es mi tipo. Ni siquiera para un rollo.

—Tú quieres enamorarte. —Coco asiente con complicidad.

—¡Ni de coña! —exclamo—. Sin embargo, me contentaría con que alguien me guste durante un período prolongado de tiempo. Y con el sexo.

—Por favor. Yo no he tenido a nadie cerca de mi cosita como en catorce meses. —Julia pone ojitos de cordero degollado.

—Me gustaría que no lo llamasen tu «cosita» —digo yo.

—¿Por qué, porque debería llamarlo mi chichi, como solías llamarlo tú?

—Eh, no te metas con mi chichi. Mi chichi nunca me ha decepcionado. —Hago una pausa—. En realidad me decepciona constantemente, el muy cabrón.

Coco carraspea.

—Estoy pensando en apuntarme a un club o a algún curso para conocer a más tíos. ¿Habéis oído hablar de Brooklyn Brainery? Y hay petanca en Union Hall.

—Los hombres que juegan a la petanca son o de la edad de Vic o la peor clase de hipsters —asegura Julia.

—Creo que deberíamos probar con hombres mayores —añado yo—. A los tíos de nuestra edad les falta un hervor o algo parecido.

—Sí —dice Julia—, y yo creo que los tíos piensan que soy rara por ser, ya sabéis, ambiciosa y porque me importan mi carrera y las cosas. —Frunce el ceño mientras arranca parte de la etiqueta de su botella de cerveza.

—Lo único que necesitas es a alguien que sea amable, sexy e inteligente —contesto—. Es como si los tíos solo pudiesen ser dos de las tres cosas.

—Y tiene que ser divertido —añade Julia.

—Y tiene que reírse —agrego—. No limitarse a decir «qué gracia» cuando estoy siendo graciosa.

—Afirmativo. Y no puede estar más delgado que yo y tiene que tener una carrera universitaria.

Coco nos mira a Julia y a mí elaborar esta lista de atributos como un niño que presencia un partido de tenis.

—¿Dónde vamos a encontrar tíos mayores, solteros, amables, inteligentes, educados, divertidos y sexys? —pregunta Julia.

—¿Qué hay de tu oficina? —Imagino que el trabajo de Julia es una combinación de *Wall Street 2* y *American Psycho*—. Venga, con todos esos hombres atléticos con traje...

—No —replica Julia—. Ninguno de los tíos que se sientan cerca de mí al menos. Son los peores chicos de fraternidad. Y los mayores ni siquiera me hablan. Es como si no existiera.

—Probablemente va contra alguna política —sugiere Coco—. Ya sabéis, por lo del acoso sexual.

—No creo, la mayoría se folian a sus ayudantes. —Suspira—. De todos modos son asquerosos. Yo no querría un rollo de oficina, solo odio que me ignoren. ¿Cómo se supone que voy a conocer a alguien?

—¡Hay un sitio en Smith en el que dan clases de salsa! —exclama Coco.

—¿Clases de salsa? Ni de coña —contesto yo—. Es simple. Ve a un bar. Allí habrá hombres. Establece contacto visual. Espera veinte minutos. Y *voilà*.

—Sí, como si fuera tan fácil. —Julia pone los ojos en blanco—. De todos modos, ¿qué clase de control de calidad es ese? ¡Podría ser un completo capullo!

—El mundo está lleno de capullos. —Asiento—. La cuestión es que estén buenos.

Coco suelta una risita y Julia pone los ojos en blanco de nuevo.

—¡Zorritas! —dice una voz. Es Angie, tiene hipo y se tambalea ligeramente

en los escalones de la entrada—. He estado en el Spring Lounge del SoHo toda la tarde con lord Hugh. Las bebidas eran fueertesss...

—¿Se está poniendo seria la cosa con el buen lord? —Me muero por preguntar por la pelea con el tío del mercadillo de Brooklyn, pero sé que nunca me lo contará delante de las demás. Probablemente no me lo contaría aunque estuviésemos solas.

—Ah, Hugh... mi señor y salvador —dice, luego entrecierra los ojos hacia el cielo—. Lo siento, Dios. Ya sabes que solo estoy de bro... ¡Ua! —Se cae del escalón—. ¡Ups! No, no pasa nada, todo bien, aquí no hay nada que ver, sigue...

—Tía, está pedo —dice Julia.

Obvio.

—¡Quiero salir! —grita Angie—. ¡Preparémonos para ponernos en marcha! —Comienza a boxear contra su sombra hasta que se lleva un latigazo de su propio bolso—. Au, au, auuu. Bolso, teta, pum.

Me pongo en pie y la cojo de un brazo para llevarla hasta arriba. Julia se levanta y la coge del otro.

—Vamos, borrachuza. Arriba.

—No soy esa clase de chica, maldita sea... —Angie empieza a subir las escaleras, lentamente, mascullando—. Las mamadas son un privilegio, no un derecho.

—¿Qué? —preguntamos Julia y yo al unísono, y nos echamos a reír histéricamente.

—Le prepararé unas tostadas y té caliente —propone Coco, que se apresura detrás de nosotras.

—Joder, estoy muerta de hambre —dice Angie con claridad—. ¡Dame carbohidratos, cariño!

Una hora y siete tostadas con mantequilla más tarde, Angie se queda KO. Tengo que echarle un ojo. Tiene ese punto autodestructivo. Lo conozco bien. Yo lo tenía después de Eddie.

Coco y yo estamos en la cocina hablando de pasteles mientras Julia y Madeleine miran alguna película de Nicholas Sparks (yo no soporto esa mierda, ¿por qué iba a querer llorar? Y, por cierto, ¿se quedan un sábado por la noche en casa cuando Jules hace nada estaba quejándose de que nunca conoce a ningún hombre? Yo no salgo porque estoy trabajando. Eso es completamente distinto. Y, admitámoslo, desternillante).

Coco realmente controla en lo que se refiere a hacer pasteles bajos en calorías. Como usar calabaza enlatada o compota de manzana para hacer tartas, en lugar de aceite o mantequilla. Acordamos evitar el sirope alto en fructosa a toda costa y los edulcorantes (la mayoría a mí me dejan hinchada como una aspirante a estrella en rehabilitación). Coco sugiere el azúcar de caña orgánico, el sirope de agave o incluso el sirope de arce.

—Suena perfecto. Mañana me pasaré el día preparando dos ensaladas sencillas —digo planeando en voz alta—. Luego lo único que tendré que hacer es pintar el camión y salir a la carretera a primera hora del lunes por la mañana. ¡Fácil!

—¡Fácil! —repite Coco alegremente.

Hago una lista de cosas que comprar en Trader Joe's mañana. Me alegro de tener esos mil dólares extra de la compra del camión: creo que voy a necesitarlos.

—¡Esto es tan emocionante! —Coco es tan positiva que a veces dudo de si en realidad está siendo sarcástica—. Tu idea del camión me parece totalmente superincreíble.

Juguetea con el lomo del libro que ha estado leyendo, *Rilla la de Ingleside*, de L. M. Montgomery, luego lo abre por la primera página y acaricia con aire ausente el nombre que aparece escrito en ella. «Kim Lucalli.» Su madre. Lucalli era su apellido de soltera.

—Gracias, Coco —digo—. Yo creo que tus ideas para pasteles bajos en calorías también son totalmente superincreíbles.

—No tienes ningún miedo, es como... uau —contesta parpadeando con sus grandes ojos azules.

—A veces sí que tengo miedo —reconozco—. Estoy intentando ignorarlo con la esperanza de que desaparezca. Y también estoy emocionada. Hoy he visto a

cien personas que se dedican a esto de los camiones de comida. Si ellos pueden hacerlo, yo también.

Así es como me siento realmente... y cuando lo pienso, el corazón me da un pequeño vuelco de júbilo. ¡Ruedas Flacas! ¡Sí!

—¿Y qué hay de ti, cariño? ¿Qué tal el trabajo? —Coco se encoge de hombros. Nunca habla de la guardería en la que trabaja. Cambio de tema—. ¿Te estás viendo con alguien? ¿Hay alguien que te interese?

—¡Sí! —Suspira profundamente—. Hum, llevo enamorada de mi mejor amigo, Eric, ¿como unos cuatro años? Sé que acabaremos juntos algún día, nos llevamos tan bien...

—¿De verdad? —contesto.

Según mi experiencia, las chicas que dicen «Sé que acabaremos juntos» tienden a estar a un paseíto del manicomio.

—Vivía en nuestra calle durante el instituto, yo le llevaba en coche todos los días después de que estrellara el suyo y hablábamos durante horas. El único problema es que él me ve como a una amiga y yo no soy muy buena... ya sabes, flirteando. Y desde que acabamos el instituto ha sido difícil mantener el contacto. —Suspira de nuevo—. Se acostó con Emily, mi antigua mejor amiga, en el baile de promoción.

—No —digo—. Menuda zorra.

—Una zorra de cuidado —concede Coco—. No fue culpa de Eric. Estaba borracho y ella se aprovechó totalmente de él.

—Él se tropezó y aterrizó en su vagina, ¿eh?

Coco no puede evitar reírse.

—¡No! Ojalá no lo hubiese hecho, pero él no sabía cuánto me gusta... y yo no puedo evitarlo, me gusta de todos modos. —Está un poco más lejos del manicomio de lo que pensaba. Es un alivio—. ¿Has estado enamorada alguna vez?

—No —contesto de manera automática—. Bueno, sí, pero... no importa. ¿Dónde está Eric esta noche? Quizá podamos ir a verle.

—Oh, no, está en Yale —dice con aire de importancia—. ¿Cómo hago la transición de amistad vía mensaje de texto a flirteo vía mensaje de texto?

—Sé sarcástica. Sé espabilada. A los tíos les encanta recibir un mensaje sorpresa. Es como... un pequeño tira y afloja mental.

Coco me lanza una mirada angustiada mientras tamborilea sobre *Rilla la de Ingleside* con las yemas de los dedos.

—¿Qué quieres decir?

—Flirtear es solo un juego. Es fácil, no es nada. Mira, yo te enseño.

Cojo mi móvil y empiezo a revisar los contactos. ¿Con quién puedo practicar? A Thompson le estoy ignorando, aunque tampoco es que parezca darse cuenta; Dave, no; Jonah, demonios, no; Matt H., no; Matt W., no... Mike.

¡Mike! Perfecto. Me ha llamado y me ha escrito como dieciséis veces en las últimas dos semanas, solo he estado demasiado ocupada y estresada para contestarle. Se lo debo.

—Vale, esto es lo que yo escribiría para llamar su atención... —digo tecleando.

«Semana de locos. Premiándome a mí misma con Doritos y cerveza. ¿Me estoy convirtiendo en un hombre de mediana edad?»—¡Oh! Muy gracioso —dice Coco—. ¿Quién es Mike?

—Y ahora esperamos una respuesta. —Me levanto a por un vaso de agua e ignoro su pregunta. Cuando he llenado medio vaso, llega una respuesta.

—¡Qué ansioso! —Coco está mucho más emocionada que yo.

Alzo una ceja mientras lo leo en voz alta: «Hum, pruebas poco concluyentes. ¿Has invertido recientemente en un Porsche y/o en injertos de pelo?».

Alzo las cejas para mí misma. Un mensaje ingenioso. No me lo esperaba de él.

—¡Dile que te has comprado un camión! —chilla Coco—. Pregúntale si sabe conducir con cambio manual.

—Creo que eso podría llevar el juego en la dirección equivocada, cariño. Vale, normalmente no contestaría a su mensaje de inmediato, pero en pro de esta lección, lo haré. ¿Qué tal esto?:

«En realidad, acabo de comprarme un camión rosa. Creo que me resalta los ojos».

«Estás de coña. Eso tengo que verlo...», responde Mike.

«Juega bien tus cartas, y quizá, solo quizá, te deje sentarte en el asiento del copiloto algún día», repongo.

«Uau. ¿Funcionaría el soborno? ¿Qué tal una copa? ¿Cuándo estás libre?», insiste Mike.

—¿Ves? —le digo a Coco dejando el teléfono—. Fácil. Ahora te toca a ti.

—Es fácil para ti. Es evidente que ya le gustabas —repone Coco tristemente.

—No, no le gustaba —replico con firmeza. No es posible, ¿verdad? No fue más que un rollo de una sola noche—. Bueno. ¿Cuál fue el último mensaje que le enviaste a Eric?

—Hum, le pregunté si a su madre le gustaban las flores de pascua en Navidad —contesta, y se muerde el labio inferior—. Hacía días que no tenía noticias tuyas, así que, ya sabes, solo quería saludar.

—En lo que se refiere a flirtear vía mensaje, «solo quería saludar» no existe. Y, Coco, las preguntas en los mensajes tienden a ser peticiones evidentes de atención, y esa no es diferente.

—Pensé que sería algo así como darle justificación. Como que quizá mi padre tenía algunas flores de pascua que necesitara vender, ¿sabes?

—Faltan meses para Navidad... No importa. ¿Qué contestó él?

Me enseña el mensaje: «No estoy seguro. Probablemente deberías preguntárselo a mi hermana».

—Uau —digo—. Hombre de pocas palabras.

—Todavía estoy intentando decidir qué contestar.

—¿Qué tal «Uau, debes de estar compitiendo por el título de Hijo del Año. Buen trabajo, tigre»?

—¡No puedo escribir «tigre»! —chilla.

—¿Qué tienes que perder?

Coco emite un ruidito tipo «iiik», teclea el mensaje y se vuelve hacia mí, sonriendo maliciosamente. Es realmente guapa, sobre todo cuando sonríe. Tiene unos ojos preciosos y el pelo rubio natural. Solo le hace falta un poquito de maquillaje. Y tal vez hacerse las cejas. Y dejar de vestir como si tuviese cuatro tallas más de las que tiene. Coco tiene un cuerpo increíble, toda tetas y curvas, pero era mucho más grande en el instituto, cuando la conocí. Creo que sigue anclada en esa mentalidad.

Su teléfono emite un zumbido. «¿Qué eres, la Policía Parental?»

—Debería decir «¡Sí, corre la voz!» —dice Coco riéndose de su propia osadía.

—Prueba con... «Tal vez sí. Tal vez no. Supongo que nunca lo sabremos».

Eric responde inmediatamente. «Bueno, ¿cómo va la vida en la gran ciudad, señorita Coco?»

—Ahora ignórale —digo con firmeza.

—¿Qué? —repite Coco—. Pero ¡me ha hecho una pregunta! ¡Por fin! Nunca me pregunta nada por mensaje. Siempre soy yo la que tiene que hacer las preguntas.

—No, espera hasta mañana, luego di: «La gran ciudad me está dando unas resacas terribles. Al menos culpo a la ciudad. No puede ser por el alcohol». Alude al hecho de que estás fuera y ocupada un sábado por la noche.

—No lo estoy. No tengo planes.

—Esa no es la cuestión. En lo que a él concierne, es solo uno de los muchos hombres con los que podrías estar mensajeándote. Así que espera hasta mañana, y

se pasará toda la noche pensando en ti.

—Ah... —Su rostro refleja que ha caído en la cuenta—. Dios, ¡esto es genial! Siempre nos imagino enamorándonos después de años de amistad. Sería tan romántico. Mi madre y mi padre fueron los mejores amigos durante años, ¿lo sabías? Luego se enamoraron. —Suspira alegremente—. Eso es lo que quiero yo.

—Yo odio las historias de amor —contesto—. Y el amor no dura.

—¡El amor sí que dura! —Está escandalizada—. Tienes que luchar por el amor. ¡Tienes que hacerlo!

—No deberías tener que luchar por nada.

Entonces mi móvil vuelve a vibrar. Es un mensaje de Angie.

«FIIIIIIESSSTAAAAAADTR887.»

—Creí que Angie seguía arriba... —murmuro.

—¿Angie? —dice Coco—. No, la he visto marcharse cuando he ido al baño hace un rato.

—Mierda.

Si ni siquiera es capaz de escribir con claridad, no está en buena forma.

«¿Estás bien?», contesto.

«¡JODSÍ! Cuatro pastillas para la gripe Doctot Pepeffu con tequila. En taxi hacia Lwer EastSde, Ludlow/Grand, ¿vienes?», responde ella.

No soy una amiga sobreprotectora, de verdad que no. Pero tengo la sensación de que hay algo que va muy mal.

Así que subo corriendo a ponerme un vestido que no esté manchado de comida y zapatos de tacón. Una parte de mí está encantada de tener una excusa para arreglarse, ¿es muy frívolo? Oh, bueno...

—¿Sabes qué, Coco? —Asomo la cabeza a la cocina antes de salir. Está sentada a la mesa con un chocolate caliente, leyendo su libro—. Quizá sí haya una

cosa por la que deberías luchar. Tus amigos.

Me bajo del taxi en la esquina de Ludlow con Grand, y ya puedo oír el sonido estridente y las conversaciones a gritos propios de una gran noche de acción.

La música vibra desde lo alto de un edificio de tres plantas, y el balcón y la escalera de incendios están abarrotados de gente. Creo que he encontrado mi fiesta.

El ruido cobra volumen a medida que asciendo hasta el tercer piso, pasando por encima de parejas que se enrollan y por delante de un tío que grita al teléfono:

—¡Te he dicho que trajeras perritos calientes!

Luego entro en el apartamento. Las luces son tenues y, cuando mis ojos se acostumbran, vislumbro una habitación llena de gente que baila y grita y bebe.

Pero no a Angie.

El apartamento es diminuto, está lleno de humo y a rebosar de lo que imagino que es una pandilla de euromodernos (montones de tíos delgaduchos con camisetas de cuello de pico y chicas de aspecto cabreado con una seria adicción al rímel). Angie no está en la cocina, ni en el primer dormitorio...

Por fin llego a una habitación llena de gente que habla en francés. Hay un tío sacando fotos a un par de chicas de más o menos mi edad que se están enrollando en la cama (uh) y un grupo de tíos cerca de la pared del otro lado esnifan coca del cristal de una foto.

Y entonces los veo: los zapatos de Angie, sus Yves Saint Laurent de tacón favoritos, que le robó a su madre, asoman al otro lado de la cama. Me abro paso a empujones. Se ha quedado tirada en el suelo, con una capa de polvo blanco alrededor de una de las fosas nasales. *Merde!*

—¡Angie! Angie, ¿me oyes? —Al menos respira. Intento conseguir que se

incorpore, pero vuelve a desplomarse en el suelo.

—¿Está contigo? No la conocemos —dice uno de los tipos con un marcado acento de las afueras—. Aunque parece muy divertida.

—Sí, está conmigo, caraculo —le espeto—. Y nos vamos.

Angie se revuelve ligeramente.

—Piiia... —Tiene la voz ronca—. Mi chica favorita...

—Esa soy yo, dulces labios —contesto, consigo cargar con ella y la arrastro fuera de la habitación. Llegamos a la puerta principal y bajamos las escaleras.

—Me siento rara —dice—. Tengo el corazón acelerado.

—Sí, la coca suele tener ese efecto.

Para cuando llegamos al final de las escaleras, ya vuelve a caminar prácticamente sola, hasta que una pareja entra a toda prisa por la puerta y está a punto de tirarla.

Y Angie y yo ahogamos un grito al unísono.

Es el tío francés del pelo lacio. Ese con el que la he visto discutiendo antes en el mercado de Brooklyn. Y le acompaña una mujer guapa de cabello oscuro.

—Perdonad —dice el hombre educadamente, con un ligero acento europeo, y aparta la vista sin señal alguna de reconocimiento.

—Gilipollas —suelta Angie en tono muy bajo. Me aparta el brazo con el que la sostengo y los observa enfadada subir las escaleras—. ¡Estoy hablando contigo! ¡Sí, tú, gilipollas!

La mujer apoya en la espalda del hombre una mano (con un anillo con un diamante enorme y resplandeciente engastado) y le sigue escaleras arriba.

¿Está... casado?

Fuera, en la calle, Angie me aparta el brazo de nuevo, se acuclilla junto a la alcantarilla, se apoya en un costado, se pasa el largo pelo claro por detrás del otro

hombro y se pone a vomitar. Pota práctica para principiantes.

Me siento rápidamente junto a ella, en el lado contrario de la vomitona, y empiezo a frotarle la espalda. Se estremece y las lágrimas resbalan por su cara.

—No pasa nada... No pasa nada... —digo sin parar, como una especie de muñeca mejor amiga.

—Sí que pasa —susurra ella, antes de regurgitar—. Sí que pasa.

Un sábado a medianoche en el abarrotado Lower East Side, nadie pestañea al ver a una chica que llora y vomita en una alcantarilla. Intento recordar la última vez que vomité a causa del alcohol. Ha pasado mucho tiempo, ahora que lo pienso. No desde que dejé de beber esos refrescos cafeinados con alcohol. Bien por mí.

Diez minutos más tarde, Angie se pone en pie para parar un taxi.

—Estoy bien —dice—. Gracias por rescatarme.

—Cuando haga falta.

Una vez que subimos al taxi, Angie se queda mirando por la ventanilla y se niega a decir nada. Así que la imito y pienso en la fiesta. ¿En qué estaba pensando Angie?

Entonces nos quedamos atascados en el puente de Brooklyn.

Y Angie abre su puerta y se baja del taxi.

—¿Qué demonios estás haciendo? —Jadeo y la cojo del brazo.

Ella se zafa de mí —Jesús, está fuerte, especialmente para ser una chica borracha— y cierra la puerta de un portazo. Yo cojo mi bolso y salto tras ella, ignorando los gritos del taxista.

—¡Angie! —chillo.

Avanza pisando la línea entre los dos carriles, con los brazos extendidos como un equilibrista. Los coches tocan el claxon con furia cuando el tráfico de nuestro carril empieza a avanzar.

—¡Mírame! —grita—. ¡Mírame!

—¡Angie! ¡Para! ¡Vuelve aquí, joder! —exclamo yo.

Angie me ignora y echa a correr por delante de un Prius. El conductor frena con un chirrido. Yo corro tras ella y levanto un pulgar en señal de aprobación hacia el señor y la señora Prius al tiempo que articulo un «gracias».

El tráfico vuelve a detenerse. Angie se aleja de mí entre caminando y corriendo. Entonces desaparece.

—¡Angie! —chillo—. ¡Angie!

Un camionero se asoma por la ventanilla y se pone a cantar «Angie», de los Rolling Stones.

—*Oh, Angie, don't you weep...*

No me puedo creer que esté esquivando coches en el puto puente de Brooklyn a medianoche.

Entonces veo a Angie. Se ha subido a lo alto de un Hummer que avanza directamente hacia mí. Su cabello ondea al viento y adopta una postura en plan Rose de *Titanic*.

—¡Angie! —grito cuando pasa por delante de mí—. ¡Baja, joder!

Desde el techo del Hummer, Angie hace una reverencia al tráfico de delante y detrás y ejecuta un pino perfecto.

Que dura alrededor de dos segundos.

Luego se desploma en el techo del Hummer. El conductor baja de un salto y se pone a gritarle. Yo corro todo lo que puedo, tiro de Angie para bajarla del techo, ignorando al conductor histérico, y la arrastro a un lado del puente hasta un pequeño nicho en el que podemos refugiarnos. Angie llora en silencio, con los ojos desorbitados y la mirada perdida.

—¿Qué demonios haces, Angie? ¿Es que quieres matarte?

Angie pestañea y me mira durante un largo segundo, luego cierra los ojos.

Echo un vistazo alrededor, tratando de averiguar cómo vamos a bajar del puente. Los cláxones aúllan cuando los coches pasan por delante de nosotras a toda velocidad. Estamos justo a un conductor descuidado de acabar hechas papilla contra el muro.

Un taxi frena, pero no lleva la luz encendida. Le echo una ojeada, confundida, y le hago un gesto para que pase de largo.

—¿Necesitáis que os lleven? —pregunta un acento británico.

Me vuelvo hacia el taxi, lista para decir «no».

Pero no puedo.

Porque es ese tío. El Príncipe Azul. El que me recogió el zapato hace apenas unos días.

Por un segundo me olvido de respirar.

Entonces recuerdo dónde estoy, con quién estoy y el problema entre manos.

—Hum, que nos lleven, sí, por favor —repongo rápidamente—. Mi amiga está un poco ida. Solo quiero llevarla de vuelta a casa.

—No hay problema. Entrad.

Me detengo un instante. ¿Es seguro? Ni siquiera le conozco. Podría ser un psicópata.

Me lee la mente.

—Te prometo que no soy un psicópata.

Me siento rápidamente junto a él, tirando de Angie tras de mí. Ella está haciendo eso de mirar en silencio al vacío otra vez.

Me encuentro aplastada contra el cuerpo del tío y, no miento, siento un hormigueo. Me pregunto si se acuerda de mí. No seas tonta, Pia, claro que no.

—Esquina de Court y Union —indico.

—Tengo que informar de esto —contesta el taxista.

—¿Cambiarán eso cincuenta dólares? —dice el inglés.

El taxista pisa el acelerador.

—Gracias —susurro—. Pago yo.

—No te preocupes por eso —me responde el tío, también en un susurro—. Los sobornos son un hobby para mí.

Nuestros ojos se encuentran y, de nuevo, se me olvida respirar. Me quedo mirándolo sin más. ¿Quién es este tío? Advierto la pequeña cicatriz que tiene en la parte inferior del labio, y me pregunto cómo sería besarle, y vuelvo a pensar en lo bonitas que son sus cejas, aunque en realidad no creo que se las depile con cera o con pinzas o lo que sea, porque sencillamente son como perfectas de manera natural, pero es como si fuesen cosas que he visto antes muchas veces, como si le conociera...

Entonces me doy cuenta de que me he quedado mirándole fijamente y sonriendo como una completa idiota. Ser consciente de ello me abruma. Por supuesto que no le conozco. A ver, en serio, ¿qué me pasa? ¿Y dónde demonios está su novia? ¿Por qué no está con ella un sábado a medianoche, en lugar de interpretar el papel de caballero de brillante armadura en un taxi amarillo? Es demasiado engreído, demasiado seguro de sí mismo. Sin duda le gusta jugar. Un capullo gilipollas, una marioneta sexual, el tipo de tío al que debería evitar a toda costa.

Pero, Dios, está buenísimo.

El taxi está muy silencioso. Le oigo respirar. Me pregunto si él me oye respirar a mí. Oh, Dios, ahora no estoy respirando en absoluto. Podría desmayarme.

—Hum, gracias por parar —digo finalmente.

—He visto el final de vuestra aventura —repone el británico—. Tengo unos amigos que solían surfear sobre los taxis por el puente de Williamsburg.

—Cuando dices «amigos» te refieres a ti, ¿verdad? —replico alzando una ceja.

—Porras, has descifrado mi código. ¿Qué eres, alguna especie de máquina Enigma?

—¿Acabas de decir «porras»?

Sonríe.

—Me llamo Aidan.

—Pia.

Nos estrechamos la mano con incomodidad y coqueteo a un tiempo, y puedo percibir el pumpumpum de mi corazón, o quizá sea todo mi torso. Aidan parece querer reírse, como si supiera cómo me siento y lo que estoy pensando, oh, Dios, siento un hormiguelo en el estómago...

—Entonces... ¿vives en Brooklyn?

—Sí, en realidad he quedado para tomar algo en el Minibar. Soy un habitual.

—He oído hablar de él —digo. (Para nada.)—Mi perro prefiere el Bar Great Harry. Probablemente porque le dejan entrar.

Estoy luchando contra el impulso de preguntarle dónde vive, qué tipo de perro tiene, dónde está la chica del otro día y si consideraría dejarla para salir conmigo. Afortunadamente antes de que empiece a echar espuma por la boca, el taxista interviene:

—¿Eres de Londres?

—Más o menos —contesta Aidan.

—¿Llevas tiempo aquí? —le pregunta.

Angie se revuelve, me giro hacia ella, le pregunto si está bien con un gesto, y ella se encoge de hombros. Es evidente que está cansada, y triste, pero bien. Aunque ¿quién era el francés? ¿Y qué demonios le está pasando a mi amiga?

Vuelvo a la conversación.

—Unos seis años —está diciendo Aidan. Su voz es profunda, segura. Sexy.

—¿A qué te dedicas? —pregunta el taxista.

—Ah, un rollo financiero aburrido —dice, luego se vuelve hacia mí—. Aunque estoy completamente en la onda, obviamente.

—Yo fui una vez a Londres —continúa el taxista—. ¡La comida, tío! No sé cómo sobreviví allí.

Me encojo por dentro. Nunca critiques un país extranjero a menos que hayas vivido allí.

—Es un milagro —dice Aidan—. Sinceramente, me sorprende que ninguno de nosotros haya muerto.

Me vuelvo hacia él y sonrío, tratando de compensar por la grosería del taxista, y Aidan me dedica un guiño. Sus ojos se fruncen con una sonrisa. Le devuelvo el guiño y siento de nuevo ese cálido hormigueo, así que bajo la vista inmediatamente. Oh— porfavorpídemesalirohporfavorpídemesalir...

En ese momento, demasiado rápido, llegamos a Union Street. De algún modo Angie se despierta y baja tambaleándose del taxi.

—Muchas gracias por... hum, ser nuestro caballero de brillante armadura —digo—. Toma, esto es por el trayecto, o la propina, o lo que sea... —Intento dejarle un billete de veinte en la mano.

—No, no. Considéralo el karma. Como en *Cadena de favores*. O como se llamase esa horrible película.

Aidan coloca su mano sobre la mía y, lo juro por Dios, chispas eléctricas me atraviesan la mano y me recorren el brazo. Me encojo por la sacudida y retiro la mano inmediatamente.

Su sonrisa sexy y engreída se desvanece.

—¿Estás bien?

—Sí... No. Quiero decir sí.

Nuestras miradas vuelven a encontrarse. Se produce una pausa. De repente el mundo queda sumido en un silencio absoluto.

Por un segundo me siento abrumada por la necesidad de... no, no de besarle (aunque eso, ya sabes, tampoco estaría mal). Quiero hablar más con él. Quiero cerrar la puerta del taxi y continuar el trayecto, hasta dondequiera que él vaya. Es como si fuese lo correcto.

Es estúpido, lo sé.

E imposible. No puedo pedirle su número sin más, no es mi modus operandi, y él no me ha pedido el mío, y de todos modos tiene novia. Es alta y glamurosa y ruidosa y sexy. La vi en la maldita calle. Jesús, Pia. Contrólate.

Así que me bajo y cierro la puerta sin mirar atrás.

Nunca me había gustado despertarme sola. Incluso si me despertaba junto al tipo equivocado, era mejor que estar sola. Hace apenas dos semanas estaba acostada aquí, al lado de Mike, antes de enfrentarme al caos de mi vida posfiesta. Por cierto, ojalá no me hubiera acostado con él. Gigantesco ups. El primer chico con el que me acosté fue Eddie. Esperamos tres meses y finalmente lo hicimos en Acción de Gracias, en casa de su padre, durante la primera nevada del año. Fue tan... Oh, Dios, ¿por qué estoy pensando en eso? Solo voy a conseguir disgustarme y tengo un gran día por delante.

¡Ha llegado el momento de sacar Ruedas Flacas a la carretera!

Primero: Angie. Tengo que averiguar qué le pasa. Anoche, cuando entramos en casa, subió las escaleras y se fue directa a la cama.

Llamo a su puerta. Un gemido me dice que está despierta.

—Buenos días, zorrita.

El olor de su habitación es tan malo como su aspecto: hay más ropa en el suelo que en el armario, y tiene tantos dibujos y esbozos colgados que apenas se ve el papel de las paredes.

—Necesito sustento —lloriquea—. Mi reino por una patata frita.

—¿Tienes un reino?

La observo despatarrada en la cama, con el pelo hecho un desastre y el rímel aún más corrido de lo habitual.

—Hablemos de ti, amiga kamikaze. Hablemos de tu intento de tocar fondo: ayer eras un completo desastre.

Angie se encoge de hombros.

—Me emborraché por la tarde, vine a casa, me hinché a carbohidratos y caí

redonda. ¿Cuál es el problema?

—Hummm. —Mierda, odio decirle a la gente lo que ha hecho cuando no se acuerda. Normalmente parece más amable fingir que no ha ocurrido. Pero creo que Angie necesita saberlo—. Tuviste un pequeño ups, zorrita.

—¿Sí?

Así que le hablo del mensaje de las pastillas para la gripe, de la fiesta, la coca y finalmente del trayecto gimnástico surfero en lo alto de un Hummer por el puente de Brooklyn.

Cuando acabo, se pone la almohada en la cara y grita.

—¡No recuerdo nada de eso! ¡Este es el ups que acaba con todos los ups!

—¿Qué te pasa? Sé que no es tu estilo, pero, de verdad, quizá deberíamos hablar de ello —digo, con toda la suavidad que puedo—. Y hay algo más. Ayer te vi en el mercadillo de Brooklyn. Estabas discutiendo con un tío francés.

—Ah. Él.

—Sí, él. Y supongo que tampoco lo recuerdas, pero lo vimos en la fiesta.

—¿Hice algo? —Angie me agarra el brazo con fuerza.

—No... —contesto—. Bueno, le llamaste «gilipollas». Él fingió que no te conocía. —Hago una pausa—. Estaba con otra mujer.

Angie se recuesta, vuelve a ponerse la almohada en la cara y grita otra vez. Me inclino hacia ella y se la quito.

—Cuenta. Ya —le ordeno—. Todo.

Suspira, coge un cigarrillo del paquete que tiene encima de la mesilla de noche y se lo coloca, sin encender, en la comisura de la boca.

—Se llama Marc. Nos conocimos en Cannes el año pasado, pero vive en el SoHo. ¿Te acuerdas de cuando te dije que me iba a esquiar a Vail con mis amigos de la Universidad de California?

Asiento.

—Mentí. Pasé la semana con él, esquiando en Megève. Entonces me contó que estaba casado, pero separado, y que quizá debíamos dejarlo mientras conseguía el divorcio, y bla, bla, bla. —Suspira—. Luego... bueno, volví a Cannes este verano con Annabel, ¿recuerdas? —Angie llama a su madre por su nombre de pila—. Ella quería que pasásemos un tiempo de unión madre e hija o alguna mierda parecida. Le vi allí con su mujer. Me enfrenté a él, y él me lo confirmó, pero me dijo que se estaban dando un tiempo y estaban juntos por una reunión familiar y que solo me quería a mí... Dios, le odio, todo el tiempo mintiendo. Es culpa mía. Soy una ingenua, un cliché.

—¡No es culpa tuya! ¡Y él es un completo capullo! —exclamo.

Angie se queda mirando el techo, absorta en sus pensamientos.

—Y entonces... ¿qué ocurrió después? ¿Cómo pasas de eso a abofetearle en el mercadillo de Brooklyn?

Angie vuelve su rostro hacia mí, aún sostiene el cigarrillo sin encender entre los labios.

—El viernes por la noche quedé con lord Hugh y sus amigos, ¿recuerdas? Pero Hugh pasó de mí, así que le envié un mensaje a Marc solo para inflar mi ego... o agravar el rechazo o lo que sea. Él me contestó, y más tarde, cuando estaba lo bastante borracha, fui a su casa.

—Bueno, el sexo es solo sexo —digo tratando de hacer que se sienta mejor.

—Estoy empezando a pensar que el sexo nunca es solo sexo... De todos modos, estoy con la marea roja, y a él no le va. Creo que me disloqué la mandíbula a base de mamadas. —Se frota la cara frunciendo el ceño. Yo me río, y ella me golpea con una almohada.

—Y luego ¿qué pasó?

—Bueno, ayer le obligué a llevarme al mercadillo de Brooklyn para que actuara como un novio, supongo. Y fue entonces cuando me dijo que había vuelto de verdad con la zorra de su mujer francesa y que tenía que recogerla en el aeropuerto inmediatamente. Y que pensaba que era mejor que no volviéramos a vernos —susurra, con la voz rota por las lágrimas—. Supongo que pensó que no le

montaría una escena en público.

—¡Cómo se atreve ese pedazo de *merde* europea a tratarte así! —Noto que ardo de ira. Dios, odio que traten mal a mis amigas—. ¿Quieres vengarte? Podríamos tirar huevos a su casa o algo.

—No merece la pena. Sabía lo de la fiesta de anoche porque le acosé en facebook cuando volví del mercadillo. Supongo que, más tarde, mi yo borracho decidió darle una sorpresa. Es patético, ¿no? Después del modo en que te hice dejar de acosar a Eddie aquel verano...

—No, no, es totalmente comprensible. —Y no quiero pensar en Eddie. Ni en ese verano—. ¿Eso es todo? —añado—. Me refiero a que si eso es todo lo que ocurrió con Marc.

Una pausa. Angie cierra los ojos de nuevo. Una señal de que la conversación ha terminado.

—Vale, no tienes que hablar de ello... En lugar de eso, háblame del Spring Lounge.

—Era el cumpleaños de alguien de la Universidad de Pennsylvania. Un tostonazo. Me echaron por fumarme un porro en la barra... Que les den, no me importa. Pronto me iré, puedes venir a verme a Los Ángeles y acostarte con un montón de actores buenorros.

—Suenas genial. —Esperaba que Rookhaven empezase a gustarle tanto como a mí. Que estuviese empezando a sentir que era, no sé, su hogar. Supongo que no es así. Hora de cambiar de tema—. Me he comprado un camión de comida.

—¿Que qué?

Le cuento toda la historia, omitiendo los detalles de Cosmo.

—Me encanta —dice—. Suena a éxito seguro. Tal vez puedas darme trabajo. Alejarme de la Zorra.

—No puedo permitirme contratar a nadie. Y creo que no deberías llamar «la Zorra» a tu jefa.

—¿Por qué no? Es una absoluta perra. Es el término apropiado.

—Muy graciosa. ¿Quieres ayudarme a hacer la compra y preparar las ensaladas?

—En lugar de eso, ¿puedo mirar y hacer comentarios sarcásticos?

Angie sale de la cama. Aún lleva la ropa de anoche.

—Si te duchas primero y te quitas eso que llevas puesto, puedes hacer lo que quieras.

—Oh, uau. —Se sienta de nuevo—. Mierda, menuda resaca.

Cuando vuelvo a mi habitación, tengo dos llamadas perdidas de mis padres. Ningún mensaje. Por un segundo me planteo devolverles la llamada. Pero no puedo. Y no porque no quiera mantener una conversación sobre todo el rollo de «vamos a Nueva York para obligarte a dejar Brooklyn», sino porque tengo trabajo que hacer. Tengo un negocio que empezar.

Paso uno: ingredientes.

Lo que creí que sería una sencilla expedición de compras se convierte en una búsqueda del tesoro de los ingredientes, envases de ensalada y cuchillos y tenedores de usar y tirar y cositas con aliños adecuados, y luego pintura para el camión. Angie tiene tal resaca que solo se queda alrededor de una hora, luego se larga a hacerse una manipedi reparadora.

Para cuando llego a Rookhaven, son las tres de la tarde y me he gastado hasta el último céntimo de lo que me quedaba después de comprar a Toto. La idea de que hayan desaparecido diez mil dólares en veinticuatro horas me resulta petrificante. Me produce una especie de sensación de mareo... como vértigo económico.

Pero tienes que gastar dinero para ganar dinero, ¿no? Y esto son negocios. Vuelvo a casa y me encuentro a Coco, Julia y Madeleine tiradas en los sofás del salón, mirando un maratón de las Kardashians.

—¡Vale! ¡Que empiece el negocio de la comida ambulante! —exclamo.

Ni se inmutan.

Me lavo las manos, meto las pechugas de pollo en el horno y escribo la carta.

He decidido hacerla al estilo escuela de primaria.

Ensalada 1 = pollo + aguacate + guisantes + remolacha + tomates cherry + feta bajo en grasas + brotes tiernos

Ensalada 2 = pavo + berros + almendras + manzanas + cheddar bajo en grasa + brotes tiernos

Postre 1 = bizcocho de chocolate (— calorías)

Yo me comería esas ensaladas. Creo.

Y las tiras de queso bajo en grasa estaban de oferta en Trader Joe's, así que he comprado ocho paquetes también. Cobraré veinticinco centavos más de lo que he pagado yo y obtendré beneficios. (Estoy bastante orgullosa de mí misma por pensar en esto). He llamado a Lara y Phil mientras conducía por Brooklyn para preguntarles cómo registrar a Toto en la cosa esa de intendencia. Van a enchufarme con su contacto. También hay cocinas comerciales, así que prepararé toda la comida allí. Cocinar en Rookhaven supone una pequeña e ínfima violación de las normas de higiene. Aunque yo sea... esto, totalmente limpia.

—¿Por qué no añades pipas de girasol? ¿O nueces confitadas? —propone Coco, de pie en el vano de la puerta, con *Papaíto Piernas Largas*, de Jean Webster, abierto contra el pecho. Creo que ha estado leyendo en la entrada—. ¿O pasas o arándanos?

—Calorías —repongo—. Quiero decir que tienes razón, están deliciosos, pero esto es Ruedas Flacas. Tengo que servir lo que prometo, los únicos alimentos altos en calorías son las almendras y el aguacate, que son tan buenos para la salud, que es como comer Crème de la Mer... —Estoy divagando.

Miro la carta de ensaladas y frunzo el ceño.

—Buf, me gustaría saber más de cocina. No tengo ni idea de si esto está bueno, ¿sabes?

—Tienen muy buena pinta —asegura Coco de modo tranquilizador.

He buscado en Google unas cuantas recetas de aliños de ensalada en mi móvil mientras hacía la compra y he adquirido aceite de oliva virgen extra, aceite de aguacate, vinagre de manzana, vinagre de frambuesa, salsa Worcester, mostaza en grano, mostaza de Dijon, zumo de limón recién exprimido y yogur natural desnatado.

Imagino que improvisaré algo.

Hummm.

—Aceite de aguacate y vinagre de manzana —dice Julia desde el vano.

Me vuelvo: Coco ha desaparecido.

—Tiene que ser baja en calorías. —Pongo gesto de angustia—. Quiero decir, necesitas algo de grasa para que tenga sabor, y si no comes un poco de grasa nunca te sentirás llena, pero...

—Entonces prueba con una parte de aceite y dos de vinagre —dice ella—. Y una parte de zumo de limón. Y sal y pimienta. Utiliza un tarro con tapa de rosca, como un viejo tarro de mantequilla de cacahuete, así puedes agitarlo para mezclar y ya está. Mi tía Jo tenía montones de ellos. Están en el armario de al lado, por ahí.

Lo mezclo. Lo agito. Lo probamos.

—Es excelente —digo sorprendida—. Pero ¡si tú nunca cocinas!

—Soy muy buena con los aliños —repite ella, con una sonrisa—. Me enseñó mi madre. Era algo entre nosotras.

—Entonces lo llamaremos Aliño de Kim —sugiero.

—A ese llámalo Julia. Tengo otro que podemos llamar Kim —dice—. Aceite de oliva, vinagre de vino, mostaza en grano, sal y pimienta. Ese era su favorito.

—¡Qué bueno!

Sentadas a la mesa de la cocina, Julia en la cabeza, conmigo a su derecha (yo siempre me siento en el mismo sitio, mi culo pertenece a esta silla), probamos cada aliño, sorbiendo de cucharillas como si se tratase de medicinas.

Luego yo pruebo con mi propio aliño: limón, mostaza de Dijon, yogur, aceite de oliva y vinagre.

—¡Increíble! ¡Esos cinco! —exclama Julia al tiempo que levanta las manos para chocarlas en lo alto.

—Nada de cincos. Los tienes prohibidos, Jules.

Cuando Maddy y yo aún estábamos unidas, una vez prohibimos a Julia chocar los cinco durante dos semanas. No nos quedó más remedio. Jules chocaba los cinco por cualquier maldita cosa, estaba fuera de control.

Por un segundo me siento triste. A veces me gustaría que Madeleine y yo siguiéramos siendo amigas.

Entonces Julia me coge de la mano y me obliga a chocarle los cinco.

—Bah. Que le den.

—Gracias por esto —le digo—. No tengo ni idea de lo que estoy haciendo.

—¿La tiene alguien? —replica Julia—. Bueno, ¿y cuánto vas a cobrar?

—Creo que seis dólares la ensalada —contesto—. Quién puede decir que no a una ensalada de seis dólares, ¿eh?

—¡Yo no! ¿Vendrás a mi oficina mañana a primera hora? —me pregunta—. De verdad que quiero ser tu primera diente.

—¡Demonios, claro, hermana! —digo sonriendo. ¡Esto va a funcionar de verdad! ¡Voy a conducir un camión de comida!

—¿Qué es ese olor? —pregunta Madeleine al entrar en la cocina.

—*Merde!* ¡Las pechugas de pollo! —Corro al horno humeante y lo abro para revelar unas pechugas de pollo perfectamente alineadas y calcinadas. La cocina se llena de humo. Cojo el guante del horno y saco las pechugas—. ¡Ahí van cien

dólares en maldito pollo!

—Relájate, yo te traigo más pollo —dice Julia mientras abre las ventanas—. Tú prepara las ensaladas. Estaré de vuelta en media hora.

—Jamás vas a encontrar sitio para aparcar esa bomba fétida en Manhattan —interviene Madeleine, que se apoya en el marco de la puerta.

—Gracias por la información —replico sin volverme. ¿Acabo de decir que me gustaría que todavía fuésemos amigas? Sí, bueno, lo retiro.

Para cuando Julia vuelve con treinta pechugas de pollo crudas, estoy sudando y jurando, y de repente me invade la sensación de que he abarcado demasiado. Cada centímetro del banco de la cocina, la mesa y el suelo está cubierto de trapos (¡higiene!) y envases de ensalada abiertos. Parece un picnic hasta arriba de esteroides. Estoy intentando repartir las verduras cortadas de forma equitativa entre todos ellos, y llevo unos guantes una talla demasiado grandes. Y me estoy cagando de miedo.

—¡Gracias! ¡No entres aquí! —le grito a Jules, que se encuentra en el umbral—. ¡Esto es un ambiente estéril! ¡Necesito cocinar el pollo!

—¿Cómo vas a cocinar el pollo si no puedes llegar al horno? —me pregunta Julia.

Nos miramos la una a la otra a través de un mar de envases de ensalada. Se produce una larga pausa.

—Tírame el pollo —pido mientras me quito los guantes.

Julia parece estar intentando contener la risa y me arroja los paquetes de pechuga de pollo de uno en uno. Yo los dejo en el fregadero, me lavo las manos, me vuelvo a poner los guantes, saco el pollo, lo sazonó con sal y pimienta, coloco las bandejas, me quito los guantes, me lavo las manos otra vez, retiro los envases de ensalada y los trapos de mi camino de uno en uno, consigo llegar al horno, introduzco el pollo en él, deshago el camino cuidadosamente y me lavo las manos de nuevo.

—Fácil —digo en voz alta—. ¿Ves? Pan comido.

Finalmente las pechugas están perfectamente asadas, cortadas y distribuidas

de manera equitativa, y todos los envases de ensalada se encuentran cerrados, uno por uno.

Y uno por uno todos vuelven a abrirse.

Así que grito.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —Angie y Coco entran corriendo.

—Las cajas no paran de abrirse —respondo con tristeza—. Mirad.

Cierro uno de los envases de plástico, utilizando la pequeña pestaña que tienen. Esta salta de nuevo. Podría echarme a llorar. Pero eso no serviría de nada.

—No puedo hacerlo —digo—. ¿En qué estaba pensando?

—¿Una goma? —sugiere Coco—. ¿Celo?

—¡No, pegatinas! —exclama Angie, y sale corriendo escaleras arriba, de donde vuelve al cabo de un momento con decenas de hojas de pegatinas grandes con forma de corazón.

—¿Qué dem...?

—Del armario de material de oficina del trabajo. Son monas.

—Has robado de tu lugar de trabajo.

—El material de oficina no cuenta. Es como comerte los cereales de otro.

—¿Has estado comiéndote mis cereales?

Las pegatinas con forma de corazón son la solución perfecta para los envases de la ensalada y resultan totalmente adorables. Casi me siento positiva otra vez. Esto podría funcionar.

—Has olvidado el queso feta —dice Angie tras leer la carta.

Dejo escapar un grito de angustia.

Abro con cuidado todos los envases de nuevo y pongo exactamente siete dados de queso feta bajo en grasas en cada uno.

—¡Ha llegado el momento de la segunda ensalada! —anuncio intentando sonar optimista. Puedo hacerlo. Puedo. Vale, no ha sido el mejor primer día de la historia, ¿y qué? *Illegitimi non carborundum*, como dijo aquella agradable mujer en el Bartolo's.

—Hummm... ¿Pia? —dice Coco—. ¿Podemos usar la cocina para hacer la cena?

Miro el reloj consternada. ¿Cómo pueden ser ya las siete?

—¡Ay, Dios! Lo siento. Pedid pizza. Pago yo. O sushi. Lo que esa.

—¡Sushi! *Arigato!* —exclama Angie.

—¡Yo llamo al Bartolo's! —dice Coco—. Oh, cariño, voy a preguntarles a las demás qué quieren. —Sale de la cocina corriendo.

—Toma. —Le tiendo a Angie un fajo de billetes—. Paga la pizza y el sushi con esto.

—Debes de estar quedándote sin dinero, zorrита, en serio —responde Angie dudosa.

Hago un gesto de indiferencia con la mano con toda la confianza que no siento.

—No importa. Lo recuperaré todo en nada.

La segunda ensalada resulta más fácil, gracias a la ayuda de Coco y Angie. Luego decanto las salsas en los diminutos envases de aliño y escribo «Kim», «Julia» o «Pia» encima con un rotulador grande, mientras las chicas cierran los envases.

—Deberías añadir boniato asado —propone Angie—. Y corazones de alcachofa.

—Y coles de Bruselas —añade Coco—. ¡Y alubias! Las alubias son superincreíbles. —Entonces llaman al timbre—. ¡La cena!

Mucho más contenta, coloco los envases con las ensaladas en la otra nevera, en el cuarto de la colada. Quedan tan bonitos y ordenados, todos apilados uno encima del otro.

¡Ahora lo único que tengo que hacer es preparar bizcochos de chocolate bajos en calorías! Coco me ha dado la receta a prueba de tontos de su madre. Multiplico los ingredientes por tres con el móvil y sustituyo el aceite por calabaza enlatada, como ella me ha sugerido.

Voy a ganar una maldita fortuna con esto. Lo presiento. Y pagaré a Cosmo a tiempo y tendré mucho éxito y mis padres lo verán y la vida será perfecta.

Tres horas y cuatro tandas de bizcochos más tarde (una quemada, otra que no se ha horneado adecuadamente, otra que se me ha caído al suelo y una perfecta), casi he terminado. Corto todos los bizcochos en cuadrados generosos, los pongo en envases de ensalada —quedan bastante patéticos ahí solos en los envases, necesito encontrar algo con lo que envolverlos individualmente— y los apilo a un lado con las ensaladas.

Entonces miro alrededor.

Nuestra acogedora cocina tiene peor aspecto que después de la fiesta. Por algún motivo el olor a pollo quemado no se ha ido, y hay masa de bizcocho de chocolate en el puñetero huerto de especias de Coco. ¿Y cómo es posible que haya pedacitos de feta debajo de toda la mesa de la cocina? Y, ay, Dios, ¿eso del techo también es bizcocho? Me siento culpable. Como si tuviese que ser reprendida por abuso de cocina.

—Lo siento, Rookhaven —murmuro—. Cuidaré de ti, lo juro.

Rocío con espray y froto y barro cada centímetro de la cocina. Incluso friego el suelo, cosa que no creo haber hecho en mi vida. Cuando he terminado, echo un vistazo alrededor para ver lo limpia y perfecta que está y siento una extraña sensación de cansada satisfacción.

Es casi medianoche. Todo el mundo se ha ido a la cama.

Hambrienta, me como un pedazo de pizza de salami fría, solidificada, y los restos de un rollito de maki escaleras arriba.

En la puerta de mi habitación encuentro tres notitas.

La primera cubre una pila de hojas impresas:

«He estado investigando. Aquí están las cartas de los mejores sitios de ensaladas de Nueva York. Para que te inspires. Besos, Coco».

La segunda nota dice:

«Buena suerte mañana. A por ellos, tigre. Besos, Jumanji».

La tercera cubre un fajo de billetes que se parece sospechosamente al dinero que le he dado antes a Angie:

«Tu dinero. Lo siento, zorrита. A. PD: Para ti...».

Y debajo de esta hay una caricatura de Toto, con una pequeña Pia asomada por la ventanilla del conductor. Las palabras ruedas flacas aparecen escritas en gruesa letra negra en un lateral de Toto. El efecto general es algo setentero e irregular, con grandes corazones rojos por todo el camión y una gran boca pintada de rojo en la rejilla de delante. Bajo esta, Angie ha escrito:

«Toto, creo que ya no estamos en Kansas».

Sé que Angie me regala esto como una tarjeta para desearme buena suerte, pero como diseño para el camión es perfecto. Gracioso, encantador y descarado: el antídoto ideal para los logos superglamurosos de todos los camiones de comida que vi en el mercado de Brooklyn.

Tiene tanto talento. Me gustaría que todavía se tomase el arte en serio.

Entonces veo mi teléfono. Lo he dejado todo el día encima de la cama, lo cual es completamente impropio de mí. Tengo tres mensajes.

«Eh, princesa, ¿te apetece venir al Seersucker? ¡Estamos Bianca y yo!», me sugiere Jonah.

Aj.

«¿Cómo te ha tratado el fin de semana? ¿Qué tal ese camión rosa? ¿Qué hay de esa copa? Besos», me pregunta Mike.

Doble aj.

«Eh. Me pasaré el domingo a las siete para el primer pago. ¡Estoy deseando que me pongas al día! Cosmo», recibo de un misterioso número.

¡Qué majo es Cosmo! ¿Te imaginas que acabo haciéndome amiga de mi prestamista?

No tengo energías para ducharme, ni lavarme los dientes ni nada. No he estado tan cansada en mi vida, pero todavía tengo que pintar a Toto con el nuevo nombre de Ruedas Flacas y los corazones.

Cuento mentalmente hacia atrás e imagino que probablemente tendré que estar en camino alrededor de las nueve y media de la mañana para encontrar un buen sitio, así que necesito que esté pintado y seco sobre las ocho y media, y necesito cargar el camión y de verdad necesito una ducha, porque no creo que me haya duchado hoy, aunque no lo recuerdo, y eso significa cuarenta minutos para secarme el pelo, y no he hecho la colada, y no tengo bragas limpias, y necesito recoger servilletas y quizá algo de agua y refrescos light, y necesito cambio para la registradora, y oh, maldita sea, ni siquiera tengo registradora, así que debo salir de Rookhaven en torno a las ocho.

Me pongo la alarma a las cinco y media. Y luego me quedo dormida, o más bien inconsciente.



-¿Compraríais una ensalada baja en calorías y carbohidratos y alta en proteínas de un camión rosa llamado Toto? —grito por la ventanilla del camión a las ocho de la mañana del día siguiente.

—¡Claro que lo haría! —grita Coco saludándome con la mano desde la escalera de entrada—. ¡Buena suerte!

—¡Venga, zorrita, venga! —grita Angie, y se enciende un cigarrillo—. ¡Dame un uuuh!

—Eh... ¡uuuh! —grito tratando de poner a Toto en marcha.

Este emite un quejido durante unos segundos más, y por un momento me preocupa que mi carrera haya acabado antes de empezar siquiera, pero luego cobra vida con una tos.

—¡Uh! —repito, con un tono más autoritario esta vez, y alzo un puño a través de la ventanilla mientras enfilo Union Street. Es lunes por la mañana, ¡y estoy lista para trabajar!

Toto está genial. He escrito ruedas flacas a los lados con pintura roja brillante, y he pintado corazones como en el dibujo de Angie. Queda femenino y divertido, pero sin resultar sensiblero. Algo desvencijado y elegante sin esfuerzo. Muy Brooklyn.

La radio se enciende de golpe con una de mis canciones favoritas, «Here It Goes Again», de OK Go. Casi me gusta no poder sintonizar la radio de Toto: es como dejar mis elecciones musicales en manos del destino. O quizá Toto elige por mí.

He echado de menos conducir. Julia me enseñó en Brown (una seria prueba de nuestra amistad) y luego me prestó su coche. Tenía un pequeño escarabajo VW marrón al que llamábamos Cacamaster. Murió trágicamente en un accidente de confusión de diésel versus sin plomo. (Eh. Podría haberle pasado a cualquiera.)

Bueno, no puedo esperar a vender mis ensaladas y...

¡Pum!

¿Qué demonios ha sido eso? Freno con un chirrido. Ese ruido ha sido altísimo, ha sonado como un disparo. Creo. Como si yo lo supiese.

—¿Has oído eso, Toto?

Reina el silencio.

Arranco otra vez. ¿Qué es ese silbido? Es como si...

—¡Has pinchado! —grita una voz.

Piso el freno con fuerza de nuevo. En la acera hay una mujer que camina con un niño y una niña. El niño está llorando, probablemente por el ruido de antes. Me pregunto qué ha sido.

—¡Tienes la rueda de atrás pinchada! —grita de nuevo.

Me fijo en ellos. ¡Los conozco!

—¡Lina! —digo—. ¡Hola! —Salgo del camión y me acerco a ellos—. ¡Hola, Pia! ¡Hola, Gabe! —Lina es la mujer que me dejó aquellos doscientos dólares de propina en el restaurante. Parece que hace una eternidad que los conocí en el Bartolo's, pero fue el viernes pasado.

—¿Ahora estás pluriempleada con el camión de comida? —dice riendo—. ¡Mirad, chicos! ¡Es Pia, de nuestra pizzeria!

—¿Hay una pistola?

El niño sigue llorando.

Pia se esconde tímidamente detrás de su madre, asomándose para mirarme. Le guiño el ojo mientras Lina consuela a Gabe.

—¡No, cariño, solo ha sido la rueda del camión! Ha explotado, como un globo muy grande.

Al final lo capto.

—¡Miér... coles! ¡Mi rueda! —digo al acordarme de los niños—. ¡No sé cómo se cambia una rueda!

—Probablemente lleves una de recambio en el camión, ¿no? —pregunta Lina.

Pongo una cara angustiada de «a mí que me registren» y ella se ríe. Nos dirigimos todos a la parte de atrás del camión, y recuerdo algo que Francie, la antigua propietaria, mencionó: todo «lo demás» está en una trampilla bajo el suelo del camión.

—Yo te ayudo —dice Lina diez minutos más tarde, cuando tenemos la rueda y el gato junto al camión en la calzada—. No puede ser tan difícil.

—Ah, no te preocupes, seguro que tienes cosas mejores que hacer.

—Eh, tengo todo el día libre. Me estoy cogiendo un día de la Mamá del trabajo —añade alegremente—. Niños, ¿queréis que ayudemos a Pia con su camión un ratito?

—¡Síiii!

Lina parece el tipo de madre que puede decir cualquier cosa con un tono excitado y sus hijos chillarán de entusiasmo.

Por un segundo me quedo mirando la rueda pinchada y desinflada y la de repuesto (en serio, ¿cuánto pesan estas cosas?, ¿media tonelada?) junto a ella. El gato parece un instrumento de tortura. No tengo ni idea de qué hacer.

Entonces experimento un momento de iluminación. Me saco el móvil, voy a YouTube, tecleo «cómo cambiar la rueda de un camión» y miro el vídeo. Es bastante sencillo. Tapacubos, tuercas de llanta (uf), gato...

—A mí nunca se me habría ocurrido eso —dice Lina con un gesto hacia el teléfono—. En serio, excelente trabajo.

No puedo evitar reírme. Hasta ahora nada de lo que he hecho se ha denominado «excelente trabajo».

—Bueno, y, ya puestos, ¿por qué conduces un camión de comida?

Mientras cambio la rueda, le cuento lo de mi idea del camión de comida, dejando de lado las partes que hacen referencia al despido por bailar desnuda encima de una mesa con una botella de Captain Morgan y pedir dinero prestado a un tipo en una casa de empeños. En lugar de eso, digo que quería hacerlo porque no encuentro trabajo porque solo tengo un título.

—Ah, la «no experiencia», sin trabajo no hay trabajo, el pez que se muerde la cola —dice—. Lo recuerdo.

—Sí, parece de locos que después de cuatro años de carrera no esté cualificada ni para trabajar en un Starbucks... pero así son las cosas.

—Recuerdo esa etapa —contesta ella—. Es muy duro. Empezar la vida adulta es duro, aunque todo el mundo te dice que después de la universidad será muy fácil.

—¡Exacto! —Está siendo tan amable conmigo que me entran ganas de llorar. Lo típico.

—Ruedas Flacas. Es una gran idea, ventaja diferencial.

No tengo ni idea de qué significa «ventaja diferencial».

—¡Gracias!

—Bueno, tiene que apasionarte la comida, ¿no?

—No tanto —repongo—. Quiero decir que me encanta comer y me encanta ir de restaurantes y todo eso, pero cocinar nunca ha sido lo mío. Sin embargo, me apasiona esta idea, porque es mía y nadie más lo está haciendo. Y creo que la gente lo quiere.

—Hablas como una verdadera emprendedora.

Una vez que la rueda está cambiada, les ofrezco un bizcocho de calabaza a cada uno, por cuenta de la casa (eh... camión). Pia y Gabe han estado inventándose canciones para nosotras durante la última media hora, lo cual, joder, es adorable.

—Escucha —me dice Lina cuando vuelvo a subirme al camión—. Si

necesitas cualquier cosa, llámame. Lo digo en serio. —Me tiende su tarjeta—. Buena suerte hoy. Tengo la sensación de que va a ser todo un éxito. Y si da la casualidad de que estás delante de mi oficina un día, mándame un mensaje. Me aseguraré de que todo el mundo en mi edificio se entere.

—Lo haré, ¡gracias! —contesto. Estoy eufórica—. Y gracias otra vez por la increíble propina de la semana pasada.

Me sonrío y niega con la cabeza.

—Cuando quieras.

Ya estoy, pienso mientras avanzo a velocidad constante por el puente de Brooklyn. Yo. Camino de Manhattan en un camión de comida. Estoy demasiado emocionada como para ponerme nerviosa por el hecho de conducir en la ciudad. Mi ciudad. Veo a chicas de mi edad que caminan hacia el trabajo, todas cargadas con cafés y bolsas de gimnasio, todas nosotras empezando nuestras vidas adultas con un trabajo adulto... Tiene gracia pensar que todas fuimos bebés al mismo tiempo, que todas pasamos por las fases de Elmo y American Girl y *American Idol* y primeros sostenes y *Crepúsculo* y los primeros besos y las primeras depilaciones a la cera, y ahora estamos todas alcanzando la edad adulta.

Vamos, chicas.

Le envió un mensaje a Julia de camino a Manhattan y llego a su oficina del centro en torno a las doce y media. Cuando he aparcado en la calle con sorprendentemente poca dificultad (¡Ja, toma, Madeleine!), Julia se acerca dando saltos y gritando a pleno pulmón.

—¡Ay, Dios! ¡Ruedas Flacas! ¡Este es el mejor camión de comida del mundo!

Pongo el freno de mano y me dirijo a la parte de atrás del camión para abrirlo.

—¡A la cola! —Julia está mangoneando a alguien—. Detrás de mí. ¡Venga! ¡Venga!

Coloco diez envases de cada ensalada a un lado del mostrador, apilo los aliños junto a estos y los bizcochos al otro lado, y luego abro la ventana para servir.

Julia alza los brazos y me ayuda a colocar los cuchillos y tenedores, sin parar

de hacer comentarios durante todo el proceso.

—¡No me puedo creer que esté ayudando a Ruedas Flacas con los preparativos del día! ¡Esto es lo más guay que he hecho en mi vida! ¡Estoy tan emocionada! ¡Que alguien me choque los cinco!

Intento sonreír, pero de repente estoy nerviosa, me cuesta respirar. No tengo ni idea de qué estoy haciendo. No puedo dirigir un camión de comida. ¿Y si esto no funciona? ¿Ahora qué? ¿Y cómo demonios voy a pagar diez mil dólares y mil más cada domingo durante las próximas seis semanas?

—¿Puedo tomarle nota, señora? —le pregunto a Julia, con un tono agudo y alto. Miro por detrás de ella y veo una cola de dos personas que esperan pacientemente. ¿Una cola? ¡Clientes!

Puedo hacerlo.

—¡Yo quiero una ensalada de pollo con aliño Julia, porque tiene una pinta increíble, y un bizcocho de chocolate bajo en calorías, por favor! —Prácticamente está chillando. Dios, es muy mala actriz—. ¡Uau! ¡Esta va a ser la mejor comida de mi vida!

—Serán seis dólares por la ensalada, cincuenta centavos por el aliño y dos dólares por el bizcocho, lo que hace un total de... —Hago una pausa, contando en silencio todo lo rápido que puedo. Sí, sé que es patético, pero soy una manta en matemáticas—. Ocho cincuenta, señora.

Julia me da un billete de veinte dólares.

—Quédate el cambio.

—No, no puedo hacerlo —replico con firmeza—. Necesitas cambio.

—¡Gracias! —dice mientras se aleja pavoneándose antes de que pueda obligarla a coger el dinero. La oigo gritar de nuevo con todas sus fuerzas—: ¡Una ensalada de Ruedas Flacas! ¡Madre mía! ¡Esto es supergenial!

—Hola —saludo al siguiente chico en la cola, un tipo raro con gafas—. ¿Qué te pongo?

—Quiero la ensalada de pavo, el aliño de Kim y tres tiras de queso —pide.

Veo a dos personas más que se unen a la cola y contengo las ganas de alzar un puño en el aire.

—¿Cuántas calorías tiene la ensalada de pollo? —me pregunta una mujer esquelética con el pelo crespo.

—Eh... yo... hum... Esta noche las cuento. Mañana a esta hora se lo digo.

—Entonces volveré mañana.

El siguiente me pide una ensalada de pollo y un bizcocho de chocolate bajo en calorías. Luego vendo una ensalada de pavo. Luego dos bizcochos y una de pavo. De repente la cola es de cinco personas.

—¿Cuántas calorías tiene el aliño?

—¿Cuál es tu cuenta de twitter?

—¿Estás en facebook?

—¿Cuál es tu página web?

—¿Aceptáis encargos?

—¿Puedes ponerme una ensalada sin queso?

—¿Esto por qué es marrón? —pregunta una mujer grande y pelirroja al tiempo que señala algo en su ensalada.

Me asomo.

—Es aguacate.

—Deberías agregarle zumo de limón. Así no se pondrá marrón. Es asqueroso.

—Vale... —¡Maleducada!—. ¿Le gustaría cambiarla?

—No. Aun así es mejor que la tienda del otro lado de la calle.

—¡Gracias, señora! —digo—. ¡Siguiente!

—¿Dónde está el Chop't más cercano?

—¿En serio? —le contesto al tío que ha preguntado eso.

Se trata de un banquero trajeado, de veintitantos, un antiguo deportista, diría, uno de esos que dejó de hacer deporte en segundo de carrera y engordó veinte kilos y ahora intenta mantener su peso comiendo «sano» en esos restaurantes de ensaladas. Conozco a los de su calaña.

—Sí —me dice sonriendo.

—Pues no lo sé. Y si lo supiese, no te lo diría. De todos modos, sus aliños están llenos de grasas y calorías ocultas y azúcar.

—¿Ah, sí?

No tengo ni idea.

—Sí.

—Tus ensaladas son un poco aburridas.

—Bueno, si lo pides educadamente, bailan.

—¿Cómo haces los bizcochos bajos en calorías?

—Eso es un secreto. —Alza una ceja—. Vale. Están hechos con calabaza.

—¿En serio? Explícame cómo puede la calabaza sustituir la vieja y buena mantequilla. —¿Está flirteando conmigo? No tengo tiempo para eso—. ¿De dónde eres?

—Soy de Brooklyn. Si no vas a pedir nada, hazte a un lado, hay clientes hambrientos esperando.

—Qué carácter. —El tipo sonrío y se aleja sin prisa.

Mis palabras reverberan en mi cabeza. «Soy de Brooklyn.» Bueno, lo soy.

Hacia las dos y veinte he vendido treinta ensaladas de pollo, treinta ensaladas de pavo, cuarenta y ocho bizcochos (bueno, cuarenta y cinco, sin contar

los tres que les he dado a Lina y a sus hijos), y sesenta y cuatro tiras de queso. Se me ha olvidado comprar agua y refrescos light, pero mañana los tendré. Y he cogido pedidos de ensaladas vegetarianas y más tipos de postres bajos en calorías, y conseguiré una URL y abriré una cuenta de facebook y de twitter esta noche. Fácil.

Lo mejor de todo: tengo seiscientos dólares en efectivo en la caja registradora (vale, es una fiambrrera de Barbie que he encontrado en la cocina de Rookhaven).

Por la noche, inspirada por mis éxitos del día, escribo algo para la página de facebook con el fin de explicar a los clientes por qué Ruedas Flacas es tan especial.

BIENVENIDOS A RUEDAS FLACAS

Todo lo cocinamos en el horno, nunca frito. Intentamos no añadir azúcar, jamás añadimos edulcorantes y no tocaríamos el sirope de maíz ni con un palo. Tampoco agregamos sal a menos que sea absolutamente necesario y evitamos el gluten. Así que, cuando comes nuestras ensaladas, sabes que tienes exactamente lo que has pedido.

¿La conclusión? Adoramos la comida, pero también adoramos nuestro cuerpo. Y no queremos tener que elegir entre ambos.

Y para acabar tengo que contar las calorías. Parece que cada maldito habitante de Manhattan cuenta calorías. Así que voy a pesar y medir todos los ingredientes de las ensaladas para mañana, calcular las calorías con la ayuda de mi viejo amigo Google, y luego sumarlo todo.

El único problema es que no puedo hacerlo.

Los números no me cuadran. Únicamente 78 calorías para la ensalada de pollo, aunque resulte impresionante, no puede estar bien.

Vuelvo a hacer números. Esta vez me salen 743 calorías. Eso tampoco puede ser correcto... Para eso tendría que ser una pechuga de pollo frita en un montón de aceite, rellena de manteca y a continuación bañada en chocolate.

Apoyo la frente en la mesa de la cocina y dejo escapar un gemido que dura varios segundos. Luego me golpeo la frente contra la mesa.

Y luego otra vez para que me dé suerte.

—Bueno, eso parece normal —dice una voz. Alzo la vista. Es Madeleine—. ¿Qué ocurre?

—No puedo con las matemáticas —contesto en voz baja.

—Vale, eso ya lo sabíamos —replica mientras coge unos restos de salteado de pollo con brécol de la nevera. Suspiro. Típico comentario malicioso de Madeleine—. ¿Por qué no me dejas a mí? Las mates son lo mío.

Me quedo paralizada.

—¿Estás segura? Hay que contar calorías.

—Ah, eso es totalmente lo mío. —Madeleine se sienta enfrente de mí, reparte el salteado en dos boles y me tiende un tenedor con el tipo de familiaridad que la gente exhibe cuando son, ya sabéis, amigos—. Cuento calorías cada vez que me aburro.

—Suenan... ¿divertido? —Dudo. Por no decir que me deja pasmada que me dirija la palabra—. Estoy intentando averiguar las de la ensalada de pollo.

—¿Unos cien gramos de pechuga de pollo? Ciento veinte calorías. Sin piel, al horno, ¿no?

—Sí.

—Eso son ciento veinte...

—Vale... —Comienzo a anotarlo.

—Las verduras, más el queso feta bajo en grasa, más... Vale, eso suma ciento noventa y cuatro.

Me quedo mirándola boquiabierta.

—¿Cómo sabes todo esto?

—No sé... Lo aprendí en el instituto. Es como montar en bicicleta, no se olvida.

—Pero tú nunca estás a dieta.

Hace una pausa.

—Supongo que mi madre... nuestra vida familiar es un poco... eh... drástica. Cuando era pequeña hacía tablas en mi cabeza para conservar la calma. Las calorías no fueron más que el paso siguiente. Contar me resulta tranquilizador.

—Puedo decir sinceramente que eso jamás lo habría pensado —contesto.

Madeleine se me queda mirando y suelta una carcajada, y yo también me echo a reír. Es la primera vez que nos reímos juntas desde el primer año de carrera. Desde la noche de «Te odio, Pia».

—Vale, vale, basta de hacer el tonto. Pásame la siguiente ensalada —me indica, y se lleva un poco de brécol a la boca.

Para cuando hemos terminado, casi se me saltan las lágrimas de agradecimiento.

—Esto me habría llevado toda la noche. Muchas, muchas gracias —digo.

—No hay problema —repite ella—. En realidad venía para ver si necesitas ayuda con las cuentas. Beneficios y pérdidas y todo eso. No es difícil, pero hay que cogerle el tranquilo.

—¿Puedes encontrar el modo de que gane más dinero sin clonarme a mí misma y a Toto?

Madeleine se lo piensa un segundo.

—Sube un dólar los precios. Cobra siete dólares por las ensaladas, un dólar por el aliño y tres por los postres. Y pon los acompañamientos a tres dólares también.

—Pero ¿y si la gente que ha comprado hoy vuelve mañana?

—Lanzamiento especial. Ha llegado el momento de ponerse serios. —Se encoge de hombros—. La gente puede tragar o callarse.

Lo anoto todo mientras nos acabamos el salteado.

—¿Por qué estás siendo tan amable conmigo? —Las palabras han salido antes de que pueda detenerlas—. Nunca eres amable conmigo. No desde...

Madeleine se pone en pie de un salto y friega nuestros boles, y mis palabras se van apagando. Sigue un silencio muy largo. Yo miro a Madeleine y ella mira el fregadero.

—Siento lo de aquella noche —dice finalmente, sin volverse—. Estaba avergonzada por ello, y luego enfadada conmigo misma. Supongo que simplemente lo pagué contigo, y después las cosas estaban así y punto.

—Pero... ¿por qué? ¿Por qué dijiste aquellas cosas? —pregunto—. Creí que éramos amigas.

Otro largo silencio.

—Para ti todo es... o era... siempre fácil —murmura al fin.

—¿Qué? —digo. ¿He oído bien?

Madeleine se vuelve, mordisqueándose el labio inferior.

—Siempre parecía que para ti todo era muy fácil. En la universidad. Tus padres son ricos, eres delgada, tienes la piel perfecta, haces amigos con facilidad, siempre pareces estar bien. No has tenido un solo problema en tu vida.

Me quedo con la boca abierta.

—¿Por eso llevas años sin hablarme? ¿Por qué crees que para mí todo es fácil? ¡Ni siquiera es cierto!

—Lo que tú digas —contesta—. Y esa noche, cuando dije aquellas cosas, había oído al tío que... hum... me gustaba hablando de ti. Estaba loco por ti y tú no te habías dado ni cuenta. Yo estaba... no sé...

—¿Celosa? —añado—. ¿Quién era el tío? —No recuerdo que a Madeleine le gustase nadie el primer año, no pensaba más que en estudiar.

Madeleine se sienta, coge una baraja de cartas y la mezcla con torpeza.

—¿Importa? Supongo que solo pensé que no era justo. A ti nunca te sale nada mal. Siempre eres el centro de todo. Gustas a la gente de manera automática. Cuando dices algo, la gente te escucha. Es como si tuvieras... una especie de derecho social o algo así.

—¿«Derecho social»? —No sé si reírme o llorar. O darle una bofetada—. Pero... pero yo solo intento ser amable. Esto es de risa. Me he pasado toda la vida intentando aparentar que pertenezco a algún sitio sin sentirlo nunca, ¡y ha funcionado tan bien que me odias!

—Pero tú nunca pareces nerviosa. O incómoda.

—Solo porque actúe así no significa que por dentro no sea un absoluto desastre, tía —replico—. Y no todo ha sido fácil para mí. Me echaron de dos internados, ¿vale?

—¿Sí? ¿Por qué?

—No quiero hablar de eso ahora mismo —contesto con voz temblorosa. Esos son los malos, vergonzosos recuerdos que intento enterrar profundamente en mi interior. Más hondo que mis recuerdos de Eddie, más hondo que cualquier otra cosa. Los recuerdos que me hacen odiarme a mí misma.

Madeleine no piensa dejarlo pasar.

—Pero apuesto a que eras popular.

—La popularidad es un mito —respondo—. Y nunca encajé en ninguna parte, no de verdad. No mantengo el contacto con nadie de los internados a los que

fui. Tenía ataques de pánico... A veces todavía los tengo. Después de que me expulsaran por segunda vez, mi madre me dijo que se avergonzaba de tenerme por hija. —Cierro los ojos, deseando que el recuerdo desaparezca. Me mareo con solo pensar en ello. Fue la peor pelea que hemos tenido—. Las cosas entre mi madre y yo nunca han vuelto a ser las mismas.

—Tus padres te quieren. Te llaman todo el tiempo. A mí mi padre no me ha llamado desde el día en que cumplí trece años. Y mi madre prefiere a mis hermanastros antes que a mí. Resulta tan evidente que ya es como una broma de familia.

—Maddy, esto es ridículo. ¿Estamos compitiendo por ver quién tiene la vida más asquerosa? Yo no sé qué significa ser tú, tú no sabes qué significa ser yo, así que ¿cómo puedes juzgar? —Siento que se me saltan las lágrimas. Oh, Dios, por favor, no me dejes llorar—. Yo solo me estoy esforzando todo lo que puedo, Madeleine. ¡Joder!

—Vale, lo siento —dice—. Me equivoqué. Lo siento, por favor, ¡no llores!

Se me saltan las lágrimas y me resbalan por la cara.

—Odio llorar. Me irrita los ojos. Y ni siquiera estaba triste.

—A veces llorar sienta bien y ya está —suelta Madeleine, y las dos nos reímos a pesar de las lágrimas, lamentando sonar como un episodio de las puñeteras *Chicas Gilmore*, pero es cierto—. No pretendía disgustarte. Estoy mal de la cabeza. —Hace una pausa mirando al vacío—. Estoy fatal de la cabeza.

—¡Todo el mundo está mal de la cabeza a su manera! —repongo—. Eso es lo que nos hace especiales.

Madeleine se ríe.

Esto resulta agradable. Ligeramente incómodo, pero agradable.

—Bueno... ¿qué hay entre mi hermano y tú?

Por un segundo estoy demasiado estupefacta para contestar.

—Hum... nada.

—¿Qué, te piensas que estoy ciega? ¡Os vi enrollándoos en la fiesta! ¡Y me ha dicho que habéis estado tonteando por mensaje!

¿Ah, sí? Oh. *Merde*. El cursillo de iniciación al flirteo vía mensaje para Coco.

—Bueno, Mads, ya sabes, hum... creo que tu hermano es un tío encantador, y muy divertido y guapo, pero...

—Es solo que odias a los encantadores, divertidos y guapos, ¿no?

—Ja —contesto, y pienso en el tal Aidan del taxi de la otra noche. Él era perfecto. Pero no volveré a verle nunca. Y «perfecto» no existe.

Madeleine suspira.

—Solo prométeme que no le romperás el corazón a Mike. No ha tenido más que una novia.

—No lo haré —respondo. ¡Como si pudiese romperle el corazón! Dios, si solo nos besamos una vez. Vale, y nos acostamos. Lo que sea—. Lo prometo.

Madeleine vuelve a levantarse de un salto y examina su colección de infusiones. Una vez que nos hemos quitado todas las cosas serias de encima, no se me ocurre nada que decir. ¿Cómo empiezas a hablar con normalidad después de tantos años ignorándonos la una a la otra?

—Me encanta vivir aquí —dice ella finalmente, echando un vistazo alrededor de la cocina—. Siento que ahora mismo es lo único que funciona en mi vida.

—¿No te encanta tu trabajo? —Me sorprende.

—Yo no diría que «me encanta»... Me refiero a que está bien. Solo me estresa todo lo que tengo que hacer a veces.

—Sí, trabajas un montón de horas.

—No... Me refiero a... no sé, lo mucho que tengo que demostrar. Tengo que estar en primera línea para los ascensos en el trabajo, y eso significa impresionar a la gente adecuada, y necesito encontrar novio y luego marido, y casarme y tener hijos, todo antes de los treinta.

—Para eso faltan... como ocho años —digo. Yo nunca pienso en los treinta. Demonios, nunca pienso en los veinticinco.

—Pero es mucho que hacer. Y soy la única que puede hacerlo. Nadie va a hacerlo por mí. ¿Y si fracaso? —Se muerde el labio con la mirada perdida—. A veces siento que pasar por la escuela y la universidad y conseguir mi primer trabajo ha sido un largo y agotador maratón, y ahora alguien ha dicho «vale, da igual, ahora mismo tienes que correr otro maratón». Y estoy de nuevo en la línea de salida. Es como si todo lo que he hecho hasta ahora no contase.

—Todo saldrá como tú quieres —le aseguro—. Al menos tú sabes lo que quieres.

Madeleine se ríe.

—¡No lo sé! ¡Solo sé lo que se supone que tengo que querer! ¿Y si no sale bien? ¿Y si soy la persona que acaba sola y sin trabajo viviendo con su madre, viendo *Jeopardy!* en la tele?

—Entonces... probablemente estés totalmente contenta con esa decisión.

—¡No quiero estar contenta con esa decisión! ¡No lo quiero! —Madeleine da un golpe con las manos en la mesa.

—Vale, Maddy, tranquilízate... —Y entonces pronuncio tres palabras que nunca creo cuando me las dirijo a mí misma—: Todo saldrá bien.

Madeleine me mira desde el otro lado.

—Espero que tengas razón.

Es domingo por la tarde. Cosmo viene en un par de horas para cobrar el primer pago de intereses de mil dólares. Estoy deseando ponerme al día con él.

Una vez que le pague, solo me quedarán trescientos en la fiambrrera de Barbie. Reconozco que esperaba ganar un poco más, o que los ingredientes costasen un poco menos, ¿sabes?

Pero no ha sido más que mi primera semana. He tenido un montón de gastos inesperados. Y hay que gastar dinero para ganar dinero, ¿no? Me resulta extraño estar tan concentrada en el trabajo, pero me encanta. Faltan siglos para que tenga que saldar todo el préstamo (y para que lleguen mis padres) y, para entonces, estaré nadando en la abundancia, como suele decirse. (Sí, pues claro que se dice.) ¿Quieres oír algo chocante? ¡Maddy y yo volvemos a ser amigas! Hace que la vida en Rookhaven sea mucho más fácil. Ayer por la tarde, por ejemplo, pasamos el rato juntas en la cocina mientras yo experimentaba con recetas de bizcocho de plátano bajo en calorías, y luego Angie, Julia y Coco las probaron con nosotras y después —y aquí viene lo bueno— jugamos todas a las cartas en la mesa de la cocina. Fue idea de Angie; está enganchada al póquer desde hace mucho tiempo. Hablando de pasarlo bien de manera sana: fue como algo sacado de una puñetera obra de Norman Rockwell. Si los personajes de Norman Rockwell jugaran al póquer con cerillas y bebieran cerveza.

Y por lo que parece, Angie se está recuperando de su debacle.

Ahora está en Manhattan en uno de esos brunch alcohólicos que duran todo el día. Julia se ha ido a clase de kickboxing y ha arrastrado a Coco consigo. Creo que Madeleine está arriba. Y yo me estoy comiendo los restos de una sopa de jamón con guisantes sacada de una puñetera obra de Norman Rockwell que Coco hizo anoche y escribiendo el menú de mañana.

Ensalada 1 = pollo + aguacate + guisantes + remolacha + tomates cherry + feta bajo en grasa + brotes **Ensalada 2** = pavo + berro + almendras + manzana + apio + cheddar bajo en grasa + brotes tiernos **Ensalada 3** = (atún + mayonesa light) + huevo cocido + maíz + alubias + lechuga iceberg **Ensalada 4** = aguacate + tomates cherry + boniato + espinacas **Ensalada 5** = queso fresco + manzana + jamón + almendras + brotes tiernos **Postre 1** = bizcocho de chocolate (— grasa) **Postre 2** = bizcocho de plátano (— grasa)

No es exactamente el menú de ensaladas más excitante de la historia, ya lo sé. Pero va en la dirección correcta.

Me tomo un momento de descanso para publicar un tuit.

«Mañana, 11 de la mañana: 23ª con Park. Saborea tu comida y salva tu trasero con Ruedas Flacas. Bizcocho gratis para los 10 primeros en RT.»

También he ampliado la gama de aliños. Hay uno de tzatziki llamado Angie, uno de jengibre miso llamado Coco, y un aderezo a base de mayonesa para Madeleine. El último nunca ha sido mi favorito, pero cada vez me gusta más. Ja.

En ese momento suena mi móvil. Mike.

¿Otra vez? Me ha llamado prácticamente cada noche esta semana. Y me ha escrito por whatsapp y facebook.

Me planteo ignorarlo —lo pillaré, ¿no?—, pero entonces me acuerdo de lo que Madeleine me pidió. No quiero estropear esta nueva tregua de la que estamos disfrutando.

Al parecer necesito aclarar mis sentimientos. Está claro que limitarme a ignorarlo en las semanas que siguieron a nuestro rollo no es suficiente.

Así que pongo una voz superfría y tranquila.

—Eh, hola.

—¡Estás viva! Vale, tengo que irme, hay unos san bernardos buscándote ahora mismo por las calles...

No puedo evitar reírme.

—He estado muy ocupada, Michael.

—¡Michael! Uau. Nadie me ha llamado así desde que tenía siete años y robé una barrita Oh Henry! de una tienda de comestibles de Maryland.

—¿Robaste una barrita Oh Henry!? Pero ¿acaso hay alguien que se las coma?

—A mí me encantan —repite Mike con tono dolido—. En serio. Son las mejores barritas del mundo.

Me río, aunque estoy esperando a que vaya al grano. Vamos, tío. Mañana tengo que madrugar.

—Bueno... —Se aclara la garganta—. Me preguntaba si te gustaría quedar para jugar el fin de semana que viene. Ya sabes... ir al parque, montar en los columpios, dar de comer a los patos...

—Tío, eso sería genial, pero he empezado este negocio. Estoy experimentando con recetas de galletas y tarta de queso bajas en calorías.

—¿Haces pasteles? —pregunta, sin apenas contener su diversión.

—Afirmativo —digo tratando de no sonar molesta.

¿Por qué le parece tan hilarante a todo el mundo que haga pasteles? Ni que hiciera falta ser una lumbrera. Julia ha entrado esta mañana en la cocina y me ha visto con el delantal de la tía Jo y unas manoplas para el horno y se ha reído tan fuerte que se ha caído y se ha dado un golpe en la cabeza contra el marco de la puerta.

—Te ayudaré —asegura él—. Conozco a un tipo que cría pollos en Red Hook. Te llevaré huevos.

—¿Estás de broma?

—No —contesta—. Los mejores huevos que has probado en tu vida.

En ese momento suena el timbre. ¡Cosmo!

—Genial —repongo rápidamente—. Eso sería increíble. ¿Puedes traérmelos? ¿El sábado que viene, quizá?

Se produce una pausa.

—¿Ahora soy tu repartidor de huevos?

—Uh, no quería decir eso —digo mientras salgo de la cocina hacia la puerta de entrada. ¿Por qué es tan susceptible? Buf. Igualito que Madeleine—. ¿Y si tomamos una copa o algo el viernes por la noche y me los das entonces?

—Viernes noche, ¿a las ocho? ¿En el Brooklyn Social? ¡Es una cita!

—Es una copa —respondo con firmeza al tiempo que vuelve a sonar el timbre—. Tengo que irme. —Cuelgo y abro la puerta—. ¡Cosmo!

Pero no se trata de Cosmo.

Es un gigante. Un gigante con forma de Transformer vestido con una camiseta ajustada y vaqueros negros, con unos hombros enormes y sin culo. El tipo de tío que piensa que está cachas porque toma esteroides y levanta pesas, aunque la realidad es que es pura grasa repleta de granos. No es mi tipo.

—Soy Nicky —dice con una voz inesperadamente aguda—. Cosmo está en el coche.

Miro por detrás de él y veo un Prius aparcado en doble fila junto a Toto.

—¿Cosmo conduce un Prius?

—Está muy evolucionado —dice Nicky. Le sonrío, pensando que está siendo gracioso. No es así—. Vengo a por el dinero.

—Claro, lo tengo arriba, ¿por qué no pasas y te sientas?

—No, espero aquí.

Nicky se cruza de brazos y de golpe caigo en la cuenta: Nicky es un tío duro. Es la fuerza, el músculo, el malo.

Repentinamente tengo miedo.

—Yo... lo cojo ya mismo.

Dejo la puerta abierta, porque cerrársela en la cara me parece algo maleducado, y corro escaleras arriba. Luego bajo enseguida, todo lo rápido que puedo, con un miedo acuciante en el estómago, y le tiendo el sobre.

—Están ahí, los mil dólares, no tienes que contarlos.

—Si a ti no te importa, lo haré de todas formas —contesta Nicky. Asiento y veo cómo cuenta meticulosamente el dinero dos veces. Luego asiento—. La semana que viene tenlo preparado —añade—. A Cosmo no le gusta esperar.

Nicky baja lentamente los escalones de entrada, de vuelta al Prius, y se sienta en el asiento del copiloto. Cosmo se vuelve para hablar con él, después se asoma por la ventanilla y me mira en la entrada un segundo.

Luego se aleja.

En ese momento, oigo a Vic toser desde su posición de primera hora de la tarde en el banco de delante de su apartamento.

Me inclino para verle.

—¡Buenas tardes, Vic! —Dios, espero que no haya oído nada de eso.

—¿Estabas confraternizando con esos tipos del Prius? —me pregunta.

—Son solo unos amigos.

—Amigos como esos —murmura—. Ten cuidado, Pia, ¿me oyes?

—Lo haré, lo prometo —digo tratando de sonar desenfadada—. No te preocupes por mí.

Vic no contesta, así que antes de que el silencio pueda volverse incómodo, añado: —¡Buenas noches!

Y regreso dentro.

Hacia el final de la semana, sin embargo, he decidido que todo el asunto Nicky-Cosmo está bien. Perfectamente.

Nicky no puede evitar ser un droide hasta arriba de esteroides. Bueno, sí que puede, evidentemente, pero da igual. Tal vez sea inseguro. Tal vez fuera un adolescente flacucho e indefenso con el que se metían los chicos mayores. Quien esté libre de pecado... y toda esa mierda.

Bueno, he tenido otra semana increíble con Ruedas Flacas. He ganado suficiente dinero para pagar a Cosmo esta semana. No tendré problemas para devolverlo todo, lo sé.

Creo que Toto también está de buen humor: la radio se ha sintonizado mágicamente en la hora Village People de una emisora local cuando he aparcado en Washington Square, y me he pasado toda la mañana cantando «In the Navy» y «Milkshake».

Y entonces es cuando la veo.

Bianca.

Conduciendo un camión negro brillante con que coman pastel pintado en letras rojas a un lado.

¡Ese camión es completamente nuevo! ¡Parece Darth Vader! ¡Debe de haberle costado decenas de miles! ¿Le ha pedido eso a Cosmo? De sus altavoces sale «Low Rider», de War, a todo volumen, así que todo el mundo se vuelve hacia ella.

A no más de tres metros, su camión reduce velocidad. Bianca me sonrío con suficiencia cuando nuestras miradas se encuentran.

Su eslogan dice «Ensaladas y pasteles con todo el sabor y ninguna de las calorías».

Oh, Dios mío.

¡Esa zorra me ha robado la idea!

Cierro los puños con fuerza y se me acalora el rostro. Estoy tan enfadada que me duele y todo.

Junto a esa bestia, mi querido Toto parece un juguete viejo al que le falta hasta un ojo. Nadie quiere un juguete viejo salvo su propietario. A todo el mundo le encantan los juguetes nuevos y relucientes.

Tengo que calmarme. El trabajo primero. La ira luego.

Con una gran sonrisa falsa en el rostro, vuelvo al interior del camión y empiezo a atender a los clientes. Cuando mi jornada termina, arranco a Toto, me dirijo a casa y mando un e-mail a las chicas desde mi móvil.

«Esa camarera mala pécora me ha copiado la idea. Por favoor, buscad @quecomanpastel o la página de FB y, si estáis cerca, id a comprar algo. Necesito detalles. Luego necesito venganza.»

Piénsalo: se pasó todo mi pequeño discurso en el mercado de Brooklyn riéndose de mí, pero ¡en secreto tomaba nota de todo para poder empezar un negocio idéntico!

—¡Capulla! —grito mientras avanzo por Houston. Ni siquiera maldecir hace que me sienta mejor, y ya sabes que soltar tacos mientras conduces es emocionalmente reconstituyente. La radio va saltando de una emisora a otra, desde «Macho Man», de los Village People, a «I Hate You So Much Right Now»—. ¡Has dado en el clavo, Toto! —grito, los temas no podían ser más acertados.

Para cuando regreso a Brooklyn tengo varios correos.

De Angie: «¿Quieres que me cargue a esa zorra?».

De Coco: «¡¡¡Oh, no!!! ¡¡¡Qué injusto!!! Estoy haciendo actividades extraescolares. ¡Pronto estoy en casa y hablamos! Besossss».

De Julia: «M. y yo lo hemos comprobado. Ensaladas muy parecidas, galletas bajas en calorías, etcétera. Hemos comprado uno de cada. Esta noche lo probamos. Podemos con esto».

De Madeleine: «No te preocupes, su camión parece Darth Vader. Y le he pegado un chicle en la ventanilla cuando no miraba. M.».

Me encanta esta nueva y solidaria Madeleine.

Sin embargo, la pécora de Bianca me ha puesto de un humor de perros. ¡Es viernes por la noche! Debería estar concentrada en encontrar una hora feliz decente, emborracharme y ligar, como cualquier otra veinteañera del mundo. No echando humo y preocupándome.

Vuelvo a intendencia y limpio el camión, con el cerebro funcionando a doscientos por hora. No puedo ofrecer un camión tan grande, brillante y bonito como la mala pécora, pero si trabajo lo suficiente tal vez se me ocurran más formas de impresionar a los clientes. Si les gusta la comida, se lo contarán a un amigo al día siguiente, ¿no? Lo único que tengo que hacer es trabajar más.

Empezaré a servir desayunos el lunes, decido, mientras camino hacia Rookhaven. Tal vez eso me dé ventaja frente al estúpido Que Coman Pastel de Bianca. Podría preparar tortillas de clara de huevo, quizá, o tortitas bajas en calorías. Los beneficios de las tortitas deben de ser una locura. ¿Y qué hay de una

tarjeta de fidelización de Ruedas Flacas? ¿Una campaña de «recomiéndanos a un amigo»? ¡Sí! Podría imprimir postales con el logo de Ruedas Flacas; son monas, y la gente podría enviárselas a sus amigos, y cuando sus amigos las traigan al camión, ¡obtienen un cincuenta por ciento de descuento en su primer pedido! ¡Sí! ¡Sí! Lanzo el puño al aire de alegría, con lo que me gano una mirada de extrañeza de una mujer que pasa.

Todavía son las cuatro, así que me voy arriba para darme un largo baño en la segunda planta (en mi planta solo hay ducha). Es muy a la antigua: rosa pálido, con una bañera con patas tipo garra en la que prácticamente puedes nadar. Me aplico un tratamiento desestresante completo: me pongo mascarilla facial y mascarilla para el pelo, me afeito las piernas, me exfolio el cuerpo, todo. Sin embargo, los pensamientos siguen agolpándose en mi mente. Bianca me ha copiado. No gano más que lo justo para devolverle el dinero a Cosmo. ¿Cómo voy a pagarle? ¿Y si no puedo? ¿Y qué hay de mis padres?

Me estoy volcando en una actividad frenética. Una actividad frenética en plan «podría sufrir un ataque de ansiedad».

«Respira —me digo—. Estás bien. Todo va a ir bien.»

Y por una vez me escucho.

Cuando salgo de la bañera, sintiéndome ligeramente más tranquila, advierto unas palabras apenas visibles en el espejo empañado. Es evidente que alguien las ha escrito esta mañana y ha olvidado borrarlas, así que el vapor las ha vuelto a revelar.

FEA FEA FEA.

Merde.

¿Quién iba a escribir eso? Las responsables más probables son evidentes: Madeleine o Coco. Son ellas quienes usan este baño, junto con Angie, pero Angie se ducha por la noche. Y Jules y yo utilizamos la ducha de nuestra planta.

Lo bueno y lo malo de vivir juntas: no hay secretos. Si una chica en el internado es bulímica, todo el mundo lo sabe. Ídem si está discutiendo con su hermana o llorando por un tío o si sus padres van a divorciarse. Yo no tardé en aprender a proteger mi privacidad. No escribir nada jamás es la regla más importante, espejos incluidos.

Tal vez quienquiera que lo haya escrito solo estaba teniendo una mala mañana. Tal vez no sea para tanto. Quién sabe.

Ya está. Quiero una copa.

Me pongo las botas moteras, porque tengo ganas de patear algún culo de pécora, y el vestido negro sin espalda. Cojo el libro que he estado leyendo, *Lo mejor de la vida*, puesto que es puro escapismo. Bolso, brillo de labios, llaves, hecho.

A medida que avanzo por Union Street, mi mente se desvía hacia Aidan. Mi caballero de brillante taxi amarillo.

Las probabilidades de que me lo encuentre de nuevo en un barrio de dos millones y medio de personas son nulas... y aun así no puedo dejar de pensar en él. Siento un cosquilleo ante la idea, una extraña vibración que casi me marea. Me pregunto dónde estará ahora.

Aunque el lado reverso de la moneda de Aidan es el recuerdo de Eddie y todas las razones por las que no puedo mezclarme con Aidan, aunque tuviera oportunidad. Riesgo de fuga. No quiero volver a pasar nunca por una ruptura así. Jamás. Si alguien tan amable, fuerte, inteligente y resuelto como Eddie miró en mi alma y vio que no soy lo bastante buena, que no merezco —afrontémoslo— ser amada, ¿cómo iba a actuar cualquier otro tío medio decente de un modo distinto?

Exacto.

Me quedo soltera.

Normalmente giro a la derecha en Court Street, pero me hace pensar en conducir a Manhattan para trabajar. Así que hoy giro a la izquierda, dejo atrás Carroll Park y la gente que disfruta de los últimos rayos de sol del verano al aire libre... y me encuentro delante del Minibar.

Donde a Aidan le gusta beber.

No hay ningún mal en echar un vistazo, ¿no?

(Creo que a esto lo llaman acoso light.)

El Minibar es exactamente el pequeño antro de diseño para beber que su nombre sugiere. Obra vista, techos de estaño, suelos de madera. Pido un vodka con

hielo y me siento junto a la ventana.

El lugar es bastante moderno, pero digno. No denota un esfuerzo excesivo por impresionar, pero tampoco resulta frío. Está bien y punto. No me extraña que le guste.

Envío un mensaje a las chicas para que se reúnan conmigo en cuanto puedan. Solo contesta Angie.

«El peor día de mi vida. PUTA SESIÓN DE FOTOS DE SOJA. Tomando algo. De bares. ¿Te apuntas? Creo que esta noche va a ser salvaaaje.»

Ah, genial, ha vuelto la Angie kamikaze.

Nunca he sido de preocuparme por mis amigas, pero estoy empezando a preguntarme si todo el mundo es un absoluto desastre. Es como si todas fingiéramos que estamos estupendamente, pero en secreto nos cagáramos todo el tiempo. Ojalá nos hubiesen advertido en la universidad.

Suspiro profundamente.

—¿Largo día, guapa? —me dice el camarero.

Es mono, pero por una vez en mi vida no estoy de humor para flirtear, así que me limito a sonreírle/hacerle una mueca y a mirar por la ventana. Después del ajeteo de las últimas semanas, puedo mirar por la ventana y limitarme a... estar.

Al cabo de unos minutos, sin embargo, limitarme a estar se vuelve bastante aburrido. Así que cojo *Lo mejor de la vida* y me pongo a leer: «No va a llamarme nunca —pensó Barbara—, así que puedo pensar qué quiero de él. Tener fantasías no supone ningún peligro... es solo un encaprichamiento, pero lo siento».

Dios, así es justo como me siento. Me pregunto dónde está Aidan ahora

mismo. Tiene que estar en alguna parte. A veces vivir en Nueva York es como una versión interminable de aquella película, *Serendipity*. Podrías estar a punto de toparte con la misma gente, los mismos amigos o enemigos o amantes en potencia durante años. ¿Cuántas veces he estado a punto de tropezar con Aidan en las últimas semanas? ¿Y si sigo a punto de toparme con él para siempre?

En ese momento suena el teléfono del bar y el camarero contesta.

—¡Aidan! Sí, tío, todavía lo tengo...

¡Aidan! ¿Aidan, Aidan? ¿Mi Aidan, Aidan? Quiero decir, no es mi Aidan, Aidan, evidentemente, pero...

—Bueno, si piensas dejar que tu perro duerma toda la noche en mi bar, me voy a quedar con ese estúpido juguete de morder, ¿sabes?

Oigo una especie de chirrido y me vuelvo. El camarero sostiene un hueso gigante de goma, de esos que a veces llevan los perros por ahí, como una manta de seguridad canina.

—Sí, sí, me aseguraré de que nadie lo coja. Estará a salvo. Que pases un buen fin de semana, colega.

Y cuelga. El modo en que ha dicho «colega» es el modo en que quizá hablarías a un británico para burlarte de su acento.

—¡Hola! —exclama una voz, y alzo la vista. Es Coco—. ¡Esto es increíble! Ni siquiera sabía que este bar existiera.

—Siéntate, Coco, voy a pedirte algo de beber. ¿Qué quieres?

—¡Oh! Hum... vale. ¡Oh, dios! —Coco estudia la carta—. No sé... ¿Tú qué estás tomando?

—Vodka con hielo —contesto.

Pone cara rara.

—Yo tomaré un vaso de vino. Blanco. No, tinto. No, blanco.

Voy a la barra para pedir un vaso de chenin blanco para Coco.

—¿Tiene veintiún años? —me pregunta el camarero.

—Pues claro —repongo, con mi mejor sonrisa.

En realidad tiene veinte, pero puede soportarlo. El resto del mundo civilizado te deja beber a los dieciocho, por el amor de Dios. Estoy intentando decidir cómo preguntarle por Aidan. Me doy cuenta de que no puedo hacerlo. No sin parecer una acosadora. Y lo que es peor, probablemente le hablaría a Aidan de mí. Soy exasperantemente fácil de describir.

Merde.

—¡Cuéntamelo todo sobre esa bruja que te está copiando! —dice Coco cuando vuelvo.

Sí. Piensa en el trabajo. No en Aidan.

—Bueno, es la pécora de Bianca, la camarera del Bartolo's, la que hacía el tonto con Jonah en el mercado de Brooklyn —explico—. Bueno, resulta que escuchó todo lo que dije acerca de Ruedas Flacas, y ahora va y me copia.

—¿Por qué lo habrá hecho?

Miro a Coco, confundida. ¿Por qué iba a copiarme Bianca? Porque así es como funcionan algunas personas. Porque es el tipo de chica competitiva que quiere tener éxito a cualquier coste. Porque había algo en mí que la molestaba. ¿Quién sabe? ¿A quién le importa?

En lugar de decir todo eso, sin embargo, me encojo de hombros.

—Hablemos de otra cosa hasta que llegue Julia.

—Tengo tantas cosas que contarte —dice Coco—. ¿Recuerdas los mensajes que le envié a Eric el fin de semana pasado? Bueno, ha contestado, totalmente. Deja que te lo enseñe.

Revisamos todos los mensajes de Eric, uno por uno, y aporto el mejor análisis que puedo. En realidad, a mí este tío me parece un gilipollas, pero ¿quién soy yo para juzgar? He estado ahí. He luchado en esa batalla.

—¡Y está en Nueva York! ¡Esta noche! ¡Creo que puede que quiera verme!

Me enseña su último mensaje. «Precalentando desde las tres de la tarde. El expreso de las lagunas mentales va camino de ciudad fiesta.» Aj.

—Voy a hacerme la fría —dice Coco—. ¿Puedes ayudarme a planear qué decir? ¿Crees que le gusto?

Coco y yo pasamos la mayor parte de la media hora siguiente planeando su respuesta. Está tan nerviosa que se diría que nunca ha tenido una cita, que nunca ha tenido novio, que nunca ha practicado el...

Ay, Dios. Apuesto a que nunca ha practicado el sexo. Lleva alimentando la llama por este tío ¿cuánto, cuatro años? No ha tenido novio desde que la conozco, sin duda no es un animal social que va de bar en bar, nunca ha mencionado a ningún otro tío...

No conozco a nadie de mi edad que nunca haya tenido relaciones sexuales, excepto, ya sabes, esas piradas por la Biblia de la universidad. Y la mayoría de ellas probablemente lo hacían en secreto; una de ellas dejó la carrera para tener un hijo (no lo entiendo: ¿creen que si no hay condón no cuenta de verdad?).

Miro a Coco atentamente. Se está peinando el flequillo rubio para apartárselo de los ojos, como una niña. Joder, parece tan vulnerable. Solo quiero protegerla y hacer que la vida sea mejor para ella. Parece necesitarlo.

—Estoy segura de que le gustas a Eric —suelto—. Es imposible que nunca se haya preguntado qué podría pasar entre vosotros dos. Eres demasiado guapa.

—¡No! ¿Lo dices en serio? —Coco se sonroja complacida—. Yo... oh, qué narices, mandemos ese mensaje.

Al final, nos decidimos por «Pásalo de miedo. Hazme saber si necesitas consejo, chicarrón». Coco prácticamente está sudando de los nervios cuando lo manda.

—Que levante la mano quien haya tenido un día de mierda —dice una voz. Alzo la mano y me vuelvo. Es Julia—. Voy a por una cerveza. Y un tequila.

—Hemos estado trabajando en un acuerdo —explica una vez que se sienta—. Yo he hecho mi pequeñísima parte perfectamente, y todo el mundo estaba contento conmigo. Pero entonces he corregido a mi jefe delante de todos y... en realidad él no es mi jefe, solo lleva más tiempo en mi equipo... bueno, me ha

gritado, y cito textualmente: «Joder, cállate, y vete a joder a otra parte, joder».

Coco y yo damos un grito ahogado.

—¿En serio?

—Eso no es nada —responde—. Mi trabajo es muy agresivo. Es matar o morir, como los putos *Juegos del hambre*. Me pone enferma. La verdad es que —confiesa bajando la voz— a veces tengo diarrea de los nervios.

—Aj —contesto yo.

Hasta ahora Julia nunca ha sido tan sincera acerca de su trabajo. La mayor parte del tiempo lo pinta como si fuera perfecto, según su personalidad tipo A.

Julia se frota los ojos. Solo las chicas que no llevan rímel o raya pueden hacer eso. Si a mí se me ocurre rozarme la cara, me convierto en un borrón gigante.

Jules suspira.

—No creí que fuese a ser así. Creí que por fin encajaría en alguna parte... pero no lo hago. Nunca lo hago.

—¿No? —Me sorprende. Jules siempre parece muy segura de sí misma. Capitana de todo, tan lista y con tanta confianza.

—Es que no me imagino haciendo esto como... los próximos cuarenta años. —De repente parece estar esforzándose por no llorar, y yo me veo abrumada por el deseo de protegerla a toda costa también. Merece ser feliz.

—Quizá no deberías pensar en términos de cuarenta años. Piensa en objetivos a corto plazo —sugiero tratando de ser práctica y de ayuda, como ella sería para mí—. Como desde ahora hasta Navidad.

—Pero yo soy de las que piensan a largo plazo. He alcanzado mi primer objetivo a largo plazo, un trabajo en un banco, pero no me siento como creí que me sentiría. —Hace una pausa y le entra hipo, huele a alcohol—. Yo no... no... me siento como yo.

—Tal vez deberías relajarte e intentar disfrutarlo —digo—. Se supone que la vida es divertida, si no ¿para qué sirve?

—Has hablado como una verdadera hedonista —replica poniendo los ojos en blanco. Au. Últimamente me he esforzado mucho, maldita sea.

—Bueno, no tienes por qué ser banquera —señalo—. Hay otras carreras en el mundo.

—Sí, quizá dimita. Podría volver a la universidad, hacer un máster, o viajar o algo —dice.

—¿Qué? —Estoy pasmada. La idea de que Julia deje Rookhaven sencillamente no me gusta.

Y Coco parece una niña que acaba de descubrir que Santa Claus no existe.

—¿Volverías a dejarme? Ya fue bastante duro cuando te fuiste a la universidad...

—¡No! ¡Por supuesto que no! —repite Julia rápidamente—. Y es genial, de verdad, quiero decir que es increíble, el trabajo de mis sueños, totalmente. —Sonríe de oreja a oreja—. Es lo que siempre he querido. Solo necesito superar el primer año y luego será mucho más fácil. Y el sueldo es genial, y los incentivos deberían endulzarlo, ¿no?

Da un largo trago a su cerveza sin mirarnos.

—Yo creo que debemos hacerlo lo mejor que podamos —digo—. Estamos todas en el mismo barco. Todas estamos empezando.

—Tomemos todas otro chupito —añade Julia, y deja su botella en la mesa con brusquedad—. Y tengo la comida de la pécora.

Diez minutos más tarde, nos hemos comido la mitad de la mercancía de Que Coman Pastel. Las ensaladas no están demasiado buenas —una de pollo, una de atún, verduras aburridas y lechuga de hoja rizada—, pero las tartas son excepcionales.

—*Merde*, están buenas. —Me desespero mientras mastico otro bocado de tarta Blondie.

—Narices. Esto no es ni bajo en grasas ni en azúcar —dice Coco, que se está comiendo una galleta de avena—. Confía en mí. Lo sé. El corazón solo me late así

de rápido cuando como un montón de azúcar.

—Lo sé, yo noto la mantequilla y la nata —afirma Julia, que está disfrutando simultáneamente de un pastel de limón y una magdalena de terciopelo rojo.

—¿Cómo podemos averiguarlo? —pregunto mientras dejo mi tarta Blondie de cacahuete increíblemente deliciosa indignada, luego la cojo de nuevo y le doy otro mordisco.

—¿No hicimos algún tipo de experimento sobre grasa y carbohidratos en clase de química? —pregunta Julia entusiasmada—. Con... no sé, un quemador Bunsen, y... ah.

Las tres nos recostamos, abatidas. Jamás vamos a poner nuestras manos en un quemador Bunsen.

Mejor otra ronda de tequilas.

—Creí que no tomabas chupitos —le digo a Julia—. Creí que eran la razón de que la fiesta de inauguración de la casa se descontrolara.

—Sí, bueno, quizá esté cansada de controlar. —Lame, traga y chupa—. Madeleine tiene tres citas esta noche —añade.

—¿Qué? —preguntamos Coco y yo al unísono.

—Ha decidido que ha llegado el momento de buscarse un novio, así que ha estado quedando por internet. Los ha organizado para tomar algo durante cuarenta y cinco minutos después del trabajo, uno-dos-tres, como fichas de dominó. —Hace una pausa—. Mierda, no le digáis que os lo he contado. Creo que puede que fuera un secreto.

—Dios, qué organizada es —contesto—. ¿Por qué no hace lo que hacíamos en la universidad y punto: emborracharse en un bar y ver qué pasa?

—Ella nunca hizo eso —me recuerda Julia—. Ella salió con Sebastian, y ya está.

—Ah, sí. —Sebastian. Estudiaba matemáticas. Creo que no le oí pronunciar una sola palabra.

Pido otra ronda y Julia va al lavabo. Coco sigue observando su móvil obsesivamente, así que miro por la ventana, preguntándome dónde está Aidan y por qué estoy tan colada que pienso tanto en él, días después...

Y entonces recibo un mensaje de Angie.

«Acabo de encontrarme con Eddie en el Brinkley's. Joder, ¿qué probabilidades hay?»

Pestaño varias veces. ¿He leído bien? ¿Eddie? Tal vez sea un error de autocorrección del móvil.

«¿Eddie? ¿Mi Eddie?», contesto.

«El señor Riesgo de Fuga en persona», especifica Angie.

«¿Estás segura?», insisto.

«Zorrita, fuimos a esquiar juntos, ¿recuerdas? Reconozco a tu ex cuando lo veo», responde Angie.

-Voy a fumarme un cigarro —le murmuro a Coco, y salgo a toda prisa del bar.

Me apoyo contra el muro, tratando de respirar y pensar al mismo tiempo. No debería costarme, pero lo hace. ¿Eddie está aquí? ¿Está en Nueva York? ¿Caminando por las mismas calles que yo? Una parte de mí se muere por replicar: «¿Ha preguntado por mí? ¿Qué aspecto tenía? ¿Qué llevaba puesto? ¿Iba con una chica? ¿Qué llevaba puesto ella?», y un millón de preguntas más.

Pero al mismo tiempo no quiero saberlo. No quiero saber nada que pueda hacerle formar parte de mi presente en lugar de mi pasado. Espera, quizá sí... No, no, no quiero, no quiero tener nada que ver con él. Me rompió el corazón. Confié en él y le quise, y fue lo más estúpido que he hecho en mi vida.

Al cabo de un segundo, me llega otro mensaje. Gracias a Dios, Angie me lee la mente.

«Nada de cháchara. Solo me ha saludado. Él entraba y yo salía... está como siempre. No iba con ninguna chica.» Me resulta casi extraño que Eddie exista, casi ridículo que lleve los últimos cuatro años dando vueltas por ahí, desayunando y estudiando y viviendo la vida, cuando yo no he dejado de llorar por él. ¿Es raro?

Me llevo un cigarrillo a los labios y lo enciendo con las manos temblorosas. ¿Por qué me late el corazón así? ¿Cómo puede ser que el mero hecho de saber de Eddie tenga este efecto en mí?

Otro mensaje de Angie.

«Tía, ¿estás ahí? ¿No debería habértelo contado? ¿Quieres que nos veamos?»

Mierda, será mejor que conteste. Necesito que Angie piense que estoy bien. Actuar con naturalidad.

«Sí, no, por supuesto, gracias por contármelo, ¡el mundo es un pañuelo! ¡Hablamos mañana!»

Sí. Muy natural.

Apago el cigarrillo y vuelvo adentro. Julia está pidiendo más chupitos. Sí. Beber. Beber es bueno.

—¡Más chupitos! —grito—. ¡Y whisky!

Está bien que Julia y Coco no sepan nada acerca de Eddie, porque no quiero explicar por qué, años después, casi me da un ataque al enterarme de que ahora vive en Nueva York.

En lugar de eso, quiero hablar de por qué el amor apesta.

—No tiene sentido —digo tras dejar el último whisky sour encima de la mesa—. No tiene ningún sentido. O tú le rechazas o él te rechaza a ti.

—¿Qué no tiene sentido? —pregunta Julia con un ligero hipo—. ¿Y quién rechaza a quién?

—Los hombres, el amor, el rollo de los hombres —prosigo—. Es mejor estar soltera y, ya sabéis, tener gollamifos. Quiero decir follamigos.

Julia se ríe con tanta fuerza al oír «gollamifos» que casi se cae de la silla.

—¡Sí que lo tiene! ¡Hay almas gemelas! —dice Coco, abatida por que me

haya planteado siquiera lo contrario.

Niego con la cabeza.

—Las almas gemelas no existen. El amor no es más que una coincidencia de hormonas en el momento oportuno.

Miro alrededor. La barra está llena de atractivos habitantes de Brooklyn que salen ahora, y yo estoy hambrienta.

—Me muero de hambre —digo, y una frase completa de repente me supone un esfuerzo enorme—. Necesito comida.

Julia alza un puño en el aire.

—¡Sí! ¿Adónde?

—¡Al Bartolo's! —exclamo, animada al instante con la idea.

¡Sí! El agradable Bartolo's, con el agradable y guapo Jonah. Gracias al infierno que solo hemos sido amigos. No volveré a salir con nadie nunca. Y voy a dejar de pensar en el estúpido Eddie, y ya puestos, en el estúpido Aidan, y también voy a dejar de estar colada por él inmediatamente. El amor apesta. Sí.

Salimos a Court Street. Todo resulta un poco borroso y cálido, y no dejo de tropezar con mis propios pies.

De la mano de Jules y Coco, entro en el Bartolo's y voy directa a la barra, donde Jonah, el agradable apicultor Jonah, está abriendo una botella de vino. Me alegro mucho de verle.

—¡Jonah! —exclamo saltando con torpeza—. ¿Cómo leches estás, mi pequeño vaquero? Tienes el pelo bonito. Sé sincero: ¿llevas mechas?

—Tía, ¿habéis estado bebiendo? —dice Jonah riendo.

Le presento a las chicas. Coco le choca los cinco y Julia se inclina hacia delante para besarle ambas mejillas, y advierto que están borrachas. ¿Estoy yo borracha?

—Solo tenemos mucha hambre —contesto con un susurro de bibliotecaria, y

veo pasar una bandeja de lasaña con queso—. Bueno, ¿sigue la mala pécora trabajando aquí? Quiero decir, ¿Bianca?

—No, lo ha dejado —contesta Jonah, confundido por el comentario sobre la «mala pécora»—. Eh, adivina qué. ¡Voy a abrir mi propio negocio! ¡Voy a ser cuidador de abejas! Ahora hay un montón de gente en el rollo de las abejas urbanas, ¿sabes? Pero no siempre tienen tiempo o saben cómo cuidar de sus abejas. Así que voy a ser algo así como el tío de las abejas.

—El hombre que susurra a las abejas —digo.

—¡Sí! ¡El hombre que susurra a las abejas! ¡Un nombre genial! Se te dan bien estas cosas, ¿puedes darme algún consejo para empezar?

—¡Por supuesto! —replico, aunque, la verdad, ¿no es de sentido común? Encontrar clientes, darles lo que quieren, ganar dinero—. ¡Cuando quieras!

De repente me entra hipo y enseguida me llevo los dedos a los oídos y empiezo a tragar saliva (funciona, lo prometo). Julia se da cuenta y se ríe incontinentemente.

—Eh, ¿por qué no os llevo a la cocina? Vinnie y Ricky cuidarán de vosotras.

—Esto parece sacado de *Uno de los nuestros* —dice Julia.

—¿Podemos beber algo que no tenga alcohol? —añade Coco—. No me encuentro muy bien.

—Solo necesitas comer —repongo yo—. ¡Mis chicos! ¡Vincent! ¡Richard!

Vinnie y Ricky están sorprendentemente contentos de vernos, aunque tal vez entre gente borracha a trompicones en la cocina cada noche de la semana. Nos sentamos a una mesita en el rincón, y empiezan a llegar platos de degustación: calabacín frito, rollatini de berenjena, panecillos de ajo, ensalada de mozzarella de búfala, pollo a la romana, espaguetis carbonara, ziti gratinados, linguine con salsa blanca de almejas, pequeñas pizzas de todas las variedades... Cada bocado es delicioso, y engullimos y nos atiborramos con placer ebrio.

—Voy a aprender a cocinar así, lo juro —dice Coco.

—Está tan bueno... —contesto yo con la boca llena de pizza de espinacas y

ricotta—. Tan, tan bueno... —En el momento en que he empezado a comer se me ha pasado la borrachera. Tiene gracia cómo a veces ocurre eso. Aún no me puedo creer que Angie haya visto a Eddie. Me pregunto dónde vive, qué hace... No, no, piensa en otra cosa.

—Una mujer no puede sobrevivir a base de ensaladas —declara Julia—. A ver cómo te chupas esa con tu camión.

—Eso no tiene ningún sentido. Y yo nunca he dicho que pudieras vivir a base de ensalada. Ruedas Flacas es una cuestión de equilibrio. ¿Recuerdas? Equilibrio.

—Sí, sí, equilibrio, tú sigue con eso. ¿Puedo tomar más cacharritos de ajo de esos?

Me vuelvo hacia Vinnie y Ricky, que están muy atareados cortando, asando y sirviendo.

—He abierto un camión de comida, chicos.

—¿Sí? ¿Qué tipo de camión de comida?

—De ensaladas con montones de proteínas y postres bajos en grasas y azúcar...

Ricky y Vinnie me miran desconcertados. Probablemente no hayan usado los términos «bajo en carbohidratos», «bajo en azúcar» o «bajo en grasas» en su vida.

—Bueno, ya sabéis, la péc... quiero decir, ¿Bianca? ¡Ha copiado mi idea por completo! ¡Está vendiendo ensaladas y postres bajos en grasas por todo Manhattan en un camión grande y brillante en plan Darth Vader!

Vinnie y Ricky intercambian una mirada.

—No puedes confiar en esa Bianca —dice Vinnie—. Se liaba con las notas y siempre echaba la culpa a la cocina.

—¡Mala pécora! —Julia suelta un hipido.

Ricky se acerca hasta mí.

—Entonces ¿estás preparando tú sola todas las ensaladas, todos los días? ¿Y preparando las tartas? ¡Eso es un montón de trabajo, Pia!

—Coco me ha ayudado con las tartas —digo. Coco sonrío con orgullo—. Es mucho trabajo. Siento un enorme respeto por los chefs de verdad como vosotros. —Pestaño y Vinnie me arroja un trozo de pepperoni.

Ricky señala una caja de cartón que hay en el rincón.

—Echa un vistazo. Estábamos a punto de tirar un gran procesador de alimentos y una vieja cortadora de carne. Puedes usarla para cortar las verduras muy finas.

—Oh, uau, ¿de verdad? —Podría doblar mis remesas de postres, y preparar zanahoria y rábanos y apio tan finos como el papel, Dios—. ¿Seguro que no los queréis?

—Tú llévatelos —dice Vinnie—. Y, Pia, si compras la carne y la verdura en el mercado, te están sangrando.

—Sí, completamente —añade Ricky—. Deja que te hagamos los pedidos. Nosotros pagamos como la mitad que la gente corriente. Solo mándanos un mensaje antes de las cuatro de la tarde todos los días y lo recoges por la mañana.

—¡Eso sería fantástico! —digo. Introduzco rápidamente sus números en mi móvil—. ¿No le importará a Angelo?

Los dos se encogen de hombros.

—No debería haberte despedido. No le dirigimos la palabra.

Ooh. El juego de poder en el Bartolo's.

Julia está recostada, con la cabeza contra la pared, en un coma inducido por la comida.

—Uau, esto ha sido... la experiencia más intensa que he tenido con la comida en mi vida.

—¡Oh, Dios mío! —chilla Coco, y casi se cae de la silla—. ¡Me ha escrito! ¡Eric! ¡Quiere que quedemos! ¡Tengo que irme! Tengo que ir a... —Mira el teléfono,

con un ojo entrecerrado—. Está en una fiesta particular en Windsor Court, en la Treinta y uno con la Tercera.

—Oh, eso es Murray Hill —digo—. ¿Quieres que te acompañe?

—No, no, puedo hacerlo sola. Cogeré el tren —contesta—. Ya soy mayor...
—Eructa como un camionero, luego se cubre la boca con una risa tonta e impactada.

—¡Pia, mira quién ha venido! —me grita Jonah desde el comedor.

Mierda, es Bianca, el híbrido punk-hipster con la cabeza medio afeitada de Bianca, que entra en la cocina del Bartolo's como si estuviera en su casa. Estoy tan pasmada que no puedo ni hablar.

—Eh, chicos —saluda con aire despreocupado cuando Jonah, que parece absurdamente encantado (¿de verdad está tan en las nubes?), regresa a la barra.

—Hoy he visto tu camión —tartamudeo al fin.

—Gracias —dice al tiempo que coge un trozo de pizza del plato de degustación y la olisquea.

De repente estallo de ira.

—¿Cómo te atreves a robarme la idea? ¿Y cómo te atreves a quedarte ahí de pie como si no tuvieses nada de lo que avergonzarte después de tu pequeño paseo en camión de esta tarde? No eres más que una... una... una... ¡copiona!

—¿Una copiona? —repite ella, entre risas—. ¿Qué estamos, en el parvulario? ¿Qué crees que he hecho exactamente, princesa?

—¿Pelearse con una motosierra? —replica Jules para sus adentros.

—¡No te hagas la lista! ¡Sabes exactamente lo que has hecho! —Ahora mismo es probable que me parezca mucho a mi madre—. Me has quitado la idea...

—Llevo mucho tiempo pensando en ello, Pia. ¿Bajo en grasas? ¿Bajo en azúcar? ¡Es lo que quiere el pueblo!

—¡Que te jodan! —A partir de ahora, odio a cualquiera que utilice el término

«el pueblo».

—Tus postres están llenos de grasa y azúcar. —La voz de Coco tiembla a causa de la tensión del enfrentamiento—. Yo puedo demostrarlo.

Bianca pone los ojos en blanco.

—Me gustaría ver cómo lo intentas, cielo. Vinnie, Ricky, necesito vuestra ayuda. ¿Podéis añadir mi compra diaria al pedido del restaurante para no tener que pagar el sobrepeso?

Los chicos niegan con la cabeza con gesto apesadumbrado.

—Va contra las normas —responde Vinnie.

—Imposible, hermana —agrega Ricky.

—Vaya, qué lástima —digo sonriendo con tanta suficiencia como puedo.

—Cállate, niña mimada —me espeta perdiendo por fin los estribos.

—¿Crees que solo soy una niña mimada? —Alzo la voz—. Para cuando haya acabado contigo, ¡vas a desear no haberme conocido nunca!

—¿Me estás amenazando?

—¡Te estoy advirtiéndolo!

Ahora ambas estamos gritando.

—¿Por qué no vuelves con tus padres ricos? ¡Aquí no pintas nada!

—¡Sí que pinto! ¡Este es mi sitio!

Jonah entra corriendo con gesto impresionado.

—¿Qué demonios está pasando? ¡Os está oyendo todo el restaurante!

—Está zumbada, J —dice Bianca, toda inocencia—. Joder, está completamente loca.

—Tu zorra necesita un bozal —gruño yo.

Bianca se vuelve hacia mí y, lo juro por Dios, está a punto de cargar contra mí cuando Jonah la coge por ambos brazos y la saca de la cocina.

¡Uau! La descarga de adrenalina de la batalla.

—¡Quiero matarla! —exclamo.

—¡Ha sido impresionante! —dice Ricky. Vinnie y él parecen encantados con el drama de la noche—. ¡La zorra que necesita un bozal! ¡Ja! Un clásico.

—Pero será mejor que salgáis de aquí antes de que vuelva Angelo —añade Vinnie.

Salimos por la puerta de atrás del Bartolo's, que da a un estrecho callejón.

Me enciendo un cigarrillo. Últimamente no he fumado, principalmente porque no quiero oler a tabaco cuando trabajo. Y hay un rumor por ahí que dice que es malo. Pero resulta agradable después de una pelea.

Uau. Bianca. ¿Qué demonios le pasa a esa?

—¡Ay, Dios mío! ¡Estoy tan nerviosa por ver a Eric! —sisea Coco a mi lado—. ¡Mira cómo tengo las manos!

—¡Estarás perfectamente! Solo sé tú misma.

—¿Y si yo misma no soy suficiente? ¿A veces no te gustaría ser otra persona? Dios, a mí sí.

Coco se dirige a la boca de metro.

—Coco, ¿por qué no coges un taxi? Es más seguro.

—Yo... hum, ah, no he sacado suficiente dinero. —De repente Coco parece increíblemente joven. Yo no me he sentido protectora con nadie en mi vida. Más le vale a ese tío ser majo.

—Un taxi es mucho más cómodo, cariño —digo al tiempo que le pongo cincuenta dólares en la mano—. Con eso también tienes suficiente para volver luego a casa. Llámame si te pierdes o algo, ¿vale? Recuerda, pásalo bien, ten cuidado, y... sí, eh, eso es todo. —Las lecciones maternas no se me dan tan bien.

—¿Adónde va? —pregunta Julia con tono sorprendido—. ¿Cucú? ¿Adónde vas?

—Ha quedado con unos amigos, y tú y yo nos vamos a casa —contesto, y la arrastro por Smith Street.

—El lunes no quiero ir al cole —masculla.

—Quieres decir al trabajo.

—Es lo mismo. Salvo porque la escuela me encantaba y odio el trabajo. Estoy a punto de cumplir veintidós años, Pia. ¡Veintidós! Soy una anciana.

—¡No es verdad! ¡Acabas de empezar a vivir!

—Estoy cansada de empezar a vivir. Echo de menos la universidad. ¿No te gustaría que pudiésemos volver y punto?

Ni de coña, pienso. A mí me gusta mi vida ahora mismo. Me encanta entrar por la puerta de Rookhaven, tengo esa sensación de hummm, de seguridad y comodidad que nunca había experimentado en ninguno de los sitios en los que he vivido. Me encanta estar rodeada de mis mejores amigas todo el tiempo. Y me gusta conducir a Toto por ahí, y hablar con gente nueva todos los días, y pensar en formas de convertir Ruedas Flacas en un éxito. Sencillamente encaja conmigo. Y la vida nunca había encajado conmigo antes.

Pero no lo digo, puesto que el contraste entre mi actitud y la suya podría molestarla.

—La universidad se volvía aburrida —replico—. ¿Recuerdas las duchas? ¿Y la comida? Vamos. La vida de los mayores, adulta, quiero decir, es mejor.

Julia murmura algo ininteligible, tropezando ligeramente con una grieta en la acera.

—¿Qué?

—La vida adulta que me bese este culo con forma de corazón.

—¿Quién te ha dicho que tienes el culo con forma de corazón?

Todavía me estoy riendo cuando pasamos por delante del Brooklyn Social, y entonces me acuerdo.

¡Mike!

Miro el teléfono. Cuatro llamadas perdidas tuyas a las ocho... Son más de las diez.

—Mierda. —Sigo caminando, sujetando a Julia con un brazo, y marco su número. Da siete tonos antes de que conteste.

—¿Hola?

—¡Tío! ¿Mike? ¿Hola?

—He estado una hora esperándote —suelta al final. Su voz suena muy lejos, como si casi no soportase hablar por teléfono.

—Oh, Dios, lo siento mucho.

—Tenía una cesta de huevos. Parecía el puto conejo de Pascua.

Estallo en carcajadas, hasta que me doy cuenta de que está seriamente cabreado. No le gusta quedar como un idiota.

—Mike, lo siento. Lo he olvidado por completo. Estaba con Julia y con Coco, y nos hemos ido a comer algo y yo... No tengo excusa. ¿Me perdonas?

Se produce una pausa.

—Entonces ¿todavía estás por ahí?

—No. Voy camino de Rookhaven. —Me paro cuando a Julia se le cae el bolso, se tambalea al tratar de recogerlo y se cae—. Jules está muy pedo.

—¿Quieres que me acerque?

—Oh, Dios, no... —digo sin pensarlo mientras sostengo el móvil con el hombro y trato de incorporar a Julia al mismo tiempo—. Quiero decir... hum, yo... Estoy realmente cansada. Lo siento. Quizá...

—No hay problema —me interrumpe—. Tengo que irme. Adiós.

Y así, sin más, me cuelga.

Pues vale. No pienso perder más tiempo pensando en él.

Jules ahora avanza por Union Street fingiendo ser una fugitiva.

—Jules, eres una borracha barata.

—Borracha lo serás tú —replica ella.

—Una respuesta muy ingeniosa.

Justo cuando llegamos a los escalones de entrada, se vuelve hacia mí con una súplica en la mirada.

—Dime que todo va a salir bien.

—Todo va a salir bien. —Le apoyo las manos en los hombros—. Lo prometo. De un modo u otro.

Me gustaría creérmelo.

Julia me mira con aire ebrio y se dispone a subir los escalones.

—Pia, una última cosa sobre esa tal Bianca —dice por encima del hombro.

—¿Qué, cariño? —pregunto ayudándola a subir.

—Desenmascaremos a esa zorra.

Desde el careo de anoche en la cocina del Bartolo's, he estado mirando las cuentas de twitter y facebook de Bianca. «¡Los mejores y originales!», sigue diciendo. «¡Que levante la mano quien odie Ruedas Flacas! ¡Ruedas Flacas es un timo! ¡Probad mi comida sin calorías de verdad!» Etcétera. Me he pasado todo el día furiosa, pero me he dado cuenta de que Julia tenía razón.

Y la venganza, como el vodka, se sirve mejor sola y muy fría.

Así que esta tarde he llamado a Jonah, con la excusa de que quería disculparme.

—Es que me siento fatal por haber discutido con Bianca —le miento—. ¿Puedes darme su dirección? Me gustaría pedirle perdón.

—Qué detalle por tu parte, lo agradecerá —ha contestado.

He contenido un resoplido de incredulidad. ¿Cómo es posible que aún no se entere de qué va? ¿O es que Jonah es una de esas irritantes personas a las que les gusta todo el mundo?

Ahora estamos todas en la cocina, vestidas de negro y a punto de ejecutar la Operación Karma Jódete.

Parecemos mujeres ninja. Bueno, mujeres ninja en distintos grados de forma física y entusiasmo.

Julia está acostada en el suelo, quejándose de que se siente hinchada y poniéndose en las mejillas maquillaje de camuflaje en rayas horizontales de una lata de betún negro. Coco está fregando la bandeja de macarrones con queso que ha preparado para cenar. Madeleine corta y se come una pera muy lentamente.

Y Angie tiene resaca y sigue con las gafas de sol puestas. No le he preguntado por Eddie, gracias a este autocontrol sobrehumano que no sabía que poseía.

—Vale, equipo, repasemos el plan otra vez —digo.

—¡Sabemos lo que estamos haciendo! Dios, ¿cuándo te has convertido en una maniática del control? —repite Julia mientras trata de subirse la cremallera—. Estoy reteniendo líquidos seriamente. Y creo que se me están encogiendo los vaqueros. Y los sujetadores.

Coco me sonrío de oreja a oreja.

—¡Estoy tan emocionada! ¡Asustada, pero emocionada!

Por supuesto, Coco estaría motivada aunque le dijera que vamos a ahogar gatitos. Al parecer anoche Eric estaba pedo, pero fue «muy, muy amable» y al final de la noche la metió en un taxi y se despidió de ella con un beso en los labios. Coco se lo toma como si estuviera a un paso de una declaración de amor con petición de matrimonio incluida.

—Yo también. —El tono de Angie sugiere lo contrario.

—Armémonos de valor, chicas —añado—. Y listas.

Salimos todas juntas de Rookhaven. Angie y yo vamos en cabeza. Angie me ofrece un cigarrillo, pero estoy demasiado nerviosa para fumar. Ella se enciende uno y lo sujeta entre el índice y el pulgar, como si estuviese en el patio de la cárcel.

—¿Parezco dura? Estoy intentando parecer dura.

Julia va cantando su propia versión de «Hit the Road Jack».

—Estoy casi segura de que la letra no dice «Muerde el polvo, zorra» —dice Madeleine.

—Estoy improvisando.

—¡Yo me estoy poniendo de los nervios! —exclama Madeleine, y nos coge a las dos del brazo. Dios, sí que está relajándose últimamente.

A medida que nos acercamos a Gowanus, las elegantes y acogedoras casitas de piedra rojiza desaparecen y todo parece ruinoso. Escaparates con las persianas bajadas, letreros desconchados y un paso elevado lleno de grafitis que parece interminable.

—Aquí es donde nos matarían si estuviéramos en una película —dice Julia.

Angie frunce el ceño.

—Creo que una vez, hace tiempo, vine a una discoteca por aquí cerca.

En la siguiente manzana, el equipo A (Coco, Jules y yo) se detiene y gira a la derecha. El equipo B (Angie y Madeleine) continúa caminando hasta la manzana siguiente.

Con su mejor contoneo en plan «¿Quién? ¿Yo, agente?», el equipo A se acerca a casa de Bianca, en el número 144, una casa revestida de tablillas azules al fondo de la calle. El camión de Que Coman Pastel está aparcado fuera. Todas las luces de la fachada del 144 parecen apagadas, pero eso no significa que ella no esté en casa.

De repente el corazón me martillea en la garganta.

Envío un mensaje al equipo B. «Todo despejado, proceded con cautela.»La calle se encuentra completamente desierta, y el único sonido que se oye son los ladridos de un perro a varias manzanas. Camino tan lenta y silenciosamente como puedo. Como un ninja de verdad.

Alzo la mano y estiro dos dedos repetidamente, la señal de «adelante», como he visto en las películas.

Julia emite un sonido como de estallido y se agita al contener una carcajada.

—¡Calla! —siseo—. Es hora de actuar. Coco, haz guardia.

Julia se quita la mochila, saca un par de botes de espray y ejecutamos el último paso de Karma Jódete.

Julia se echa a reír tontamente otra vez.

—¡Julia Russotti! —susurro—. ¡Cállate, joder!

No para.

—¡No puedo evitarlo! ¡Es tan divertido!

—Julia. Chisss. Ya — consigue espetarle Coco entre susurros.

Uau. Deben de enseñarles ese susurro intenso y aterrador a un tiempo a todos los maestros.

En unos minutos hemos acabado y nos hemos reagrupado en la Tercera Avenida.

Escribo a Madeleine y a Angie. «Equipo A despejado. Equipo B, confirmad posición.»

No hay respuesta. Coco, Jules y yo nos miramos ansiosas.

Espero sesenta larguísimos segundos, luego envío otro mensaje. «Equipo B, confirmad posición.»

Nada.

—¡Las han trincado! — murmura Julia.

—Ni de coña, son demasiado listas para eso — replica Coco en un susurro aún más bajo.

—No hace falta que susurréis, chicas, estamos a veinte metros de su maldita casa.

Envío un último mensaje. «Confirmad posición o vamos a buscaros.»

Esperamos otro minuto, y luego nos miramos. ¿Pueden arrestarte por andar sigilosamente por un jardín vestida como un ninja? El instinto me dice que sí.

—Jules, quédate aquí y haz guardia — digo—. Coco y yo iremos a buscarlas.

—¡No quiero quedarme aquí sola! — replica Julia—. Esta zona me está crispando los nervios.

Entonces oigo un grito.

—¡Vamos, vamos!

Un segundo más tarde, Madeleine y Angie surgen a toda velocidad de la

oscuridad hacia nosotras.

—¡Corred! —grito.

Yo encabezo la carrera y oigo a las chicas por detrás de mí; no paran de jadear y reírse tontamente.

—Esto es ridículo. —Angie resolla.

Entonces oigo la sirena de un coche de policía.

—¡La poli! —grita Julia.

Acelero, corriendo todo lo rápido que puedo por las calles de Brooklyn, con las chicas siguiéndome de cerca.

—¡Gira a la izquierda! ¡Nos pisan los talones! —grita Angie, y todas chillamos de miedo.

Doblo a la izquierda, mis brazos cortan el aire y la acera desaparece por debajo de mis piernas, que se mueven a toda velocidad. Corro tan rápido que oigo el aire pasar junto a mis oídos. Las chicas continúan justo detrás de mí, nuestros pies golpean la acera al unísono cuando giramos en la Segunda Avenida. Ahora sí que estoy batiendo mi propio récord de velocidad; me siento tan fuerte e imponente, no he corrido tan rápido en mi vida. ¡Esto es increíble! Voy a correr más a menudo, voy a apuntarme a un club de jogging, voy a...

—¡Es un callejón sin salida! —grita Madeleine—. ¡Estás corriendo hacia un callejón sin salida!

Tiene razón. La tiene. Me río descontroladamente y me caigo al instante. Entonces Julia tropieza conmigo y caemos todas una encima de la otra, pam, pam, pam, como un choque en cadena en la autopista.

—Au —digo, y me río tan fuerte que me duele el estómago—. Creo que me he raspado el codo.

—Oh, Dios mío, ha estado cerca —asegura Madeleine—. ¡Notaba que el coche patrulla se acercaba cada vez más a nosotras!

—No creo que los policías nos persiguieran de verdad, chaladita —replica

Angie.

—Me duelen las rodillas, creo que es la vieja lesión de fútbol —dice Julia—. Podría haber corrido perfectamente hasta casa.

Ahora que he dejado de correr —y de reírme— siento como si fuera a estallarme el pecho. Retiro lo que he dicho sobre el jogging. Me da un tirón. Me arde la cara. Tengo que dejar de fumar.

Coco recupera el aliento al fin.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué corriais, chicas?

—Hemos subido por el garaje hasta el patio, como habíamos planeado con Google Maps —explica Angie.

Asiento con aprobación.

—Luego hemos escalado la valla y hemos visto una luz en la tercera planta —añade Madeleine.

—Así que hemos subido a la terraza de la primera planta, hemos movido algunos muebles, hemos escalado hasta el balcón del piso siguiente y entonces yo me he subido a hombros de Madeleine para mirar por la ventana.

Madeleine asiente, frotándose el hombro izquierdo con gesto incómodo.

—Nos lo hemos echado a piedra, papel o tijera. He perdido yo.

—¿Y?

—Y... estaba cocinando. Y esos pasteles no son bajos en grasas.

—¡He hecho fotos de cubos gigantes de aceite y sirope de maíz y huevo instantáneo! —anuncia Angie.

—¡Sí! —vitoreamos todas. Julia se choca los cinco consigo misma.

—¡Aún mejor! ¡Utiliza un preparado para pasteles de marca blanca! Nada de eso es artesano, local, orgánico o sostenible, lo que quiera que signifique eso...

—¡Genial! —Julia da saltitos de la emoción, luego de repente se cae al suelo—. Ay, la rodilla, ay.

—Vale —digo yo pensando en voz alta—. Podría enviar un e-mail a todas las páginas web de camiones de comida mañana por la mañana, desenmascararla de verdad, montar un escándalo... ¿Es ir demasiado lejos?

«¡Demonios, no!», grita Angie, al tiempo que Madeleine dice «De ninguna manera» y Coco exclama «¡Te robó la idea y mintió! Se merece lo que le pase».

Cuando llegamos a casa, Coco y Julia se ponen a ver *Marley y yo*, Angie y Madeleine desaparecen en sus habitaciones y yo me siento inspirada para buscar más recetas de ensaladas. Necesito sacar ventaja a todos los vendedores de ensaladas de Nueva York y hacer de Ruedas Flacas el mejor. No me he sentido tan comprometida en toda mi vida. Creo que mis padres estarían orgullosos de mí. Por una vez. Quizá.

Entonces, sobre las once de la noche, llaman a mi puerta. Es Julia.

—¿Qué pasa, gatita?

—Pia, he decidido que ha llegado el momento de encontrar a un hombre.

—Vale —contesto, y me enderezo, puesto que está claro que esta es una discusión seria para Jules.

—Así lo veo yo. Mi trabajo es una mierda, pero a ese respecto no puedo hacer mucho, ¿no? Y sé que podría hacer un curso de fotografía o de cocina en mi tiempo libre, pero, ¿sabes?, la verdad es que no tengo muchas dotes para el arte ni... eh... culinarias.

—Claro.

—Así que lo que me falta es un tío.

—Lo pillo —digo tratando de sonar tan seria como sin duda Julia quiere que suene—. Entonces... ¿citas por internet?

Niega con la cabeza.

—De ninguna manera. Demasiado intenso. Solo quiero hacer lo que haces

tú. Recoger a tíos en los bares.

Se me escapa una carcajada.

—Sí, porque eso siempre funciona. —Entonces me doy cuenta de que no está bromeando—. Vale, bueno, tú...

—Lo sé, lo sé. El rollo ese del contacto visual del que siempre hablas. A mí no me funciona, Pia. Yo no soy como tú.

—No vistes como yo —la corrijo—. La ropa, el pelo y el maquillaje apropiados te darán confianza. La confianza es igual a carisma, y el carisma es igual a atención por parte de los tíos. Esto te hará sentir bien, así que estarás más relajada, serás más divertida y todas esas cosas buenas. Serás tú, pero, ya sabes, la mejor versión posible de ti misma.

—Entonces, ahora ¿qué? ¿Un jodido montaje de cambio de imagen en plan peli ñoña?

Sonrío.

—Sí. Antes de que volvamos a salir por ahí, tendrás tu propio cambio de imagen.

—Guay —dice—. Gracias, P. Estaba segura de que tú sabrías qué hacer.

Desaparece. Estoy contentísima: hasta ahora Julia siempre se ha resistido a mis intentos de cambiar su look. Tiene un pelo precioso, pero lo lleva permanentemente recogido en una coleta, y unas tetas geniales, aunque siempre se las espachurra con sujetadores de deporte (lo sé, lo sé). Y se viste como si una vez al año se pusiera un cronómetro en unos grandes almacenes y comprase compulsivamente, lo cual, que yo sepa, es justo lo que hace.

Ostras, espero que mi consejo dé buenos resultados. Siempre he odiado decirle a la gente lo que debe hacer, porque eso me hace responsable de su felicidad. ¿Y qué pasa si las cosas salen mal? Entonces podrían odiarme. Pero eso tal vez sea una tontería. Estoy empezando a advertir que muchas de las cosas que pienso son una tontería.

Inquieta, me pongo mis zapatillas favoritas de andar por casa, las de Elmo, cojo *Lo mejor de la vida* y bajo para servirme un cuenco de cereales. De camino a la

cocina, me encuentro con Madeleine. Va vestida para... ¿correr?

—¿Sales a correr ahora? Madeleine, es tardísimo.

—Hay un club de corredores de medianoche en Brooklyn Heights —
contesta al tiempo que se pone los auriculares.

—¿Por qué ibas a querer salir a correr a medianoche?

—Me ayuda a aclararme la mente —asegura, y con un latigazo de la coleta,
sale por la puerta.

Hoy ya ha corrido. Y ha ido a yoga. Y se ha duchado tres veces. Es raro, ¿no?
Sigo pensando en las palabras fea fea fea del espejo. Me pregunto si fue ella. Y si lo
fue, ¿qué hago? ¿Se lo cuento a Julia? ¿Cómo confrontas a alguien sobre algo que
puede haber escrito simplemente cuando estaba de mal humor o tenía mal día o lo
que sea? Después de todo, todos tenemos malos pensamientos en algún momento.
Solo tienes que esperar que los buenos sean más numerosos.

Mientras vierto la leche en los Kashi con miel mezclados con Cheerios, oigo
un sonido metálico procedente de la terraza. Es Angie, está bebiendo y fumando a
solas. Está preciosa, con un vestido verde diminuto que no le he visto nunca.

—¿Es de Marc Jacobs?

—Afirmativo.

—¿Cómo demonios compras modelos de Marc Jacobs nuevos cuando tus
padres te pagan el alquiler y robas sushi a tu jefa?

Se encoge de hombros y da una profunda calada.

—Un regalo. ¿Te gusta?

—Me encanta —digo, y mastico los cereales.

Entonces me doy cuenta de que lo que se está fumando no es un cigarrillo.
Es un porro. Y la bebida es vodka solo con una rodaja de pepino como aderezo.

—Angie, en serio. Ya sé que yo no soy el modelo a seguir de la brigada
antidrogas, pero Julia sí que lo es. Y esta es su casa. ¿No podías esperar a estar, no

sé, en otra parte?

—¿Y que me detengan? Creo que no.

No me mira. Algo va mal. Algo va muy mal. ¿Debería decir algo? Tal vez hable, como la otra mañana, tal vez no se cierre como suele hacer.

—¿Estás bien? ¿Tiene algo...?

—Aguanta esto —me dice al tiempo que se pone en pie. Saca unas tijeras de su bolso, se inclina y corta los últimos veinte centímetros de la falda de su vestido.

—¿Qué dem...?

—Así está mejor —asegura, deja caer la tela hasta sus tacones y la recoge con su zapato—. Vale. Me voy a un bar en Tribeca. ¿Te apetece venir?

—No —contesto—. Angie...

—Tú te lo pierdes. —Se encoge de hombros, interrumpiéndome de nuevo, y se bebe el resto de la copa de manera ligeramente insegura.

—Escucha, Angie, ¿quieres hablar? ¿Se trata de Marc?

—¿Quieres que hablemos de Eddie? —replica ella.

Au.

Y al cabo de cinco segundos, se ha ido.

Entonces, de regreso a mi habitación, me encuentro con Coco. Oh, Dios, ha estado llorando.

—¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Coco?

—Marley se muere —dice ella, e inspira hondo con un estremecimiento.

—Ah, sí, bueno... es un perro. En. Una. Película.

—Y Eric no me ha devuelto los mensajes —añade rompiendo a llorar—. Nos besamos y ahora... nada. ¡Esta noche le he mandado dos mensajes, pero nada! ¡Me está ignorando por completo!

—Ah, esa es la verdadera razón.

—Vale, tú ignórale y ya está —digo—. La indiferencia es como un afrodisíaco para los hombres.

—Pero ¿y si yo le ignoro y él me ignora a mí y ya está? ¿Y si pudiese haber conseguido algo con solo un esfuerzo extra? ¡No puede haberse acabado!

Conozco esa espiral de pensamientos de terror y desesperación.

—No es así como funciona. Confía en mí. Probablemente solo esté de resaca, o pasando una noche tranquila estudiando en la universidad...

Coco niega con la cabeza.

—Sigue en Manhattan, en una fiesta en la Sesenta y dos con Lexington. ¡Lo ha dicho! ¡En facebook! ¿Por qué no me ha pedido que le acompañe?

—Quizá no sea el tipo de fiesta a la que puedas llevar invitados —repongo. Aunque, evidentemente, si un tío quiere verte, algo tan insignificante como no tener un «más uno» no va a interponerse en su camino.

—No, es porque... Oh, olvídale. Es igual que en el instituto —añade, y corre escaleras arriba.

—¡Coco! —la llamo—. ¿Quieres hablar de ello?

—¡No! —grita en respuesta, con un tono poco natural en ella—. ¡Estoy bien, de verdad!

Luego da un portazo.

Creí que yo era la única jodida, que todas las demás eran felices y estaban haciendo que sus vidas ocurrieran, justo como siempre habían querido.

Supongo que me equivocaba.

Tal vez solo tengamos que averiguar cómo queremos que sean nuestras vidas y cómo vamos a conseguirlo. Y necesitamos ayudarnos las unas a las otras. Estamos juntas en esto, en esta casa, esta etapa de la vida, este extraño aprieto en el que eres un adulto y no sabes qué demonios significa serlo.

De repente tengo clarísimo lo que quiero. Y no se trata de Ruedas Flacas. No se trata de ganar dinero. No se trata de impresionar a mis padres.

Quiero ser mejor siendo yo. Si es que eso tiene algún sentido. Quiero que mi vida se reduzca al trabajo duro y a los buenos amigos. No al sexo sin sentido y las limosnas y las fiestas kamikaces inducidas por Eddie. Y no a hacer y coger lo que sea que quiera sin pensar en las consecuencias. Quiero ser la mejor versión posible de mí misma. Una nueva y mejorada Pia.

Y soy la única persona que puede hacer que eso ocurra.

¿El primer paso? Borrar todas las fotos del asalto a Bianca de esta noche. Una travesura es una cosa. Sabotear todo su negocio es otra.

En cualquier caso hemos rebautizado el camión de Bianca con el espray, y tal vez sea suficiente venganza.

Le costará vender con un camión que ahora se llama Que Coman Polla.

Las tortitas son un invento extraordinario. Tienen un coste de seis centavos, se cocinan en un minuto y a todo el mundo le encantan. De manera que como primer (y único) plato de mi menú de desayuno son perfectas. En un solo día he duplicado mis beneficios habituales.

Así que, evidentemente, estoy de muy buen humor cuando Toto y yo atravesamos Manhattan esta soleada mañana de martes. Voy cantando en voz alta al son de la radio cambiante por arte de magia de Toto, que ha dado con «Let's Get Loud», de Jennifer López, una canción para la cual Angie y yo nos inventamos un baile de muy mal gusto a los diez años. Esa fue probablemente la última vez que Angie fue poco guay. (Por supuesto, inventarte bailes es extremadamente guay cuando tienes diez años.)

Y le he enviado un mensaje a Lina, aquella agradable madre, para avisarla de que Ruedas Flacas estará hoy delante de su edificio. Su tarjeta dice «vicepresidenta de Estrategia de Carus International», lo que quiera que eso signifique.

Aparco tarareando para mis adentros, tuiteo mi situación y empiezo a gritar: «¡Tortitas! ¡Tortitas para el desayuno, tortitas sin gluten!». (Sí, el anuncio es soso, pero funciona.) Una vez que se forma cola, puedo dejar de gritar. Para un camión de comida, la mejor publicidad son los clientes contentos atiborrándose de comida.

Angie me ayudó anoche con nuevas ideas para ensaladas. He añadido cinco mucho más sofisticadas a la carta esta semana, todas altas en alimentos crujientes y sabrosos, algunas con carbohidratos buenos en forma de quinoa y arroz integral, otras con grasas omega que revitalizan la piel, como las de almendras y aguacate. También me estoy volviendo más creativa con las especias: eneldo, romero, albahaca, menta... Pueden realzar de verdad una ensalada. Y sí, acabo de utilizar las palabras «realzar una ensalada».

Igual que ayer, en apenas unos minutos la cola para las tortitas es de cinco personas.

—¡Deberías usar nata montada Cool Whip! —grita una mujer extremadamente delgada.

—Creo que Cool Whip contiene bastantes químicos —digo con mi mejor tono educado—. Este camión solo tiene comida de verdad.

—Pero ¡no tiene grasas! —chilla mientras se aleja a toda prisa sobre sus piernecitas delgaduchas.

Las anoréxicas no vienen mucho a Ruedas Flacas, probablemente porque no se fían de mis habilidades para contar calorías y prefieren comer gelatina sin azúcar a comida real. Había tantas chicas con anorexia en mi segundo internado que prácticamente era tendencia, como los zapatos de Tory Burch o las iniciales bordadas en las toallas, sin ninguna ironía en absoluto.

Para cuando he vendido todas las tortitas son las once de la mañana, hora de preparar la comida. Cierro la ventanilla y estoy limpiando cuando de repente llaman con fuerza a la parte de atrás del camión.

Abro la puerta trasera y me asomo.

—Hola, ¿puedo ayudarte?

Es un tío, de treinta y pocos, de origen vietnamita, quizá. Lleva una gorra de los Nicks y su expresión es de furia.

—Estás en mi sitio.

—¿Eh?

Señala por encima del hombro y veo un camión aparcado en doble fila. Se llama Dame Bánh.

—Estás en mi sitio. Aquí aparco yo. Cada semana, de lunes a viernes. De once a cuatro. Así que muévete.

Intento contestar, pero me he quedado sin voz. Oh, no, otra vez no. Me moveré sin más, odio discutir, sería más fácil retirarse, ¿no?

Entonces pienso en la nueva y mejorada Pia. Puedo manejar esto. Yo también tengo derecho a estar aquí.

Inspiro hondo y, gracias a Dios, recupero la voz.

—Yo no veo tu nombre en la acera.

—¿Disculpa? Mira, niña, llevo tres años aparcando aquí de lunes a viernes. Yo soy el movimiento de los camiones de comida.

Bajo del camión, me planto delante de él y trato de parecer arrogante.

—¿Qué problema tienes?

Él entrecierra los ojos.

—Tú eres mi problema. Métete en tu patético camioncito y lárgate, princesa, o llamo a la policía.

—¡Pues llama a la policía! ¿Qué van a hacer? Lo único que sé de los camiones de comida es que paran donde les da la real gana. Si quieres servir comida en el mismo sitio todos los días, ¡cómprate un jodido restaurante!

—¡No tienes ni idea de con quién estás tratando!

—¡Tú tampoco!

El tipo me enseña los dos dedos corazón (¿en serio?), Dame Bánh se sube a su camión de un salto y se aleja a toda velocidad con un chirrido de neumáticos.

Le doy a Toto una palmadita cariñosa. ¿Cómo se atreve a llamarlo patético?

—Buen trabajo —dice una voz. Me vuelvo. Es Lina.

—Gracias —contesto—. Dios, el mundo de los camiones de comida es bastante brutal, ¿eh?

—Muy brutal —concede Lina—. Prueba con el mundo de los hoteles y restaurantes. Es como una batalla de gladiadores romanos.

Me río.

—¿Estás teniendo un buen día?

—Voy camino de un grupo de discusión de estudios de mercado para

demostrar por qué cualquier cosa nueva e innovadora no funcionará y punto...

—Divertido —contesto—. Siempre me he preguntado qué significaba realmente «estudios de mercado».

—Significa «destrucción de la creatividad». Bueno, voy a enviar un e-mail a toda mi empresa acerca de Ruedas Flacas, ¿vale?

—Diles que usen la contraseña «Lina» para obtener un descuento de un dólar en los postres —digo.

Se ríe.

—Bravo, pero no utilicemos mi nombre, ya piensan todos que soy una egocéntrica. La contraseña debería ser otra cosa... «¡Brooklyn!».

Lina debe de tener tirón en la oficina, porque desde las doce en punto la cola serpentea prácticamente hasta el final de la manzana. A un tipo le gusta tanto el bizcocho de chocolate bajo en grasas que regresa y vuelve a hacer cola para comprar tres más, lo cual más o menos da al traste con el propósito de comer bajo en grasas, pero da igual. En dos horas me he quedado casi sin comida, cuando aparece una chica guapa de mi edad seguida de un tío con barba y una diminuta cámara de vídeo digital.

—Soy Becca, del blog de comida y restaurantes de la revista *Grub Street, New York*. ¿Podemos entrevistarte para un artículo sobre los últimos camiones de comida?

Ni me lo pienso.

—Claro que sí.

—Se ha hablado mucho sobre tu camión en twitter y en los blogs de camiones de comida. ¿Cómo se te ocurrió la idea?

—Simplemente me pareció obvio. La gente necesita buena comida rápida que no les dé un bajón de azúcar o antojo de carbohidratos. Los neoyorquinos no deberían tener que elegir entre un estómago lleno y un culo gordo. Puedes comer bien, y por poco dinero, comprando en un camión de comida... siempre que sea mi camión de comida.

Becca sonr e.

—Genial.

De repente oigo unas carcajadas.

Becca mira alrededor.

—Oh... Dios... m o...

Vuelven a aporrear la puerta.  Otra vez no!  Ese Dame B nh est  mal de la cabeza!

Cierro la ventanilla de golpe y corro a la parte trasera del cam n.

— Qu  quieres ahora? —grito al tiempo que abro la puerta de atr s.

Pero no se trata de  l.

Se trata de Bianca. Parece m s agresivamente punky que nunca, con media cabeza rapada y como si la hubiese vestido un ciego.

Y tras ella se encuentra su gran cam n negro, que ahora exhibe las palabras que coman polla pintadas con espray.

No puedo evitarlo: me echo a re r descontroladamente.

—Has sido t ,  verdad? —me grita—. No me he dado cuenta hasta la hora de la comida, cuando alguien me ha preguntado cu nto costar a ver c mo me com a una polla.

Me r o con tanta fuerza que tengo que agarrarme a una de las puertas.

— Recon celo!  Recon celo! —grita.

— Eres la propietaria de ese cam n? —interviene Becca.

—Lo soy —replica Bianca—.  Qui n co o eres t ?

—Encantadora —dice Becca enarcando una ceja—. Soy de *Grub Street*. Y si se me permite decirlo, una idea de marketing inspiradora.

Es como si el sol acabase de salir en la cara de Bianca.

—Ah, ¡hola! Soy Bianca, y este es mi camión de comida. Me dedico a las tartas artesanales que nutren tanto tu cuerpo como tu alma.

Con una sonrisa de oreja a oreja, vuelvo a meterme en Toto, aplaudiéndome a mí misma. La Operación Karma Jódete ha sido todo un éxito.

Si un extraño no es más que un amigo al que todavía no has conocido, entonces un extraño en un karaoke es solo una estrella del rock a la que aún no le has chocado los cinco tras su solo de «Bohemian Rhapsody». Lo estoy descubriendo mientras celebramos que Julia cumple veintidós años en un karaoke del SoHo disparatadamente ruidoso y acogedor llamado Baby Grand.

Pero nadie parece estar de humor para fiestas aparte de mí.

Hemos empezado la noche con unas copas en casa, luego hemos ido a cenar a Chinatown. Yo no he parado de reírme como una tonta al pensar en el nombre del restaurante (Big Wong King, ¡ja!), Angie está bebiendo mucho y hablando poco, Coco mira su teléfono de forma obsesiva (Eric no se ha puesto en contacto con ella), Madeleine está nerviosa por el tío al que le ha dicho que venga más tarde (una de las citas de internet de las que se supone que no sabemos nada), y Julia está tan tensa que le rechinan los dientes. Es como si todas estuviésemos sumidas en nuestros mundos privados de preocupación. «¡Vamos —quiero gritar—, es sábado por la noche!» ¡No he pasado tantos fines de semana tranquilos desde que me mudé a Nueva York!

Mi antiguo yo se habría marchado para buscar algo de diversión, pero esta noche no quiero hacer eso. Quiero de verdad que las chicas se lo pasen bien. En especial Julia, ahora que sé que en su cumpleaños siempre se acuerda de su madre y se pone triste. Se merece —no, necesita— un cumpleaños fantástico. Sin embargo ahora mismo lo único que hacemos es observar pasivamente cómo cantan otros. Ni siquiera hablamos entre nosotras.

—¡Ya está! —digo cuando una mujer con voz ronca termina «Careless Whisper», de Wham!—. ¡Vamos a tomar chupitos!

Todas se vuelven hacia mí. Nadie dice que sí ni que no.

Me dirijo a la barra.

—Jesús, si esta fiesta fuese un paciente, pediría un desfibrilador —mascullo.

—Marchando —responde el barman. ¿Eh?

Al cabo de dos minutos regreso al grupo con cinco vasos de desfibrilador. Se trata de un vaso de tubo de unos siete centímetros de profundidad lleno de champán, vodka, tequila y zumo de limón.

—Vale, compadres —digo—. De un trago.

Las chicas cogen obedientemente sus copas y se las beben de golpe. Luego todo el mundo chilla y tose y ejecuta la rutina habitual para las bebidas fuertes. Excepto Angie, que asiente con gesto de agradecimiento.

—¡Esos cinco! —grita Jules chocándole la mano a todo el mundo.

Decidimos hacer una cadena de karaoke (cada una escoge la canción de la persona a su derecha, pero no podemos decirle cuál es), mientras un tipo con los ojos perfectamente delineados canta una versión de «*It's in His Kiss*» que vuelve loca a la multitud.

—Odio el karaoke —dice Angie.

—Todo el mundo odia el karaoke —susurro yo—. Lo ha escogido Julia. Te lo comes.

Angie hace una mueca y me dirige un saludo militar, y yo me vuelvo hacia las demás.

—¿Listas?

Julia se estira, como si estuviese a punto de jugar un partido importante.

—Yo nací lista.

El chico del lápiz de ojos del escenario acaba meneando el culo.

—¡Recordad todos —grita—: que coman polla!

¿Qué?

—¿Acaba de decir...? —pregunta Coco.

Detengo a Lápiz de Ojos cuando me empuja al pasar.

—¿Acabas de decir «que coman polla»?

—¡Sí! —contesta—. ¡Es el camión de comida! ¡Lo he visto hoy *The Early Show*! ¡Es increíble!

—*The Early Show*... ¿el programa de la CBS?

—¡Ayer también salió en *The Post*! Vende pasteles, pero son... como totalmente buenos para ti —explica su amigo, un tío alto y rubio que lleva una gargantilla de cuero—. ¡Y el amigo de mi amigo Bobby del bar Drag va a comprar publicidad en un lateral del camión!

—Hay un grupo de padres cristianos que están cabreadísimos por ello, es muy divertido —añade Lápiz de Ojos.

—¡He oído que hasta puedes comprar camisetas de Que Coman Polla! ¡Y organiza fiestas por una tarifa de quinientos dólares, más el coste de los pasteles! —dice Gargantilla—. Voy a pedirlo para mi *bar mitzvah*.

—Eh... tienes treinta y dos años —repone Lápiz de Ojos.

—¡Calla, zorra!

Continúan hacia la barra, dejándonos boquiabiertas de la impresión.

—Es cierto —dice Angie, que mira su iPhone—. Acabo de buscarla en Google. Que Coman Polla sale en todas las noticias.

—Será un gran éxito —gimo—. ¡Maldita sea!

—El karma sí que jode. —Julia suelta un eructo—. Ups. Lo siento. ¡Esta ronda es mía!

—No pienses en ello esta noche, Pia —me dice Madeleine—. No puedes hacer nada al respecto.

Suspiro.

—Bueno, si algo se me da bien es ignorar mis problemas.

— Esa es mi chica.

Entonces dicen «¡Coco Russotti!» por los altavoces.

—¿Yo? ¿La primera? Oh, no... —Coco parece tan petrificada que dejo de pensar en Que Coman Polla por un segundo—. No puedo, no puedo...

—Puedes hacerlo, Coco — digo con firmeza—. Yo creo en ti.

Coco avanza con paso vacilante hacia el micrófono, mientras todas gritamos encantadas. Es como si se dirigiera a un pelotón de fusilamiento, pero no tiene de qué preocuparse: Angie ha escogido su canción, y es «*Baby, I Love You*», de los Ramones. La multitud canta con ella y acaba con una gran ovación.

—¡Bravo, Coco! — grita el tipo que tengo al lado—. ¡Sí, joder, sí!

Angie y yo intercambiamos una mirada y entonces caigo en la cuenta: este debe de ser Eric. ¿Quién podría ser si no? Es guapo, en plan «deportista todavía no lo bastante alto con un leve acné y aun así arrogante».

—¡Eric! —Coco viene a toda prisa—. No sabía que estuvieras aquí...

—¡Estábamos en el Tonic East, me ha llegado tu mensaje y he pensado que podíamos acercarnos!

Coco le sonrío con veneración, y Erie nos presenta a sus amigos, Tad y Wilcox. Tad es mono, pero el típico buscador de atención, lleva una banda elástica y una muñequera de tenis. Y Wilcox es un yuppie en proceso (polo con el cuello levantado) y o es muy tímido o está muy borracho, porque no es capaz de establecer contacto visual.

—Voy a la barra — anuncia Tad.

—¡Esta ronda es mía! — exclama Julia y se abre paso junto a Tad—. Es mi cumpleaños —añade, y mordisquea su pajita al tiempo que le mira desde debajo de sus pestañas. ¡Bien por Julia!

—Gracias, ya pido yo —dice él, y se da media vuelta sin sonreír. Qué gilipollas. Lucho contra el impulso de darle con la palma de la mano en plena frente.

Julia se vuelve tratando de no parecer herida, aunque su mirada se posa en Angie.

—No me puedo creer que lleves unos jodidos shorts de cuero negro.

Angie baja la vista a su indumentaria —pantalones cortos de cuero y un top muy ajustado, con el pelo en una coleta apretada y el doble de delineador que de costumbre— y se encoge de hombros.

—Y yo no me puedo creer que fueses a llevar sandalias de cuña con lentejuelas hasta que Pia y yo te hemos hecho un jodido cambio de look.

—Vale, niñas, bajad el tono —intervengo.

Maldita sea, pensaba que estas dos se estaban entendiendo después del montaje de cambio de look de Julia (con canciones de los ochenta incluidas, por supuesto).

Julia está genial, por cierto: vaqueros ajustados y una chaqueta increíble que Angie encontró en el mercadillo de Brooklyn y customizó en persona, y lleva el pelo suelto por una vez en su vida, perfectamente alisado con el secador por Coco, maquillada por *moi*. Espero que esta noche flirtee con algún tío. A veces la atención masculina es prácticamente medicinal.

—Bueno, Wilcox, ¿Tad y tú estudiáis con Eric en Connecticut?

—Yale —contesta en voz muy alta, asintiendo—. Yale.

Ay, Dios.

—¡Allá voy! ¡Desfibriladores para todos! —Tad empuja a Julia y a Wilcox para colocarse junto a Angie y a mí y nos tiende las copas—. ¿Cómo te llamabas? ¿Angie? Escucha, ¿quieres acompañarme a comprar vaqueros mañana?

—No.

Imperturbable, Tad emprende un monólogo acerca de experiencias con el karaoke en la universidad («¡“Don't Stop Believing”, tíos! ¡La mejor!»).

Miro mi móvil y veo un mensaje de Mike. Puaj. Pensaba que no me hablaría.

«¿Has calentado la voz?»

Un mensaje inútil para llamar la atención y hacerme saber que me ha perdonado por el incidente del conejo de Pascua. Me dispongo a borrarlo automáticamente, pero entonces recuerdo que Madeleine me rogó que fuese amable.

Así que contesto algo resabido pero sin importancia: «Yo nací caliente».

Un segundo después responde.

«Sí que es verdad.»

Doble puaj. Borrar.

Entonces se oye el nombre de Angie.

—¡Uuuh! ¡Angie! —grita Coco, y Julia, Madeleine y los demás nos unimos, vitoreando como locos al unísono.

Angie nos mira con gesto de sorpresa, y una gran sonrisa se abre paso en su rostro. Entonces ve la canción que he elegido para ella y se atraganta con una carcajada.

Nos mira desde el escenario.

—Esta es para Pia, Julia, Madeleine y Coco.

Se trata de «*You Belong With Me*», de Taylor Swift. Angie va vestida como una modelo dominatrix, y tiene que cantar como una típica niña buena americana de country.

Así que se deshace el moño, de forma que los rizos le caen en cascada, agarra el micro y sonrío con una dulzura tan endiablada que todo el mundo se endereza en su asiento. Y entonces canta a voz en cuello, espantosamente fuera de tono. Es lo único que hace falta: la multitud se une a ella y ruge con aprobación cuando ha terminado.

—¡Y ahora todo el mundo debería cantarle «Cumpleaños feliz» a mi amiga Julia! ¡Mañana cumple veintidós años! —grita al final de la canción—. Ya sé que es aburrido, ¿vale? Pero ¡hacedlo de todos modos!

—¡Esa soy yo! —grita Julia—. ¡Yo soy la cumpleañera!

Todo el bar se vuelve y canta para ella. Julia está rebosante de alegría con tanta atención, prácticamente mareada. «Gracias, Angie —pienso—. Acabas de darle la vuelta a la noche.»

—¡Ha sido el mejor regalo de cumpleaños que me han hecho nunca! —asegura Julia al tiempo que se ríe y extiende la palma de su mano hacia Angie cuando esta vuelve.

Angie le choca los cinco y luego le da un abrazo de cumpleaños. ¡Sí! ¡Julia y Angie! ¡Amigas!

En este momento sé que la noche va a ser absolutamente genial.

—Tú, pequeña nube de azúcar... —digo cuando Angie se sienta a mi lado.

—Supongo que se me está contagiando de vosotras —contesta Angie—. Julia y yo no empezamos con buen pie, pero me gusta de verdad. Me gusta todo el mundo, y por encima de todo, me gusta cómo estamos las cinco juntas... Lo de Que Coman Polla fue lo más divertido que he hecho en años.

Sonrío.

—Yo también.

—Nunca me he sentido... No sé. —Su voz se va apagando—. Es como si juntas encajásemos, ¿sabes? Las cinco. No encajamos, pero encajamos de todas formas.

—No te mudes a Los Ángeles —pido de repente—. No te vayas de Rookhaven. Quédate aquí con nosotras. Por favor, no quiero que te vayas.

Se vuelve hacia mí y sonrío.

—Creí que nunca me lo pedirías.

A continuación Julia canta «*It's Gonna Be Me*», de 'N Sync, la canción que Coco ha escogido para ella. Tras un par de compases, empieza a ejecutar automáticamente el baile que aprendió en el instituto para esa canción. Está en la fase perfecta de la bebida para mostrarse segura pero no descuidada: puños en el

aire, giro de piernas, palmaditas en el corazón, tropecientos saltos, vueltas y giros; toda una rutina de banda juvenil.

Recibe una gran ovación y, cuando regresa hacia nosotras, un tío bueno la detiene, pero ella se limita a sonreírle tímidamente y vuelve a nuestro lado.

—¿Te estás haciendo la dura? —le pregunto al ver que el chico no deja de mirarla.

—No me lo estoy haciendo, lo soy —replica—. ¡Pidamos otra copa!

A continuación un tío con la voz más grave que he oído en mi vida canta «*Stay*», de Lisa Loeb, y la noche se convierte en una bacanal de chupitos. Julia está haciendo que todo el mundo le choque los cinco al tiempo que exclama «¡Uuuh!». Coco y Eric están a un pelo de besarse. Tad y Wilcox se han inventado un baile que incluye al hombre corriendo y pasos de claqué. Entonces llegan dos amigos de Angie, Sirvan y Mani: dos playboys iraníes guapos, educados y visiblemente ricos.

Mientras ellos piden, Angie y yo vamos fuera a fumar.

—¿De dónde los has sacado? —le pregunto.

—Londres. —Se encoge de hombros—. Son monos. Y ricos. ¿Qué más se puede pedir?

—Bien hecho.

—Dios, me siento bien —añade, y exhala el humo en aros.

—Los margaritas tienen ese efecto en una chica.

—No es el alcohol. Es el Adderall. Wilcox tiene.

Uau, acaba de conocerle y ya ha conseguido fármacos. Bastante impresionante. La última vez que combiné Adderall con alcohol me desperté desnuda junto a un profesor de Literatura Norteamericana. (No, yo no estudiaba Literatura Norteamericana, pero esa no es la cuestión.)

—Tómalo con calma, Angie, ¿quieres? No estoy de humor para otro número en el puente.

—Estupa.

Al cabo de un par de copas o más, me encuentro con Madeleine en el baño. Tiene los ojos rojos e irritados.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—Sí, muy bien, no es nada —murmura. Está muy borracha, advierto. Arrastra las palabras—. ¿Sabes que había invitado a ese chico que he conocido... eh... Andrew? No va a venir.

—Oh... —digo—. Vaya mierda. Bueno, los amigos de Angie son sorprendentemente dulces, teniendo en cuenta que sus Patek Philippe cuestan más que nuestra casa, o escoge entre Tad y Wilcox...

Madeleine alza la vista y pone los ojos en blanco.

—¡No me interesa, Pia, Jesús! —Se tambalea ligeramente—. ¿Por qué obligas a todo el mundo a pasárselo bien?

—Bonita actitud —replico, y doy un portazo a la puerta del urinario cuando ella se marcha. Qué grosera. Dios, ¡odio que la gente pague su mal humor contigo! ¡Yo solo estaba intentando que fuese bien la noche! Además, si no piensa relacionarse con los demás, ¿cómo demonios espera conocer a alguien alguna vez? Internet solo puede hacer una parte, ¿sabes?

Me lavo las manos, me aplico de nuevo los polvos bronceadores y me voy justo a tiempo de oír las notas de abertura de «Feeling Good», de Nina Simone. «*Birds flying high, you know how I feel...*»

Maldita sea, la cantante tiene una voz muy bonita: profunda, seductora, triste...

Entonces veo el escenario y me quedo con la boca abierta.

Es Madeleine.

Resulta tan cautivadora que el público entero guarda silencio por primera vez en toda la noche. Suena triste y conmovedora, sin pretensiones, sincera. Nunca he oído nada igual.

Y nunca había advertido lo guapísima que es Madeleine hasta ahora. Lleva un sencillo vestido negro de manga larga que hace que toda la gente del bar resulte, patéticamente, demasiado arreglada, pero, la verdad, no se trata del vestido. Se trata de ella. Madeleine está radiante.

Cuando termina, el bar permanece unos segundos en silencio. Entonces suenan, no, truenan los aplausos.

—¡Mumu! ¡No tenía ni idea de que supieses cantar así! —exclama Julia—. ¡He escogido ese tema porque creí que podríamos cantarlo todos contigo!

—Hummm... —Madeleine sonrío tanto que apenas puede hablar—. Di clases al empezar el instituto, pero luego coincidía con las olimpiadas de matemáticas, así que... —Se encoge de hombros y le entra hipo—. ¿Puedo tomar otro chupito?

El presentador sale al escenario.

—La siguiente es... ¡Pia Keller!

Merde.

No puedo hacerlo. No puedo ponerme ahí de pie delante de todo el mundo. Me quedaré sin voz. Sufriré un ataque de pánico y/o me caeré y/o arderé y/o me derrumbaré en un charco de sudor y vómito histéricos. No puedo hacerlo, no puedo...

—¡Venga, Pia! —grita Julia al tiempo que me empuja entre la multitud.

De alguna forma consigo llegar al escenario y soy dolorosamente consciente de lo pequeña que es la sala, de la intensidad de las luces, del silencio que reina entre la multitud y del calor y la claustrofobia que siento. Tengo un nudo bilioso de miedo en la garganta... ¿o voy a potar? Oh, mierda... Bajo la vista a la pantalla de karaoke y solo distingo las palabras «99 Red Balloons», pero las letras bailan ante mis ojos: «*You and I in a little toy shop/Buy a bag of balloons with the money we've got...*»

Tengo la visión demasiado borrosa para leerlo, pero no puedo bajar del escenario. Ya no puedo retirarme. No puedo fallar, no lo haré.

Puedo con esto.

Empieza la música. Sigo sin ser capaz de leer las palabras, pero de algún modo abro la boca, recuerdo la letra y comienzo a cantar. Aunque los primeros versos me salen como susurros chirriantes, mi voz cobra volumen gradualmente.

La multitud da un grito ahogado y al instante me doy cuenta de que estoy cantando la letra original... en alemán.

A mi padre le encantaba «99 Luftballons». La ponía constantemente, de un CD recopilatorio alemán de Lo mejor de los 80. Yo no sería capaz de traducirla, pero sé cantarla. Solo necesito aguantar hasta el final de la canción.

—*Hast du etwas Zeitfür mich...*

Me siento como si mi voz proviniera de una persona completamente distinta, alguien pequeño y tembloroso. Pero cuando me atrevo a alzar la cabeza, la

gente está sonriendo. Les devuelvo la sonrisa, y entonces, al final del primer verso, el rock electrónico surte efecto en mí y empiezo a dar palmas al ritmo de la música. El público se une a mí y empiezo a cantar de nuevo, esta vez con más seguridad.

—*Ninety-nine Luftballons...*

En el momento en que termino de cantar, un velo de sudor me cubre la piel, pero ya no siento miedo. Solo alegría. ¡Me siento eufórica, invencible, exultante! ¡Karaoke: MDMA gratis!

No puedo dejar de sonreír. Es como si todo el bar rugiera de aprobación y pudiera oír a Julia por encima de todos los demás. Hago una leve reverencia y luego corro hacia las chicas.

Antes de que llegue hasta ellas, sin embargo, alguien me coge y me da vueltas en el aire.

Mike. ¿Qué demonios está haciendo aquí?

—¡Bájame! —Llevo un vestido dorado diminuto. ¿Por qué los tíos siempre quieren cogerte en brazos cuando no vas vestida apropiadamente?

—¡Pia! ¡Eso ha sido impresionante! —Esta noche Mike resulta menos mono de lo que le he visto nunca: lleva un corte de pelo que no le sienta bien y la camiseta azul se le ajusta en los lugares equivocados.

—Gracias —digo al tiempo que me aparto de él.

Con el rabillo del ojo, veo a Coco y a Eric enrollándose en la barra. ¡Sí! Contengo el impulso de alzar un puño en el aire. ¡Bien por ella!

—Estás preciosa cuando sonríes, ¿lo sabes? He recibido tu mensaje y ha sido como, demonios, sí, esa es mi chica...

Frunzo el ceño. ¿Mi chica?

—Mike... en serio, no.

—¿No qué? —pregunta, levanta la mano para acariciarme la cara y advierto que está borracho—. Pareces preocupada, cariño.

¿Cariño?

—Vale, tenemos que hablar —digo retirando la cara de su mano—. Vamos fuera.

Mike me sigue a la calle y me enciendo un cigarrillo para ganar tiempo. ¿Cómo rompes con alguien con quien no estás saliendo?

—Dios, qué bien hueles. ¿Qué es?

—¡Ah! Gracias, es Kiehl's Original Musk... Espera. Escucha. No sé qué piensas que... hum, hay entre nosotros. Pero yo no quiero nada parecido.

—Tienes problemas con la intimidad, lo pillo. Solo amigos. Amigos con derechos, ¿verdad?

—¿Problemas de intimidad? —No puedo evitar reírme—. No, Mike. Sin derechos. No me gustas en ese sentido. No quería que... hum... lo nuestro ocurriese.

—¿No querías que lo nuestro ocurriese? —Se ríe, pero el dejo de su voz es duro—. Madeleine tiene razón, eres una zorra arrogante. Usas a la gente y te largas...

¿Han estado hablando de mí? ¡Creí que Madeleine y yo volvíamos a ser amigas! De repente no quiero tomar parte en esta conversación.

—¿Hemos acabado?

—¡No! —grita Mike—. ¡Joder, no hemos acabado!

—Mike, estás borracho. Esta conversación es una estupidez. No hay nada entre nosotros y nunca lo habrá. Acéptalo.

Me coge del brazo, pero me libero de un tirón, arrojando el cigarrillo, y le empujo al pasar de regreso adentro. ¡Menudo capullo!

¿Está exagerando? ¿Soy arrogante? ¿Y una zorra? Ya no lo sé. No me importa. Solo quiero olvidarme de todo este asunto. En realidad me dan ganas de preguntarle a Madeleine qué demonios hace poniéndome a parir con su hermano cuando yo pensaba que volvíamos a ser amigas, pero esta noche no puedo. No en

el cumpleaños de Julia.

Me paro junto a Angie y cojo mi copa. Entonces Mike entra en tromba, le susurra algo a Madeleine y al cabo de un segundo ambos salen. En la puerta, ella se vuelve y me lanza la mirada más asesina que me han dirigido en la vida.

Mierda.

Me bebo el vaso de un trago mientras Jules va dando saltitos. Está borracha.

—¡Ese tío acaba de pedirme mi número! ¡Se llama Mason! Pero ¡vamos a por pizza! ¡Estoy hambrienta! Porque, bueno, acabo de vomitar. Pero estoy bien, estoy bien. Una puta en el momento adecuado puede arreglarte la noche, ¿sabéis?

—¿Dónde estabas tú la noche de la fiesta de inauguración de la casa? —pregunta Angie—. Aquella Julia no era nada divertida.

—Estaba siendo responsable —declara Julia en voz alta—. Y ser responsable es una puta mierda. ¿Me equivoco?

—Amén a eso —contesta Angie.

Julia simula montar a caballo.

—¡Yijaaa!

Angie se vuelve hacia mí.

—En serio, joder, me encanta esta tía.

—Unos amigos míos están en Cipriani, en el centro —dice Mani—. ¿Vamos?

—Vamos —responde Angie al tiempo que se baja del taburete de un salto.

—¡No! ¡Yo quiero algo guarro y de Nueva York! —grita Julia—. ¡Pizza! ¿Dónde está mi hermana?

—Vamos a tomar algo en la parte alta de la ciudad —dice Coco, tras acercarse furtivamente con Eric, con expresión de «yo no he sido» en la cara.

—¡Uuuh! —exclama Julia—. ¡El aaa... mor! ¡Vamos, Pipi! ¡Tú y yo!

Así que Julia y yo enfilamos Spring Street mientras Coco y Eric cogen un taxi y Angie se marcha con Mani y Sirvan. Hace un mes me habría quedado con ellos: bebiendo champán, bailando encima de las mesas, probablemente empezando un breve rollo insatisfactorio, o dos, con alguien inapropiado.

Ahora me resulta más atrayente coger una porción de pizza con Jules e irme a casa para poder dormir y despertarme temprano con el fin de preparar Ruedas Flacas. Mañana es día de pago a Cosmo. Espero que sea tan fácil con Nicky como el domingo pasado. Cuanto menos charle con ese hombre montaña, mejor.

—Gracias por hacer que esta noche haya sido genial —dice Julia arrastrando levemente las palabras—. Me lo he pasado tan bien... Un tío me ha pedido mi número de teléfono y no he llorado ni una sola vez, y yo siempre lloro en mi cumpleaños.

—Es genial. ¿Ves? Te dije que el cambio de look funcionaría.

—Siento que puedo contar contigo. Antes no me sentía así.

—Y puedes —contesto tratando de tomármelo como un cumplido—. Siempre puedes contar conmigo, Jules.

Cuando estamos de pie delante del Pomodoro, esperando que nuestras porciones de pizza se enfríen, aparecen Tad y Wilcox.

—¿De after, señoritas? —pregunta Tad con labia, y se inclina para dar un enorme mordisco a la pizza de Julia. Ella se ríe y la retira—. Conozco un bar secreto que abre toda la noche en el East Village.

Todo el mundo conoce un bar secreto que abre toda la noche en el East Village.

—Yo no puedo —contesto—. Me vuelvo a Brooklyn.

—¡A la mierda! ¡Yo me apunto! —exclama Julia—. ¿Adónde vamos?

Wilcox está muy cerca de mí y me mira fijamente.

—Tranquilo, chico —le digo.

Sus ojos delatan un cóctel chungo de drogas y alcohol, tal vez Klonopin o

Xanax para calmarse después de todo el Adderall.

—¡Wilcox! Desconecta el modo acoso, tío —le espeta Tad.

—Sí, vamos, Wilcox —añade Julia.

Tad le da otro mordisco a su pizza y ella chilla y le da un palmetazo en el brazo; parece encantada. ¿Yo actúo así cuando estoy borracha? Probablemente.

—Toma mi pizza, Tad —le digo—. Pasadlo bien, chicos. Voy a coger un taxi para volver a Brooklyn. Jules, ¿estarás bien?

—¡Sip!

Me dirijo hacia Broadway, entre la multitud de fiesta habitual el sábado por la noche. Resulta gracioso: si me encontrase sola en una carretera rural desierta en este preciso momento, estaría muerta de miedo. La naturaleza, el silencio, las sombras... me dan escalofríos. Pero en la gran ciudad me siento segura.

Por fin veo un taxi libre a media manzana de distancia. Echo a correr hacia él, y justo cuando abro la puerta un tío se sube por el otro lado.

—¡Mío! —grito, con mi mejor voz de neoyorquina de armas tomar—. ¡Este taxi es mío!

—¡Yo lo he visto primero!

—¡Sal! ¡Fuera! —chillo.

Entonces tengo que contener un grito ahogado, porque con una sensación de reconocimiento tan punzante que casi me duele, me doy cuenta de que se trata de él.

Aidan.

El tío de la calle. El tío del puente de Brooklyn. El tío que está claro que Nueva York pone en mi camino, como si tratase de decirme algo.

Creo que se me ha parado el corazón.

Puede que me muera.

Pero no pasa nada.

—¡Tú!

—¡Tú!

Aidan sonrío abiertamente (perfecta, preciosa, cálida, aj, todamente) y mi pecho se encoge de emoción.

—¿Qué probabilidades hay?

—De pocas a inexistentes.

—¿Vas hacia Brooklyn?

—El único y sin igual.

—Le pediré que se pare en el puente de Brooklyn para que puedas saltar al techo.

—Hecho.

Aidan se inclina hacia delante para darle la dirección al taxista mientras yo hurgo frenéticamente en mi bolso en busca de un caramelo de menta. Apuesto a que huelo a pizza y tabaco. Maldita sea. Mi pecho se ha hinchado con una especie de susto, como cuando te pillas el dedo con un cajón. ¡Aidan! ¡Otra vez! ¡Oh, Dios mío!

Aidan baja su ventanilla y me mira con una sonrisa. Piernas largas enfundadas en unos vaqueros oscuros y camisa oscura, sin chaqueta, con el pelo más desordenado de lo que recuerdo, pero en el buen sentido, no en plan «usa más productos que yo». ¿Estoy siendo efusiva? Sí, estoy siendo efusiva. Lo siento. ¿Qué puedo decir? Mi estúpido cerebro está vacío. Oh, Jesús, no me he puesto tan nerviosa en mi vida.

—Bueno —dice él—. Está claro que me estás acosando.

—Está claro —contesto. Me pregunto cuántos años tiene. ¿Veintitantos largos? Coloco inmediatamente las piernas de forma que no haya posibilidad de sufrir celulitis inducida por taxi (sí, es algo muy normal).

—Solo refuerza mi teoría de que Nueva York es un pueblo — dice—. Tarde o temprano te encuentras con todo el mundo.

—Eso es muy profundo.

—Soy una persona muy profunda.

—Ya lo veo. Eres como un pequeño filósofo con camisa Aubin & Wills. Muy original por tu parte, por cierto. ¿Las regalan con el pasaporte británico o qué?

—¿Odias la camisa? La camisa fue un regalo de mi hermana. La camisa no te ha hecho nada.

—Sí, pero está planeando algo. Puedo verlo.

Guardamos silencio. ¡Esto de flirtear con réplicas agudas me está destrozando los nervios! Estoy sudando, no acabo de recuperar el aliento y mi cerebro va saltando de un tema a otro sin parar. Me pregunto dónde está su novia gritona, me pregunto si ha estado pensando en mí, me pregunto dónde vive, me pregunto si mi desodorante aún surte efecto, me pregunto...

Aidan se vuelve de golpe hacia mí y me sonrío, con esa pequeña cicatriz del labio iluminada por las luces de la ciudad, y lo único que soy capaz de hacer yo es devolverle la sonrisa.

—Bueno, háblame de tu noche.

—Hum... era el cumpleaños de una amiga mía. Un karaoke. He cantado «99 Luftballons».

—¿«Luftballons»? ¿Quieres decir que la has cantado en alemán?

—Sí —contesto al ver la expresión de su cara—. Ha sido un accidente. Es la canción favorita de mi padre. Él es de Zúrich y allí hablan alemán...

—Lo sé. Soy más listo de lo que parezco.

—Bueno, es una bendición —digo—. Lo siento. Es que estoy acostumbrada a explicarlo como parte del rollo que sigue a «de dónde eres».

—Lo entiendo. Mi madre es argentina. Mi padre, irlandés. Vivimos en L. A.,

B. A., D. C., y finalmente en Londres, una ciudad sin acrónimo, cuando empecé el instituto.

—Apuesto a que la gente cree que suena complicado.

—Sí, pero no lo es. No cuando eres tú el que lo hace.

—¡Exacto! —exclamo. Uh, tranquilízate, Pia—. Me parece que me he pasado la vida diciéndole a la gente que cambiar de país seis veces antes de los diecisiete es muy aburrido.

—Mi hermana y yo tenemos un dicho: todo es normal cuando es normal para ti.

Es la forma perfecta de explicarlo, me digo. Él lo entiende, lo entiende de verdad.

Miro por la ventana y casi me desmayo al ver que hemos llegado al puente de Brooklyn. El trayecto prácticamente ha llegado a su fin. Me pregunto si puedo abalanzarme sobre él y empezar a besarle entre aquí y Rookhaven sin parecer una zorra psicópata. Probablemente no.

Me vuelvo hacia Aidan y le pillo mirándome. Por un segundo creo que está a punto de salirme con otro comentario en plan listillo, pero en lugar de eso se limita a sonreírme, su mirada es cálida y firme y amable, y ahora siento que me palpita el corazón y se me retuerce el estómago, ay, Dios, no puedo hablar, qué angustia...

Cuando giramos después del puente, carraspea.

—¿Tienes hambre?

—Casi siempre.

—Vale, vamos a hacer una parada en boxes. —Se inclina hacia delante y habla educadamente al taxista—. Lo siento, señor, cambio de planes: vamos a Park Slope, en la Quinta Avenida con la Novena, por favor.

—¿Park Slope? —repito—. ¿En serio?

—La cafetería Daisy's. —Me sonrío de oreja a oreja.

Me dan ganas de lamerle los dientes.

—Sirven patatas disco.

—¿Patatas disco?

—Patatas fritas con queso y salsa de carne. Siempre pido eso, además de un sándwich de queso y un batido de plátano y fresa con doble de plátano.

—¿Doble de plátano? —Me encanta cómo dice «plátano».

—Un batido normal de plátano y fresa no es lo bastante platanil para mí, así que les pido que pongan dos plátanos en él. —Hace una pausa—. O el doble de aromatizante de plátano. Lo que quiera que sea.

—Suena absolutamente asqueroso. Me apunto.

—¿Eres una de esas chicas que solo come sushi? Por favor, dime que no.

—No, soy una de esas chicas que finge comer como un hombre para impresionar a uno.

—¡Yo también soy una de esas!

—Supongo que tú y yo vamos a ser las mejores amigas del mundo.

—Supongo —dice él, y por un segundo nuestras miradas se encuentran y mi pecho hace pumpumpumpum.

Estoy a punto de abrir la boca para decir Dios sabe qué cuando le suena el teléfono. Mira la pantalla y contesta inmediatamente.

—¿Em?

Me quedo paralizada, y una bola de miedo me golpea el estómago. ¡Una chica! ¿La misma de la calle? ¿La novia? ¿La ex novia? ¿Mujer? ¿Ex mujer? Lo compruebo rápidamente. No lleva alianza, pero...

—Vale, Emma, tranquilízate, cariño.

Oh, Dios, sí que tiene novia... Oigo la voz ligeramente histérica al otro lado

de la línea.

—Vale, bien, voy para allá —dice. Mira por la ventanilla. Casi hemos llegado a Park Slope—. Sí, sí, sí, ya voy. Ahora mismo. Estoy ahí en diez minutos. Yo también te quiero.

Aidan cuelga y se inclina hacia el taxista.

—¿Le importaría parar? Es una emergencia... —Se vuelve hacia mí—. Lo siento mucho, debes de pensar que soy un maleducado.

No, no lo hago, creo que eres guapísimo y estás cogido y fuera de mi alcance y en absoluto interesado en mí; nunca me he sentido tan bien con alguien hasta ahora, y no sé qué hacer, pienso aturdida. Pero no lo digo. Evidentemente.

En lugar de eso, intento parecer tranquila y contesto:

—Lo entiendo. Otra surfista de puentes, ¿eh?

Sonríe, aunque parece distraído de nuevo al instante.

—Por favor, llévela a Union Street, amigo —indica, y salta inmediatamente del taxi y cierra la puerta tras de sí.

Yo me deslizo hacia la ventanilla para mirarle mientras escribe un mensaje rápidamente en su móvil.

¿Y ya está? ¿No va a pedirme mi número? ¿Debería pedirle yo el suyo? Por un segundo contemplo el hecho de que está a punto de desaparecer de mi vida de nuevo y siento un nudo de absoluto pavor en el estómago.

Pero tiene novia. ¡Necesito controlarme!

Aidan se inclina y le da un billete de veinte dólares al taxista.

—¡No, no, pago yo! —protesto.

Aidan niega con la cabeza.

—Ni lo sueñes, Pia. Me toca a mí por dejarte plantada... pero ¿qué haces el jueves?

—Yo... —¿Qué digo? ¿Ha quedado con otra chica pero me está pidiendo una cita? Es la primera vez que pronuncia mi nombre. Suena tan bonito...

—Nos vemos en el Minibar a las ocho —dice—. Por favor.

—Hum...

—Vamos. ¡Ahora me debes dos carreras de taxi!

—Hum, déjame pensarlo, dame tu número.

—No, nada de números, ni e-mails, ni mensajes, nada de búsquedas dolorosas en Google antes de una cita ni conversaciones ingeniosas vía facebook. Solo... ven. Y a ver qué pasa.

Nuestras miradas se encuentran. Y sé que solo hay una respuesta.

—Me encantaría.

Entonces el taxi arranca y él desaparece. De nuevo.

¿Acabo de quedar con un tío que ahora mismo se dirige a ver a otra mujer? ¡Es como Introducción a la Estupidez para Chicas! Vale, estaba paralizada por los nervios y la emoción y una buena dosis de atracción sexual a la antigua usanza. Pero no es excusa... ¿Es solo un capullo que ha pensado que me contentaría con un rollo barato y sin importancia por unas patatas disco? No me ha dado esa sensación.

Pero, bueno, apuesto a que nunca dan esa sensación. Apuesto a que todas las chicas que sin querer se convierten en la otra mujer de un capullo dicen que no les daba la sensación de algo barato y sin importancia. Debería preguntarle a Angie. Es la que más experiencia tiene en ese tipo de cosas (no la estoy insultando, pero digamos que la tiene).

¿Me encuentro con él el jueves en el Minibar o no? La idea de verle de nuevo en el escenario de una cita formal hace que me sienta insoportablemente inquieta, que se me revuelva el estómago de... ¿qué? ¿Excitación? ¿Miedo? Ambos. Casi me dan ganas de salir corriendo.

Riesgo de fuga.

Eddie.

Pero yo no presento riesgo de fuga. Yo puedo aguantar cosas y soy una nueva y mejorada Pia, así que, maldita sea, ¿no debería significar eso que tengo que explorar esta historia con Aidan cuando la sensación que me produce es diferente de cualquier cosa que haya experimentado antes?

Ay, Dios, no lo sé. A veces pienso que puedo convencerme a mí misma de cualquier cosa si me esfuerzo lo suficiente.

Me vuelvo y echo a andar hacia Rookhaven. No puedo evitar sonreír a Toto, aparcado tan alegremente en la oscuridad de fuera. Normalmente aparco en mi espacio los sábados por la noche, pero mañana por la mañana voy a pintar las direcciones de twitter y facebook de Ruedas Flacas en los lados, así que he pensado en dejarla fuera.

Entonces lo noto: algo va mal.

Ya no es rosa. Unas rayas de pintura roja atraviesan los laterales, tiene los neumáticos rajados, los faros destrozados, las ventanas rotas, los limpiaparabrisas arrancados.

Han dejado a mi pobre y querido Toto hecho papilla.

El día siguiente empieza inesperadamente temprano, cuando Coco llama a mi puerta.

—¿Pia? ¿Pia? ¿Pia? ¿Estás despierta?

—Sí... No. Sí.

—Necesito tu ayuda. Necesito... conseguir esa píldora.

—¿Advil? Mira en mi estante del baño —mascullo.

¿Con qué estaba soñando? Aidan. Estaba acostada en la cama con Aidan, riendo, y me sentía tan arropada y cariñosa y feliz... pero anoche pasó algo malo. Oh, Dios, mi camión. Toto. Alguien destrozó a Toto. Tuvo que ser Bianca, ¿verdad? ¿O el tío de Dame Bánh? ¿O Madeleine y Mike? ¿Por qué parece que tanta gente tiene motivos para hacerme daño? Y, oh, ¡Aidan me pidió salir! Es delicioso, pero...

Entonces Coco asoma la cabeza.

—No... La otra píldora. La que hay para el sexo. Para el sexo sin protección.

Abro los ojos.

—¿Qué? Ven aquí.

Coco entra arrastrándose; todavía lleva la ropa del karaoke de anoche, y muestra signos evidentes de una buena noche siendo una chica mala: los labios hinchados y la barbilla roja e irritada.

—¿No podías decirle que se afeitara?

—Lo siento —contesta, en voz alta y temblorosa—. No sé a quién más acudir, Julia nunca lo entendería, y...

—¡No pasa nada! ¡No pasa nada! —replico. Oh, Dios, pobre Coco—.

Cuéntamelo todo. Estoy completamente despierta, al cien por cien.

Coco se ríe, pero la risa le sale en forma de llanto ahogado.

—Me siento fatal. Estaba tan borracha que ni siquiera sé cómo empezó, pero luego digamos que me aburrí realmente rápido. Ni siquiera me miró durante... hum... eso. Ni una sola vez. Luego me quedé allí tumbada hasta que se durmió y luego me he vestido. He visto que tenía los ojos abiertos en el reflejo del espejo, pero cuando me he vuelto, ha fingido estar dormido.

—Vaya capullo —digo corriéndome en la cama para dejarle una almohada a mi lado—. Ven aquí.

Se acuesta junto a mí y se queda mirando el techo.

—Y tenía que irme y no sabía dónde estaba, y...

—¿De quién era el apartamento? —pregunto.

Se encoge de hombros.

—No sé, me dijo que era de un amigo que estaba fuera de la ciudad. No puedo creer que lo hiciésemos en la cama de un extraño. Quiero decir que las sábanas ni siquiera estaban limpias, no había papel higiénico ni jabón en el baño, era un... un... un jodido vertedero... —Las lágrimas le resbalan por las mejillas. Creo que nunca había oído a Coco decir tacos.

—Oh, cariño, lo siento mucho. —Me inclino hacia delante, cojo una caja de pañuelos de papel y le tiendo uno—. Vale, bueno, ¿fue agradable, al menos? Quiero decir, ¿el sexo? —pregunto. Sí. Hay que concentrarse en los elementos positivos.

—No... —comienza, luego se corrige—. Bueno, lo fue hasta cierto punto, fue muy... eh... agradable, y luego no lo fue. —Inspira hondo con un estremecimiento—. Ni siquiera me trató como si fuésemos... no sé, creí que éramos amigos. Sé que es una estupidez. Oh, Pia, nunca me he sentido tan mal, me duele el estómago...

Lágrimas silenciosas se deslizan por su cara.

—No pasa nada, estas cosas ocurren todo el tiempo y no hay por qué

disgustarse —digo tratando de sonar experimentada y tranquilizadora—. Todas nos enrollamos alguna vez con la persona equivocada y nos despertamos deseando no haberlo hecho. Es una sensación horrible, pero no importa. Al final no importa y punto.

—Pero él... se corrió dentro de mí —replica Coco, y parece a punto de vomitar—. Ni me miró a los ojos y yo estaba intentando imaginarme cómo debería sentirme y en lugar de eso me sentía... Oh, Dios, no lo soporto, voy a vomitar...

—Chiss. —Le acaricio el pelo—. No tienes por qué sentirte mal. Es tu amigo, hacía mucho que te gustaba, no tenías forma de saber que no sería como deseabas. Tú no has hecho nada malo. Es un idiota, Coco.

—¿Y si he contraído el sida? ¿O una de las otras?

—No tienes sida. —Y dudo que él tenga suficiente acción para ir por ahí con una ETS sin enterarse.

Coco está llorando con demasiada fuerza para responder. Me tumbo junto a ella y le acaricio el pelo mientras deja los restos de su maquillaje en mi almohada.

Eric apareció anoche por una razón: para echar un polvo.

Menudo capullo.

Miro a la dulce y confiada Coco gimoteando a mi lado, y de repente me siento tan furiosa que quiero buscar a Eric y gritarle. Quizá abofetearle unas cuantas veces. Es sencillamente inaceptable aprovecharse de alguien que no puede protegerse.

Sin embargo, lo único que puedo hacer es ayudar a Coco.

—Y no tenía dinero para un taxi, así que he tenido que coger el metro hasta casa, y estábamos en Washington Heights, así que he tardado una eternidad, y todo el mundo me miraba, y estaba esa mujer con perros que no hacía más que murmurar «guarra»...

—Vale —la corto, antes de que pueda echarse a llorar de nuevo—. ¿Qué hora es?

—Son las nueve —dice tras mirar su reloj—. No puedo lidiar con esta

sensación, Pia. No puedo...

—Coco, deja de torturarte —digo—. Ahora mismo. Todo va a ir bien. — Amable pero firmemente. Es el único modo de manejar esta situación—. Ve a ducharte. Luego ponte esto. —Le tiendo mi mascarilla Hydra-Intense de Lancome—. La inventaron especialmente para los problemas de irritación de la piel a la mañana siguiente. Y luego saldremos y desayunaremos y hablaremos de ello. Todo irá bien.

—Y conseguiremos esa píldora —añade ella.

—Y conseguiremos esa píldora. —Asiento—. Recuerda: esta sensación no durará para siempre. Todas nos sentimos mal alguna vez, pero se pasa. Siempre se pasa. Tú aguanta el tipo y serás mejor y más fuerte por ello.

—Pero yo... creí que le quería de verdad.

—Esto no es amor —le digo—. El amor es fácil; si es duro, es que no estás haciéndolo bien.

¿Me creo yo eso? ¿Qué demonios hago ahora? El único hombre al que he querido me dejó y me dijo que debería habérmelo esperado, que era prácticamente culpa mía, de hecho. Oh, Dios, no pienses en Eddie ahora.

—Lo sé. —Coco por fin se está tranquilizando—. Vale. Iré a ducharme.

—Y recuerda, tienes que besar a un montón de sapos antes de encontrar a tu príncipe. Y, Coco, ha habido un montón de sapos en mi vida.

Coco suelta una risita, sale a toda prisa de mi habitación, y yo vuelvo a recostarme en la almohada.

Pobre Coco.

Y pobre Toto. Tengo que arreglar mi camión destrozado hoy. ¿Quién le haría eso? Necesito tiempo para averiguarlo.

Pero Coco también me necesita.

Vale: Toto puede esperar. Una vez que haya ayudado a Coco, llamaré a alguno de los talleres al otro lado de Union Street para ver si pueden arreglar a

Toto.

Me pregunto quién lo hizo. El tipo del Dame Bánh no sabe dónde vivo. Madeleine y Mike no habrían tenido tiempo. (Arg, no tengo muchas ganas de ver a Madeleine después del no del todo enfrentamiento de anoche.) Y eso deja a Bianca.

Hummm.

Coco y yo estamos de camino a la farmacia, en Court Street, una hora después. Hace un calor poco habitual, y llevo una falda corta de color coral, mi camisa blanca favorita con las mangas arremangadas y unas sandalias de cuero que compré en Grecia hace varios años. Detallo esto porque en contraste Coco lleva vaqueros y varias capas de manga larga de las que tira con las manos, como si tratase de esconderse del mundo.

—Estoy tan nerviosa. ¿Cómo la pido? ¿Qué pensarán?

—Te garantizo que dieciocho chicas ya la han pedido esta mañana, cielo —le digo—. No es para tanto, ¿vale? No pasa nada.

Sin embargo, a medida que nos acercamos a la farmacia, Coco se echa a temblar.

—No puedo pedirla. No puedo.

—No hay problema —contesto—. Ya lo hago yo. Solo espera aquí y volveré en cinco minutos. ¿Vale, cariño?

Hoy estoy condenadamente maternal, ¿verdad?

Recuerdo la primera vez que tomé la píldora del día después. Se rompió el condón. Los condones a menudo se rompen cuando el tío no sabe lo que está haciendo. Un pequeño detalle: no se rompen porque su pene sea demasiado grande, independientemente de lo que pueda pensar el tío.

Con mi sonrisa más segura, pido a la farmacéutica:

—¿Puede darme el Plan B, por favor?

Ella me lo entrega sin pestañear. Gracias a Dios. Una vez Angie le compró el Plan B a una farmacéutica que llevaba un broche del pez de Jesucristo y que comenzó a darle una lección sobre la abstinencia, así que Angie «accidentalmente» derribó un tarro de bálsamos de labios.

Después de pagar vuelvo fuera con Coco, que se esconde en un portal calle abajo.

—Eh, *presto* —digo.

—¡Eres tan valiente! —Coge la bolsa como si contuviera una bomba—. Apuesto a que nunca te da miedo nada.

—Desayunemos. No deberías tomártela con el estómago vacío.

—¿Me hará vomitar?

Pienso en la primera vez que la tomé y en el subsiguiente torrente de vómito espumoso. La directora del internado, una bruja malvada llamada señora Ellis, pensó que era bulímica o que tomaba drogas. Le habría dado algo de haber sabido la verdad.

—Tal vez.

—Oh, Dios, huele eso... Llevo años sin comerme uno —dice con aire nostálgico cuando pasamos por delante de un Dunkin' Donuts—. Engordan tanto...

La cojo del brazo y entramos resueltamente.

—Hoy puedes hacer lo que quieras.

—¿No va contra las normas de Ruedas Flacas o algo así?

—Todo está bien con moderación. El punto de Ruedas Flacas es no ser extremo en ningún sentido —le recuerdo—. Se trata de elegir, de equilibrio y... ¡Hola! Yo tomaré dos Coolattas de caramelo grandes y uno de esos donuts con glaseado rosa, por favor, y... ¿señorita Coco?

—Uno de crema bávara —dice al instante.

—Y también queremos... ¿sabes qué?, yo quiero una docena variada para llevar y luego cinco de esas galletas con pedacitos de chocolate. —Me vuelvo hacia Coco—. Una pequeña sorpresa de resaca de cumpleaños para Jules.

—Le gusta el dulce, como a mí —dice Coco.

—La dulzura significa amor, ¿no es eso lo que siempre decís?

—Eso solía decir nuestra madre. —Coco se encoge de hombros.

Cuando nos marchamos del Dunkin' Donuts, Coco parece darle vueltas a algo. No deja de carraspear como para decirlo, aunque luego se limita a emitir un «hum» detrás de otro. Finalmente escupe: —¿Cuándo has tomado tú la píldora del día después?

—Eh... en la universidad, dos veces. Después de rollos de una sola noche... y una vez en el internado.

—Fuiste a un montón de internados, ¿verdad?

—Sí —contesto. De repente, por primera vez en mi vida, tengo ganas de hablar de ello. Quizá oír hablar acerca de las pocas habilidades de otra persona para tomar decisiones haga que Coco se sienta mejor—. Me echaron dos veces. La primera vez por copiar. Tenía demasiado miedo de ir a ver a mis padres con malas notas, así que copié en un final de matemáticas y me pillaron. Y la segunda vez me echaron por... hum... coca.

Coco está impresionada.

—¿Eras una drogadicta?

Casi me echo a reír.

—¡No! Era idiota, eso es todo. Salía con gente mayor, mi novio, Jack, estaba bastante loco, ya sabes, todo el mundo tomaba... Así que accedí a guardar toda la coca en mi habitación. Él me dijo que como yo era más joven y nueva, nunca registrarían mi habitación... pero lo hicieron. Y eso fue todo.

—Qué injusto.

—Fue culpa mía. No pensaba en las consecuencias. —Hago una pausa, sumida en mis pensamientos—. Odio a la chica que hizo aquellas cosas. La odio.

—¿Fue Jack el chico con el que tomaste la píldora del día después? ¿Fue el primero?

—¿El primer qué? ¡Ah! No, ese fue Eddie. Iba a mi último internado. Eddie fue mi primer y único novio serio. Jack solo me estaba utilizando para divertirse un poco.

—¿Qué ocurrió con Eddie?

—Me dejó. —No puedo soportar contarle todos los detalles.

—Los hombres son unos capullos.

—Pueden serlo. —De golpe pienso en Mike. Yo me acosté con él y básicamente le ignoré. Justo como Eric ha hecho con Coco. ¿En qué me convierte eso?

—Creo que no deberían haberte expulsado —dice Coco cogiéndome del brazo—. Eres tan buena persona. Una de las mejores personas que conozco. Siempre me siento mejor cuando estoy contigo. Deberían haber estado orgullosos de tenerte como alumna.

Le sonrío, con la vista repentinamente nublada. Maldita sea, las lágrimas que me produce el hecho de que alguien sea amable conmigo atacan de nuevo.

Pasamos por delante de Carroll Park.

—Vamos a sentarnos dentro.

—¡Vale!

Tengo la sensación de que, independientemente de lo que sugiera, Coco va a decir «¡Vale!» con esa vocecilla alegre.

—Bueno, bieeen —dice una voz texana que reconozco. ¡Jonah! Está despatarrado en el suelo junto a su bici y una bolsa de Dunkin' Donuts; lleva unos Croes rosa chicle.

—¿Los llevas de forma irónica? —le pregunto—. Porque no resulta lo bastante obvio.

—Hacen felices a mis pies, princesa —contesta, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Te acuerdas de Coco, ¿verdad? —digo.

—Claro que sí —responde—. Señorita Coco, siéntese aquí y hablemos de donuts.

Coco se deja caer inmediatamente a su lado. Todo el mundo parece cómodo al instante con Jonah. Me pregunto si es por el acento texano.

—¿Vainilla y crema con glaseado? —dice ofreciéndole su bolsa a Coco.

—Tengo uno de crema bávara —contesta ella alegremente—. Antes también me gustaba el de vainilla y crema, pero luego...

Y así siguen, parlotando acerca de rellenos y glaseados.

Cierro los ojos y alzo la cara para sentir el calor del sol. Brilla con tanta fuerza que podría ser verano en lugar de otoño.

Me acabo mi donut y vuelvo a sintonizar con la conversación.

—... y luego fuimos a un karaoke, ¡y luego Pia volvió a casa y descubrió que alguien había destrozado a Toto!

—No puede ser —contesta Jonah—. Tío, eso duele. ¿Quién te haría algo así?

—Sí, quién sabe... —respondo. Estoy casi segura de que es la venganza de la pécora de Bianca por mi propia venganza, pero no pienso decirlo hasta que esté segura.

—Tengo un colega que trabaja en un taller. Le llamaré, podemos arreglarlo.

—Está bien, ya estoy en ello —digo—. Que tenga veintidós años y sea una chica no me convierte en una idiota.

—¿De verdad? —replica él con tono dudoso—. Yo no estoy tan seguro de

eso. —Le arrojé un pedazo de donut y él lo atrapa con la boca—. Tía, puedo encargarme de esto por ti.

—Gracias, pero soy capaz de encargarme yo misma. Mi negocio, mi problema.

—¡Eh! Sigo dándole vueltas a esa idea del Hombre que Susurra a las Abejas. Ya sabes, empezar mi propio negocio, ser mi propio jefe... ¿Cuándo puedes ayudarme?

—Cuando quieras —digo—. ¿Qué has hecho hasta ahora?

—Eh... nada —contesta riendo—. Ya me conoces, nena. Soy un tipo despreocupado.

—Creo que tienes que ser un poco obsesivo con la idea de empezar tu propio negocio, Jonah. El único que puede hacer que tus sueños se hagan realidad eres tú.

Uau, eso ha sido bastante profundo por mi parte.

—Suena a trabajo duro —dice Jonah.

Eso es exactamente lo que yo habría pensado hace unos meses. Pero ahora llevo semanas obsesionada con Ruedas Flacas. Si no lo estuviese, nunca habría despegado. Y me ha encantado cada minuto.

—No te parece un trabajo duro cuando es tu pasión.

De pronto, y tal vez por primera vez desde que le conozco, Jonah parece serio de verdad.

—Bueno, la única pasión que tengo es la interpretación, tía.

—Entonces deberías concentrarte en eso. Vale, voy a reventar, he terminado —digo mientras me pongo en pie y me sacudo las migas de donut del cuerpo—. Toto no va a arreglarse solo.

Jonah me sonrío y le guiña un ojo a Coco.

—Hasta luego, cocodrilos.

Coco me coge del brazo con regocijo cuando dejamos Carroll Park.

—¡Es mooono!

–Buenos días, niñas –dice Angie al entrar en el salón.

–Son las tres de la tarde –repite Julia–. Llevas gafas de sol dentro.

–Lo sé. No he llegado a casa hasta las seis de la mañana. Oooh, donuts. ¿Queda alguno de chocolate doble?

Es domingo por la tarde, y Coco, Julia y yo hemos estado viendo *E! News*, o como Coco lo llama simplemente, «las noticias».

–Mira los brazos de esa mujer. Necesita un jodido donut.

–Parece una mantis religiosa –añade Angie con la boca llena.

Jules suelta una carcajada.

–¡Es verdad!

–Chiss, chicas –las reprende Coco.

Estoy intentando no pensar en el hecho de que Nicky va a venir en unas horas, en cuánto me va a costar la tarde de Toto en el taller, o en Bianca destrozando mi camión, o en Madeleine enfadada conmigo de nuevo. Pero al menos lo tengo todo preparado para el trabajo de mañana en Ruedas Flacas y he actualizado mis cuentas de twitter y facebook.

En lugar de eso, estoy pensando en Aidan, y en el trayecto en taxi de anoche. Y la sonrisa de Aidan, y sus muslos, y su boca, y sus ojos, y su voz y manos y acento, y el modo en que sonreía con suficiencia cuando flirteábamos y...

Cállate, Pia. No importa si le gusté a Aidan. Tiene novia. Está fuera de mi alcance. Nunca te enamores de un tío que está cogido. Yo cometo un montón de errores en mi vida, pero ese nunca. .. Para mí es sagrado. Bueno, una regla general, al menos. Una directriz. Lo que sea. Es una mala idea.

Entonces ¿por qué me estoy planteando verle el jueves para tomar algo?

Mi cabeza me sigue diciendo «un movimiento estúpido», pero mi corazón me dice «¿qué ha hecho hasta ahora tu cabeza por ti, cariño?». Bueno, ¿se supone que debes confiar en lo que te dice tu cabeza o tu corazón? Nunca me acuerdo.

La presentadora está recitando los problemas con las drogas de alguna aspirante a estrella.

«¿Está condenada a una completa debacle?»

Coco se vuelve hacia nosotras, con los ojos desorbitados, como si tuviese una gran importancia.

—¡Claro que lo está! —Coco parece haber superado la crisis Plan B/Eric de esta mañana, o quizá también es sencillamente buena ignorando las cosas en las que no quiere pensar.

—Oh, mierda, siempre se me olvida, chicas. Tenéis que pagar el alquiler hoy —dice Julia.

—¿El alquiler? —repito.

—Sí, el alquiler —insiste Julia. Tiene la voz ronca: anoche se quedó por ahí con Wilcox y Tad hasta bastante tarde. No hubo rollo, pero está de buen humor de todos modos. Te dije que la atención masculina tiene cualidades reconstituyentes—. Mi padre dice que la semana pasada Angie y tú no hicisteis la transferencia. Pero, para hacerlo más fácil, me ha dicho que podíais darme los ocho cincuenta y yo se lo daré esta noche en mi cena de cumpleaños.

—Eh... —¿Cómo he podido olvidar algo tan importante como el alquiler?

—Hazme un cheque y ya está. —Se encoge de hombros.

Se me forma un nudo en el estómago con ese miedo tan familiar por el dinero. No puedo hacerle un cheque, no tengo tanto en mi cuenta.

Y no puedo pagar el alquiler además de a Cosmo.

¡Ayer tenía tres mil dólares en efectivo en mis manos! Pero luego, tras quién sabe cuántas rondas de chupitos en el karaoke, una pequeña bonificación personal

en tratamientos de belleza, un regalo para Julia, y una enormemente cara visita al taller para el apaleado Toto, no me quedan más que mil trescientos dólares.

El alquiler son ochocientos cincuenta.

Y el pago a Cosmo son mil.

Si pago el alquiler, solo me quedarán cuatrocientos cincuenta para Cosmo. Si pago a Cosmo solo me quedarán trescientos para el alquiler. Tengo que elegir entre pagar a Julia y pagar a mi prestamista.

Merde.

Angie saca nueve billetes de cien de su bolso y se los tiende a Julia.

—Ya me darás el cambio luego. Perdona que se me olvidara hacerte lo de la transferencia automática. En lugar de eso, ¿puedo pagarte en efectivo todos los meses?

—¿Llevas novecientos pavos en efectivo encima? ¿Qué eres, una especie de capo de la mafia? —dice Julia—. Creo que mi padre preferiría que pagásemos de manera automática para no tener que preocuparse de ello. —Frunce el ceño y se rasca una teta—. Mierda, creo que tengo glaseado en el sujetador.

—Creí que Rookhaven era vuestro —comenta Angie.

—Está en fideicomiso. Mi padre se encarga de los gastos generales y de los pagos de la hipoteca —explica Julia—. Heredaremos Rookhaven a medias cuando Coco cumpla los veintiuno. Ah, chicas, hablo en serio. Me pica un montón la teta.

—¿Tiene que ser esta noche? —pregunto yo.

—Sí —responde Julia, con una mano metida en el sujetador—. Mi padre nos va a llevar a Coco y a mí a cenar por mi cumpleaños en un par de horas.

—¿Puedo pagarlo más adelante esta semana?

—Tía, había que pagarlo hace unos diez días. Tendrás que volver a pagarlo en unas semanas, ¿por qué no te lo quitas de encima y ya está?

—Sí, P, a estas alturas tienes que haberte forrado —interviene Angie—. He

visto lo que te sacas en un día.

—La mayor parte se va con la compra de productos y gasolina y cosas... hum, pero sí, claro que lo he hecho —añado rápidamente—. Un segundo.

Corro arriba, cojo mi caja del dinero de debajo de la cama y saco ochocientos cincuenta. Cosmo era un tío majo, me recuerdo. Sabe que soy legal. Pagaré más la semana que viene y ya está. No puedo decepcionar a Julia.

Por un instante me imagino los brazos hasta arriba de esteroides y la mirada arisca de Nicky.

Siento vértigo.

Tranquilízate, Pia. ¿Qué va a hacerme, darme una paliza? Quiero decir, ¡en serio! Esto es Brooklyn, no... dondequiera que apaleen a la gente por retrasarse con el pago de un préstamo. ¿Verdad?

Regreso abajo, le doy a Jules el dinero del alquiler y luego sigo mirando *E!*, y mecánicamente dejo que el programa me bañe como olas en el océano. Lo único en lo que puedo pensar es en la cara de Nicky cuando le diga que esta semana no voy a pagar el importe total. Oh, Dios, aparte de lo de Toto, y la venganza de Bianca... todo está saliendo mal. Justo cuando pensaba que lo tenía todo controlado...

¡No pasa nada! No pasa nada. Estaré bien. Probablemente. ¿Verdad?

Espero que las chicas se vayan antes de que se pase Nicky. No quiero que estén por aquí cuando hable con él, puesto que tendrá que salir a la luz la verdad, y pedir diez mil dólares prestados a un usurero no suena bien. Aunque, sinceramente, en el momento parecía una elección lógica, la única que tenía.

—Entonces... ¿a qué hora habéis quedado con vuestro padre? —pregunto como si tal cosa, revolviéndole el pelo a Coco para que me preste atención.

—Nos vamos en unos veinte minutos —contesta.

Me vuelvo hacia Angie.

—¿Qué haces tú esta noche, zorrита?

—Voy a una de esas fiestas rollo brunch en el Meatpacking. Se suponía que

había quedado allí a mediodía, pero ya sabes, estaba muy a gusto aquí.

—¿Llegas seis horas tarde a un brunch?

Se encoge de hombros.

—Seguirán allí.

—Será mejor que te des prisa —digo mirando mi móvil. Son casi las seis y diez. El secuaz de Cosmo estará aquí en menos de una hora.

—¿Desde cuándo te encargas tú de mi agenda social? —suelta Angie—. ¿Por qué tienes tantas ganas de que me vaya?

—No las tengo. Yo... hum, me voy arriba. —Odio resultar evidente.

Subo para tumbarme, estoy mareada por los nervios. Intento respirar hondo para tranquilizarme. No funciona.

¡Un segundo!

¡Un momento de iluminación!

¡Puedo vender a Toto! ¡Por lo mismo que me costó! Si consigo hacerlo hoy, devolveré el dinero esta noche, me quitaré a Cosmo de encima, ¡y solo tendré que lidiar con mis padres!

Mi mente trabaja a toda velocidad. Al, el mecánico que lleva el taller en el que están arreglando a Toto ahora mismo, me ha dicho que acababa de vender un camión de comida por cuarenta y cinco mil dólares. El los compra baratos, los pone a punto y los vende.

Cojo mi móvil.

—Automóviles Al.

—Hola, soy Pia. De esta mañana. Eh, me preguntaba... ¿cuánto pagarías por Toto, quiero decir, por mi camión?

—Unos tres mil —contesta inmediatamente—. Quizá.

—¿Qué? —Estoy escandalizada—. ¡Si yo pagué nueve mil por él!

—Te sangraron —dice. Puedo oírle masticando algo aguado. Puaj—. El motor necesita una revisión general, está todo oxidado, y los neumáticos están hechos polvo... Cuatro mil como máximo.

—Es bueno saberlo —digo aturdida—. Gracias, Al.

Cuelgo y me siento todavía más mareada. Francie me timó. Pues vaya con las simpáticas ancianas. Debí de verme venir a la legua.

Me recuesto en la cama de nuevo y me quedo mirando el techo.

Estoy jodida.

La puerta principal se abre y se cierra varias veces. Angie, Jules y Coco se han ido. Gracias a Dios. Miro la hora en el móvil. Las 18.40. Solo quiero que esto pase ya.

18.42 No puedo dejar de mirar la hora.

18.43 Es como una adicción.

18.48. En serio.

Dingdongdingdongdingdong.

Cojo el dinero, bajo corriendo las escaleras, con el corazón martilleándome en el pecho, y abro la puerta con la mayor sonrisa que soy capaz de exhibir. Tengo un tic en la mejilla.

—¡Nicky!

—Eh —contesta él. Está mirando su teléfono, no a mí. Asimilo de nuevo la enorme mole, sus hombros pantagruélicos y sus patitas de pollo, y me siento intimidada. Exactamente lo que pretende, estoy segura.

—Toma —le digo. Intento abrir la boca para explicar que voy algo mal de dinero, pero no logro decir nada. Le entrego el sobre sin más y le observo contarle desconsolada.

—Falta dinero —me espeta.

—Lo sé —respondo enseguida—. Lo pagaré la semana que viene, con intereses extra, si quieres, pero esta semana he tenido que pagar el alquiler, así que...

—Tienes que darme quinientos cincuenta dólares, ahora —dice. Se cruza de brazos y me mira—. No quieres que Cosmo se cabree, ¿verdad?

—Cosmo lo entenderá... —Ay, esa voz de ratoncillo otra vez.

Nicky niega con la cabeza.

—No pienso marcharme sin los mil. Confía en mí. No quieres enfrentarte a las consecuencias.

—Pero yo no... —Miro hacia el coche de Cosmo. Veo su brazo asomado a la ventanilla—. Si pudiera hablar con él...

Nicky suspira con impaciencia, se abre la chaqueta, se lleva la mano al bolsillo interior y saca... ¿un puño americano?

Doy un grito ahogado.

—¿Vas a pegarme?

—¿Tienes el dinero?

—Sí, pero la semana que viene, no puedo...

Nicky se encoge de hombros, se pone el puño americano y un guante de cuero encima y me empuja al entrar en Rookhaven.

—No, no, no, por favor. —Me vuelvo y le sigo—. Nicky, yo no... por favor, no entres, te prometo...

Va directo a la cocina.

Entro corriendo tras él, rogándole desesperadamente.

—Por favor, por favor, por favor, no lo hagas, te prometo que la semana que

viene...

Nicky parece tan fuera de lugar, tan desubicado en nuestra encantadora y tranquila cocina. Se detiene delante del fregadero y observa el huerto de especias de Coco en el alféizar.

—Bonita decoración. Muy hogareña.

A continuación da un puñetazo a la ventana. El cristal produce tal estruendo al romperse que emito un gemido. ¿Piensa destrozar Rookhaven, ventana por ventana, para darme una lección? ¿Y luego qué? ¡Estamos él y yo solos en la casa!

De repente me mareo del miedo.

—¿Tienes los quinientos cincuenta que me debes?

—No, no los tengo, pero por favor...

—Yo los tengo —dice una voz. Me vuelvo.

Es Coco. Está de pie en la entrada y su mano extendida sujeta el dinero. Tiembla ligeramente y está muy pálida. Pero le sostiene la mirada.

Nicky me mira a mí, luego a ella, y se encoge de hombros.

—Perfecto. Confía en mí, es mejor así. Si el resto de los hombres de Cosmo se ven envueltos, con chicas guapas como vosotras, la situación será muy distinta.

—Sal de mi casa. —El tono y la expresión de Coco son muy duros. Uau.

Le seguimos de vuelta a la puerta principal.

—La semana que viene ten los mil justos o no te gustará lo que ocurrirá — me dice Nicky por encima del hombro al tiempo que salta los escalones de dos en dos.

Mientras Coco cierra la puerta y echa el cerrojo, me dejo caer de rodillas y me inclino hacia delante. Oh, Dios, no veo con claridad, vuelvo a respirar de forma entrecortada y superficial, y estoy emitiendo un extraño sonido sibilante. No, por favor, un ataque de pánico no, otra vez no...

—No puedo... No puedo... No puedo...

De repente me ponen una bolsa de papel marrón entre las manos, pero tiemblo tanto que se me cae, así que Coco la sostiene delante de mi boca. Durante lo que me parecen horas, inspiro y expiro, sin sonido alguno salvo el del papel al arrugarse. Me siento como si me viera a mí misma desde la distancia: un revoltijo tembloroso, con el corazón laténdome de forma descontrolada, mi cerebro sufriendo un cortocircuito.

¿Qué he traído a nuestra casa?

Se me cierra el estómago, y me hago un ovillo sobre la moqueta del vestíbulo, con Coco a mi lado, acariciándome la frente sudada. Resulta tan reconfortante, casi maternal. Yo he cuidado de ella esta mañana y ahora ella cuida de mí. Como una familia.

—Lo siento mucho... —Tengo la voz ronca—. Todo esto es culpa mía.

—¿Estás bien? ¿Debería llamar a un médico?

—¿Por qué... cómo es que estás aquí?

—Me he encontrado mal por lo del Plan B justo antes de que pasara mi padre, así que Julia se ha ido sola. Ahora estoy bien, pero ¿tú vas a estar bien?

—¡Oh, Dios, lo siento tanto! ¡Eso también es culpa mía! ¡El Plan B es culpa mía! ¡No importa lo que haga, siempre lo fastidio todo!

—Cálmate. Estás hiperventilando. No todo es culpa tuya.

Una hora más tarde, la ventana de la cocina está cubierta con papel de periódico y cinta aislante, estamos sentadas a la mesa de la cocina y yo me he tranquilizado y he contado toda la historia. Coco asentía todo el tiempo y no ha puesto ni una sola cara en plan «uau, tú eres tonta», lo cual aprecio mucho. Porque me siento como una completa imbécil.

—Lo siento mucho, te lo devolveré, yo...

—No te preocupes por eso —dice Coco—. Era el dinero para emergencias. Y definitivamente ha sido una emergencia.

—El caso es que de verdad creí que podría hacerlo —contesto, aturdida—. Las primeras dos semanas han sido muy fáciles. Pero comprar comida cuesta mucho, y la intendencia, y la gasolina, y el alquiler y las facturas, y he tenido que arreglar el camión, y ahora el Que Coman Polla es como el favorito del mes, lo que inevitablemente va a afectar a mi número de clientes, ¿sabes? —Me sale todo a borbotones—. Y todavía tengo que pagar diez mil dólares, más los mil de intereses cada domingo, y ahora también te debo dinero a ti. ¿Cómo he podido ser tan tonta? ¿Cómo he podido arriesgarme tanto?

—Puedo entender que te pareciese... hum, racional —dice Coco.

Niego con la cabeza.

—No lo era. Fue imprudente y estúpido. Tengo tanto miedo... Creo que ese tío, Nicky, tiene pánico a Cosmo. ¿Cómo de malo debe de ser Cosmo para que un animal como ese le tenga miedo? En serio, ¿qué me hará si no puedo devolverle el dinero? ¿Darme una paliza?

—No lo sé. Pero no creo que queramos averiguarlo.

—Y mis padres vienen a por mí en tres semanas. Quería demostrarles que podía arreglármelas sola. ¿Y si no puedo? Tendré que pedirles que paguen por mí, ¡y me obligarán a irme a vivir con ellos!

—Voy a prepararte un chocolate caliente —dice Coco—. Es lo que hacía mi madre siempre que teníamos pesadillas. Aún lo hago cuando no puedo dormir.

—Tu madre suena tan agradable.

—Lo era —contesta Coco—. Era la mejor.

Yo nunca describiría a mi madre como la mejor. Aunque... sé que me quiere. Lo sé. Siempre parece enfadada conmigo, pero también sé que es porque únicamente quiere lo mejor para mí. Es solo que no me entiende.

Sin embargo, teniendo en cuenta que me expulsaron dos veces, que he mentido, he consumido drogas, no me he tomado nada en serio jamás, me he fundido todas las tarjetas de crédito que me han dado y siempre he hecho lo que me ha dado la real gana, no resulta sorprendente precisamente. Si yo fuese mi hija, tampoco me entendería.

Y ahora estoy en deuda con un usurero.

Mis padres van a sentirse tan decepcionados...

O tal vez solo sea el tipo de historia que esperan de mí, porque siempre les he defraudado. Así que no estarán decepcionados. Ni siquiera les sorprenderá. Y eso es aún peor.

Coco me pone un gran tazón de chocolate caliente delante con un cuenco de nubes de azúcar.

—Sigue añadiendo nubes a medida que te lo tomas, así no tienes que preocuparte de que se acabe.

Entonces me coge las manos entre las suyas, un gesto de afecto tan dulce que me entran ganas de llorar.

Suspiro.

—Tengo que contárselo a las chicas, ¿verdad?

Oigo pasos en el vestíbulo y luego la voz de Julia.

—¿Contarnos qué?

Una hora más tarde da comienzo una reunión de emergencia de la casa.

—Antes de que empecemos, es hora de poner bote —dice Julia, que preside la reunión como un juez, en su sitio habitual, a la cabeza de la mesa. Yo estoy sentada a su derecha, Coco a la izquierda, Angie a mi lado, y Madeleine junto a Coco—. Treinta cada una.

—¿Has escrito un orden del día para la reunión de emergencia de la casa? —Angie la mira con incredulidad.

Julia la ignora.

—También hay que hacer un listado de tareas. Ahora mismo Coco y yo lo hacemos todo, y no es justo. Voy a escribir una lista de tareas semanales con nuestros nombres y la voy a poner en la nevera.

Angie está jugando con la baraja de cartas que siempre tenemos en la mesa de la cocina.

—No puedo creerme que haya dejado plantado a Mani por esta mierda. ¿No podemos pagar a alguien para que limpie?

—No. Vale, Pia, te toca.

Genial.

—¿Por qué estamos aquí? —Madeleine ni siquiera me ha mirado desde que ha llegado a casa—. Tengo bikram a las nueve.

Inspiro hondo.

—Pedí diez mil dólares a un prestamista para comprar a Toto y abrir Ruedas Flacas. Creí que era majo, pero... hum, estoy empezando a darme cuenta, quiero decir, me he dado cuenta... hum, de que no es majo. Es peligroso. Y siento muchísimo haber traído esto a Rookhaven.

—¿Un prestamista? ¿Y qué quieres decir con «a Rookhaven»? —me espeta Madeleine. Entonces mira por detrás de mí, a la ventana—. ¿Me estás diciendo que la ventana nos la ha roto él?

Coco se levanta de un salto y enciende el hervidor. Dios, detesta el enfrentamiento aún más que yo.

Asiento.

—Bueno, él no. Su... hum, ayudante.

—¿Su ayudante?

—Cuéntanos toda la historia —dice Julia—. Desde el principio.

Tardo unos veinte minutos en relatárselo todo, debido a que Madeleine repite, con tono incrédulo, la mitad de las cosas que digo. Solo para hacer hincapié en lo ridículamente estúpida que soy.

«¿Oíste hablar de un prestamista a una zorra loca y pensaste que era como una “recomendación”?»

«¿Te gustó porque bebía Smartwater?»

«¿Le dijiste dónde vivimos?»

«¿Tiene a un matón que le hace “el trabajo sucio”?»

«¿Ha venido a Rookhaven?»

«¿Ahora tienes dos semanas y media para ganar trece mil dólares?»

Al terminar se produce un momento de silencio.

—Estaba intentando forjarme una vida, para demostrar a mis padres, y a mí misma, que puedo trabajar... —Me atraganto ligeramente con las palabras—. Siento mucho haber hecho esto. Entiendo por qué estás enfadada.

—¿Que entiendes por qué estoy enfadada?

—Vale, Maddy, basta —interviene Julia—. Yo también entiendo que estés cabreada, pero, de verdad, no estás siendo de ayuda.

—¿Cómo puedo ser de ayuda, Julia? —suelta Madeleine—. Hay un prestamista que sabe dónde vivimos y que Dios sabe qué le hará a Pia o a cualquiera de nosotras si no paga. —Se vuelve hacia mí—. Eres una jodida idiota.

Me estremezco. Sin embargo, tiene razón.

—Es cierto. Soy una jodida idiota. Pero juro que lo arreglaré, lo juro. Ganaré el dinero. Trabajaré más. Todo estará arreglado por la mañana, y venderé las mejores ensaladas que hayáis visto en vuestra vida. Nada me detendrá, nada. No tenéis de qué preocuparos.

Madeleine alza una ceja.

—Yo creo que puedes conseguirlo —asegura Julia para apoyarme. Tanto si lo dice en serio como si no, aprecio el gesto y le sonrío agradecida.

Angie es la que menos preocupada parece por mis acciones con diferencia. Hace falta mucho para impresionarla.

—Y si no, te ayudaremos y ya está. Yo puedo pedir dinero a mis padres...

—Nosotras también podemos pedirselo a nuestro padre —añade Julia.

—De ninguna manera —repongo enseguida—. No sé cómo ni por qué he llegado a esto, pero esta deuda representa todo lo que tengo que cambiar de mí misma y de mi vida. Y tengo que arreglármelas sola, sin ayuda de mis padres ni de los vuestros —añado enérgicamente, mirándolas a todas a los ojos—. Es muy importante para mí. Voy a trabajar cada minuto de cada día para ganar ese dinero. Es la única manera.

—Vale —responde Julia de inmediato—. Lo entiendo.

—Pero yo estoy aquí si me necesitas —dice Angie—. Quiero decir —añade enseguida, mirando alrededor a las demás y sonriendo tímidamente— que estamos aquí. Estamos todas juntas en esto.

—Siempre —añade Coco.

—Totalmente —concluye Julia.

Madeleine no se muestra de acuerdo, pero tampoco en desacuerdo.

Observo los rostros de mis mejores amigas y me doy cuenta de que no he sentido tanta seguridad en toda mi vida. Mis padres, aunque sé que me quieren, nunca han parecido perdonar —y mucho menos olvidar— mis errores. Pero esto es amor incondicional. Comprensión sin juicios. Sé que suena melodramático, pero me hace sentir que realmente puedo hacer de mi vida lo que quiera. Como si fuese invencible.

Esta es la sensación que debe de producir venir de una familia perfecta.

Y Angie tiene razón.

Estamos todas juntas en esto.

Entonces miro alrededor y veo que Madeleine se ha ido.

Vale, no del todo perfecta.

—Esta tía está tan jodidamente tensa —dice Angie mientras baraja como una crupier de Las Vegas—. ¿La ha visto alguien con algo sin mangas alguna vez? Incluso a treinta grados sale a correr en manga larga. Creo que tiene los brazos de

mentira. Que están hechos de... no sé, madera o algo.

—No tiene los brazos de madera —repone Julia.

Angie continúa barajando.

—¿Sabes qué necesita? Un buen polvo.

—Para —le suelta Julia—. Reparte las malditas cartas. Pia, tienes que ir a hablar con Maddy. Las dos solas.

Tiene razón.

Me levanto y salgo al vestíbulo, donde Madeleine está revisando el correo.

Me aclaro la garganta.

—¿Madeleine?

Se niega a mirarme, pero no se marcha. Me lo tomo como algo alentador.

—Madeleine... Siento mucho que Nicky haya venido aquí y... hum, espero que puedas perdonarme algún día... y también siento mucho lo que pasó con tu hermano, creí que Mike sentía lo mismo que yo. Solo fue algo... casual.

—Bueno, él es mucha mejor persona que tú —replica—. Y mucho menos cerdo.

Au.

—Bueno, eso es cierto. No estoy orgullosa de cómo le he tratado, y le llamaré para disculparme. —Pienso un segundo—. Mira, no voy a enamorarme de él y casarme y tener hijos con él. No puedo evitarlo. No sentí eso que... eso que se supone que tienes que sentir, y no puedo fingir que lo hago.

Madeleine me mira al fin, con el rostro inmutable.

—No sé por qué me estás contando esto. Me importa una mierda.

De repente me siento muy cansada.

—Madeleine, en algún momento vas a tener que decidir si te gusto o no. Y si

te gusto, tenemos que ser amigas incondicionales —añado cansada—. Yo nunca intentaría hacerte daño. Nunca te juzgaría por nada que hagas. Pero espero lo mismo de ti. Estamos en el mismo bando.

Antes de que pueda responder, me doy media vuelta y salgo de la casa.

Pese a que son más de las ocho y el otoño está lo bastante avanzado para que empiecen a caer las hojas, el escalón de la entrada resulta reconfortantemente cálido contra mi trasero. Miro todas las ventanas iluminadas de Union Street, con todas las familias y la gente y las vidas que hay detrás de ellas, y suspiro.

No importa lo hondo que respire, sigo notando una opresión en el pecho, como si no pudiese exhalar una parte del aire.

Secretamente, en lo más profundo de mi corazón, no estoy ni de lejos tan segura de poder devolver el dinero como he dicho que iba a hacer. Estoy cansada. Y asustada. Y estoy lidiando con tantas preocupaciones que es como si tuviera una atracción de feria en la cabeza, que da vueltas y más vueltas: Cosmo, mis padres, Nicky, Madeleine, Coco, Bianca, Eddie, y no olvidemos que se supone que tengo una cita con Aidan el jueves por la noche.

Me pregunto si debería ir o no.

Ya ni siquiera distingo qué es buena idea.

—Todo es una *merde* —murmuro.

—Eh, niña —dice una voz.

Miro abajo y veo a Marie, que sale de su casa con un vaso que contiene algo con burbujas y se sienta en el banco.

—Ah, hola, Marie —contesto—. Soy yo, Pia...

—Ah, la camionera. Ven aquí para que pueda verte.

Bajo las escaleras dando saltitos y me siento a su lado.

—¿Quieres contarme por qué estabas maldiciendo en francés? Eres joven, eres guapa...

—No me siento ni joven ni guapa —respondo—. Me siento cansada.

Marie se ríe: suelta una carcajada sorprendentemente juvenil.

—Puedes dormir cuando seas vieja y toda la gente a la que conozcas esté muerta.

—Eso es muy alentador, Marie, gracias —contesto.

Vuelve a reírse.

—Vale, vale, los problemas de todo el mundo son serios cuando son los propios. Cuéntame más. ¿Qué tiene de malo tu vida?

—Hum... es complicado... El dinero. Y mi trabajo... ya sabes, el camión. Y la gente nunca es lo que espero que sea. Y parece que me equivoque por mucho que me esfuerce en hacer lo correcto.

—Bueno, equivocarnos es lo que nos hace humanos. Y te guste o no, la vida es complicada. Mi madre siempre decía que la vida es como la Hidra.

—¿La qué?

—La Hidra. Un monstruo de varias cabezas que mató Hércules. Cada vez que cortaba una cabeza, otra nueva la sustituía... La vida es así. Cada reto que superes se verá reemplazado por un nuevo desafío. El único modo de encontrar el éxito y la felicidad en la vida es arriesgarse en ocasiones.

—¿La vida es fácil alguna vez?

—No si lo estás haciendo bien. Pero será interesante. Y divertida. Y llena de alegría.

De repente me dan ganas de apoyar la cabeza en su hombro. Mis dos abuelas murieron antes de que yo naciera. Me pregunto si eran como ella.

—Me esforzaré todo lo que pueda. Pero ¿qué va a pasar ahora? ¿Cómo puedo sobrevivir?

—Sobrevives con las risas... y con el apoyo de la gente a la que quieres —añade con suavidad—. Tu familia. Tus amigos.

—Yo adoro a mis amigas. Pero no he hablado con mis padres en semanas — digo con un nudo en la garganta—. Creen que soy una niña.

—Pues claro que creen que eres una niña, son tus padres. Te vieron gritar, desnuda y cubierta de sangre, cuando no tenías más que un minuto de vida. Nunca te verán como a una adulta. —Suena casi enfadada—. Pero siempre te querrán. Y quieren lo mejor para ti. Tal vez crean que marcharte de Brooklyn es lo mejor.

Asiento.

—Sin duda lo piensan.

—Bueno, intenta verlo desde su punto de vista. Se dicen tantas estupideces acerca de los padres y los hijos y... ¿cómo era?... el «abandono emocional». ¡Jesús! Te quieren, pero no van a ser tus mejores amigos. No deberían. Son tus padres. Tú no puedes cambiarlos y ellos no pueden cambiarte a ti. Lo único que tienen que hacer es quererte. Y lo único que tienes que hacer tú es dejarles que te quieran y quererles.

Hace que todo suene tan simple.

—Acompáñame dentro, cariño —dice—. Me está entrando frío.

Ayudo a Marie a levantarse.

—La cadera —me explica, puesto que tarda varios segundos en bajar cada escalón hasta su apartamento. Dentro el ambiente es cálido, se nota que se ha vivido mucho, y resulta reconfortante. Casi como Marie.

Vic está sentado en una butaca reclinable viendo alguna película antigua en blanco y negro y comiendo palomitas caramelizadas.

—¿*Historias de Filadelfia*, Vittorio? ¿Otra vez? Y con ese azúcar se te van a picar las muelas.

—Ha dado la casualidad de que la echaban —replica—. Y tengo setenta y ocho años, Marie. Si se me fuesen a picar las muelas a estas alturas ya lo habrían hecho. —Me mira—. Eh, niña.

—Parece una buena película.

—Lo es —contesta.

Todos miramos a Katharine Hepburn en silencio.

—Es preciosa —digo.

—Y se parece tanto a Eleanor... —añade Marie—. Elegante y descarada.

Pongo la oreja. ¡Eleanor! ¿La mujer de Vic?

Vic se vuelve para mirar a Marie y sonrío, aunque tiene los ojos brillantes y tristes.

—Estaba pensando justo lo mismo.

Quiero pedirles que me cuenten más sobre Eleanor y qué le ocurrió, pero ya me siento como una intrusa. Vic cambia de canal de golpe y le tiende el mando a Marie.

—Venga. Sé que quieres ver tu programa.

—¿Cuál es tu programa? —pregunto, esperando que me diga *Jeopardy!* o *America Got Talent*.

—*True Blood* —contesta—. Mi nieto me compró la caja recopilatoria. Me gusta ese tal Eric Northman. Tiene algo.

Vic pone los ojos en blanco y me sonrío.

Hago una pausa en la puerta principal y me vuelvo.

—Gracias por el consejo, Marie.

—Cuando quieras, niña. Recuerda, en la vida hay que correr riesgos.

Mientras subo a casa me llevo la mano al bolsillo y saco una moneda.

Cara, voy a la cita con Aidan. Cruz, me quedo en casa y trabajo en Ruedas Flacas.

La lanzo, la atrapo y me la pongo en el dorso de la mano. Inspiro hondo y bajo la vista.

Merde.

-¿Quién de vosotras, malditas zorras, me ha robado el sérum capilar? — grito.

Silencio.

Es jueves por la tarde. Las siete en punto. Estoy en mi habitación en bragas y sujetador, con el pelo enrollado en una toalla, el cuerpo grasiento por la crema hidratante que acabo de ponerme. He vuelto hace veinte minutos de otro día increíblemente ajetreado en Ruedas Flacas y tengo exactamente una hora para reunirme con Aidan en el Minibar. Y ya voy retrasada con el programa de belleza.

—¡Se me está secando el pelo, y pronto quedará fuera de control humano toda la noche y será culpa vuestra! —grito. ¡Maldita sea! ¿Por qué no vivo con chicos? No tendría este problema de desaparición de productos de belleza si viviese con chicos.

—Tía, ¿de verdad crees que Coco, Maddy o yo sabríamos qué demonios hacer con un sérum capilar? —Julia se ha detenido en el umbral de mi puerta, está comiéndose un plátano.

Hago una pausa.

—Tienes razón. —Subo con paso firme hasta la habitación de Angie y abro la puerta. Típico: está como si acabase de verse asolada por un tsunami de vestidos, dejando una marea alta de detritos de moda en cada superficie. Atisbo mi sérum para el pelo apoyado contra un montón de fotos y esbozos, y me abro paso a través de la orgía de cinturones, bolsos y sujetadores del suelo para cogerlo.

—¿Para qué necesita esto? ¡Tiene el pelo sedoso de un hada! —murmuro.

—¿Por qué estás tan tensa? —pregunta Julia, que se encuentra apoyada en el marco de la puerta—. Has tenido un millón de citas.

—Yo... eh, no sé —respondo, y paso por su lado a toda prisa para bajar.

—¿Puedes ponerte algo, por favor? —me grita a la espalda—. No necesito verte en ropa interior.

—¡Mira que eres mojigata!

—¡Mira que eres europea!

—¡Ja!

Me aplico el producto, divido el pelo con horquillas de mariposas, cojo el secador y el cepillo y empiezo a secármelo. Es tan injusto que tenga tanto pelo. Tan injusto.

Llaman a mi puerta con vacilación.

—¿Puedo ayudar? —pregunta una voz—. Soy buena con el secador. —Alzo la vista y veo a Madeleine.

—¿De verdad? Dios, sí, por favor.

Apenas hemos hablado desde la escenita de la otra noche. ¿Esto es una señal de que volvemos a ser amigas? ¿Amigas de verdad?

Madeleine se sienta detrás de mí, con las mangas de la camiseta bajadas hasta las manos como de costumbre, y coge el cepillo y el secador.

—¿Estás nerviosa?

—No —contesto automáticamente, luego nuestras miradas se encuentran—. Vale, sí. Estoy tan nerviosa que siento una comezón en el estómago.

—¡Odio eso!

Sentada en el suelo delante de los espejos de mis armarios, mientras Madeleine me seca el pelo con aire experto, me pongo rápidamente el maquillaje: una combinación de base e iluminador para resplandecer sin defectos, y colorete, ojos y labios naturales.

Me tiemblan tanto las manos que me pongo mal el lápiz de labios, así que me lo emborrono y espero que parezca un poco punk.

Caigo en la cuenta de que en el listado de cosas por las que ponerme nerviosa ahora mismo, una cita con Aidan debería figurar en alguna parte entre «ganar trece mil dólares para pagar a un prestamista» y «encontrar un modo de escapar de la presión de mis padres para que me vaya de Nueva York». Pero, por algún motivo, no es así. Me he convencido a mí misma —otra vez— de que conseguiré el dinero a base de trabajar: esta semana lo he hecho desde las cuatro y media de la mañana hasta las diez de la noche todos los días, y he ganado más de cuatro mil quinientos dólares. Si logro mantener este ritmo y no fastidiarla otra vez, no tendré ningún problema para devolver todo el dinero y luego tendré un negocio en marcha con el que impresionar a mis padres. ¿Verdad? Verdad. (¿Ves lo bien que se me da sacar pensamientos de mi cabeza? Es un don, en serio.) Bueno. ¿Quécoñomepongo?

El problema de quedar en un bar es que quiero estar lo mejor posible sin que parezca que me he esforzado demasiado. Los vestidos son demasiado formales, las faldas, demasiado femeninas, los tops me hacen demasiado pecho, las camisetas son muy de trabajo, y luego, por supuesto, tenemos todo el asunto de los zapatos. Por último, no olvidemos que estoy en Brooklyn, no en Manhattan, y Brooklyn requiere una especie de despreocupación consciente. No puede parecer que me haya esforzado demasiado.

Normalmente concentrarme en qué ponerme me ayuda a calmar los nervios. Esta noche no.

Estoy a punto de ver a Aidan de nuevo.

—*Merde!* —grito.

—¿Estás bien? —me pregunta Madeleine al tiempo que baja el secador.

—Sí, bien, sí, bien... ¡Uau! ¿Ya has terminado? ¡Es perfecto! ¡Gracias!

—¡Tentempié precita! —exclama Coco, que entra en la habitación con una bandeja—. Sándwiches de queso a la plancha. Necesitas calmar tu estómago.

Estoy demasiado nerviosa para comer, pero cojo uno y le sonrío.

—Gracias, Cucu.

La sonrisa de Coco es radiante.

—Bueno, ¿qué vas a ponerte?

—¡Vale! —Me quedo de pie delante del armario abierto, con Madeleine y Coco sentadas en mi cama como si fuesen el público—. Empecemos con estas botas.

Ambas asienten con expresión seria.

—Y emparejémoslas con algo sencillo pero sorprendente. Como este vestidito blanco.

—¡Bonito! —exclama Coco.

—Pero... ¿y si es demasiado? —digo—. O muy simple. ¿O y si se me cae algo? Ni siquiera sé si vamos a cenar.

—¿Y pantalones cortos? —sugiere Madeleine.

—Buena idea —contesto, y asiento inmediatamente—. ¿Como estos?

Pantalones cortos negros, camiseta ajustada de punto negra.

—¡Sí! Elegante pero no demasiado elegante, arreglada pero no demasiado arreglada...

—Y me recojo el pelo en una trenza suelta a un lado —digo—. No me van piernas y pelo al mismo tiempo.

—Claro —asiente Madeleine—. Esto no es el *Real Housewives* de Brooklyn.

—¡Oh, Dios mío! Sería genial si lo fuese —repite Coco.

—Dios, me siento como si acabara de hacer un examen. Quedar con alguien es agotador.

Me pongo mi perfume y miro el teléfono. Voy a ver a Aidan en veinte minutos.

De repente tengo esa sensación de temblores y ahogo que es casi como... Oh, *merde*.

Me dejo caer al suelo y me tumbo de espaldas.

—¿Estás bien? —pregunta Coco—. ¿Quieres una bolsa de papel?

Miro el techo. Oh, Dios, oh, Dios, oh, Dios...

—Ignoradla, se comporta como una reina del drama —dice Angie, que entra en mi habitación con un gran vaso de agua helada y un bolso de mano azul. Me tiende los dos. Me incorporo, doy un trago a la bebida y me atraganto: es vodka puro, no agua.

—Jesús, Angie.

—Para darte valor. Y te dejo mi bolso. Me lo ha regalado Mani. Alexander Wang.

—Uau, ¿en serio? ¡Gracias!

—Recuerda, averigua si esa chica es su novia —interviene Julia, de pie en el umbral—. ¡Esa es la pregunta *number one*! Y si lo es, tírale una copa a la cara.

—Y no dejes que lo pague todo él —añade Madeleine.

—Y coge chicle para emergencias de aliento fresco —continúa Coco.

—Y si decides pirarte, finge un calambre y ya está —concluye Angie—. Como... uno menstrual.

—Vale, ya he tenido suficiente apoyo moral —digo saliendo por la puerta. En esta casa a veces hay demasiado estrógeno y punto.

—¡Buena suerte! —grita Julia cuando bajo las escaleras—. ¡Y recuerda la pregunta *number one*!—Oh, Dios mío, no es más que una estúpida cita —mascullo al tiempo que cierro la puerta tras de mí.

Llego al final de la escalera de entrada, cierro los ojos y respiro hondo lentamente.

—Estarás bien, taradita. —Es Angie. Se agacha un momento para abrocharse las tiras de los zapatos de tacón, luego saca dos cigarrillos, los enciende los dos y baja los escalones con paso tranquilo, tendiéndome uno—. Te acompaño al

Minibar. Luego me voy al SoHo a ver a Mani.

—Estás pasando mucho tiempo con ese tío —digo al tiempo que cojo el cigarro—. Me huelo un encaprichamiento.

—En realidad, es Chanel Bois des Îles, pero puedes llamarlo encaprichamiento si quieres.

Angie se cuelga el bolso de un hombro balanceándolo y echamos a andar por Union Street. Lleva un vestido gris nuevo con zapatos de tacón rosa y parece, como de costumbre, salida de una revista de alta costura, una de esas provocadoras, en las que una chica gruñe en la portada en lugar de poner morritos. Me siento imposiblemente simple en comparación, pero cómoda. Y me siento yo misma.

—En serio —digo con tono dudoso.

—Vale, lo reconozco. Es muy agradable, hablamos y hablamos.. . No es todo Cipriani's y Per Se. El martes cenamos en un pequeño local en plan agujero en la pared en el East Village. Fue genial. Y me envía unos mensajes tan dulces... — Suspira feliz, y aunque también noto que le huele el aliento a alcohol, de repente lo veo: Angie es una romántica en el armario.

—Me alegro tanto por ti —digo sonriendo, y me cojo de su brazo. Tal vez esta noche esté bien. Si Angie ha encontrado a un buen tío, eso demuestra que no es imposible.

Yo puedo con esto.

Aidan está sentado a la barra cuando entro. Nuestras miradas se encuentran, y cuando su rostro se ilumina, mi cuerpo se estremece con una oleada de calor.

Oh, *merde*, esto no va a ser nada fácil.

Se levanta para recibirme (¡es alto, muy alto!) y le sonrío, alzando la vista con un pestañeo nervioso para mirarle.

—Pia.

—Aidan —digo con voz ronca. Carraspeo y lo repito—: Aidan.

Se inclina para besarme en la mejilla e intento no encogerme por los nervios. Tiene la piel caliente, pero no demasiado, y se acaba de afeitarse. Un *aftershave* como de sándalo: cálido y sin pretensiones.

—¿Qué quieres tomar? ¿Champán, deduzco?

—Una cerveza está bien.

Me siento en la silla que ha retirado para mí. El corazón vuelve a latirme dolorosamente.

—Una chica del pueblo —dice, y me pide una Amstel. Alzo la vista hacia él. Es real. Es real de verdad—. Bueno, ¿y eres vegetariana?

—No. —Busco un comentario ingenioso y, gracias a Dios, me viene uno—. Estoy muy comprometida con el consumo de animales muertos.

—Bien. Yo también. He reservado una mesa en Frankies, al otro lado de la calle. Es un sitio de carne.

—Guay.

Pausa.

¿Dónde se ha metido la Pia de «tengo una amplia experiencia en citas»? No se me ocurre qué decir. No se me ocurre qué hacer. No se me ocurre nada, en realidad.

Merde.

¿Qué harían mis amigas? Julia hablaría del trabajo. Madeleine se quedaría callada como la Esfinge. Coco balbucearía y se reiría. Y Angie se recostaría en su asiento, sonreiría con suficiencia, arquearía una ceja y se controlaría.

Parece que eso gana, ¿no crees?

Así que me recuesto en mi silla y doy un sorbo a mi cerveza, luego alzo los

ojos lentamente hacia él.

Él me está haciendo exactamente lo mismo a mí.

«Vamos, Aidan. Toma el control de la conversación, por favor», pienso de la forma más enérgica que puedo.

En lugar de eso, él se limita a mirarme y dedicarme una pequeña sonrisa.

Un desafío.

Bueno, yo no pienso hablar primero.

Doy otro sorbo a la cerveza, sin dejar de mirarle. Para ayudarme a calmar los nervios, me concentro en la pequeña cicatriz de su labio. Apuesto a que las chicas siempre le preguntan de qué es esa cicatriz. No pienso hacer lo que hacen otras chicas. Si es un capullo —y la seguridad en sí mismo que demuestra me hace preguntarme si podría serlo— no pienso entrar en su juego.

Entonces recuerdo: la pregunta *number one* de Julia.

—¿Tienes novia?

—¿Perdona?

—Ya me has oído.

—No, no tengo, pero gracias por preguntar —dice—. ¿Y tú, tienes novio?

—No. ¿Por qué me lo preguntas?

—Bueno, ¿por qué me lo preguntas tú a mí?

—Porque me dejaste plantada la otra noche para ver a una mujer —contesto—. Emma. O Emily. O... hum... comoquiera que se llamase.

No menciono que les vi juntos en la calle hace todas esas semanas. Demasiado acosador.

—Ah, te refieres a Emma. Mi hermana —dice Aidan—. Siento mucho lo que pasó, debiste de pensar que soy un maleducado. Su novio acababa de dejarla, por

tercera y última vez. —Sostiene su móvil en alto—. Mira, esta foto es de Navidad del año pasado con nuestros padres. ¿Ves? Hermano. Hermana. La misma nariz. Por desgracia para ella.

—Te creo. —Echo un rápido vistazo al teléfono, solo para asegurarme: es la elegante británica con la que le vi en la calle aquel día. Su hermana. Sí que se parecen. Maldita sea. Ahora parezco una psicópata celosa. Eso es aún peor que una acosadora—. Bien. Solo era... eh... una verificación de rutina.

—Ah, lo entiendo perfectamente.

—Hay mucho capullo por ahí suelto.

—¿Capullo?

—Ligón... ya sabes, esos que engañan y mienten para conseguir lo que quieren.

—Ah, te refieres a un granuja. Un sinvergüenza. Un completo canalla. Te puedo asegurar que no soy ninguna de esas cosas. —Hace una pausa—. Soy condenadamente aburrido, ahora que lo pienso.

Empiezo a reír con nerviosismo. Dios, me encanta su acento.

El móvil de Aidan pita.

—Bueno, mira por dónde. Nuestra mesa está lista.

Frankies 457 Spuntino tiene el aspecto que desearías que tuviera un restaurante moderno de Brooklyn: peculiar pero maduro, con una deteriorada serenidad que resulta casi pero no del todo sencilla. Aunque es el jardín trasero lo que me deja sin aliento: un pequeño país de las hadas, con flores, vides y velas por todas partes. Es mágico. Me detengo en las escaleras desde el restaurante, solo para mirar.

—Lo sé —dice Aidan al tiempo que se detiene junto a mí—. Es un verdadero antro.

Los nervios hacen que me ría un poco demasiado alto. Trato de callarme inmediatamente, pero tengo un ataque de risita crónica. Oh, Dios. Para cuando hemos llegado a nuestra mesa, aún no he parado.

—Todavía te ríes, ¿eh? No me ha parecido tan gracioso —dice Aidan—. Quiero decir, en serio, puedo ser mucho más gracioso.

Vuelvo a romper a reír. Oh, Dios. Es como tener Tourette pero con la risa. Con un esfuerzo coordinado, aprieto los labios, aunque mi pecho sigue sacudiéndose a causa de la risa nerviosa acallada.

—¿Les gustaría tomar un prosecco para empezar? —pregunta la camarera.

Aidan se vuelve hacia mí.

—¿Nos gustaría?

Consigo asentir. Luego volvemos a guardar silencio. Hasta ahora le he interrogado sobre una novia imaginaria y luego me he reído como un ewok puesto de gas de la risa. Bien.

—Deberíamos jugar a las veinte preguntas y superarlo —dice Aidan.

Eso puedo hacerlo.

—Vale. Dispara.

—¿Hermanos? ¿Hermanas?

—Hija única. Y vosotros, ¿estáis solo tú y... hum... Emma?

—Emma y tres hermanos.

—¿Mayores o menores?

—Todos mayores. Emma tiene once meses más que yo. Yo fui una sorpresa.

—El niño mimado.

—Más bien el más pequeño desatendido. ¿Cómo es tu relación con tus padres?

—Eh... distante. Mi padre es algo mayor, no muy hablador, precisamente, y mi madre está obsesionada con la consecución de objetivos. ¿Sabes lo de que las madres indias estereotípicas solo quieren que sus hijas se casen? La mía solo quiere

que tenga ética de trabajo y deje de meterme en problemas.

Aidan sonrío.

—¿Tú? ¿En problemas?

La camarera nos trae el prosecco.

—¿Listos para pedir?

—Hummm... —Miro la carta en mi regazo. Es como si se me hubiera olvidado leer.

—¿Qué te parece si pedimos un montón de vino y aperitivos y quesos y panes y hacemos un banquete tipo picnic? —sugiere Aidan.

—Me sentiría muy cómoda con eso.

Pedimos y, cuando la camarera se marcha, entrechocamos nuestras copas ligeramente. Nos miramos y sonreímos. De repente siento que todo mi cuerpo se relaja. Había olvidado cómo reaccionaba al estar con él. Esa sensación de calidez, seguridad, idoneidad.

—Me toca preguntar —digo—. ¿Por qué te mudaste de Londres a Nueva York?

—Supongo que aquí me siento como en casa. No me siento realmente así en ninguna otra parte.

—Yo tampoco. —Es cierto. Aquí me siento realmente como en casa. Pertenezco a esta ciudad. Pienso en Nueva York y Brooklyn y Rookhaven, y pienso «míos». Yo soy mitad india mitad suiza, ¿sabes?, pero realmente creo que la nacionalidad no me define. Yo no la elegí, no hay nada que pueda hacer con ella... Odio que me juzguen por algo sobre lo que no tengo ningún control.

—Entiendo exactamente qué quieres decir. —Aidan me sonrío—. Todo el mundo puede pertenecer a Nueva York. Vale, me toca. ¿Helado favorito?

—Fresa.

—Qué poco sofisticado. Creí que dirías coco con cardamomo picante o algo

absolutamente guay.

—¿Guay? Tú eres tan *cool*. Bueno, siempre me ha gustado la comida rosa. Probablemente por ser chica. ¿Tú?

—Menta con virutas de chocolate.

—Oh, eso sí es poco sofisticado. ¿Qué tienes, seis años?

—Veintinueve. ¿Y tú?

—Veintidós —respondo—. Tío, sí que eres viejo.

—Y tú eres... mucho más joven de lo que creía —dice riéndose, aparentemente impactado—. ¡Jesús! Pensé que al menos rondarías los veinticinco.

—¿Estás diciendo que ya tengo que ponerme Botox?

Nos acabamos las copas de prosecco tan rápido que Aidan pide una botella mientras seguimos jugando a Veinte Preguntas.

Indaga acerca de los sitios en los que crecí, y Rookhaven y las chicas y Ruedas Flacas, y descubre que quiero a Toto más de lo que nadie ha querido a un camión nunca, jamás.

A cambio, yo descubro que trabaja para una empresa de capital de riesgo (lo que demonios sea eso; me da su tarjeta para demostrar que no se lo está inventando: «Aidan Carr, Asociado senior»); adora a su perro, Ziggy, al que adoptó cuando un amigo suyo se divorció («Zig estaba traumatizado, pero lo superamos»); pasó un año trabajando en Australia después de la universidad; y tiene catorce sobrinos y sobrinas gracias a sus hermanos mayores.

—¡Catorce! —Estoy anonadada—. Es algo excesivo, ¿no?

—Somos católicos no practicantes, pero cuesta romper con las viejas costumbres —dice.

Veinte Preguntas ha sido una idea acertada. Y cada pequeño detalle que descubro de él hace que me sienta segura de que mi instinto inicial, que me gustase y confiase en él, el mismo instinto del que he estado dudando desde entonces, era correcto.

—¿Te alegras de haberte mudado tanto? Mientras crecías, quiero decir.

—Indudablemente —contesta Aidan—. Creo que ser un mocoso expatriado significa que puedes adaptarte a nuevas situaciones con facilidad, hacer amigos rápidamente, todo ese tipo de cosas.

Sonrío.

—Mocoso expatriado, ¿eh? Me gusta. Pero la mayoría de los mocosos expatriados a los que conozco están... hum...

—¿Jodidos? —sugiere.

—Sí. Supongo. Tú pareces más bien no jodido.

—Te diré lo que creo. —Aidan baja la voz como si fuese a contarme un secreto—. Los no jodidos no existen. La gente cree que sí, pero no existen. Todos estamos jodidos en diferentes sentidos. Es solo una cuestión de conseguir que tus mierdas funcionen para ti.

—Un sentimiento muy hermoso. Deberías hacer postales con eso.

—Quizá lo haga.

Nos sonreímos el uno al otro cuando llegan nuestros crostini.

—Me gustan tus cejas —digo.

—Me gustan tus pulgares —repone.

—¿Mis pulgares?

—Son muy largos y elegantes. Mira.

Me coge de la mano. El contacto de sus dedos en los míos me hace estremecer. Resulta tan íntimo. Y alarmante.

Retiro la mano y me concentro en mi crostini.

—Apuesto a que eso se lo dices a todas las chicas a las que conoces en taxis.

—Bueno, sí, pero normalmente estoy mintiendo.

—Oh, encantador.

—Sí, ¿verdad?

Nuestras miradas se encuentran y me invade esa sensación cálida de nuevo.

Aidan hace una pausa.

—Vale, he estado pensando en ello, y deberíamos quitarnos el primer beso de encima.

—¿Antes de acabar de cenar incluso?

¿Un beso? ¿Ahora? La idea hace que el corazón me lata en la garganta de la emoción.

—Dios, sí. ¿Sabes cuánto ajo ponen en algunos de estos platos? Es planificación inteligente. Confía en mí.

—Astuto, Aidan. Astuto.

Se queda parado.

—Astuto en plan encantador y cortés, o astuto como... ¿Cómo has dicho? ¿Un completo capullo?

—Encantador, creo —digo frunciendo el ceño como si me sumiese en mis pensamientos—. Cortés.

—Sabía que tenía que haber traído referencias. Vale, bien. Con objeto de aclarar que no soy un capullo, esta noche no nos besemos. Digamos que el beso tiene que reservarse hasta la próxima vez que quedemos.

—¿Sí? —pregunto con una puñalada de decepción.

—Sí —asegura—. Y ahora comamos, porque las burbujas me vuelven igual de atolondrado que una colegiala.

Suelto otra risita y me doy cuenta de que estoy borracha.

—Cuéntame más sobre tu camión de comida.

—Hum... estoy pensando en contratar a un ayudante este fin de semana. Conozco a un actor que parece pasarse la vida haciendo trabajos extraños para gente por todo Brooklyn.

—Gracias a Dios que los actores sirven para algo. Ah, prueba esto. Hígado de pollo con pistacho. No me mires así, está buenísimo.

Doy un mordisco al hígado de pollo con escepticismo. Pero tiene razón: está realmente bueno.

—Todas esas cosas que siempre pensaste que eran horribles resultan deliciosas en realidad, ¿no es increíble?

—Increíble. La próxima vez deberíamos ir al Spotted Pig y pedir oreja de cerdo frita, es la bomba.

—Entiendes de comida, ¿eh?

—No, solo soy un glotón. Vale, sigue hablando.

—Eso es todo lo que hay que contar —contesto, lo cual no es del todo cierto, pero «y le debo miles a un prestamista» no es material de conversación de primeras citas—. Se me ocurrió una idea, compré un camión y estoy intentando que funcione.

—Eres tan madura... —Sonríe negando con la cabeza.

—Oh, Dios mío, para nada —repongo impactada—. Soy un completo desastre, lo prometo.

—Pero lo tienes todo pensado —dice—. Yo tardé años en descubrir qué quería hacer con mi vida.

—¿Años?

—Bueno, trabajé como aprendiz en un banco de inversiones y lo odiaba; conseguí un trabajo en Google que creí que era la respuesta a todo y lo odiaba; luego volví al banco de inversiones y seguía odiándolo. Me sentía como un perdedor... pero al final descubrí qué me haría feliz. Y ahora aquí estoy.

—¿Haciéndote con el poder sobre el mundo del capital de riesgo?

Se ríe.

—Algo así. —Me mira y sonrío de oreja a oreja—. Es interesante y divertido. Soy feliz.

—Interesante y divertido es todo lo que se puede pedir.

—Brindo por eso.

Paramos un segundo y alzamos nuestras copas. Me palpita el corazón.

—No creo que lo tenga todo pensado. —Me siento tan cómoda confiándome con él que me resulta extraño. Como si pudiésemos pasarnos la noche hablando y fuese tan fácil—. Y no sé si lo mío es trabajar en un camión de comida para siempre. O trabajar en la industria alimentaria siquiera. No estoy particularmente dotada para las artes culinarias. —Sonrío—. En realidad, no sé qué se supone que debo hacer con mi vida, pero me estoy esforzando al máximo para que funcione. —Hago una pausa—. Y supongo que eso está bien.

—¿Que está bien? Es increíble —repite Aidan—. Tienes veintidós años y estás ahí fuera haciendo que ocurra.

—Gracias, pero, Dios, estoy muy lejos de hacer que ocurra. —Suspiro contemplando mi copa—. Solo quiero demostrarles a mis padres que no soy una princesa, que puedo hacer algo con mi vida más allá de gastarme su dinero. Y que no soy la decepción que ellos creen que soy. —Me pongo roja—. Hum... bueno, perdona, te estoy aburriendo.

—No, no es verdad —contesta. Estira el brazo y me coge de la mano—. Me encanta hablar conmigo. Eres perfecta.

La sensación que me produce su mano en la mía es como debe ser, su piel resulta tan cálida y suave y, sí, esa es exactamente la palabra, «perfecta», y nuestra conversación es sinceramente la más relajante y aun así estimulante y divertida que he mantenido en mi vida, de forma que de repente siento que toda la preocupación y la tensión acumuladas por fin abandonan mi cuerpo. Me siento tranquila por primera vez en semanas.

Miro el rostro de Aidan y me siento... segura. Esto está bien.

Y punto.

Y es entonces cuando lo veo, con el rabillo del ojo, el perfil de alguien tan familiar que me vuelvo inmediatamente para mirarlo: muy alto, de cabello oscuro, con traje de buen corte y camisa, sin corbata...

Inspiro con fuerza y retiro la mano de golpe de Aidan.

—¿Qué? —pregunta Aidan.

Me vuelvo hacia él, pero no puedo hablar.

Porque a poco más de cinco metros de nosotros se encuentra el primer tío del que me enamoré. El novio del instituto que me conquistó, me enamoró, me dejó y me dijo que me lo merecía y que debería haberlo visto venir.

Eddie.



Cojo mi copa de prosecco y me la bebo de un trago.

Luego me sirvo otra y también me la bebo.

—¿Dónde está esa camarera? ¿Tienen vodka?

—¿Estás bien? —Aidan frunce el ceño.

—Estoy bien. ¿Puedo pedir otra copa?

—Por supuesto, pensaba pedir algo de vino... ¿Estás segura de que estás bien? No pareces...

—¡Estoy bien! —le interrumpo—. ¡Solo pidamos algo más de beber!

Durante los veinte minutos siguientes me concentro en ver cómo se mueven los labios de Aidan, asentir cuando hace una pausa y reírme cuando sonrío. Sin embargo, poco a poco deja de sonreír.

—Oye, ¿hay algo que quieras decirme? —pregunta—. ¿He dicho algo o...?

Me acabo la tercera copa de vino.

—¡No! Relájate, ja, ja, ja... No, no, está todo bien, de verdad. —Me levanto rápidamente y empujo la mesa un poco al hacerlo. Todo se tambalea, pero no cae nada—. ¡Fiu! Si me disculpas, voy a... eso.

Aidan se pone en pie —qué buenos modales—, pero no puedo ni corresponder a su gesto.

Lo único en lo que puedo pensar es Eddie. Oh, Dios mío, Eddie.

Pese a que hace siglos que no le veo, en el momento en que he atisbado su perfil contra la pared de atrás del restaurante le he reconocido. ¿Cómo puedes recordar tan bien a alguien —su forma de caminar, su voz, sus gestos, el modo en

que retira su silla, todo— después de tanto tiempo? ¿Y por qué, por qué, por qué estoy flipando tanto? ¡Lo he superado! Lo he superado por completo.

Me abro paso por el jardín, tratando de zigzaguear sin golpear las mesas. La de Eddie se encuentra junto a la pared. Cuando subo los escalones les miro. Él está de espaldas a mí, pero es Eddie, sin duda es él. Está con una chica delgada con un pelo perfecto, rubio, color miel, y sentada delante de ellos hay una pareja mayor de aspecto sofisticado. Los padres de ella, supongo. Me detengo en lo alto de las escaleras, justo cuando Eddie dice algo y todos sueltan una carcajada.

Entro a tientas en el restaurante y casi tiro a una camarera al pasar.

—¿El aseo? Por favor, dónde, ¿decídmelo? —Aparentemente soy incapaz de estructurar una frase como es debido.

Ella me señala una puerta en el lado opuesto a la cocina. Una vez dentro, bajo la tapa del retrete con el pie y me siento, respirando pesada y entrecortadamente.

Eddie.

Estuvimos juntos casi dos años. No es solo mi cerebro el que lo recuerda, se trata de mi cuerpo. Sé exactamente qué sensación me produce su mentón en los labios, la que provocan sus dedos entrelazados con los míos. Sé cómo suena su voz cuando gruñe «Keller» nada más despertarse. Sé que secretamente sigue teniendo miedo del conde Draco de *Barrio Sésamo* y puede recitar *Toy Story* de principio a fin. Sé que, a pesar de que era uno de los chicos más populares del internado, lo odió hasta que me conoció a mí. Lo sé todo.

Sé que cuando me dijo que era perfecta y que me quería, mentía.

Y que, al parecer, debería haberlo visto venir.

Bajo la vista a mis manos. Me tiemblan.

No me he traído el bolso al lavabo, así que no tengo el móvil. Ni siquiera puedo mandar un mensaje a nadie. Angie sabría qué hacer... o quizá Julia, incluso. Y Coco me ofrecería apoyo moral. Madeleine... ah, quién sabe qué demonios haría ella.

Me lavo las manos y me miro en el espejo, tratando de respirar. No voy a

sufrir un ataque de pánico. No voy a permitir que ocurra.

—Contrólate, Pia. —Intento sonar todo lo severa que puedo—. Deja de ser una jodida perdedora.

Buen discurso motivacional.

Salgo del baño y vuelvo a cruzar el restaurante hacia el jardín.

Entonces, cuando giro para bajar las escaleras, ahí está. Eddie. De pie justo delante de mí.

Trato de hablar, pero no me sale nada. Me he quedado sin voz.

Eddie se queda boquiabierto de la impresión.

—¡Pia!

Me inclino hacia la barandilla para apoyarme, fingiendo una fría serenidad que no siento, y compongo una feliz sonrisa de sorpresa. Mi corazón, sin embargo, se ha saltado cuatro latidos, me tiemblan tanto las manos que tengo que esconderlas a la espalda, y siento que me estoy ahogando. Oh, Dios, va a pasar, un ataque de pánico...

—¿Qué estás haciendo aquí? —me dice—. Tú, en Brooklyn, ¿de todos los sitios?

—Yo... cenar —consigo responder, con un rugido de mar en los oídos—. ¿Tú?

—Eh, cenar con Josephina, mi... y sus padres.

—G-g-genial —contesto. Siento un músculo diminuto que me tira de la mejilla mientras sonrío, haciendo que me vibre el labio.

Veo el cambio repentino en su rostro al dejar toda esa fanfarronería de típico muchacho americano.

—Dios, Keller... —dice al tiempo que sube las escaleras hacia mí y tiende la mano para tocarme el brazo.

Me encojo instintivamente, apartándome antes de que pueda establecer contacto, y paso por su lado al bajar los escalones.

Justo cuando llego abajo, me vuelvo y alzo la vista.

Eddie se ha quedado paralizado, mirándome, pero no entiendo su expresión. Parece... ¿molesto? ¿Confundido?

—Me alegro de ver... de haberme encontrado contigo —murmuro asintiendo con vehemencia en un intento de que me salgan las palabras.

Antes de que pueda decir nada en respuesta, me vuelvo y regreso a toda prisa junto a Aidan.

Cojo mi copa de vino incluso antes de sentarme y empiezo a tragar con frenesí. Joder, ha sido una pesadilla.

Aidan me mira con una mezcla de diversión y preocupación.

—¿Quieres contarme qué está pasando?

—No —contesto—. Emborrachémonos de verdad.

—No —replica Aidan—. Volvamos a pasarlo bien sin más.

La conversación se desarrolla a trompicones. Yo bebo todo lo rápido que puedo y no se me ocurre nada que decir. Esto es demasiado difícil, advierto mirando a Aidan a la cara. No puedo hacerlo. No quiero intentarlo. No quiero volver a arriesgarme.

—Pia, ¿qué pasa? —dice Aidan al cabo de unos minutos—. Creí que estábamos pasándolo bien...

—¿Sí? Bueno, y así es, pero siempre me equivoco, en todo. —Balanceo la copa de forma exagerada—. Pareces un buen tío, pero probablemente no lo eres. Estás aquí porque te aburres, o porque crees que soy alguien que no soy, o porque quieres un polvo fácil y yo tengo pinta de poder proporcionártelo.

—Eso es absurdo —me espeta Aidan, su rostro se ha ido oscureciendo.

—¿Lo es? —repongo—. Es la verdad. Eso es lo que hace la gente. Así es la

vida.

—¿Así es la vida? Creo...

—Me da igual lo que creas. Hemos terminado —suelto.

—Bien —replica él.

Aidan pide la cuenta *y* esperamos a que la traigan en silencio mientras me bebo el resto del vino. Cuando por fin llega, no me deja pagar, así que arrojo la mitad de la cuenta en efectivo y salgo como un huracán del restaurante, ignorando la mesa de Eddie, ignorándolo todo.

Llego a la calle e inspiro una onda bocanada de aire fresco. No me he colapsado. Sigo manteniendo el control.

—Entonces ¿ya está? —grita una voz. Me vuelvo, y Aidan se encuentra detrás de mí—. Te veo en Court Street y me paso días pensando en ti. —¿Se acuerda de que me vio aquel día? No creí que lo recordase...—. Luego el destino nos vuelve a reunir en la parte de atrás de un taxi ¡dos veces!, pasamos media cena perfecta, ¿y entonces decides que no merece la pena perder tu jodido tiempo para ver qué pasa a continuación? Muy bonito, Pia.

—¡No te atrevas a gritarme!

—¿Por qué no? ¡Tú me estás gritando a mí!

—¡Y tú a mí no me conoces! ¡No puedes hablarme así!

—Sí que te conozco —replica, con el rostro contraído de ira—. Te sientes fuera de lugar en todas partes, pero haces amigos con facilidad. Te encanta viajar, pero nunca te sientes como en casa. Te encanta sentir que formas parte de algo, pero quieres ser independiente.

—¡Deja de analizarme! —chillo.

—¡Te conozco porque eres igual que yo, idiota! —me chilla en respuesta.

Por casualidad, un taxi pasa en el momento en que pisamos la acera, así que inmediatamente grito «¡Taxi!» y frena con un chirrido. Me subo y cierro la puerta de un portazo antes de que Aidan pueda detenerme.

—¿Adonde? — me pregunta el taxista.

—Manhattan — respondo sin volverme para mirar a Aidan, que noto que me mira fijamente desde la acera.

—¿A algún sitio en particular?

—Se lo diré por el camino. Solo aléjeme de Brooklyn.

Escribo un mensaje a Angie frenéticamente. «Ayudaayudaayuda EDDIE. Me llama inmediatamente.

—¿Qué coño?

—Estaba en el restaurante y me he vuelto loca — digo.

—¿Dónde está el inglés?

—He salido corriendo.

—Ven con nosotros —contesta—. Tendré un vodka del tamaño de Maine esperándote.

—¿Dirección?

—Estamos en el West Village. Ve a Grove con Bleecker y llámame desde allí.

—Hecho.

Aún no hemos llegado ni al puente de Brooklyn. Cierro los ojos, deseando que el taxi acelere. Quiero champán, vodka, tequila, un cigarrillo, un porro, de hecho, por primera vez desde que me echaron del internado, quiero una raya... Cualquier cosa para hacer que estas sensaciones desaparezcan.

Estoy cansada de trabajar. Estoy cansada de preocuparme. Jamás me va a salir nada bien. Ya ni siquiera quiero ser yo, y arrasar con todo es la única respuesta.

Lo siguiente que sé es que son las tres de la mañana.

—¡Pia! ¡Nos vamos! —grita Angie por encima de la música.

—¡No seas aburrida! —chillo en respuesta.

El chico que tengo al lado —¿Stef? ¿Stan? Bueno, algo parecido— inclina la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada, luego me choca los cinco. Está bueno, con ese aire de fondo fiduciario, privilegiado y con el pelo largo, y tengo la sensación de que me acostaré con él más tarde. He besado a otro tío hace como una hora en la barra. Me pregunto qué ha sido de él. Da igual. ¡Ahora mismo solo quiero pasármelo bien!

—¿No tienes un camión que conducir en unas tres horas? —me dice Angie. Ella y Mani se han pasado toda la noche besuqueándose, así que apenas ha estado de fiesta—. Vamos, te llevaré a casa.

—¡Que le jodan al camión! —suelto, con toda la confianza descarada y embriagadora que proporcionan medio gramo de coca y un cubo de champán—. ¡Que le jodan!

—Pia, en serio. —Angie me mira con su expresión de «escúchame».

—Angie, en serio —la imito. No quiero escuchar a nadie. ¡Me siento genial!

—¿Y qué pasa con Ruedas Flacas mañana?

—¡Que le jodan a mañana!

Poco después ella y Mani se marchan. No sé adonde va ni dónde estamos. Hemos estado yendo de bar en bar desde las once. Ahora nos encontramos en algún lugar sin hora de cierre y la música muy alta. Solo quedamos cuatro: Stan/Stef, una pareja que llevan las dos últimas horas enroscados el uno con el otro como vides, Veronique y Charles, y yo.

—¿Adonde, Stef? —pregunta Charles. Ah, bien. Al menos ahora sé que se llama Stef.

—Fiesta en mi casa —contesta Stef.

Charles me mira a mí y luego le guiña el ojo a él. ¿Cree que estoy ciega o que soy tonta?

—Vamos. ¿Listas, señoritas?

—Tú vienes conmigo —dice Stef, al tiempo que entrelaza sus dedos con los míos.

Sus dedos fríos resultan extraños unidos a los míos. Pero aparto ese pensamiento bebiéndome otra copa de champán.

—Un talento impresionante, beber champán tan rápido.

—No tengo arcadas —contesto alzando la mirada hacia él.

—¡Uau! —exclama riéndose de la impresión—. ¡Nena, eres increíble!

Lo siguiente que sé es que estamos en casa de Stef, un apartamento espacioso, todo blanco, en Columbus Circle, que no contiene más que una pantalla plana de televisión que ocupa una pared entera y unos sofás blancos de cuero gélidos.

—¿Cuándo te has mudado? —pregunto volviéndome hacia él. Nosotros estamos en un sofá; Charles y Veronique, en otro.

—Hace dos años —contesta Stef.

—¿No puedes permitirte un decorador? —repongo—. Uau, corren tiempos difíciles.

—He estado ocupado.

—¿Trabajas?

—Demonios, no, solo me lo paso bien.

Stef se inclina y me besa, me empuja sobre el sofá y mi cerebro se pierde en los besos. Lo siguiente que sé es que estamos solos.

—Hagámonos otra raya y desnudémonos —sugiere Stef, y me besa el punto detrás del lóbulo de la oreja que hace que me estremezca.

—Hum...

Alguien ha apagado las luces de la habitación y apenas veo el rostro de Stef en la tenue claridad del pasillo. De repente no recuerdo cómo es. Pero me besa un poco más, luego rueda sobre el sofá de manera que quedo debajo de él, y me aplasta.

—Au —digo—. El cinturón.

—Me lo quito —contesta.

Una vocecilla dentro de mi cabeza me susurra: «No deberías estar aquí».

Cierro los ojos y la ignoro. Me limito a seguir besándole, a ignorar los pensamientos sobre Eddie, Aidan, Ruedas Flacas y todo lo demás...

—Me estás poniendo tan duro —susurra Stef, y me coge de la mano para enseñármelo.

No.

Retiro la mano y me incorporo.

—No quiero esto.

—Claro que sí —dice Stef.

Me sujeta los brazos y se baja rápidamente del sofá para besarme y lamirme la parte interna de los muslos, empujando el borde de mis vaqueros cortados hacia arriba con la lengua. Coco me ha ayudado a escoger estos pantalones. ¿Ha sido hace solo unas horas? Parece que hayan pasado años. ¿Qué demonios estoy haciendo en un apartamento vacío con un tío al que no conozco lamiéndome los muslos? Dios sabe dónde ha estado esa lengua.

—No —insisto, le empujo para apartarle y levanto las piernas para crear una

barrera entre nosotros—. Yo no... No quiero estar aquí.

Stef se incorpora y se arregla el pelo rápidamente. Un tío elegante en todo momento, eso está claro.

—No hay problema. ¿Adonde quieres ir, nena? El viernes me voy a las Bahamas, ¿por qué no me acompañas?

—No —contesto levantándome del sofá de forma inestable. ¿Dónde están mis botas?—. Quiero irme a casa.

—Vale —dice, pulsando un interruptor que hace que cambie de cariñoso a frío.

Los mocosos malcriados hacen eso, me he dado cuenta, cuando les dices que no vas a acostarte con ellos. Creen que te hará sentir mal e inmediatamente buscarás su aprobación y su amabilidad bajándote las bragas de nuevo. Por desgracia para él, he jugado a ese juego demasiadas veces. Se levanta del sofá.

—Voy al baño y luego hablamos de ello.

En el momento en que Stef desaparece, me marcho del apartamento. Son más de las cinco de la mañana. Ayer a estas horas estaba despierta y trabajando. Dios, me siento tan mal. Ya debería estar en marcha. Debería ir a recoger a Toto del aparcamiento, preparar ensaladas, conducir hacia Manhattan.

La he jodido de verdad.

Las calles de Manhattan están grises, hace viento y mucho frío, y para cuando encuentro un taxi y regreso a Rookhaven, el sol está en lo alto. Oh, Dios, hoy se suponía que tenía que trabajar. Necesito trabajar cada minuto que pueda para ganar lo bastante para devolver a Cosmo el dinero. ¿Cómo es posible que no haya pensado en eso ni una sola vez en toda la noche?

Entro de puntillas, temblando, en Rookhaven.

Mierda. Voces en la cocina. Madeleine y Julia, diría. Intento escabullirme por las escaleras sin que me oigan, pero entonces...

—¿Pia? ¡Uau, parece que la cita fue bien!

Me vuelvo. Madeleine y Julia, las dos vestidas para correr, listas para salir a las calles a su manera perfecta y capaz, y luego irse a sus trabajos en los que son perfectas y capaces y volver a casa a sus vidas, perfectas y capaces.

—No —contesto—. No fue bien. Jodí la cita y no volverá a hablarme jamás, luego me fui a beber, las cosas se descontrolaron, tomé drogas y me fui a casa de un tío cualquiera, y ahora me voy a perder un día de Ruedas Flacas, así que Cosmo probablemente me corte los dedos de los pies uno a uno o algo por el estilo. Eh, si vas a arruinar tu vida, hazlo a lo grande, ¿no? —Las dos me miran con la boca abierta de la impresión. Me imagino lo que están pensando exactamente—. Sí. Soy una jodida perdedora, ¿vale?

Antes de que puedan responder, me doy la vuelta y subo a mi habitación con paso firme. De alguna manera reúno la energía para ducharme y deshacerme de la pegajosidad de la noche y entonces —por fin— me meto en la cama.

El subidón de confianza producido por la coca hace mucho que se ha esfumado, dejándome exhausta, pero mi cerebro sigue acelerado de esa forma nerviosa, ansiosa, chulesca, no se centra en ningún pensamiento mucho tiempo, sino que se lanza en una espiral interminable. Aidan, Eddie, Toto, Mike, Jonah, Bianca, Julia, Angie, Madeleine, Coco, Cosmo, Nicky, mis padres... No encuentro un solo pensamiento que me reconforte. Todo es demasiado complicado, demasiado difícil.

Mi mente sigue saltando tristemente de una idea a otra hasta que, en algún momento alrededor de las siete de la mañana, caigo en un sueño sin sueños.

Entrada la tarde, aún no he salido de la cama. Llevo una hora despierta. Quizá dos o tres. No sé decirlo. Lo único que sé es que la luz entraba por la ventana cuando me he despertado y ya no lo hace. No soy capaz de moverme.

Llaman a mi puerta.

—¿Pia? —Es Julia—. Reunión de emergencia. Cocina. Ahora.

Abro la boca para hablar, pero no me sale nada.

—¿Pia? ¿Estás despierta?

—¡Sí! —Por fin consigo que me salgan las palabras—. Me visto.

Eso lo confirma. Una reunión en mi honor. La he cagado.

Otra vez.

Después de las últimas semanas, sentirme mal no es precisamente una novedad. Y prácticamente todo ha sido autoinfligido y evitable. Pero nada comparado con esto. Es una mezcla de autocompasión, arrepentimiento, autoflagelación y una buena miseria a la antigua usanza, con un toque de resaca para darle picante.

Sin pensarlo, cojo *Lo mejor de la vida* de mi mesilla de noche, lo abro y leo: «Cuando te sientes abatido —dijo Sidney— es como si siempre hubieses sido infeliz, y recuerdas todas las cosas malas y decepcionantes que te han ocurrido. Y cuando las cosas van maravillosamente bien, de repente parece que la vida nunca ha sido tan mala».

Maldita sea. Este libro sigue leyéndome la mente.

Me levanto y me pongo unos vaqueros y una camiseta raída de Prada de hombre que creo que Angie le robó a algún ex novio. Oh, Dios, anoche. Oh, Dios, hoy. Oh, Dios, mi pasado y mi futuro son un desastre.

Estoy al borde de un abismo, mirando hacia abajo, a punto de caer, y nunca encontraré el camino de vuelta, jamás.

Probablemente Jules quiera echarme. Apuesto a que de eso va la reunión. No la culparía.

Suspiro y me dirijo abajo. Todo el mundo está sentado con seriedad a la mesa de la cocina, mirándome.

—Pia... —empieza Julia.

—¿Esto es una intervención? Os juro que no la necesito —digo. Nadie se ríe.

—Solo queríamos... queríamos hablar contigo —añade Julia con voz suave.

—Siento haber sido desagradable esta mañana. No estaba... hum, en mis cabales.

—Estamos preocupadas por ti. Tenemos la sensación de que estás sufriendo...

Jules se muerde los labios.

—Una crisis nerviosa —concluye Madeleine.

Cierro los ojos y suspiro.

—No es una crisis nerviosa. Es solo... La he cagado. Otra vez.

Coco me ofrece una galleta de chocolate recién sacada del horno. La dulzura significa amor, y le sonrío. Ella me devuelve la sonrisa.

—Gracias. Creí que era una nueva y mejorada Pia, pero no lo soy. Todo lo que toco se convierte en *merde*. —Suspiro—. Voy a llamar a mis padres y ya está. No puedo hacerlo. No puedo devolver el dinero.

—¿Por qué piensas eso ahora? ¡Llevas toda la semana siendo tan positiva! —dice Coco.

—No sé. —Me quedo mirando el vacío, pensando—. Supongo que ver a Eddie me recordó cómo me sentí cuando me rechazó...

—¿Quién demonios es Eddie? —inquire Julia.

—Solo un tío. Un tío con el que salí hace mucho tiempo. Un error. Como fue un error quedar con Aidan, y fue un error pedir el préstamo y ha sido un jodido y gigantesco error Ruedas Flacas —digo—. ¿Queréis oír algo gracioso? Eddie me dejó el 26 de agosto, por eso siempre me emborracho todo lo que puedo en el aniversario. Esa fue la noche de la fiesta de inauguración de la casa, por lo que bailé encima de una mesa mientras me trincaba una botella de Captain Morgan, por lo que me despidieron, por lo que conseguí trabajo en el Bartolo's, por lo que fui al mercadillo de Brooklyn, por lo que acabé comprando a Toto y contrayendo una deuda con un usurero. Es como una reacción en cadena desde el infierno. Llorar a Eddie el 26 de agosto es el motivo de que me encuentre en medio de este desastre.

—Creo que te equivocas —dice Angie en voz baja.

—¿Qué?

—Te equivocas. No creo que llores el 26 de agosto. Lo celebras. No te das cuenta simplemente porque te va bien, en algún retorcido sentido, fingir que Eddie era el tío perfecto, que veía en tu alma, o lo que quiera que creas que hacía, y pensaba que no merecías que te quisieran. Pero no es cierto. —Hace una pausa—. Eddie era un neuras y un controlador, Pia.

—¿Qué? ¡No, no lo era!

—Te hizo un horario de estudio y lo actualizaba cada noche.

—¡Me estaba ayudando a ser mejor estudiante!

—Te mantuvo apartada de mí durante todas las vacaciones, cuando fuimos a esquiar.

—¡No le gustaba beber!

—Escogía lo que te ponías, te hacía consultarle todas tus decisiones, ¡intentaba controlar todo lo que hacías! Si me preguntas, el único motivo por el que rompió contigo es que sabía que sería demasiado difícil controlar todo lo que hacías mientras él estuviera en Berkeley y tú en Brown. Era un jodido grano en el culo, Pia. Y no te conocía. Pero cualquiera que te conozca de verdad no puede evitar quererte simplemente como eres.

Silencio. Y de repente no sé qué decir. Porque tiene razón. Eddie hacía todas esas cosas. Y aun así...

—Yo era un desastre. —Sueno tan insegura como me siento—. Era un completo desastre, y él me arregló, estaba jodida, era...

—Eras una chica normal, Pia. Una adolescente que se esforzaba todo lo que podía por sobrevivir a su realidad, eso es todo. —Habla con tal intensidad que le tiembla la voz. Nunca he visto a Angie así—. ¿Sabes qué creo que te hace actuar de esa forma? Que secretamente piensas que no mereces ser feliz. Tienes que perdonarte a ti misma por la coca y las mentiras y esa mierda, Pia. Lo entierras tan hondo que apuesto a que nunca te permites pensar de verdad en ello, y aun así esa culpa influye en todo lo que haces. A nadie le importa lo que hacías a los catorce años. —A mis padres sí —contesto con la boca pequeña.

Angie suspira.

—Les importa más lo que vas a hacer con el resto de tu vida. Julia carraspea.

—Uh... ¿perdona? ¿Qué coca?

—¿Qué mentiras? —pregunta Madeleine.

—¿Y exactamente qué ocurrió con Eddie? —añade Coco. Dos horas más tarde, lo he contado todo. Y por primera vez en años me siento aliviada.

—No volverá a ocurrir —digo—. No más drogas. Nunca. Lo prometo. —De pronto, cobro consciencia de lo que he hecho—. Pero no puedo creer que haya perdido otro día de Ruedas Flacas. Solo tengo dos semanas para ganar trece mil dólares. —Dejo escapar una carcajada histérica—. Afrontémoslo. No va a ocurrir. No puedo hacerlo.

—¡Claro que puedes! —exclama Coco.

Niego con la cabeza.

—Voy a llamar a mis padres. Que me cubran. Pagaré el préstamo. Iré a trabajar como asistente personal o lo que demonios quieran que haga. Esto del camión de comida ha sido una idea realmente estúpida.

—¡Ya está bien! ¡Joder, estoy tan harta de esa actitud! —exclama Angie, que

se pone en pie tan rápido que tira su silla.

—¿Qué?

—Hace veintidós puñeteros años que te conozco, Pia, y nunca te he visto tan feliz como estas últimas semanas. Así que perdona si no quiero quedarme aquí sentada escuchándote poner patéticas excusas y aceptar el fracaso como algo inevitable porque no quieres intentarlo. Eres la causante de tu propia caída, Pia, siempre lo has sido, y vuelves a serlo.

Quiero replicar, pero no soy capaz de hablar. Me limito a mirarla con impotencia.

Angie se acerca a la puerta de la cocina, se vuelve y me mira.

—Llámame si decides dejar de compadecerte de ti misma. Me encantaría ayudarte. Mientras tanto, me largo.

Desaparece, y al cabo de unos segundos oigo el portazo de la puerta principal.

Julia, Coco y Madeleine parecen tan pasmadas como yo.

—Tiene razón —digo finalmente—. Tiene toda la razón.

Julia me mira.

—Deberías...

Asiento.

—Sí. Lo sé.

Cuando llego a la puerta principal, Angie ya se encuentra al final de los escalones, encendiéndose un cigarrillo.

—¡Angie! —grito mientras corro escalones abajo—. Angie, tienes razón. Sé que la tienes. Voy a intentarlo. Lo prometo.

Angie da una calada a su cigarro sin mirarme.

—Perdona que haya perdido los nervios ahí dentro. No es nada propio de mí.

—No, era lo que había que hacer.

Angie sonrío irónicamente.

—Por eso no es nada propio de mí.

—Gracias —contesto.

—¿Ahora tenemos que abrazarnos o alguna mierda parecida?

—Sí —respondo—. Tenemos que hacerlo.

Angie pone los ojos en blanco, pero nos acercamos la una a la otra y nos abrazamos con fuerza. Angie es mucho más menuda que yo. Siempre creo que es más alta y más grande a causa de su personalidad, pero está tan delgada que le noto las costillas y las escápulas. Repentinamente me siento protectora con ella.

—¿Ahora podemos hablar de ti? ¿Y puedes decirme qué ha estado pasándote?

—Joder, no —repone—. De todos modos, ya está todo bien. He quedado con Mani en media hora. Te veo luego. —Se sube el bolso un poco más en el hombro y echa a andar por Union Street.

Estoy subiendo los escalones de vuelta cuando oigo una voz a mi espalda.

—¡Pia!

Me vuelvo rápidamente. Es... ¿la pécora de Bianca?

¿Qué quiere?

—Estás bien —dice con alivio—. Como hoy no has tuiteado nada, creí que quizá...

De pronto advierto que está hecha un desastre: pálida, nerviosa, con el rímel corrido.

Sin dejar de mirar por encima del hombro, sube corriendo los escalones de la entrada, me empuja al interior de la casa y cierra la puerta detrás de nosotras.

—Cosmo —suelta—. Cosmo me dijo que a ti también te había prestado dinero y siento muchísimo que le encontraras a través de mí, Pia, de verdad.

—¿Qué?

—Me marchó —contesta con voz temblorosa—. Le pedí ochenta mil prestados para empezar Que Coman Pastel. En un principio solo pensaba hacer pasteles artesanos, te lo juro, pero luego oí tu idea sobre la comida baja en carbohidratos y rica en proteínas y supe que funcionaría, así que te copié. Bueno, ya me he saltado un pago de los intereses, y no puedo... No puedo enfrentarme a él otra vez. No estoy ganando dinero tan rápido como pensaba que lo ganaría, él ya ha incrementado la suma que le debo, y entonces él... yo nunca... —Traga saliva ansiosamente, incapaz de pronunciar las palabras.

—¿Te ha hecho daño? —pregunto finalmente—. ¿Nicky? ¿Ha sido Nicky?

—¿Nicky? Nicky es el más amable —responde, y se saca un paquete de tabaco del bolso con manos temblorosas.

Bianca no está alterada sin más, está aterrorizada.

—¿Adonde vas? —le pregunto.

Niega con la cabeza.

—Solo quería decirte que tengas cuidado. No te saltes ningún pago, no dejes que tenga nada contra ti, y por encima de todo no dejes que entre en tu casa. ¿Vale?

—Vale.

—¡Prométemelo! —me ordena—. No es lo que parece. Tú paga a Nicky y acaba con ello y aléjate de él.

—¡Te lo prometo! —exclamo—. Lo siento, pero ¿por qué me estás contando todo esto? La última vez que te vi no eras mi mayor fan precisamente. —Hago una pausa—. Y estoy casi segura de que destrozaste mi camión la otra noche.

Bianca suspira.

—No tengo muchas... amigas. Es así sin más. Y sí, lo de la pintura roja fue obra mía. En venganza por Que Coman Polla. Pero al ser la responsable de traer... esto a tu vida... —Se estremece—. Tenía que advertirte.

Y tras decir eso, abre la puerta, baja los escalones de dos en dos y salta al interior de un taxi que la espera.

Ahora sé qué tengo que hacer.

Tengo que trabajar más de lo que ha trabajado nadie nunca.

Ya está.

Mi último día de trabajo bajo la sombra de la deuda.

Los pagos de los dos últimos domingos fueron intachables: abrí la puerta con todas las chicas de pie a mi espalda, entregué el sobre a Nicky, le vi contar el dinero y le vi marcharse. Sin pronunciar palabra.

He trabajado doce horas al día, todos los días, con Jonah (mi nuevo empleado) a mi lado.

Y las chicas me están ayudando. Julia viene conmigo a limpiar a Toto todas las noches, Madeleine me ayuda a prepararlo todo por la mañana, Coco está constantemente inventando nuevos platos bajos en calorías, y Angie utiliza en secreto los contactos de su jefa para obtener trato especial con todas las revistas y páginas web de comida de Nueva York, lo que ha resultado en un aluvión del quién es quién del mundo culinario de Manhattan, una mención en *The New York Times* el domingo pasado, y en la revista *Page Six* el miércoles. ¡Clic clic!

Y hoy es el último viernes antes del gran pago a Cosmo, y ya tengo todo el dinero.

Los diez mil dólares.

Hasta el último centavo.

Me preocupaba que robasen en Rookhaven y tuviera que volver a ganar los diez mil de cero, así que duermo con el dinero debajo de la almohada y lo llevo a todas partes conmigo. Ahora mismo está seguro bajo la alfombra del lado del pasajero de Toto. Ni siquiera se nota que está ahí.

Todo lo demás también va genial... bueno, casi todo. Coco parece haberse recuperado de su trauma píldora del día después/Eric. Julia tuvo una cita con aquel tío al que conoció en el karaoke, Mason, y está más feliz de lo que ha estado

nunca desde que acabamos la universidad. Angie sigue con Mani, y también se ha quedado un número sorprendente de noches en Rookhaven, pasando el rato con nosotras. Incluso Madeleine parece feliz. Ya sabes, para ser Madeleine.

Ahora, mientras avanzo con Toto hacia Manhattan, justo cuando alcanzo el centro del puente de Brooklyn, el sol se refleja en los rascacielos del centro uno por uno, haciendo que toda la ciudad destelle. Ahora es mi Manhattan, mi Brooklyn, mi Nueva York. Por primera vez en mi vida, siento que pertenezco... que, tal vez, si tengo suerte, consiga la vida que quiero.

De pronto recuerdo una frase de *Lo mejor de la vida*.

«Era todo como un sueño en el que podías conseguir cualquier cosa que quisieras, si eras muy, muy cuidadosa.» Así es exactamente como me siento.

Por primera vez en más de siete semanas —quizá desde siempre— me siento invencible. Como si nada pudiese detenerme.

Hace dos semanas hablé con mis padres y les aseguré que estaba trabajando mucho en «la industria hostelera» y ganando un buen dinero. Está claro que no me creyeron, pero aterrizan en Nueva York el martes, así que podré enseñarles lo mucho que estoy trabajando, que por fin estoy haciendo algo bueno con mi vida. Espero que se sientan orgullosos.

Aparco delante del trabajo de Lina otra vez, puesto que anoche me envió un mensaje para decirme que sus compañeros le estaban suplicando que me convenciera para volver. Preparo las tortitas; siempre tengo algunas listas con antelación, para que salgan rápido pero recién hechas.

—¡Tortitas! ¡Tortitas para el desayuno, bajas en grasas, tortitas sin gluten!

La cola del desayuno pronto se extiende por toda la manzana y al principio se encuentra Lina, de la mano de su hijo, Gabe.

—¡Gabe! —exclamo inclinándome por la ventanilla para que pueda verme—. ¿Ya tienes trabajo? Eso es bueno, hombrecito. Tienes que ganarte el pan.

Gabe estalla en una risa histérica.

—Yo no trabajo. ¡Tengo cuatro años!

—Nuestra niñera está enferma, así que tengo a Gabe hasta la hora de comer —explica Lina—. Te hemos echado mucho de menos por aquí. Eres con diferencia el camión de comida más popular.

—¡Tortitas! —chilla Gabe de la emoción.

—Bueno, entonces en tu oficina deben de tener un gusto excepcionalmente bueno y esbeltas figuras —contesto.

Les doy una tortita de más con cada pedido, y añado yogures griegos con sirope de agave.

—¡Gracias, Pia mayor! —grita Gabe.

A Lina y a mí nos entra la risa al oírlo.

—Así te llamamos en casa, así todo el mundo sabe que no eres la pequeña Pia —me explica ella.

—Nadie me ha llamado nunca «mayor» —digo—. Me gusta.

Esta mañana estoy tan atareada que apenas levanto la cabeza, aunque juraría —quiero decir que de verdad, de verdad juraría— que veo a Aidan pasar en un momento dado. Se me sube el corazón a la garganta y vuelvo a mirar, pero —si es que era él— desaparece inmediatamente. Es la quinta vez que ha ocurrido desde que me puse en plan psicótica y hui de nuestra cita.

Sacudo la cabeza para apartar los pensamientos sobre Aidan y atiendo al cliente siguiente, una chica de más o menos mi edad que está gritando al teléfono.

—¡Demonios, no, no pienso devolverle las llamadas! ¡Fue la peor cita de la historia! Mi vida ya es bastante dura ahora mismo, ¿no? Vale, cariño, llámame luego, adiós.

Cuelga y alza la vista hacia mí.

—Mi cita de anoche llamó a su madre para darle un beso de buenas noches. Tiene veintinueve años. Le dije: «¿Quieres que te cambie el pañal?». Y me dijo: «Ahora ya me limpio el culo yo solo». Y estaba orgulloso.

Me río con tanta fuerza que casi no puedo entregarle el pedido. Dios, me

encanta la gente. Y sí, sé que sueno como una completa perdedora por decirlo. Pero es que son tan divertidos y agradables... Odiaría tener un trabajo en el que no pudiera interactuar con la gente en todo el día. ¿Trabajar en un cubículo? ¿Comunicándome con el mundo exterior exclusivamente por e-mail? Olvídalo. ¡Yo nací para esto!

—¡Ábreme! —grita una voz. Es Jonah. Entra de un salto e inmediatamente adopta esa actitud despreocupada de «estoy aquí para ayudar» que a los clientes les encanta.

—¿Él viene con el postre? —pregunta la chica de la cita asquerosa.

—Claro —contesta Jonah dirigiéndole su mejor sonrisa en plan «soy un buen chico»—. Pero tengo un montón de azúcar.

—Ah, creo que no habría ningún problema. —Solo le falta maullar. Coge su comida a regañadientes y se marcha.

—Una frase genial, Jonah —digo—. Vale, más trabajar y menos flirtear.

—Sí, jefa —responde él—. ¡Hola! ¿En qué puedo ayudarle, señor? —Se vuelve hacia el siguiente tío de la cola.

—Esperaba que pudiese atenderme ella —contesta él, uno de mis clientes habituales: del tipo contable regordete con traje barato y un leve velo de sudor.

—Está ocupada, pero le manda recuerdos —contesta Jonah diplomáticamente.

El contable le ignora.

—¡Solo quería decirte que he perdido cinco kilos desde que empecé a comer aquí, hace tres semanas! —dice con gesto triunfal.

Me inclino hacia delante y le choco los cinco.

—¡Tío! ¡Es increíble, bien hecho! ¡Gracias por contármelo!

—¡No, gracias a ti! ¡He probado con todas las dietas del mundo!

Con una sonrisa, me vuelvo hacia la denta siguiente. Es la bloguera de *Grub*

Street, Becca.

—¡Hola! —dice—. ¿Puedes darme alguna cita jugosa acerca de qué se siente al ser nominada a un premio Vendy?

—¡Uau! ¿Estoy nominada? ¿Quién iba a nominarme a mí? Quiero decir... ¿lo estoy?

Becca sonrío.

—Es bastante importante, ¿sabes? Son los Oscar del mundo de los vendedores de comida ambulantes. Vale, ahora empiezo a grabar... Habla alto, hay mucho ruido de tráfico. De hecho, si puedes grita.

—Uf, pensar sobre la marcha no es mi punto fuerte —contesto, pero, antes de que tenga tiempo de ceder al pánico y se me revuelva el estómago por tener que hablar en público y me quede muda de terror, se enciende la lucecita roja de grabación.

Así que abro la boca y, de algún modo, las palabras me salen solas.

—Soy Pia, de Ruedas Flacas, y me siento halagada y encantada de estar nominada para un premio Vendy. ¡Demuestra que los neoyorquinos quieren un camión de comida que se preocupe tanto de sus traseros como de sus papilas gustativas! ¡Arriba Ruedas Flacas!

Debo de haber gritado mucho más alto de lo que creía, porque toda la cola estalla en vítores y silbidos. Me sonrojo. Ups. Uau.

No he sido nominada a nada en toda mi vida. Aunque no gane, esto es una señal. Todo va a ir bien.

Nos quedamos sin tortitas alrededor de las diez y media, como de costumbre, cerramos la ventanilla y ponemos el cartel de ¡cerrado para preparar tu comida flaca! que Jonah ha hecho. (Es un poco fresco para mí; quizá quite las exclamaciones.) Limpiamos lo del desayuno y nos preparamos para la comida. Dios, resulta muchísimo más fácil entre dos personas.

—Eh, adivina qué. Ya no existe Una Comida Crece en Brooklyn. Se han quedado sin dinero.

—No puede ser —digo—. ¡Pobres Phil y Lara! ¿Están bien?

—Sí, son bastante pasotas, ¿sabes?

—Sí —respondo—. Supongo.

Aunque lo único que puedo pensar es: «Qué pena». Una Comida Crece en Brooklyn era una idea genial. Pero de todos modos no ha funcionado. No basta con una buena idea. También tienes que trabajar todo lo que puedas. Tienes que entregarte totalmente. Tienes que darle todo lo que tienes...

—Eh, Jonah... ¿te plantearías trabajar a jornada completa conmigo una vez que, ya sabes, pueda pagarte más? —digo. Ahora mismo está trabajando por un salario criminalmente bajo.

—¿Puedo cogerme tiempo libre para las audiciones?

—¡Por supuesto! ¿Desde cuándo tienes audiciones?

—Desde que conseguí un agente, la semana pasada —contesta con modestia.

—¡Tío! Eso es increíble, ¡felicidades!

—Pia, es todo gracias a ti. ¿Te acuerdas de aquel domingo en Carroll Gardens, cuando dijiste que la única persona que puede hacer que mi vida ocurra como yo quiero soy yo? Fue un revulsivo para mí. Me he pasado estos últimos años esperando sentado a que me cayera algo en el regazo... Bueno, ¡pues se acabó!

—Tío, me alegro tanto por ti, ¡bien hecho! Y si tienes una audición, vas de cabeza sin más.

—Guay —contesta—. Eh... entonces ¿puedo salir pronto esta tarde? Están haciendo un casting para un papel en esa serie de abogados... quiero decir, no tengo muchas posibilidades...

—¡Sí! ¿Cuál? ¿La de esa mujer que estaba con ese tío? Estoy obsesionada con sus cejas.

Hablamos y preparamos la comida, disfrutamos de una hora de comer más ajetreada de lo habitual, luego Jonah se marcha a su audición y yo continúo

sirviendo.

En algún momento después de las tres, la cola se reduce.

Y es entonces cuando ocurre, justo cuando estoy entregando una ensalada a uno de mis clientes habituales, un friki con la camisa abotonada de arriba abajo.

Un enorme pum. Toto se sacude bajo mis pies, reverberando con un crujido de metal y cristales rotos.

El friki y yo nos quedamos mirándonos, paralizados.

—¿Has oído eso? —le pregunto.

Tiene los ojos desorbitados de miedo.

—¡Es como si Godzilla hubiera golpeado tu camión!

Abro las puertas de atrás rápidamente: se trata de un tío flaco y calvo al que no he visto nunca. Lleva una sudadera con capucha y pantalones cortos de baloncesto, de mirada trastornada pero muy concentrada... y está atacando a mi camión con un bate de béisbol. Ya ha acabado con una de las luces de freno y, en el momento en que salgo del camión, estrella el bate contra la otra.

—Joder, ¿estás loco? —grito—. ¡Aléjate de mi camión!

—Yo no hablaría así si fuese tú —me espeta con sonsonete, balanceando el bate por encima de su cabeza como un jugador profesional.

De repente me doy cuenta de que está sudando y tiene un tic en la ceja. Mierda, está loco.

—Por favor, deja de golpear mi camión con ese bate de béisbol —digo tratando de sonar tranquila.

Él me ignora y sigue balanceándolo en lo alto.

—Esto es solo una muestra.

—¿Una muestra de qué?

Balancea el bate de nuevo y lo estrella contra la puerta, abollándola, abollando a mi camión, a mi querido Toto.

Y de pronto yo misma me siento un poco ida.

—¡Ya está! ¡Voy a llamar a la policía! ¡Puto lunático! ¡Estás mal de la cabeza! ¡No puedes destruir la propiedad de otra persona!

Entonces él se lleva la mano al bolsillo, saca un móvil que está sonando y me lo tiende.

—Es para ti, Pia.

¿Sabe cómo me llamo?

Cojo el teléfono.

—¿Hola?

—Hola, Pia, querida — dice una voz familiar—. Soy Cosmo.

Un escalofrío me recorre el cuerpo.

—Cosmo.

—Quería que conocieras a Nolan. Cuando Nicky no puede hacer algo, Nolan se encarga.

—Oh... —Alzo la vista hacia Nolan. Está sorbiendo por la nariz y mascando y moviendo la cabeza arriba y abajo al ritmo de una música inexistente. No está loco, advierto de repente. Va de anfetaminas o crack o algo. Es un yonqui. Y otro de los matones de Cosmo.

La voz de Cosmo suena como si estuviese sonriendo.

—¿Qué tal estás, cariño? ¿Cómo va el negocio?

—¿Por qué haces esto? Tengo todo el dinero. No pensaba... —Me cuesta ordenar mis pensamientos con un adicto exaltado a apenas unos centímetros de mí—. ¿Por qué liaros a golpes con mi camión?

—Creí que estaría bien recordarte que soy un hombre de negocios serio. En caso de que una zorra con pelo punk te dijese lo contrario. ¿Lo pillas?

Bianca. Sabe que Bianca vino a advertirme sobre él. Y ahora está cabreado. ¿Cómo podría saber eso?

—Lo pillo —contesto en voz baja.

—Estaré en tu casa en persona el domingo por la tarde, a las siete en punto.

—Allí estaré. —Mi voz es un diminuto susurro.

—Bien. Ah, y me gustó aquel modelito de los pantalones cortos que te pusiste para salir con aquel chico. ¿Te los pondrás el domingo para mí?

Doy un grito ahogado. Mi cita con Aidan. Ha estado vigilándome. De repente me dan arcadas.

—¡Tengo que dejarte, Pia! Ten cuidado con Nolan. Tiene las pilas puestas.

Cosmo cuelga y yo le tiendo el móvil a Nolan, que aún está haciendo girar el bate en grandes círculos por encima de su cabeza.

—Por favor, aléjate de mi camión —suplico, con lo que espero que sea una voz controlada, supersegura.

—¡He llamado a la poli! —grita una voz.

—Será mejor que te vayas —le digo a Nolan tratando de sostenerle la mirada—. Si los polis te encuentran, estás jodido.

Nolan replica con desdén:

—Un movimiento estúpido, zorra. Pensaba romper las ventanas del camión y dejarlo ahí. Pero en lugar de eso voy a ir a tu jodida casita de yuppie y voy a romper todas las jodidas ventanas una por una. Solo para que aprendas la lección.

Jadeo.

—No serías capaz...

—Espero que esa rubita con las tetas grandes esté en casa. Me gusta.

¡Mierda! ¿Coco?

—Ni se te ocurra tocarla, yonqui pedazo de...

Nolan deja escapar un grito atronador en plan Tarzán al tiempo que agita el bate delante de mi cara sin dejar de saltar arriba y abajo. Luego se vuelve hacia Toto y hace oscilar el bate con fuerza. El camión entero se sacude con el sonido del metal al aplastarse. Los clientes y un transeúnte, que han estado fisgoneando desde una distancia de seguridad, se dispersan. Oigo más sonidos de cristales rotos, y sin embargo no puedo moverme. Estoy paralizada por la impresión, o el miedo o algo. Como en uno de esos sueños en los que tratas de gritar pero ni siquiera puedes abrir la boca.

Después echa a correr por la calle hasta un pequeño coche rojo, salta al asiento del conductor y se aleja a toda velocidad.

Oh, Dios mío.

Se dirige a Rookhaven. Va a romper todas las ventanas y a hacerle quién sabe qué a Coco, que llegará del trabajo en cualquier momento. Y Vic y Marie probablemente estén en casa, ¿y si oyen algo y salen? ¿Qué les haría a ellos?

No tengo tiempo de pensar. Debo impedir que destruya mi casa y haga daño a mis amigos. Así que cierro las puertas de Toto de un portazo y grito «¡Lo siento! ¡La próxima vez!» a los pocos clientes en potencia que aún miran boquiabiertos desde una distancia segura. Luego corro hasta el asiento del conductor y entro.

Por un segundo, Toto no arranca.

—Vamos, Toto, vamos... —murmuro.

Tose y renquea, pero la flema desaparece y Toto ruga al cobrar vida. Giro en la calle, hago una maniobra completamente ilegal, me pongo mis gafas de aviador y me dirijo hacia el puente de Brooklyn. No he recogido todo lo de atrás. Va a ser un baño de sangre de ensalada, pero me da igual.

Desde el centro hasta el East Village acelero por todos los atajos, cada ruta secundaria y callejón secreto que conozco, cogiendo las curvas sobre dos ruedas, cruzo por delante de la gente y maldigo a los taxis que tengo delante.

Me siento como si estuviese en una película. Si no fuese por el miedo enfermizo que me revuelve el estómago, casi estaría disfrutando de esto.

Entonces, justo cuando estoy a punto de cruzar Houston, un semáforo en rojo.

Normalmente tengo cuidado, pero sé por experiencia que este es uno de los semáforos más lentos del Lower Manhattan, y esto es una emergencia, maldita sea.

Así que me lo salto, a unos ciento cincuenta kilómetros por hora.

A continuación oigo el choque de un coche, pero no soy yo, yo estoy bien, aunque...

Se oye la sirena de un coche de policía, *merde*, ¡tengo un coche de la poli justo detrás! Tengo que parar, sé que tengo que parar, pero estoy en una especie de piloto automático, «lucha o huye», y en lugar de hacerlo piso el acelerador de nuevo. La poli está justo detrás de mí, por supuesto, ¿por qué no he parado? Mierda, ¿esto está pasando de verdad? De algún modo consigo controlarme y freno, con el corazón palpitándome de forma dolorosa.

Hiperaturullada, echo el freno de mano, me quito las gafas de sol e intento sonreír mientras veo al agente acercarse por el retrovisor.

Mantén la calma, Pia.

—¿Algún problema, agente?

Luces de freno defectuosas.

Saltarme un semáforo en rojo.

Conducción temeraria.

Abandono de la escena de un accidente.

Actividad sin licencia.

—Lo siento mucho, señor, el permiso es de la antigua dueña y yo ya estoy haciendo el papeleo, y la luz de freno se acaba de romper hace cinco minutos... Hummm... y en cuanto a eso, está ese tío, está loco, creo que va drogado, conduce un coche rojo y se dirige a mi casa, en Union Street, en Brooklyn. —Estoy balbuceando, pero no puedo evitarlo—. Va a romper todas las ventanas y podría atacar a mi compañera de piso.

El policía parece bastante contento. Creo que para él ha sido un golpe de suerte: iba persiguiendo al otro coche porque la mujer que lo conducía estaba borracha o algo así, y entonces, cuando yo me he saltado el semáforo rojo y he provocado una colisión, nos ha cogido a las dos. La conductora borracha está bien, pedo pero ilesa, gracias a Dios.

—Es posible, señorita, pero vamos a tener que incautarle el vehículo — responde.

—¿Qué? ¿Está loco? ¡Ni hablar! ¡Tengo que irme a casa!

—Señorita, por favor, cálmese.

—Pero ¡no puede hacerlo! No puede... No puedo... —Me vuelvo y miro a Toto, el precioso y rosa Toto, con las luces rotas—. Solo déjeme irme a casa y le prometo que pasaré por la comisaría más tarde y lo resolveremos todo. Lo prometo.

—Señorita, tranquilícese.

—¡Estoy tranquila! —digo, pese a que sueno más y más histérica con cada palabra—. ¡Deje que me vaya! ¡Lo digo en serio!

—Señorita, por favor, baje el tono y entrégueme las llaves de su camión.

¿Entregar a Toto? ¿Entregar las llaves de lo único que se interpone entre un usurero, mis padres y yo? ¿Donde tengo diez mil dólares escondidos en un sobre debajo del asiento?

No. Jamás.

Entonces cometo el error más grande de mi —seamos sinceras— vida llena de errores.

Levanto las manos y empujo al agente, solo un poco.

Veinte minutos después estoy en la parte de atrás de un coche de policía, esposada, avanzando a toda velocidad por Manhattan.

Resulta que discutir con un policía, empujarle e intentar escapar es algo parecido a resistirse al arresto.

O... hummm... exactamente lo mismo.

Las horas siguientes se me pasan como en una nube. Me registran y me quitan todas mis cosas, luego me leen todos los cargos que hay contra mí, me sacan la foto y alguien me pregunta si estoy enferma o drogada. Apenas oigo lo que me dicen, las palabras pasan como flotando a través de mí, y algunas tienen sentido, otras no. Destacan «la Central» y «lectura de cargos por la mañana».

Y así es como acabo pasando la noche en un calabozo de la comisaría central de Manhattan.

Estoy tan preocupada por Nolan y Cosmo y Coco y las chicas que, al principio, apenas pienso en los diez mil dólares que tengo escondidos debajo de la alfombrilla de Toto. Entonces me acuerdo otra vez, y mi cerebro salta de un lado a otro entre las dos preocupaciones como una pelota de ping-pong. No puedo mencionar ninguna de ellas a los policías, puesto que resulta muy sospechoso. ¿Me ha amenazado el secuaz yonqui de un usurero? Quiero decir, ¿es que es legal

siquiera pedirle dinero a un prestamista? ¿Y qué pensarían sobre los diez mil dólares que tengo escondidos bajo la alfombrilla del camión? Pensarían que soy una traficante o algo.

¿Qué clase de idiota se mete en un lío como este?

No contestes a eso.

Pero hallarse bajo custodia policial es probablemente lo más seguro para diez mil dólares, ¿no? ¿Quién va a robarle a la policía? Nadie. Exacto. Así que, cuando finalmente llego a la celda sin ventanas en la que aparentemente voy a pasar la noche, decido que lo único por lo que debo preocuparme es Nolan. Y él es más que suficiente.

La celda de la cárcel no es el calabozo oscuro y diminuto que habría imaginado. Es grande, cálida y está excesivamente iluminada con unas luces blancas que dan migraña y que no hacen nada por las paredes mohosas o el retrete sucio incrustado en un rincón o el teléfono público al que le falta el auricular. Ah, y apesta a cuerpos rancios y alcohol y pis y mierda y el sudor caduco causado por el miedo.

Ya hay otra media docena de mujeres en la celda. La mitad están ruidosamente borrachas o drogadas. Las otras se hallan sentadas en silencio en el banco de metal que se extiende a lo largo de las paredes de la habitación, con los ojos cerrados, en una tentativa de fuga particular. Supongo que puedes encontrar intimidad cuando cierras los ojos, independientemente de donde estés.

—¡Bienvenida a las Tumbas, Bollywood! — grita una voz.

Bollywood. Supongo que esa soy yo. Qué original.

La ignoro, e ignoro el miedo punzante que me invade. Estoy sola. En la cárcel. Descubro inmediatamente que el teléfono público está roto, así que, a pesar de que de verdad no quiero molestar a las otras mujeres de la celda, intento llamar la atención de la agente de servicio.

—¿Perdone, señora? —llamo con cautela—. Necesito un teléfono. ¡Por favor! ¡Necesito hacer una llamada!

Nada. De nada.

Pruebo otra vez.

—¿Perdone? ¿Señora? ¿Agente? ¡Necesito un teléfono! ¡Tengo que avisar a alguien de algo!

Nada.

Me aclaro la garganta y emito una especie de susurro. Grito tan claro como puedo.

—Hoooolaaa...

—¡Cállate!

Me vuelvo. Tengo a una mujer justo detrás de mí. Está demacrada y amarilla, lleva un tatuaje en el cuello que dice «De Perlas».

—Perdón —digo en voz baja.

De Perlas me mira con los ojos entrecerrados.

—Joder, ¿a ti qué coño te pasa?

Empiezo a tartamudear.

—Solo intentaba avisar a alguien... porque... hay un tío loco que...

—¡Siempre hay un tío loco! —grita una mujer en un rincón—. ¡Todas tenemos tíos locos!

Todas las mujeres de la celda se parten de risa y se me revuelve el estómago del pánico.

—Pero es... es peligroso —susurro.

De Perlas se queda mirándome fijamente. Huele a chicle de canela y bourbon.

—¿Peligroso? —repite De Perlas.

—Bien, ¡que alguien la deje salir de aquí!

Vuelven a reírse.

—Solo necesito un teléfono, ¿vale? —digo—. Tengo que hacer una llamada.

—¿Por qué? ¿Qué es tan importante que no puede esperar? Y, bueno, ¿de dónde eres, Bollywood?

Se acabó.

La miro directamente a los ojos.

—Soy de Brooklyn. Le debo diez mil dólares a un usurero loco que me ha mandado a sus matones para destrozarme el camión, arruinarme el negocio y amenazar a mis mejores amigas, y si no consigo llamar, no voy a parar de gritar en toda la noche. ¿Lo pillas?

De Perlas se vuelve hacia los barrotos.

—¡Agente! ¡Necesitamos una puta llamada! ¡Urgencia médica!

Parece saber cómo llamar la atención. Cuando salgo, me choca los cinco.

—¡Buena suerte, Bollywood!

Sin embargo, me quedo mirando el teléfono público mugriento al que la agente me conduce y no consigo acordarme de los números de mis amigas. Para nada. ¿Alguien se aprende los números de teléfono hoy en día? ¡La mitad del tiempo apenas recuerdo mi propio número! ¿Cómo puede el mundo estar tan hiperconectado y que al mismo tiempo resulte tan fácil perderse? De hecho, el único número que sé es el de mis padres.

Levanto el auricular y marco.

—Operadora.

—¿Por favor, puedo hacer una llamada a cobro revertido a Julia Russotti, Union Street, Brooklyn?

Se produce una pausa.

—No hay nadie en Brooklyn con ese nombre, señora.

Merde. El teléfono de casa no está a su nombre. Las facturas van directamente al padre de Julia; los gastos están incluidos en el alquiler. Pero el día que nos mudamos había correo antiguo bajo la puerta, todavía dirigido a la tía de Julia, Jo... era Jo... Jo...

—Pruebe con Jo Lucalli.

Un momento más tarde, el teléfono suena y una Julia sin aliento acepta la llamada inmediatamente.

—¡Pia! Ay, gracias a Dios, ¿dónde demonios estás? ¡Estábamos tan preocupadas!

—¿La casa está bien? ¿Todo el mundo está bien?

—Sí, bien, estamos bien. ¿Dónde estás?

—Estoy... Estoy en la cárcel. ¿Todo el mundo está a salvo? ¿No le ha pasado nada a Coco ni a Vic ni a Marie?

—No, nada, estamos todos bien... Perdona, ¿dónde has dicho que estabas?

—Estoy en la cárcel, Julia.

Medio segundo después, asimilo lo disparatado de esta afirmación y me echo a reír descontroladamente. Pia Keller: niña mimada, princesa, juerguista, licenciada por Brown, relaciones públicas fallida, denta de un usurero, propietaria de un camión de comidas, y ahora... presidiaria.

Es hilarante.

Julia, sin embargo, no se ríe y no para de decir: —¿Qué?

Al final me calmo lo suficiente como para hablar como es debido.

—Por favor, ¿podrías venir por la mañana y traerme un talonario de cheques? Lo necesitare para pagar la multa o la fianza o lo que sea, lo siento mucho, te lo compensaré. Lo prometo. —Gracias a Dios mis diez mil dólares están seguros debajo de la alfombrilla del asiento delantero de Toto, en algún lugar de un depósito bajo llave.

—Sí, claro. Pero ¿tienes que quedarte ahí toda la noche? ¿Podemos hacer algo ahora? ¿Podemos ir a verte?

—Bueno, no, no podéis pasaros a saludar, a ver... estoy en la cárcel —digo, y rompo a reír otra vez. Parezco ligeramente histérica.

—Pia, ¿qué demonios ha pasado?

Se lo cuento todo tan rápido como puedo. No está sola; de vez en cuando les transmite los puntos clave de mi historia a Coco, Angie y Madeleine. Puedo oírlas al fondo: «Ay, Dios mío», «Joder» y «Dile que se lave las manos después de usar ese teléfono».

—Bueno, no ha venido a Rookhaven —dice Julia cuando he terminado—. No lo hemos visto para nada.

—¿Para nada? ¿Estás segura?

—Completamente segura.

—¿Y todo el mundo está bien? —insisto. ¿Nolan no ha ido a Rookhaven? ¿Qué podría haberle pasado?

—Todo el mundo está bien —me asegura—. Estamos todas aquí. Nos alegramos de que estés bien.

—Os echo de menos. —De repente me doy cuenta de que no queda nada que decir. Y ahora tengo que sentarme en una celda de la cárcel con un puñado de mujeres aterradoras hasta mañana—. Oh, Dios, mejor me voy.

—¿Estarás bien? —pregunta Julia.

—¡Sí!

Pero la voz me sale fuerte y ahogada. Se me saltan las lágrimas y me resbalan por las mejillas, y no son de las que paran sin más.

—Muchas gracias. Sois las mejores. Todas vosotras... No sé qué haría sin vosotras. Chicas, sois lo mejor de mi vida.

Julia parece a punto de llorar.

—Cuídate, ¿vale? Te queremos, estaremos allí a primera hora de la mañana.

—Vale —contesto. Se me forma un nudo grande y doloroso en la garganta—. Yo también os quiero.

Cuelgo, y por un segundo no hay más que silencio. Un pasillo silencioso, en una comisaría silenciosa, en la ciudad más ruidosa del mundo. Entonces la agente me conduce de vuelta a mi celda, y me seco la cara frenéticamente por el camino.

—¿Qué pasa, Bollywood? ¿Bien con tu tío loco? —grita De Perlas.

—Ha desaparecido —contesto—. No sé dónde está.

—Aparecerá —asegura ella—. Siempre lo hacen.

Me siento, sola, en un rincón de la celda. No quiero que nadie me hable. No pienso llorar. Esto no va a poder conmigo.

Y entonces cierro los ojos y me concentro en Rookhaven.

Pienso en el empapelado de capullos de rosa despegado y en los tablones del suelo, que chirrían bajo la moqueta. Pienso en la vista de Union Street que tengo desde mi habitación, y en la sensación que me produce la tela del sofá en las mejillas cuando vemos la tele todas juntas. Pienso en Vic y en Marie, viviendo debajo de nosotras y cuidándonos. Pienso en la cocina, y en cómo me siento cuando estamos juntas alrededor de la mesa.

Y de repente me siento tranquila.

Puedo superar esto.

La lectura de cargos dura aproximadamente nueve segundos y, con esa extraña y vaga sensación de jet lag que experimento después de pasar toda la noche despierta y sin lavarme los dientes, cuando por fin salgo, veo a Madeleine y pago las multas, me lleva un rato darme cuenta de que está sola. Sin embargo, no hablamos hasta que nos encontramos fuera del edificio.

En el momento en que pisamos la calle, Maddy y yo nos giramos y nos abrazamos con fuerza durante alrededor de un minuto.

—¡Me alegro tanto de verte! ¿Has dormido? ¿Estás bien? —me pregunta al tiempo que yo le digo: —¡Me alegro tanto de verte! Lo siento muchísimo, te lo devolveré en cuanto pueda, lo prometo... ¿Dónde están las chicas?

—Anoche murió Marie —responde Madeleine.

Doy un grito ahogado.

—Así que están con Vic hasta que llegue la familia. Sus hijos se están encargando de los detalles y nosotras solo... no queríamos que estuviera solo.

—Ah, claro... —Me siento alterada y confusa. ¿Marie ha muerto?—. ¿Cómo... eh... cómo...?

—Mientras dormía. Esta mañana temprano. Se ha ido en paz. Pia, te has quedado blanca, ¿estás...?

Hago un movimiento entre sentarme y dejarme caer justo donde estoy, en el cemento frío de la acera. Oh, Dios, pobre Marie. Pobre Vic. Pobres Coco y Julia...

Madeleine se agacha a mi lado y me lleva una botella de agua a los labios.

—¿Pia? Tú respira, bien, bebe...

Doy unos sorbos, luego me apoyo los brazos en las rodillas y me quedo con la mirada perdida en el asfalto helado del escalón a mis pies. Hoy llueve por

primera vez en meses, hace un fresco típico de octubre de verdad, y siento frío, por dentro y por fuera. Oh, Dios, Marie y Vic...

Madeleine se quita la chaqueta y el jersey.

—Póntelos.

Tira de mí para que me levante.

—No quiero que te arresten por obstruir el paso.

—No me encuentro bien. —Mi tono es alto y agudo.

—Solo necesitas comer.

Madeleine me lleva a la fuerza hasta un puesto de comida en la esquina, donde pide una Coca-Cola y un bollo con mantequilla de cacahuete.

Me quedo de pie aturdida a su lado, con el cerebro trabajando a toda velocidad. Pobre Vic. Pobre y adorable Vic. Su mujer, Eleanor, murió, la madre y la tía de Julia murieron, su hermana ha muerto... Debe de sentirse tan solo.

Qué horrible tiene que ser que no quede nadie que se acuerde de cómo era la vida cuando eras joven. Ser la única persona que conserva todos esos recuerdos.

En silencio, cogemos el metro de vuelta a Brooklyn. Nos sentamos en el vagón semidesierto, las dos solas con nuestros pensamientos, mientras me como el bollo y me bebo la Coca-Cola sin saborearlos siquiera.

Entonces echo un vistazo a Madeleine. Sin la chaqueta y el jersey, solo lleva una camiseta sin mangas, y se toca distraída la parte interna de las muñecas... que están llenas de pequeñas cicatrices blancas. Nunca le había visto los brazos desnudos.

—¿Te haces cortes?

—No —contesta rápidamente, doblando los brazos.

Nos miramos durante varios largos segundos.

—Vale, lo hacía. Hace mucho tiempo. Pero luego fui a un terapeuta y dejé de

hacerlo.

—Tú...

—No. No quiero hablar de eso.

—Maddy...

—Pia, he dicho que no. —Vacila, y entonces me mira directamente a los ojos—. Yo también tengo derecho a tener mis secretos.

—Puede que te sientas mejor si hablas acerca de ellos —digo—. Yo lo hice.

—Sí, bueno, yo me arriesgaré. —Alza la vista—. Vamos. Es nuestra parada. No te preocupes por mí hoy, ¿vale? Estoy bien.

Cuando llegamos a casa, son casi las once. Julia y Coco están sentadas cada una en una punta de un sofá y Angie está acurrucada sola en el otro, las tres mirando los dibujos animados de *Babar* en silencio.

Me siento entre Julia y Coco y hago ademán de atraerlas hacia mí para abrazarlas. Coco se inclina inmediatamente hacia mí como un niño pequeño, llorando ruidosamente, pero Julia silencia la televisión y parpadea con furia.

—No puedo llorar más —dice—. No puedo... o no pararé nunca.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunto en voz baja.

—Vic ha llamado a la puerta esta mañana muy temprano. —Julia juguetea con el bordado de uno de los cojines—. He abierto y estaba tan gris, tenía un aspecto tan horrible, que he pensado que le estaba dando un ataque al corazón, pero no era capaz de decir nada, se ha limitado a cogerme de la mano y me ha llevado abajo.

—Oh, Dios, no. —¿Julia ha tenido que confirmar que Marie estaba muerta? Eso no es justo, no después de todo lo que pasó con su madre, no debería haber tenido que hacer eso.

—Y entonces ha bajado Angie.

—He oído el timbre —interviene Angie. Sin maquillaje, ni siquiera el rímel

corrido en plan oso panda habitual de la mañana, aparenta unos cinco años.

—Angie ha llamado a la ambulancia, y ellos han venido y... Bueno, Coco y yo nos hemos quedado con Vic y hemos intentado que comiera algo, pero él no hacía más que mirar por la ventana, ignorándonos. Las hijas de Marie han aparecido media hora después y se ha ido con ellas.

—Ha sido horrible. —Coco está llorando en mi hombro.

Madeleine coge unas mantas y nos tapa con ellas, luego se sienta en silencio en el otro sofá, al lado de Angie. Acaricio el pelo de Coco. Parece tan frágil y joven. ¿Quién va a cuidar de ella? ¿Quién va a cuidar de Vic? ¿Quién va a cuidar de todas nosotras?

—¿Quieres hablar de Marie? —pregunto, pero Julia niega con la cabeza—. ¿Va a venir tu padre?

—Está en California por trabajo.

Todas miramos a Babar, que se tambalea por la pantalla.

—¿Sabéis?, no sé por qué me he estresado tanto con el trabajo —dice Julia—. Debería dejarlo sin más. Podría morirme en cualquier momento. Debería estar viajando por el mundo y acostándome con hombres y tomando drogas y desmelenándome.

—¿Qué? —Coco se sienta, asustada—. ¡No hagas eso!

—A menos que sea lo que quieres —añado yo.

—No lo es —contesta, y suspira—. Pero quiero ser feliz.

Nos quedamos todas ahí sentadas unos minutos. En realidad no queremos más.

—Bueno, ¿y qué? ¿Qué tal la cárcel? —pregunta Julia.

Nos quedamos mirándonos un segundo. Todo el salón está sumido en un silencio total.

Al cabo de un instante le entra la risa y repite «¡Cárcel!» con tono incrédulo.

Entonces rompemos todas a reír.

Me río tanto que creo que podría explotar. Nos reímos con ese dejo de histeria que tienes cuando no puedes llorar más o te desmoronarás, cuando en ese preciso momento la existencia es tan horrible que la única opción que queda consiste en echar la cabeza atrás y desternillarte de risa. Julia se ríe tanto que le entra hipo, y Coco sale corriendo de la habitación y dice con la voz entrecortada: — ¡Me he hecho pis en los pantalones!

—¿Tenéis el número de las sobrinas de Vic? —pregunto una vez que nos hemos calmado—. Deberíamos coordinarnos con ellas también, no sé, cuidar a Vic... o limpiarle la casa, asegurarnos de que hay comida, ¿ese tipo de cosas?

—Yo estaba pensando lo mismo —responde Julia—. Esta semana se quedará con ellas, creo, pero me he ofrecido a llenarle la nevera antes de que vuelva a casa, y a cambiar las sábanas de la cama de Marie...

Traga saliva, cerrando los ojos.

—No tienes por qué hacer eso —contesto.

—No quiero que lo hagan sus hijas —replica ella en voz baja.

—Entonces te ayudo —digo—. Tú puedes ocuparte de la nevera, yo me ocuparé de la cama. ¿Cuándo es el funeral?

Julia se encoge de hombros.

—Todavía no lo saben. Hacia el final de la semana, supongo.

Sé que debería ducharme, dormir o pensar en cómo diablos voy a llegar al depósito de vehículos de Queens para recoger al pobre Toto y mis diez mil dólares antes de que Cosmo venga mañana por la noche. Pero no puedo soportar estar sola, y tampoco puedo soportar dejar a las chicas solas.

¿Y sabes qué más? El dinero y la deuda y todo lo demás no parecen tan importantes comparados con esto.

Lo único que me importa ahora mismo es estar aquí.

Así que volvemos a poner *Babar*, lo miramos hasta el final, y luego Coco

hace palomitas con su tradicional cobertura de sal y trocitos de chocolate negro, y ponemos *Somos los mejores*, la película favorita de Julia cuando era pequeña.

A mitad de la película Angie se acerca y se hace un hueco entre Coco y yo. Se acurruca debajo de mi brazo, con Coco hecha un ovillo a su lado. Entonces Madeleine coge un cojín y se coloca en el suelo delante de Julia y de mí, y apoya la cabeza en nuestras rodillas. Las cinco nos quedamos allí sentadas durante la hora siguiente, aovilladas unas contra otras como gatitos, todas mirando ensimismadas los problemas y tribulaciones de *Somos los mejores*.

Estamos sumidas en nuestros propios pensamientos, pero nunca he sentido que formaba parte de una unidad más que ahora mismo. Las cinco, juntas, sin importar nada más. Estamos todas juntas en esto.

Teniendo en cuenta la situación, probablemente resulta extraño que me sienta más feliz de lo que me he sentido nunca. Pero así es. Estoy callada, tranquila, pero feliz.

La película termina y nos quedamos ahí sentadas, con restos de palomitas esparcidos a nuestro alrededor.

—Me ha dado una calambre en la pierna —dice Julia.

—Sí, a mí también —añade Madeleine, que rueda sobre sí misma en el suelo y luego levanta las rodillas para estirarse.

—Tengo que lavarme los dientes —comenta Coco.

—Yo tengo que ir a buscar a Toto —contesto—. Y prepararme para ver a Cosmo mañana por la noche.

—Dinos qué podemos hacer para ayudar —me dice Angie—. Estamos juntas en esto, ¿recuerdas?

—¿Vendrás conmigo a Queens a recoger el camión?

—Maldita sea. Sabía que no debería haberme ofrecido.

Recoger a Toto conlleva el infierno previsible de metro-andar-GPS-iPhone-esperar-rogar, pero a las cuatro en punto estamos camino de vuelta a casa.

Angie viene conmigo, aunque no es que me haya hecho mucha compañía: apenas ha hablado.

Cuando llegamos a Brooklyn Heights, se enciende un cigarrillo. Odio que la gente fume dentro de Toto.

—Tía, en serio...

—Mani ha roto conmigo —contesta.

Fumar de repente me parece no solo comprensible, sino necesario.

—*Merde*. Lo siento mucho. Dame una calada de eso.

—Lo vi anoche. Me dijo que pensaba que era mejor que dejásemos de vernos. —Su tono carece de emoción.

—Qué capullo —repongo.

—¡Es un gilipollas! ¡Joder, no nos acostamos hasta la semana pasada! ¡Un orgasmo! ¡Ni siquiera miró mi vagina de frente!

—Espera... ¿Puedes correrte durante el sexo? ¿Durante el sexo sexo?

—Claro. ¿Tú no?

—No, solo con el oral.

—Yo no me puedo concentrar durante el oral. Nunca saben lo que están haciendo, y empiezo a preguntarme qué les pasa por la cabeza mientras se esfuerzan, y luego empiezo a pensar en qué ponerme al día siguiente, y luego... Espera. Esa no es la cuestión, Pia. ¿Qué me pasa? ¿Por qué solo me atraen las marionetas sexuales?

—¡A ti no te pasa nada! Obviamente Mani no es más que otro capullo —sugiero—. Simple y llanamente.

—¡Capullo! —grita Angie.

Se asoma por la ventanilla y lo grita a pleno pulmón todo el camino de vuelta a Rookhaven. A la mierda, pienso, y me uno a ella. Todos los hombres son

unos capullos. Así que ¿qué más da si me comporté como una psicótica en mi cita con Aidan? Probablemente él no es más que otro capullo de todas formas. Me he ahorrado mucho tiempo y preocupaciones y compras innecesarias de ropa interior.

Maldecir a todo pulmón mientras conduces resulta sorprendentemente terapéutico. Las últimas veinticuatro horas han sido una locura, pero mañana voy a saldar mi préstamo de una vez por todas, y el loco de Cosmo me dejará en paz, y no volveré a ver a Nicky ni a Nolan. Seré libre.

—¡Capullos!

Tan pronto como aparcamos en Union Street, me estiro hasta la alfombrilla del lado del acompañante para coger el sobre que contiene los diez mil dólares de Cosmo.

Ha desaparecido.

Todo mi cuerpo se queda helado de la conmoción.

—¡No!

—¿Qué? —dice Angie.

—¡No! —grito levantando del todo la alfombrilla—. No puede ser... No puede ser...

Me lanzo contra mi lado del camión y hurgo en la alfombrilla. Nada. Entonces miro en la guantera, debajo de los asientos, en la alfombrilla de atrás. ¡Nada!

—Ha desaparecido. ¡Ha desaparecido! —grito.

—¿Qué? ¿Qué ha desaparecido? —replica Angie—. Joder, ¡eres una reina del drama! ¡Cálmate!

—Mi dinero... el dinero... los diez mil dólares... los han robado... ¡Los del depósito!

Me dejo caer al suelo y grito.

-¡Para de gritar, me estás asustando!

Me invade una calma mortal.

—Se acabó, Angie, todo ha terminado. Llamaré a mis padres y se lo contaré todo, así podrán darme el dinero para pagar a Cosmo cuando venga mañana. Y luego me marcharé a Zúrich con ellos y no volveré nunca. Es imposible que devuelva el dinero de otra forma. Se acabó.

—Tiene que haber otra manera —repite Angie.

—No la hay. —Tengo la boca seca del horror—. Ya está. Final del camino. Se acabó.

Dos horas más tarde, sentada a la mesa de la cocina con las chicas, me encuentro a mí misma diciéndolo otra vez.

—Se acabó. Conseguí el dinero. Ahora está en el bolsillo de algún tío del depósito de Queens. Ha desaparecido.

—No puede ser —dice Coco, por enésima vez.

—Tiene que haber otra solución —añade Julia.

—No —contesto—. No puedo vender el camión, no vale lo que pagué por él. No tengo más dinero. Y por mucho que queráis ayudar, chicas, sé que entre todas no tenéis diez mil dólares, y no podéis pedirselo a vuestros padres. No podéis y punto. —Miro alrededor. Nadie me discute—. Se acabó. Mañana por la tarde os quiero a todas a salvo fuera de Rookhaven. Me enfrentaré a Cosmo sola.

—Ni hablar —replica Coco.

—Estamos contigo, pase lo que pase —secunda Madeleine.

—Chicas al poder. —Angie da un puñetazo al aire—. Era irónico. Un

puñetazo irónico.

Les sonrío a todas. Es lo que yo haría si fuese ellas.

—No vendas el camión —dice Julia, lentamente.

—Acabo de decir que no podría. Aquel tío, Al, dijo que no valía nada.

—No, quiero decir que no vendas el camión... vende el negocio —aclarar Julia.

Frunzo el ceño. ¿Vender el negocio?

—Pero solo tiene seis semanas.

—Tiene éxito —continúa—. Es una idea única, has acaparado el mercado. Tus beneficios son increíbles. Has tenido un montón de publicidad, tus seguidores en twitter y facebook lo defienden apasionadamente. Has creado un pequeño negocio de éxito, Pia. Podrías venderlo todo por diez, veinte, cincuenta veces lo que vale el camión. —Hace una pausa—. Quiero decir, no tengo ni idea de por cuánto se vendería el negocio, pero seguro que sería más que por el camión.

Me quedo con la mirada perdida, pensando. Tiene razón. Tiene toda la razón. Podría vender el negocio. Como dijo Vic hace semanas. «Encuentra una idea para un negocio, haz que funcione, véndela.»

—Pero ¿cómo... cómo lo hago? —pregunto—. ¿Quién lo compraría?

—No lo sé —responde Julia—. No he llegado tan lejos. ¿Qué tal un inversor de riesgo?

—¿Qué demonios es un inversor de riesgo? —interviene Angie.

—Los inversores de riesgo invierten en compañías que acaban de empezar a cambiar de acciones de participación —explica Julia.

—¿Qué demonios son las acciones de participación? —añade Angie, con exactamente el mismo tono de voz.

No puedo evitar soltar una carcajada.

—Chicas, sed serias —dice Julia.

—¡Estamos siendo serias! —replicamos Angie y yo al unísono.

—Los inversores de riesgo te dan dinero para hacer funcionar tu empresa, y a cambio ellos poseen una parte del negocio —explica Madeleine—. Buscan ideas originales, ya sabéis, cosas que nadie más esté haciendo.

—Aidan trabaja en capital de riesgo —digo. Es la primera vez en días que pronuncio su nombre en voz alta—. Tengo su tarjeta.

—¡Llámallo! —exclama Coco.

—No —contesto cerrando los ojos con fuerza para intentar quitármelo de la cabeza—. Eso tampoco es una opción.

—Sé que has estado pensando en él —dice Julia—. Tienes ese aire distraído cuando lo haces.

Aj, odio ser fácil de calar.

—Lo has hecho —afirma Angie—. Yo también creo que deberías llamar a Aidan. La cita fue bien hasta que viste a Eddie, ¿no?

Lo vuelvo a pensar. Fue bien. De hecho, fue más que bien. Fue perfecta.

—No importa —repongo.

—¿Todavía sientes algo por Eddie? —pregunta Coco—. ¿Es eso lo que pasa?

—¡No! —replico al instante. Ni tan siquiera he pensado en Eddie para nada, solo en Aidan. Ver a Eddie en el restaurante aquella noche no fue más que una bofetada del pasado en plena cara. Y ahí es adonde pertenece Eddie. Al pasado. Debería haberlo afrontado hace años, en vez de dejar que sus estúpidos comentarios sobre el riesgo de fuga me obsesionaran así. Él no era perfecto. No me conocía. Pero no importa. Lo he superado.

Y también superaré lo de Aidan.

—No pienso acudir a un tío para que solucione mis problemas, maldita sea —digo—. Y de todas maneras, probablemente tampoco me ayudaría. Piensa que

soy una psicópata. —Porque me comporté como tal. Aunque eso tampoco importa en estos momentos—. Así que ¿qué hago ahora? ¿Buscar «inversor de riesgo» en Google?

—Probablemente no —contesta Julia—. Necesitas una presentación... contactos. Aidan los tendría.

—No pienso llamar a Aidan... y no tengo ningún contacto. Tendría que hacer una lista. Llamar sin más. De todas maneras no habrá nadie trabajando hasta el lunes, y Cosmo viene mañana por la noche. —Me pongo enferma con solo pensarlo.

—Quizá podrías llamar a gente que debería tener un camión que venda comida baja en grasa e hidratos de carbono y alta en proteínas.

—¿Podemos llamar para hacer un pedido al Bartolo's? —pregunta Coco—. Tenemos que comer.

Mientras esperamos a que llegue la pizza, entre todas pensamos quién podría querer comprar Ruedas Flacas.

—¿Jenny Craig?

—Eh, venga ya...

—¿Una cadena de gimnasios? ¿Equinox?

—¿Tracy Anderson? ¿El entrenador de Gwyneth?

—¿Ese sitio, Soul Cycle? En serio, todos los que van allí tienen talla de jodidos diamantes.

—¿Condé Nast? ¿Para que puedan alimentar a todas esas zorras flacas que trabajan para *Vogue*?

—¿Una agencia de modelos? Apuesto a que a una agencia de modelos le encantaría.

—¿Uno de esos *realities* de la tele para perder peso?

—¿*The Today Show*?

—¿Por qué demonios iba a querer *The Today Show* Ruedas Flacas?

—¿Oprah? Oprah seguro que lo compraría.

—¿Esa glotona?

—Ni hablar —respondo—. Pese a que esa gente debería usar un camión de comida para promocionarse, no significa que vayan a hacerlo. No puedo convencerles. Tienen a estrategas que deciden qué deberían hacer, y antes de eso tienen grupos de estudio e investigación de mercado.

—¿Cómo sabes todo eso? —dice Angie.

—Me lo explicó Lina —respondo, mientras me sirvo otro vaso de vino. Entonces hago una pausa, pensando en voz alta—. Lina... que es vicepresidenta de estrategia de algún gran grupo de hoteles y restaurantes. ¡Carus International! ¡Tal vez ella pueda aconsejarme! ¡O pasarme contactos! ¡Quizá pueda ayudarme! —Miro el reloj de la cocina—. Son las ocho y es sábado por la noche. No puedo llamarla, ¿no?

—Puedes enviarle un e-mail —dice Julia—. O un mensaje de texto. Vive por aquí, ¿no?

Asiento.

—Eso creo. Quiero decir, debería, la conocí en el Bartolo's. La he visto en la calle con sus hijos.

—Pues envíale un mensaje. Ofrécete a comprarla con un café mañana a cambio de algunos consejos profesionales. Es halagador. A la gente le encanta dar consejos. Yo debo de haberle escrito e-mails a cientos de personas pidiendo consejo a lo largo de los años, luego nos encontrábamos y les escuchaba hablar de sí mismos.

—¿De verdad? ¡Bien! ¡Lo haré!

Cojo mi móvil. Entonces llega la pizza y, mientras empezamos a engullir, escribo un borrador del mensaje.

«Hola, Lina. Soy Pia. Me preguntaba si habría alguna manera de que pudiese robarte treinta minutos de tu tiempo mañana para un café y charlar.

Necesito consejo profesional... Perdona que te escriba tan tarde; es una (semi) emergencia.»

Está bien, ¿no? Estoy subrayando la importancia de esto sin ponerme melodramática.

Al cabo de diez minutos, recibo una respuesta.

«¡Claro! ¿A las once en el Chestnut?»

Sobre las once y media de la mañana siguiente, ya se lo he contado todo a Lina. Desde que fui despedida por el incidente con Captain Morgan en facebook, pasando por el préstamo de diez mil dólares de Cosmo y todo lo que he hecho para construir Ruedas Flacas, hasta finalmente... la noche que pasé en la cárcel. Lo resumo todo lo que puedo y me salto las partes de «Cosmo-es-un-bicho-raro-desquiciado», pero aun así me lleva veinte minutos.

—No me siento particularmente orgullosa de lo del usurero. —Estoy haciendo pequeños círculos en el yogur con muesli con la cucharilla. Entonces me doy cuenta de que tiene un aspecto asqueroso, así que paro—. Ni de lo de la cárcel.

—Lo de la cárcel suele pasar. A mí me arrestaron por fumarme un porro en Washington Square cuando tenía dieciocho años. Así que parece que nunca me presentaré como candidata a presidenta. Pero lo del usurero es otra historia. No quieres verte envuelta con gente así. Estoy un poco preocupada, creo que deberíamos llamar a la policía...

—No, no, está bien, no te preocupes por eso —miento rápidamente—. Tengo el dinero. Mis padres me han hecho una transferencia. Pero ahora... eh... necesito devolvérselo... Urgentemente. —Aj, se me da fatal mentir.

Lina da un mordisco a su tortita, mastica y frunce el ceño.

—No está tan buena como las tuyas.

—¡Ja! Gracias, pero seguro que no es verdad... Bueno. Mi amiga Julia me sugirió que vendiera Ruedas Flacas. Todo el negocio, ¿sabes?, no solo el camión. Sé que no va a pasar de la noche a la mañana, pero esperaba... de verdad esperaba... que quizá fuese una opción —digo—. Y esperaba que tal vez tú pudieras darme algún consejo.

Lina asiente.

—Vale, bueno, no puedo...

Entonces se para, se queda mirando la pared detrás de mí, pensativa. Al cabo de alrededor de un minuto pestaña, me mira otra vez y me acribilla a preguntas.

—Solo han pasado... ¿qué, seis semanas desde que empezaste? ¿Cómo lo pensaste todo? ¿Cómo supiste adonde ir, qué hacer, cómo te metiste en twitter y facebook, cómo sabías lo que querría la gente?

Pienso unos segundos.

—Instinto, supongo. Ruedas Flacas fue solo una idea, porque me parecía muy obvio. Por eso es por lo que no estoy segura de si es siquiera una idea de negocio que valga la pena vender. Cualquiera podría hacerlo. No es tan especial.

Lina se queda mirándome y asiente, sumida en sus pensamientos.

Cuando los segundos se convierten en minutos, me doy cuenta de que está intentando encontrar la manera de decirme que pare. Ay, Dios, qué vergüenza, soy una idiota. Me disculparé por hacerle perder el tiempo, le diré que no importa...

Entonces ella me mira directamente a los ojos y empieza a hablar otra vez.

—El movimiento de los camiones de comida gourmet ha ido ganando mucho terreno durante los últimos cuatro o cinco años. A la gente le encantan. Es una combinación de fascinación y verdadera pasión por comida de especialidad o gourmet, el toque personal de que te sirva el chef o el dueño y el encanto como de juguete de los camiones. Además es la nueva tienda familiar. Es tan personal; el dueño es el camión de comidas: conduce, cocina, sirve y vende. Hoy en día, tener algo que resulta tan real supone una atracción en sí mismo.

Asiento con vacilación. Tengo la sensación de que Lina está haciendo una presentación, pero no estoy segura de por qué.

Sigue hablando.

—Con un camión de comida, sabes exactamente lo que estás comprando. Es rápido pero no sucio, como la mayoría de las cadenas de comida rápida. Los

precios son bajos, y el valor es alto. Puedes seguirlos online, localizarlos a través de las redes sociales, lo que hace que te parezca un logro cuando los encuentras... Es como un juego.

Asiento. Todo lo que está diciendo tiene sentido para mí.

—Pienso que la gente también establece lazos emocionales con los camiones —añado tímidamente—. Se muestran entusiasmados de verdad. Es como ver a un colega aquí y allá por la ciudad. Sientes como si ese camión fuese tuyo. ¡La gente de hecho me saluda cuando voy conduciendo!

—¡Eso es increíble! —dice Lina—. Y ahora hay camiones de comida que se asocian con marcas. Estuve en San Francisco hace unos años y compré un cucurucho de helado de un camión que anunciaba una estación de esquí. Quiero decir, es una idea fantástica, ¿no? Así las marcas pueden usar el camión como medio publicitario. O el camión puede asociarse con marcas para eventos o lanzamientos... aparecer y repartir comida resulta más emocionante que esas empresas de catering que están por todas partes con sus malditas magdalenas. Como ese camión, Treatery, realmente han dado en el clavo. Se asocian con marcas, pero conservan su nombre. Cada vez que una marca les paga por aparecer en cualquier sitio, su nombre consigue un poquito más de caché.

—Ya —digo. No sé de qué está hablando exactamente.

—Quizá pienses que esta idea podría ocurrírsele a «cualquiera», Pia, pero no es cierto. Algunas personas son creativas y originales, otras no. Las que lo son tienden a pensar que cualquier cosa que crean es lo más obvio del mundo, como tú. Yo soy una estratega y no soy particularmente creativa, pero reconozco una gran idea en cuanto la veo. Y más importante, puedo explicar por qué funciona.

Me mira fijamente, asintiendo con fervor.

Yo no sé qué hacer, así que asiento a mi vez.

—Cuéntame más sobre cómo se te ocurrió la idea.

—Hum, mis compañeras de piso no paraban de decir que sufrían comas de carbohidratos en el trabajo; yo veía todos esos camiones vendiendo comida grasienta, y soy la clase de chica a la que le gusta comer pero también meterse en unos vaqueros ajustados, ¿sabes? Al final, Ruedas Flacas es una cuestión de vanidad... —Sonríe intentando hacer un chiste, pero Lina no está sonriendo.

—La vanidad es una parte importantísima de todos los grandes negocios de éxito del último siglo —dice seriamente—. Es la naturaleza humana. Cuando tienes buen aspecto, te sientes feliz. Nadie debería pedir perdón por eso nunca. Esa es la razón por la que el fitness se ha convertido en una industria multimillonaria en los últimos veinte años. Por no hablar de la moda, la cosmética. ..

Se produce otra pausa. Le doy un sorbo a mi café, asintiendo. No sé nada sobre la industria del fitness, ni la moda ni la cosmética. Me siento como si estuviese remando frenéticamente para seguir el ritmo mientras el cerebro de Lina me deja atrás.

Entonces me sonrío.

—Creo que los camiones de comida son realmente interesantes, Pia. Y en especial encuentro realmente interesante tu enfoque sobre los camiones de comida.

—Gracias —contesto.

—¿Tienes alguna otra idea? ¿Ideas como la del camión de comida?

—Sí... Tengo un montón de ideas. Conducir un camión de comida te deja un montón de tiempo para soñar despierta.

—Deslúmbrame —dice poniendo los ojos ligeramente en blanco.

—Hum, creo que debería haber un camión de desayuno saludable todo el día. La gente quiere tortitas sin gluten a cualquier hora, recibo pedidos a las tres de la tarde que no puedo satisfacer porque siempre me quedo sin masa. Y debería ofrecer gofres también, y macedonia de frutas de temporada con yogur desnatado... Y debería haber un camión especializado en huevos: tortillas francesas, tortillas de clara de huevo, huevos revueltos. Me piden todo eso constantemente, pero no tengo la capacidad para hacerlo.

—Continúa —me anima Lina. Le brillan los ojos.

—Y unos amigos míos tenían un camión que se llamaba Una Comida Crece en Brooklyn. Y la comida venía de la zona de Brooklyn, ¿vale? Sostenible, local, orgánica, cultivada a mano, bla, bla, bla. Una idea muy buena, y de Brooklyn. Pero han fracasado, han tenido que cerrar el negocio. Alguien debería comprarles la idea o... eh... las acciones en la empresa.

Hablo rápido, intentando ocultar que todavía no sé realmente qué significa eso de las acciones.

—Podría lanzarse una cadena de camiones a nivel nacional, con regiones diferentes con sus propios productos locales en el menú. Una Comida Crece en Santa Barbara, Una Comida Crece en Seattle, Una Comida Crece en Dallas...

—¿Una Comida Crece en Detroit? —Lina sonríe.

—Exacto —digo—. Y debería haber un camión de comida para llevar por las mañanas, para gente como mi amiga Julia, que apenas se despegan de su mesa. Así podrías comprar una buena comida para llevar cuando vas andando del metro a la oficina, con un tentempié para media mañana y un tentempié para la tarde. ¡Como una pequeña fiambarrera escolar! Con ensalada, puede que tallos de apio con mantequilla de almendras, galletas de avena sin azúcar...

—¡Genial!

—Y debería haber un camión de cena para dos, para cuando vuelves a casa del trabajo y solo quieres meter algo en el horno y tomártelo con tu novio o marido o lo que sea. —Ahora estoy hablando atropelladamente—. La gente siempre compra dos ensaladas al final del día para llevarlas a casa para cenar, pero en invierno no van a querer eso, ¿sabes? Van a necesitar algo que puedan calentar en casa. Como pollo pochado con jengibre y miel y verduras al vapor, o un filete de atún que esté marinado en hierbas y que solo tengas que hacer vuelta y vuelta a la plancha. Quiero decir que puedes conseguir esas cosas en Whole Foods, pero hagámoslo de manera que la gente pueda recogerlo después del trabajo, justo al salir de la oficina, sin tener que desviarse de su camino o gastarse una fortuna, ¿vale? Y debería haber un camión de comida italiana orgánica con lasaña o pasta orgánica sin gluten para llevar.

—¡Esto es fantástico! ¡Sigue hablando!

—Y debería haber un camión de sopa, pero en plan camión de sopa real y auténticamente baja en grasas, saludable, baja en sal, con bollos de pan sin gluten. La mitad de los lugares de sopa de esta ciudad tienen más grasa y sodio que un Big Mac...

—Pia, esto es genial. Realmente genial. —Frunce el ceño.

Yo sonrío radiante. ¿Por qué me siento como si acabara de aprobar un

examen?

Lina se aclara la garganta.

—Mira, trabajo con alguien con quien deberías hablar, y he estado trabajando en algunas cosas que quizá... Hummm. No debería contarte más hasta que me haga una idea de si va a funcionar y cómo. ¿Puedes venir mañana a mi oficina a las diez? Tal vez tengas que esperar un rato, su horario es de locos, pero si yo hago bien mi trabajo encontrará tiempo para verte.

—Sí... —contesto. Estoy confundida. ¿Quién es «él»? ¿Qué querría tener que ver una enorme y brillante cadena de hoteles y restaurantes con un pequeño y mísero camión de comida como Ruedas Flacas? Pero me limito a asentir. Hay algo en su entusiasmo y enfoque que hace que me muera por impresionarla—. Gracias, Lina, muchas gracias.

Le suena el móvil.

—Hola, car... Vale, no hay problema, ya voy. —Cuelga—. Tengo que irme, Pia. Hemos quedado para una tarde de juegos con otra familia con niños de la misma edad que Pia y Gabe.

—Parece la bomba —digo.

—Oh, lo es —contesta mientras se pone la chaqueta—. Es como una doble cita, pero con mayor potencial para las peleas en el cajón de arena y los llantos. Entonces ¿nos vemos mañana a las diez?

—¡Sí! —exclamo. Chiss, Pia, controla la desesperación—. Quiero decir, sí. Y muchas gracias por quedar conmigo, de verdad te lo agradezco. Adelántate, creo que me tomaré otra taza de café aquí. Y, eh, ¿hay algo que pueda hacer para prepararme para mañana?

—¿Puedes conseguir algunas fotos de las ensaladas y el camión? Aparte de eso, nada. Eres perfecta.

Saca algo de dinero de su monedero e intenta dármelo para la cuenta.

—¡No, no! —digo—. Pago yo. Muchas gracias, otra vez, por quedar conmigo.

Mientras nos despedimos y ella se apresura a volver a su ajetreada y aparentemente perfecta vida de mamá, mi mente no para de dar vueltas.

¿Qué está planeando? ¿Debería haber abierto la boca e importunarla con cada detalle en lugar de fingir que lo entiendo? He quedado con ella para pedirle consejo... pero ahora ¡estoy incluso más confundida!

Vale, vale, está bien. Me prepararé para lo que sea que pase en la reunión de mañana y ya está, como ella ha dicho.

E intentaré no pensar en el hecho de que Cosmo viene en unas horas.

Así que lo primero que hago es llamar a Angie, cogemos a Toto y unas ensaladas de Ruedas Flacas recién hechas y vamos directas a su trabajo, en Chelsea.

—¿Estás segura de que no pasará nada? —pregunto por enésima vez.

—Este fin de semana la Zorra está en Miami. Y es un estudio de fotografía de comida, ¡está ahí y punto! Mira, vamos a meter la furgoneta en el garaje subterráneo, tenemos una zona donde hacemos sesiones de gran formato.

Al cabo de dos horas, tengo miles de fotografías increíbles de Toto y mis ensaladas.

—¡Tienes un gran talento! —exclamo mirando las fotografías en mi portátil.

Angie maneja una cámara digital de última generación como una profesional, e incluso se encarga de la iluminación ella sola, mientras yo me limito a observarla, sobrecogida.

—Tengo mucho menos talento del que crees —asegura—. Estas fotografías harían gritar de dolor a la Zorra. —Esboza una sonrisa burlona y se enciende un cigarrillo—. Empezaría a decir: «¿Angelique? ¿Angelique?» —imita un acento holandés con tono agudo—. «¡Fatal, Angelique! ¿Por qué está tan frío mi *latte*? ¿Angelique? ¡Eres una fracasada, Angelique! ¿Por qué no está el chófer fuera? ¿Angelique? ¿Por qué soy tan sumamente zorra contigo todos los putos días?» — Se sube a la mesa de un salto y empieza a gesticular, como si se lo estuviera montando con un amante imaginario—. «¡Angelique! ¿Por qué nadie quiere follar conmigo? ¡Angelique!»

—¿Angelique?

Otra voz. Desde la puerta.

Ambas nos volvemos, sorprendidas. Es la Zorra. Alta. Bronceada. Y furiosa.

—¿Por qué fumas? ¿En mi estudio? ¿Y estás utilizando mi cámara? ¿Y mis focos?

Angie se queda inmóvil, en la mesa, a medio polvo.

—Hum...

—Estás despedida.

—¡No puedes despedirme! ¡Dimito!

Baja de un salto de la mesa, deja la cámara en la mesa con sumo cuidado y luego se vuelve hacia la Zorra y le hace un gesto obsceno con el dedo corazón de ambas manos.

—¿Ves esto? ¡Es un gran bolsa de «Dimito» que lleva tu nombre!

—Venga, Angie, vámonos.

Cierro el portátil rápidamente y empiezo a arrastrarla hacia Toto.

—¿Y sabes qué más? ¡Todos esos cafés que te he estado trayendo eran con leche entera!

Todavía oigo gritar a la Zorra desde la calle.

Angie no puede parar de reír en el trayecto de vuelta a casa y no hace caso de mis disculpas.

—Ha sido culpa mía, lo siento mucho...

—¿Bromeas? ¡No puedo creerme que haya aguantado dos meses! No te preocupes por mí. Nueva York es una gran ciudad. Encontraré otro trabajo. — Hace una pausa—. O tal vez monte un camión de comida.

—¡Ja!

Entonces, mientras cruzamos el puente de Brooklyn, ese pensamiento inquietante que he intentado reprimir durante las últimas horas regresa con fuerza. Esta noche Cosmo va a venir con sus secuaces, Nicky y Nolan, para que le dé sus diez mil dólares. Y no los tengo.

¿Qué creía que iba a pasar? ¿Acaso creía que Lina tendría diez mil dólares y que estaría dispuesta a dármelos sin más? ¿Creía que encontraría a alguien que quisiera comprar el negocio un domingo por la tarde? Soy una idiota.

Voy a pedirle a Cosmo, bueno, le suplicaré que me dé cuarenta y ocho horas más. Le contaré que me han robado el dinero, ¡por culpa de las locuras de Nolan!, y que necesito algo más de tiempo para conseguirlo.

Entonces, si funciona lo que Lina ha planeado mañana, lo haré.

En caso contrario, cuando lleguen mis padres el martes les contaré en persona por qué necesito el dinero. Quizá cambien de opinión cuando vean a Toto y se den cuenta de lo mucho que he trabajado. Quizá no se sientan tan decepcionados conmigo.

Me marcharé de Brooklyn con ellos, iré a Zúrich, conseguiré un aburrido trabajo de oficina y les devolveré hasta el último centavo. Luego volveré a Nueva York y empezaré de cero.

Eso es lo que debo hacer.

El hecho de que entremos en casa de Vic me incomoda. Tenemos la llave, pero me siento como si hubiéramos forzado la puerta.

Julia respira hondo cuando atravesamos el umbral, como si le faltara el valor necesario para enfrentarse al inevitable dolor.

—Hace dos días, a esta misma hora, Marie estaba sentada aquí —susurra—. Hablando, comiendo, respirando... ¿Cómo es posible que alguien pueda estar vivo y desaparecer tan rápido?

No sé qué responder. Mi vida nunca se ha visto afectada por la muerte de un ser querido de forma tan directa. No como le ha sucedido a Julia. Imagina que tu madre se muere... Yo no puedo. No quiero ni pensarlo. No sé cómo puede sobreponerse alguien a una desgracia como esa.

Solo quiero echarle una mano a Julia. El hecho de que Cosmo vaya a venir dentro de tres horas no es un problema en comparación con lo que está pasando ella. No es justo que alguien tenga que despedirse de tantas personas a las que quiere.

De modo que estiro los brazos y le doy otro abrazo a Julia, y por un momento se echa a temblar y creo que va a llorar, pero en lugar de ello murmura «me aplastas las tetas» y me aparta.

—Acabemos con esto.

—Yo me encargo de hacer la cama de Marie —digo—. Tú asegúrate de que la cocina está recogida.

Marie dormía en una cama individual con sábanas de color rosa y estampado de rosas, lo cual hace que se me forme un nudo en la garganta, aunque no sé por qué. Todas sus cosas siguen en el tocador y en la mesilla de noche: decenas de fotografías, su diminuto reloj de pulsera y un pequeño despertador que parece sacado del plato de *Mad Men*, con un ejemplar gastado de *Mariana*, de

Monica Dickens, abierto junto a él.

Deshago la cama rápidamente y arrojó las sábanas a un rincón. Luego doblo el edredón y apilo las almohadas encima. El colchón desnudo parece diminuto e indefenso.

Me dirijo a la habitación de Vic y también deshago la cama y pongo sábanas limpias. Después abro las cortinas. El lugar está impoluto: no se ve ni una mota de polvo por ningún lado. Solo tiene una fotografía: una imagen en blanco y negro de una chica que luce una sonrisa de felicidad y se tapa los ojos para protegerse del sol. Parece Katharine Hepburn, aunque tiene los ojos más grandes y el mentón pequeño y puntiagudo. Debe de ser Eleanor. Su mujer.

Ahora me siento aún más como una intrusa.

—¿Julia? —pregunto levantando la voz—. ¿Estás bien?

No obtengo respuesta.

Cojo la ropa de cama y me voy corriendo a la cocina. Julia tiene la cabeza dentro del frigorífico y está ordenando la comida.

—Tenemos que comprar leche fresca, mantequilla y también pan —murmura—. Y me gustaría dejarle una sopa o estofado a Vic para cuando llegue mañana.

—Iré al Esposito's. Le gusta la lasaña... Jules, voy a lavar esta ropa de cama arriba, ¿vale? ¿Por qué no vienes conmigo? La casa está immaculada. No tienes por qué quedarte aquí.

Julia asiente. Apenas me presta atención.

La cojo de la mano y volvemos arriba. Caen las hojas de los árboles y Union Street parece más vacía de lo habitual. Típico tiempo deprimente de domingo por la noche antes de la vuelta a clase.

Metó la ropa en la lavadora, me voy a mi habitación y me tumbo en la cama.

Solo faltan unas horas para que llegue Cosmo.

¿Sabes qué es casi lo peor de todo esto? No soporto la idea de tener que

pedirles a mis padres que me saquen de otro lío. Ahora mismo están en Zúrich. Es la ciudad que duerme todo el domingo: no hay nada que hacer, ningún sitio al que ir. Mi padre debe de estar planeando el viaje a Nueva York o leyendo el *Zürcher Zeitung* y chasqueando la lengua para sí. Mi madre estará colgada del teléfono, entornando los ojos, quejándose a sus hermanas porque su hija es una malcriada, tonta, y no hace más que decepcionarles.

No les he dado una sorpresa en veintidós años... Bueno, al menos de las buenas. Y nunca me han dicho que estén orgullosos de mí. Ni una sola vez.

Es como si creyeran que el hecho de decir que están orgullosos de mí fuera a volverme autocomplaciente. Pero les ha salido el tiro por la culata: me he distanciado de ellos.

Ahora que hace tanto tiempo que no hablo con ellos, puedo valorar nuestra relación por lo que es. Siempre he sido obediente, pero, de un modo u otro, también he logrado mantener una relación estrecha con ellos y salirme con la mía, tanto si lo que quería era conseguir más dinero como unas vacaciones sola con Angie. Y estoy a punto de hacerlo de nuevo, ya que voy a pedirles que me saquen del lío en el que me he metido y asuman mi deuda de diez mil dólares.

En su lugar, yo seguramente tampoco estaría muy orgullosa de mí.

Pero he cambiado. Tengo la sensación de que en las últimas seis semanas mi vida ha adquirido un objetivo: Ruedas Flacas. Por primera vez desde hace varios años siento una mayor seguridad en mí misma, como si supiera lo que quiero y que si me esfuerzo y tengo un poco de suerte puedo conseguirlo. Por primera vez siento que estoy donde debo estar. Que estoy en casa.

Empiezo a ordenar mi habitación y a recoger la ropa. Tengo docenas de pares de zapatos de tacón y, sin embargo, he llevado las mismas Converse durante varias semanas. Es absurdo.

Oh, Dios, me encanta esta habitación, me encanta esta casa, me encanta todo, desde el papel de la pared que se despega hasta el crujido de las tablas de madera del suelo. No quiero irme. Quiero quedarme aquí y convertir este sitio en mi hogar definitivo. Quiero ayudar a mis amigas. Y quiero hablar con Aidan y disculparme por todo.

Lo quiero todo. Pero no puedo conseguir ninguno de mis objetivos.

Bajo al cuarto de la lavadora para meter las sábanas en la secadora y salgo a la terraza. Brilla el sol y sopla un aire frío. El verano se ha acabado.

Me tumbo en la mesa de madera, como un ángel de la nieve pero sin nieve, y miro el cielo gris que se extiende sobre mí. Cierro los ojos y empiezo a hablar.

—Gracias por permitirme llegar tan lejos.

Hablo con voz clara y baja en el gélido aire del atardecer.

—Durante las últimas seis semanas me han despedido, amenazado y detenido, y me he arruinado, emborrachado y colocado. Han copiado mis ideas, han asaltado mi casa y el amor de mi vida se ha perdido en combate. Y aquí sigo. Pase lo que pase, puedo seguir adelante. Soy más fuerte de lo que nadie cree, y prometo que lo próximo que averiguaré es qué hacer con mi vida, y lo haré. Estaré bien.

Y al decirlo me doy cuenta de que es cierto. Estaré perfectamente.

—Pero esta noche necesito que me ayudes a proteger a mis amigas. Es culpa mía que venga Cosmo, y es culpa mía no tener sus diez mil dólares. Y lo siento, desde lo más profundo de mi corazón, siento haber creído que era una buena idea. He aprendido la lección. Lo prometo. Prometo que no cometeré los mismos errores de nuevo. Pero no permitas que nadie salga herido. Por favor, envíame una señal si puedes oírme.

Abro los ojos y respiro hondo.

—Una señal, solo pido eso.

Y en ese momento empieza a llover.

No es una lluvia fina que aumenta de intensidad poco a poco, sino un chaparrón tempestuoso, como si los encargados de los efectos especiales del cielo hubieran escrito «aguacero» en su máquina del tiempo mágica y las nubes hubieran obedecido.

Cierro de nuevo los ojos mientras sonrío y siento que las gotas me salpican la cara y el cuerpo. Llevo un jersey holgado y unos vaqueros viejos y raídos, por lo que aún falta un poco para quedarme empapada. Ya me ducharé luego. En estos momentos solo quiero quedarme aquí tumbada y disfrutar del momento, dejar que

la lluvia fría me resbale por la cara, el pelo y el cuello.

Faltan dos horas para que llegue Cosmo.

Una hora antes de que llegue Cosmo, todo el mundo está en casa, en el salón. Les he pedido que dejen que me enfrente yo sola a él repetidas veces. Y se han negado repetidas veces.

—Estamos todas juntas en esto —ha dicho Julia, lo que ha hecho que me entraran ganas de romper a llorar y de darle un abrazo al mismo tiempo.

En teoría estamos viendo un *reality* sobre novias que se vuelven locas, atrapadas por la tortura de las expectativas. Angie baraja las cartas hecha un manojo de nervios, Julia no para de dar golpecitos con el pie, Coco lee la misma página de *Mujercitas* una y otra vez, y Madeleine se muerde el pelo. ¿Y yo? Me dedico a repasar mentalmente los escenarios más catastróficos posibles.

Entonces suena el timbre.

—¡Voy yo! —dice Coco, que se levanta del sofá como un resorte. Oigo que se abre la puerta y al cabo de un segundo—: ¿Piiiiiii?

Julia y yo nos miramos y ambas salimos corriendo del salón.

Es Cosmo.

Antes de tiempo.

Acompañado por Nolan y Nicky, que se encuentran detrás de él.

—¡Pia! ¡Cielo! —exclama Cosmo, con una sonrisa tan exagerada que parece que vaya a explotarle la cara.

No he visto a Cosmo cara a cara desde el día en que nos conocimos. Lleva vaqueros y, como entonces, una camisa perfectamente planchada; está recién afeitado y exhibe una sonrisa de oreja a oreja. De pronto me doy cuenta de que no tiene un aspecto afable, sino repugnante. Junto a él se encuentra Nolan, con el brazo en cabestrillo, y parece menos centrado e incluso más peligroso que el viernes. Y al otro lado se halla Nicky, el hombre montaña.

—Llegas temprano —digo, de manera innecesaria.

—He quedado para cenar —contesta Cosmo, que me lanza una mirada fría y distante—. Además, te echaba de menos, quería recuperar el tiempo perdido.

—¿No vas a invitarnos a entrar? —pregunta Nolan.

—No —responde Julia, a mi lado—. Es mi casa. No sois bienvenidos.

Cosmo apenas le hace caso. Sus ojos están fijos en mí.

—Bueno, dame mis diez mil dólares, pequeña Pia.

Carraspeo.

—Esperaba que... hum... pudieras darme algo más de tiempo. Solo cuarenta y ocho horas, es lo único que necesito.

—Qué chica tan mala. —Cosmo ladea la cabeza y me mira, avanza unos pasos y entra en el recibidor. Julia, Coco y yo retrocedemos instintivamente—. Me temía que ocurriese esto.

—Te devolveré el dinero, de hecho lo tenía todo, pero por culpa del... esto... del incidente con Nolan tuve un accidente con la furgoneta, luego me detuvieron y me robaron el dinero.

—Eso suena poco probable. Pero tal vez se nos ocurra otra forma de compensación —dice, y avanza un paso más. Julia y yo retrocedemos de nuevo.

Aterrorizada, empiezo a planear estrategias de salida. Podríamos ir corriendo hasta la cocina y huir por la terraza, pero sería imposible que lo lográramos las cinco antes de que nos atrapara alguno de los tres. Podríamos subir y encerrarnos en alguna de las habitaciones, pero ninguna tiene cerradura.

—Por favor, por favor, vete y vuelve a buscar el dinero dentro de dos días —le pido a Cosmo, con un tono más firme de lo que esperaba.

—De aquí no se mueve nadie —replica Cosmo.

—¿Qué te ha pasado en el brazo, Nolan? —pregunto tratando de crear una distracción.

—Un accidente de coche. El viernes.

Por eso no pudo llegar aquí para romper alguna ventana o hacerle daño a alguien. Estaba tan fuera de sí que chocó con el coche.

—Y aquí está toda la pandilla —dice Cosmo. Miro detrás de mí y veo que Angie y Madeleine han salido al pasillo—. Venga, chicos.

En ese momento Nolan agarra a Coco del cuello y la empuja hacia el salón. Mi amiga da un grito e intenta apartarse de él, retorciéndose de pánico.

—¡Déjala! —Julia intenta que Nolan suelte a Coco, pero entonces interviene Nicky, que agarra a Julia de las muñecas con una de sus manos, fuertes como ganchos de carnicero, y se las levanta por encima de la cabeza.

A continuación se desata el caos: Angie y Madeleine se precipitan hacia nosotros mientras yo intento apartar a Nicky de Julia. Todo el mundo grita y chilla a la vez, y lo único que me viene a la cabeza es «no, no, no, no, no, no, no, no».

En ese momento oigo un chasquido.

Cosmo ha sacado una pistola.

Y me apunta con ella.

Todas ahogamos un grito al unísono. Odio las pistolas, las odio. Cosmo empuña un arma mortal, pequeña, plateada y mate... Oh, Dios mío, ¿qué he hecho?

—¿Me vais a prestar atención ahora? Bien —dice Cosmo—. Iremos al salón y hablaremos del tema como amigos.

Cosmo me agarra del brazo y me arrastra por el pasillo, seguido de Nolan, que hace lo propio con Coco, y luego de Nicky, que ha logrado dominar a Angie y a Madeleine con una mano y a Julia con la otra.

—¿Qué nos va a hacer? —murmura Madeleine cuando llegamos al salón, y oigo que Coco emite un sollozo. Oh, Dios, oh, Dios, oh, Dios...

Entonces oigo otro chasquido metálico mucho más fuerte detrás de mí.

Me vuelvo.

Es Vic.

Con una escopeta de cañones recortados.

—¿Quién coño eres tú? —pregunta Cosmo.

—Es el vecino, el viejo —murmura Nolan. Claro, nos ha espiado, sabe quién es todo el mundo.

—Voy a decirlo una sola vez. Soltad a las chicas y largaos. —Vic ni siquiera nos mira: no aparta los ojos de Cosmo.

—¡Largo de aquí, viejo! —le espeta Cosmo.

—No tienes ningún respeto por la gente mayor —replica Vic lanzando un suspiro—. Nunca lo has tenido.

—¿Tienes una Lapua? —pregunta Nicky, intimidado, con la mirada fija en la escopeta.

Vic nunca me ha parecido tan fuerte y tan duro.

—Baja la pistola, Antony Cosmolli.

—¿Cómo coño sabes mi nombre, viejo? —murmura Cosmo, pero baja la pistola, que ahora apunta al suelo.

—A la mierda —masculla Nolan.

Giro la cabeza justo a tiempo de ver cómo saca un cuchillo del bolsillo y se vuelve hacia Coco, pero tras una fracción de segundo se oye el «pum» ensordecedor de la escopeta de Vic y Nolan deja caer el cuchillo. Está gritando, encorvado sobre la mano ensangrentada y dolorida.

Nicky suelta a las chicas y se apresura a quitarle el cabestrillo del brazo a Nolan para envolverle la mano. Nolan profiere un lamento agudo. Los demás nos quedamos paralizados de la impresión.

—Cierra la puta boca, Nolan —le ordena Cosmo, que no ha apartado los ojos de Vic.

—Aquí tienes el dinero —dice Vic, que se saca un sobre del bolsillo de atrás—. Cógelo y lárgate.

Cosmo coge el sobre y abre la boca para decir algo, pero cambia de opinión y se dirige hacia la puerta de la calle. Nicky y Nolan lo siguen de inmediato; el brazo roto de este cuelga inerte cuando se lleva la otra mano, ensangrentada, al pecho.

Vic se dirige hacia la puerta con la escopeta en la mano y lo sigo. Nos detenemos al llegar al umbral y vemos cómo bajan corriendo las escaleras.

—Ni se os ocurra volver. Nunca —suelta Vic—. ¿Me habéis oído?

—Nunca —repito yo.

Cosmo no nos hace caso, abre la puerta del coche, entran los tres y al cabo de unos instantes se alejan a toda velocidad por Union Street.

—No creo que vuelvas a verlo —dice Vic.

Me vuelvo hacia él.

—Gracias, Vic, ¡muchas gracias! Nunca te lo podré agradecer bastante. ¿Cómo lo sabías?

—Cuando te pongas a hablar al cielo desde la terraza, antes asegúrate de que no haya ningún vecino escuchándote —responde, con un destello de ira en la mirada, pero parece demacrado y gris, y de repente caigo en la cuenta.

—Oh... Vic. Siento mucho lo de Marie —digo.

—Yo también —repite con brusquedad—. Pero es su dinero el que acabo de darle a ese idiota. Cuando llegué a casa y vi la cama sin hacer, decidí airear el colchón. Resulta que tenía un buen fajo de billetes escondido debajo. Unos diez mil dólares, de hecho. Era muy terca. Nunca se fió de los bancos.

Volvemos al salón, donde están sentadas las chicas, paralizadas por el pánico. Yo experimento un subidón, la adrenalina corre por mi cuerpo. El miedo, la euforia, el alivio, el horror... Todo a la vez.

—Lo siento mucho, lo siento mucho —digo, y corro hacia Julia y Coco, que

siguen pálidas por el miedo—. ¿Estáis bien? ¿Alguna de vosotras está herida?

—Estamos todos bien —contesta Vic, con calma—. Ninguna de vosotras tiene nada de qué preocuparse. No va a volver.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta Madeleine—. ¿Y si acabamos de declararles la guerra a esos matones?

—Tranquila —responde Vic—. No volverá.

—¿Cómo lo sabes? —repite Coco.

—Soy amigo de su tío, lo llamaré más tarde —explica Vic—. Y conozco a los de su calaña. —Y con estas palabras Vic zanja la cuestión de Cosmo.

—¿Por qué tienes una escopeta? —pregunta Julia, con un leve susurro.

—Me la dieron en 1972 unos amigos para que se la guardara —dice Vic—. De hecho me sorprende que funcione, francamente.

—Eres como Clint Eastwood en *Gran Torino* —añade Angie, con un respeto reverencial.

—¿Estáis todas bien? —pregunto—. Lo siento, no puedo creer lo que acaba de pasar. Lo siento mucho.

Todas hablan a la vez.

—Estoy bien, estoy bien...

—Creo que voy a vomitar, en mi vida había pasado tanto miedo...

—No me puedo creer lo que ha pasado.

—Te lo juro por Dios, Pia, como vuelvas a hacer algo así... —dice Madeleine.

—Lo siento mucho —insisto. Creo que voy a estar disculpándome toda la vida—. No me puedo creer que os haya metido en todo esto, y os prometo que jamás volveré a cometer una estupidez así.

—No pasa nada —contesta Angie, tranquila—. Era una situación que no

podías controlar. Todas lo entendemos.

Julia, Madeleine y Coco asienten lentamente y me siento abrumada por la sensación de alivio. No me odian.

—Oh, Dios mío, mirad, ahí está su dedo —dice Coco, que está mirando detrás del sofá manchado de sangre. Lo examina de cerca—. Tiene la uña sucia. Puaj. Deberíamos ponerlo en hielo.

—¿Lo dices en serio? —pregunta Angie—. Deberíamos arrojarlo al retrete y tirar de la puta cadena.

—¿Se lo he arrancado entero? —pregunta Vic. Parece orgulloso de sí mismo.

Julia se acerca al sofá, observa el dedo arrancado de Nolan y se desmaya.

En el caos posterior, Coco logra sacarnos a todos a la terraza para que respiremos el aire fresco después de la lluvia, bebamos un té fuerte y dulce y comamos las galletas de copos de avena que ha preparado por la mañana.

—Uau, ha sido muy raro —dice Julia—. Nunca me había mareado.

—Otra galleta, por favor —pide Madeleine.

Me sorprende que no estén más enfadadas. Deberían estar furiosas. Después de todo, las he puesto en un grave peligro. Pero parece que me han entendido y perdonado enseguida. Me siento tan aliviada que tengo ganas de llorar.

—Te devolveré el dinero en cuanto pueda, Vic —le prometo—. Se lo pediré a mis padres en cuanto hable con ellos.

—No hay prisa. Considéralo un préstamo.

—No, no puedo. —Me levanto para coger papel y un bolígrafo de la cocina. Me siento y me pongo a escribir—: «Le debo a Vittorio Bartolo la cantidad de diez mil dólares. Firmado, Pia Keller».

Doblo la hoja y se la doy a Vic, que se la guarda en el bolsillo de la camisa.

—Te prometo que te lo devolveré —le digo.

—Tranquila —insiste, con una sonrisa—. Sé dónde vives.

-Plantéatelo como una guerra —dice Julia—. Has reconocido el terreno y tienes un plan de batalla, ahora ponte la maldita armadura, súbete al camión y ve a enseñarles cuatro cosas. No está todo perdido.

Asiento obedientemente. Son las seis y cuarto de la mañana, y Jules está junto a la puerta de mi habitación, vestida y con la bolsa del gimnasio al hombro, arengándome como si fuera un entrenador de fútbol americano de instituto.

Empezó el discurso motivacional anoche, después de que Vic cenara con nosotras, y no ha parado desde entonces, salvo cuando le supliqué que me dejara dormir. Creo que es su forma de recuperar el ascendiente después del mareo.

Estoy sentada en el borde de la cama, con el pijama puesto.

—Ha llegado tu momento, Pia. El momento por el que tanto has trabajado. Por cierto, estás horrible.

—Gracias —digo—. Me siento horrible. —No he dormido. No paraba de recordar el incidente con Cosmo. Luego pensaba en la reunión que tengo hoy con Lina y en mis padres, y luego volvía a pensar en Cosmo.

—Reagrupación. Que tus soldados...

—Ni siquiera sé qué tiene pensado Lina —la interrumpo, con los nervios de punta.

—Creo que quiere que su jefe lo compre. Así de fácil.

—No —contesto—. Tienen varios restaurantes y hoteles de lujo enormes. Comprar un ridículo camión de comida sería como si Bergdorf Goodman comprara un puesto del mercadillo de Brooklyn. No tiene sentido.

Julia lanza un suspiro.

—Tienes que adoptar una actitud positiva, Pipi. Va a salir bien. Lo noto en

las entrañas.

—La última vez que notaste algo en tus entrañas resultó ser una cistitis —interviene Madeleine, que asoma la cabeza por la puerta. Sale a correr, como todas las mañanas—. ¿Quieres que te traiga un café cuando vuelva? Tardaré unos treinta minutos.

—Sí, por favor —respondo—. Pídemelo mismo que tomes tú, pero con doble carga de café. No, triple. Que sea triple.

—Y... esto... ¿me prestas tu vestido azul mañana? El de cuello alto.

—Sí, claro —digo—. ¿Para el trabajo?

—No... Mañana por la noche voy a una audición —contesta sonrojándose—. He visto el anuncio en Craigslist. Es para un grupo de Williamsburg. Anoche tomé la decisión... La vida es muy corta para no hacer lo que quieres. —Hace una pausa—. Dentro de unos límites razonables.

—Tía —le digo—, es genial. Claro que te lo presto. Tenemos que hablar del tema zapatos también.

Julia mira el reloj.

—Tengo que irme. ¿Estás preparada?

—Solo dime una cosa —le pido.

—Dispara —suelta Julia.

—¿Me dejarás que aparque a Toto en tu casa de Rochester cuando me vaya a Zúrich? No soportaría venderlo. Algún día volveré a buscarlo.

—Claro que sí —dice Jules—. Pero no será necesario. Vais a ser todo un éxito.

Cuando me quedo a solas aprovecho el momento para enviar un tuit de Ruedas Flacas. «Lo siento. Hoy no habrá Ruedas Flacas. Circunstancias excepcionales... Os compensaré con un 20% de descuento mañana.» Anoche le envié un mensaje a Jonah para decirle que hoy no iría a trabajar. Cuando me contestó me dijo que lo habían llamado para otra prueba. Me alegro por él. Está

haciendo algo con su vida.

En ese instante me suena el móvil. Es el número de mi padre.

Miro la pantalla un segundo y pulso el botón de «silencio». Aún no quiero contestar. Estoy convencida de que la reunión de hoy será una pérdida de tiempo y que mañana tendré que pedirle los diez mil dólares para devolvérselos a Vic, pero no puedo hacerlo por teléfono.

Me doy una larga ducha con agua caliente y me visto, disfrutando de los crujidos y los sonidos familiares de Rookhaven y de las chicas en la casa. Coco está en el ático, desgañitándose con una vieja y horrible canción de Nick Lachey, Angie camina de un lado para otro de su habitación y hace tanto ruido que debe de llevar unos tacones de madera de doce centímetros, y Madeleine ha vuelto de correr con los cafés y se está dando la acostumbrada ducha larga después de hacer ejercicio. Nunca he llegado a hablar con ella del fea fea fea del espejo. Si es que fue ella. Imagino que solo fue producto de un mal día.

¿Qué te pones para una batalla?

Me visto como Lina: pantalones gris marengo, blusa de seda, americana negra, zapatos de tacón negros. Perfecta. Profesional, chic y con estilo. Un peinado elegante y sencillo, acompañado de un maquillaje sobrio.

Me miro en el espejo del armario por última vez antes de salir de casa. Ya está, me digo. Es tu última oportunidad para lograr que ocurra algo.

Sea lo que sea ese «algo».

Llego al cruce de la Cuarenta y siete con Lexington media hora antes de tiempo. Como ayer, el cielo está nublado, teñido de un gris que no presagia nada bueno. Oh, Dios, espero que no sea una señal.

Inmediatamente me pongo a deambular nerviosamente por las calles de los alrededores. Me dirijo hacia el oeste por la Cuarenta y siete, luego doblo por la Quinta Avenida, mirando escaparates distraídamente mientras me hierve la cabeza.

Cuando llego a la esquina de la Quinta Avenida con la Cuarenta y nueve y espero a que el semáforo se ponga en verde, dirijo la mirada hacia la multitud de trajes y turistas que hay al otro lado.

Y entonces los veo.

A mis padres.

Aquí.

En Nueva York.

Están en la esquina enfrente de Saks, mirando hacia el centro. No los veo desde principios del verano, cuando viajé a Zúrich para pasar la obligatoria semana con la familia antes de irme con Angie. Están como siempre. Mi madre busca algo en el bolso y bosteza. Mi padre se está fumando un puro, con el ceño fruncido y la mirada perdida en la lejanía sin hacerle caso a mi madre. ¡Se suponía que no llegaban hasta mañana!

Doy un giro de ciento ochenta grados y entro en la tienda que tengo detrás. Durante unos minutos finjo interés por unos zapatos de lo más aburridos. Cuando me vuelvo, han desaparecido.

¿Por qué demonios han venido un día antes? Bueno, es obvio, ¿no? Querían sorprenderme y así contar con un día más para obligarme a marcharme de Nueva York. Esto no puede estar pasando. Voy a tener que dejar Brooklyn y a las chicas y la vida que por fin, tal vez, estoy consiguiendo construir.

Vale, respira, Pia. Respira. No saben dónde vivo, no saben cómo ponerse en contacto con los padres de las demás. No conocen a mis amigas ni nada de mi vida; de hecho, nunca lo han hecho. Gracias a Dios.

¿Cómo puedo asegurarme de no volver a cruzarme con ellos? Vale, por lo general se alojan en el Carlyle, y ahora mismo deben de estar dando su tradicional paseo después del desayuno (algo que me obligaban a hacer todos los sábados y domingos cuando era pequeña y todos los días de vacaciones, a pesar de que siempre caminaban uno junto al otro y yo tenía que seguirlos y ni siquiera me dirigían la palabra). A mi madre le gusta ir de compras a Bergdorf, a mi padre le gusta tomar una copa en el King Cole Bar del hotel St. Regis, y ambos disfrutan con un paseo por Central Park mientras lanzan miradas de desaprobación a la gente con perros.

Mañana me llamarán, de modo que ya lidiaré con ellos entonces.

Oh, Dios, este encuentro ha hecho que me sienta aún peor. Se ha sumado al nerviosismo producido por el café.

Tengo que quitármelos de la cabeza. No debería ser tan difícil, es algo que llevo haciendo desde que tenía seis años. Debo concentrarme en la reunión. Tengo que sacar el máximo partido de los planes de Lina, sean cuales sean.

Compro un plátano y una rosca de pan con queso en una tienda y me lo como mientras recorro las calles. De vez en cuando me doy la vuelta para asegurarme de que mis padres no me siguen.

Entonces, a las 9.45 en punto, me dirijo al despacho de Lina. Que empiece el espectáculo.

Al cabo de más de cuatro horas, sigo sentada en el vestíbulo de Carus International, esperando.

Lina ha bajado a primera hora y me ha dicho, de un modo bastante misterioso:

—Llegas en el momento perfecto, pero no puedo asegurarte nada. ¿Te importa esperar un rato aquí?

Luego, hacia las once, me ha enviado un mensaje de texto en el que me decía: «¡Lo siento mucho, no te vayas!».

Y otro mensaje a la una: «Será mejor que comas algo, aún estamos reunidos».

Y ya son las dos. Y sigo aquí. Es un vestíbulo bonito, espacioso, con mucha luz, con unos sofás cómodos y flores por todas partes. Pero, venga ya, ¿cuatro horas en el mismo sitio? Es una tortura mental.

Siento un extraño cansancio producido por las horas de expectación sin hacer nada. Noto un sabor tan amargo en la boca que debo de tener aliento gatuno. Me duele la cabeza, tengo la espalda agarrotada, he leído todas las revistas y periódicos dos veces y sería capaz de darle una patada a un cachorrito con tal de conseguir un vodka con hielo.

Y lo que es aún peor, mi móvil, que está en silencio, no para de avisarme de las llamadas perdidas de mi padre. En algún lugar de Nueva York mis padres me están buscando.

¿Por qué me ha dejado aquí tirada Lina? Debería irme. Es demasiado buena para decirme que estoy perdiendo el tiempo.

Vender Ruedas Flacas era un sueño irrealizable. No puedo quedarme aquí sentada todo el día. Tengo que hablar con mis padres, pedirles que me presten

dinero, devolverle el préstamo a Vic y tomar un vuelo con destino a una ciudad europea congelada. Estoy a punto de irme cuando...

—¡Pia! ¡Perdona! —Lina sale del ascensor con una sonrisa de oreja a oreja—. Acompáñame, te lo contaré todo de camino.

»He tenido una mañana horrible —dice cuando entramos en el ascensor—. Una reunión tras otra. Siento muchísimo haberte dejado sola tanto rato. Debías de estar muriéndote de aburrimiento.

—¡No, no, no pasa nada! ¡Estaba genial! —respondo, con el tono más alegre que soy capaz de fingir—. ¿Han ido bien las reuniones?

—Te estaba allanando el camino —responde.

—¿Cómo?

—Te lo explico ahora. —Me sonrío. Parece tranquila y emocionada a un tiempo, y consigue contagiarme su estado de ánimo. Es una líder natural. Tal vez esté a punto de entrar en batalla, pero no estoy sola.

Sigo a Lina por un pasillo flanqueado por despachos con paredes de cristal y con vistas a la ciudad. Es el lugar de trabajo más bonito que he visto jamás. Tiene paredes gris perla que transmiten calma y escritorios oscuros, relucientes y suaves, con una iluminación muy cálida. Nada que ver con la elegancia barata tipo Ikea de la agencia de relaciones públicas y la iluminación fría de los fluorescentes de todas esas agencias de colocación. Uau, parece que fue hace una eternidad.

Nos sentamos en una sala vacía. Tengo que hacer un gran esfuerzo para mantener la calma.

—Bueno —empieza Lina—, antes de contarte lo que he planeado, quiero que repasemos unas cuantas preguntas. De la mayoría de los temas ya hablamos ayer durante el brunch, pero quiero asegurarme de que no se me ha pasado nada por alto, así no tendrás dudas cuando hables con el jefe.

—Adelante —digo. ¿El jefe?

Lina coge su carpeta y una libreta y comienza a hablar. ¿Cuándo se me ocurrió la idea de montar Ruedas Flacas? ¿Cómo puse el proyecto en marcha? ¿Por qué creía que iba a funcionar? ¿Cuál fue el primer paso? ¿Cuál fue la inversión

inicial? ¿Cuáles son mis ingresos diarios? ¿Cómo ha evolucionado la idea? ¿Cómo me expandiría si pudiera? ¿Cómo se me ocurrieron las recetas? ¿Cómo ha evolucionado mi estrategia de redes sociales? («¿Mi qué? Ah, ¿lo de Twitter y eso?») ¿Qué resultados creo que estoy obteniendo en comparación con otros camiones de venta ambulante? ¿Qué es lo que hace que un camión de este tipo tenga éxito o fracase?

Tras una hora de interrogatorio, he recargado las pilas. Hablar de Ruedas Flacas y de cómo he logrado que el negocio funcione resulta muy emocionante, y recuerdo cuánto me gusta mi trabajo. De hecho, estoy bastante orgullosa de mí misma. Le muestro a Lina las fotografías que tomó Angie y le gustan mucho.

—Sé que solo llevo seis semanas en esto —digo—. Y que esta trayectoria de crecimiento no es sostenible. —Utilizo ese término que le he oído pronunciar a Lina hace poco y que yo misma he usado ya tres veces desde entonces. Debería parar ya—. Es decir, los beneficios aumentaron cuando empecé con los desayunos; es una comida extra y las tortitas tienen un coste de producción muy bajo, pero lo único que puedo hacer a partir de ahora es expandirme, en lo que se refiere a horarios, ofreciendo la cena, algo que es mucho más complicado en un camión tan viejo, sobre todo porque no me queda mucho espacio en las neveras. Pero podría ofrecer un servicio de entrega a oficinas y gimnasios. Podría contratar a gente que se vistiera como las cigarreras de antes para que pasearan por el mercado de agricultores de Union Square, por el mercadillo de Brooklyn o por Central Park vendiendo las ensaladas con las típicas bandejas.

—¡Vaya, para un poco! —dice Lina riendo.

—Y tengo ideas para otros tipos de camiones —continúo—. Comida italiana orgánica, desayunos durante todo el día...

—Tomé nota de todas ayer. —Lina asiente—. Son fantásticas.

Sonrío tanto que me duelen un poco las mejillas.

—Lo que de verdad te hace única —dice Lina mientras repasa sus notas— es que no eres una restauradora harta de todo que se dedica a esto como último recurso, y que tampoco eres una de esas personas que lleva toda la vida vendiendo comida en un camión. Eres una verdadera emprendedora, con toda la energía, el entusiasmo y la fe ciega propios de la juventud. Has visto una oportunidad y has ido directa a por ella. Creo que tienes un gran instinto, una ética de trabajo

extraordinaria y que, con el apoyo adecuado de un equipo para llevar a cabo la gestión del negocio, realmente podrías...

Hace una pausa, guarda silencio. Yo estoy tan emocionada que me cuesta respirar. ¿De verdad piensa todo eso... de mí? Pero, un momento, ¿qué acaba de decir? Que podría... ¿Que realmente podría qué?

—Lo mejor de todo es que eres auténtica —prosigue Lina—. También he estado siguiendo a la chica de Que Coman Polla, pero su comida ha recibido muy malas críticas porque era todo apariencia... Es el tipo de persona que podría hacer mucho daño a la industria de la venta ambulante de comida. Si la gente no confía en los camiones de comida, no comprarán nada.

—Es verdad. —Asiento con la cabeza. Me pregunto dónde estará Bianca. Esté donde esté, espero que se encuentre a salvo.

—Creo que probablemente ha llegado el momento de explicarlo todo —dice Lina—. Llevo varios meses buscando nuevas ideas de inversión. Me he centrado en nuevos negocios del mundo de la hostelería que estén buscando otras formas de enfocar «lo personal». Ya sabes: hoteles pequeños con un servicio verdaderamente personalizado, restaurantes y bares móviles o de temporada, experiencias diseñadas para nichos de mercado muy concretos, para gente que sabrá que eso está pensado solo para ellos y les encantará. A algunas personas siempre les gustarán los hoteles enormes de más de mil habitaciones, los restaurantes y clubes gigantes, pero hay mucha otra gente que ya no piensa así. Muchas personas buscan algo auténtico. Algo con lo que puedan establecer un vínculo emocional.

—Algo que resulte más real, como un amigo, más que una empresa —añado, continuando con su idea de forma casi inconsciente.

—¡Exacto! Esa es la forma perfecta de expresarlo —responde Lina, aparentemente encantada—. Esta mañana me he reunido con el equipo de dirección para analizar los otros proyectos. Y les he hablado de oportunidades de inversión más pequeñas, de cómo está cambiando el mercado, y les he preguntado si estarían dispuestos a evaluar una nueva propuesta hoy mismo. Ahora están cerrando todo lo demás, pero nos reuniremos con ellos a las cuatro. Vas a hacer una presentación sobre el negocio de los camiones de comida, debes centrarte en ideas de nicho, dirigidas a un público muy concreto y que tienen en cuenta las necesidades de la gente, como Ruedas Flacas, como la comida orgánica italiana, como el desayuno durante todo el día...

—Voy a ayudarte con la presentación ante la junta... ¿sobre los camiones de comida? —pregunto, con la boca repentinamente seca—. Para que... para que acepten financiar Ruedas Flacas, ¿o algo así?

—Algo así —contesta abriendo el portátil—. Bueno, anoche monté unas cuantas diapositivas de PowerPoint, así que ahora vamos a añadir esas fantásticas fotografías que ha hecho tu amiga. Tiene mucho talento.

—Sí, lo tiene, pero... Yo... ¿Voy a hacer una presentación? ¿Ante gente importante?

—Solo son ocho personas —dice Lina—. Y son muy simpáticas.

—¿Quiénes... quiénes son?

—El CEO, el COO, la CIO (la directora de inversiones y desarrollo, esa es la persona clave para ti, así que intenta impresionarla); el CFO, el vicepresidente de adquisiciones y desarrollo, el vicepresidente de conceptos y hostelería, y los vicepresidentes de hoteles y restaurantes respectivamente. —Ni siquiera sé qué significan la mayoría de los acrónimos—. Bueno, voy a buscar un par de cafés, ¿te apetece un *latte*? Genial.

Cuando Lina sale de la sala, me quedo paralizada, con la mirada perdida. Toda esa gente importante. Con toda esa experiencia, con toda esa sabiduría.

Y yo.

Tengo la boca tan seca que no puedo tragar; noto un peso que me oprime el pecho, como si me estuvieran aplastando. Oh, Dios mío, ¿por qué no los llaman ataques de dolor en lugar de ataques de pánico si resulta que hacen tanto daño?

Voy a vomitar.

Logro cruzar la sala justo a tiempo y vomito en una papelera. El café no sabe tan bien en sentido contrario. Escupo unos trozos de rosca que no había masticado muy bien y se deslizan por la bolsa de plástico que hay en la papelera. Puaj.

Me incorporo y tengo que hacer un gran esfuerzo para respirar hondo. No me derrumbaré. No dejaré que Lina piense que se ha equivocado al depositar su confianza en mí. No le fallaré.

Puedo hacerlo.

Cojo una botella de agua del bolso, me enjuago la boca y escupo en la papelera. Me disculpo mentalmente con la mujer de la limpieza que tendrá que limpiar esto, y me meto seis chicles en la boca.

Un poco más tarde, cuando vuelvo a estar en mi silla tratando de parecer serena, Lina regresa con los cafés.

—Bueno —dice—, vamos a preparar un sencillo guión para que puedas seguirlo, y cuando llegue el turno de preguntas te echaré una mano. Es fácil. Podrías hacerlo con los ojos cerrados, ¿verdad?

—Verdad. Manos a la obra.

Al cabo de menos de una hora me siento como si hubiera hecho un curso intensivo de Introducción a las Presentaciones de Negocios.

«Las manos quietas. Deja el bolígrafo.»

«Espalda recta. No te balancees como un marinero borracho.»

«Mira a todo el mundo a los ojos, uno a uno, de forma lenta y constante.»

«Demuestra confianza en ti misma y haz una pausa cuando lo necesites. No te precipites: todo el mundo está interesado en lo que vas a decirles.»

«Habla en voz alta... Pero no grites tanto.»

«Para de jugar con el pelo, distrae.»

«Demuestra más entusiasmo... Bueno, tampoco es cuestión de que parezcas una animadora.»

«Sonríe. Se supone que estás disfrutando... No tanto. Esto no es un concurso de belleza.»

Al principio es tan dura conmigo que casi me entran ganas de llorar. Pero no lo hago, claro. Sigo adelante. Incluso cuando tartamudeo, y cuando noto un pinchazo de ácido en el estómago, y cuando me hago un lío y acabo dejando las frases a medias, a pesar de todo, sigo adelante.

A las 15.50 Lina me dice los nombres y las descripciones de todos. Ken. Charlie. Judy. Louis. George. Cassandra. Gilbert. Jennifer. Es imposible que no me olvide de alguno. Entonces me lanza preguntas inesperadas y sumamente difíciles. Sus tácticas agresivas de entrenamiento funcionan: me vuelvo más dura y nunca me había sentido tan segura de mí misma. Parece un gran esfuerzo para un modesto camión de comida que quiere que financie su compañía. Pero no pienso quejarme.

Entonces nos ponemos de pie y subimos a la planta cuarenta y cuatro, a la gran sala de reuniones en la que, al parecer, ya nos esperan todos.

Lina entra en la sala en primer lugar, y yo la sigo.

He dicho «sala». «Anfiteatro» sería más adecuado.

Es cuatro veces más grande que la acogedora sala de reuniones en la que hemos ensayado y tiene una mesa para cincuenta personas. En una de las paredes hay una serie de vitrinas llenas de trofeos. El otro lado es una pared de cristal, desde el suelo hasta el techo, con vistas a Manhattan. Intento no quedarme boquiabierto ante ellas y me concentro para transmitir una imagen de seguridad.

Sentados en el otro extremo hay ocho hombres y mujeres, a los que están sirviendo café y galletas. Todos visten traje, tienen entre cuarenta y sesenta años, aunque los últimos tienen ese aspecto típico de la gran ciudad que implica que podrían tener ochenta, pero nunca te lo dirán y tú nunca se lo preguntarás.

—¡Buenas tardes a todos! —saluda Lina con un tono alegre.

Todos levantan la mirada, nos dirigen una fugaz sonrisa y siguen charlando mientras Lina prepara el portátil. Me inclino sobre el ordenador para que parezca que le estoy echando una mano.

—Acompáñame —dice Lina. La sigo hasta el otro extremo de la sala y me presenta al equipo.

Intento repetir los nombres cuando les doy la mano, uno a uno. Me concentro en mirarlos a los ojos y ofrecerles una sonrisa sincera, estrechándoles la mano con firmeza, tal y como me enseñó mi padre, por lo que al final los nombres me entran por un oído y me salen por el otro. Los dos únicos que recuerdo son Gilbert, el CEO, que parece impaciente e irritable pero tiene unos ojos castaños muy agradables, y Judy, la directora de inversiones, que tiene las manos heladas.

—¿Os parece que empezamos? —pregunta Lina.

—Por favor —responde Gilbert—. Ha sido un día muy largo. —Me mira—. Aunque eso no significa que no estemos fascinados, claro.

Claro, me dispongo a repetir, esbozando la mejor de mis sonrisas, pero me quedo sin voz. Estoy muda, afónica, no tengo cuerdas vocales. Oh, Dios. Ahora no.

—Gracias a todos por venir, sé que estáis aquí desde las ocho de la mañana, pero creo que va a ser una reunión muy interesante —dice Lina, que se dirige al otro extremo de la mesa. Me mira y da unos golpecitos a la silla que tiene frente a ella.

Me dirijo hacia ella a toda prisa y me siento. Mi silla choca contra la mesa y hace un fuerte ruido. Quiero decir que lo siento, pero aún no he recuperado la voz. Entonces noto las palpitations en el pecho. Oh, Dios, otro ataque de pánico no...

—Los camiones de comida son algo más que una moda. Son el futuro de la venta de comida. Año tras año, la industria crece con unos porcentajes de doble dígito... —Intento calmarme mientras Lina habla.

«Por favor, oh, Dios, por favor, tengo que recuperar la voz, no puedo vomitar otra vez, por favor, ayúdame, no quiero decepcionar a Lina y a las chicas...»

Lina va por la mitad de su discurso.

—Con una inversión de unos diez mil dólares, Pia ha logrado convertir un camión rosa pálido en un fenómeno gastronómico en tan solo seis semanas. Atiende a mil doscientos clientes a diario y se ha estancado en esa cifra porque el camión no puede almacenar más comida, a menos que un helicóptero le lance los suministros al techo...

Todos se ríen y yo abro la boca para hacerlo, pero sigo sin voz. «Venga, voz, vuelve...»

—Y ahora, me gustaría que Pia nos hablara un poco de ello con sus propias palabras. ¿Pia?

Sonrío y me pongo de pie, pero vuelco la silla.

—Yo la cojo —se apresura a decir Lina—. Tú empieza.

Sonrío y obedezco. Ocupo mi lugar en la cabecera de la mesa, que se extiende ante mí como un campo de fútbol americano, inconcebiblemente vasto. No puedo alzar tanto la voz. No puedo hacerlo.

—Venga, Pia —dice Lina para darme ánimos.

La miro, angustiada. Me ha dado una oportunidad y voy a decepcionarla.

—Yo...

Mi voz no es más que un leve gemido. Se hace el silencio en la sala. Un silencio absoluto, horroroso, que me revuelve las entrañas.

—¡Hable! —dice Gilbert.

Oh, por favor, oh, por favor, tengo que recuperar la voz. No he llegado tan lejos para fracasar ahora. Y si Lina cree en mí, y todas mis amigas creen en mí, entonces ha llegado la hora de que yo también crea en mí. Puedo hacerlo. Puedo hacerlo de verdad.

—Me llamo Pia Keller y tengo veintidós años.

Veo que Gilbert se inclina hacia delante para oírme mejor. Sonrío y levanto la voz, hablando desde el centro de mi ser, tal y como me ha dicho Lina que haga.

—Me licencié en Brown hace unos meses y de inmediato fui dolorosamente consciente, como toda la gente de mi entorno, de que no era apta para trabajar en absoluto.

Los directivos sentados en el otro extremo de la mesa sueltan una risita.

—Nadie quiere darte trabajo cuando no tienes experiencia, y no puedes conseguir experiencia sin un trabajo. Es la paradoja de cualquier licenciado. Cuando crees que te has pasado la vida ganándote el derecho a que te traten como un adulto, es duro darte cuenta de que el mundo de fuera no lo ve del mismo modo.

Hago una pausa. Todos me están prestando atención. Hablo con voz firme y me siento completamente tranquila.

—Pero necesitaba un trabajo. Necesitaba ganar dinero. Necesitaba pagar el alquiler, comprar comida, sentirme bien conmigo misma, tener un objetivo y esforzarme para conseguirlo. En eso consiste la lucha que todos emprendemos después de la universidad: en encontrar una vida que valga la pena y en hacerla nuestra.

Judy asiente. Es una buena señal, y por un segundo pierdo el hilo de mis

pensamientos. Me aclaro la garganta.

—Y yo quería... bueno, esperaba lograrlo en un trabajo que me apasionara y que pudiera hacer mío. Entonces me di cuenta de que la industria de los camiones de comida de Nueva York parecía una forma directa de ganar dinero. Lo único que necesitas es un camión y una idea. De modo que compré el camión. Y tenía una idea.

Hago una pausa de nuevo. Todo el mundo me mira, nadie está distraído, nadie consulta su iPhone.

—Ruedas Flacas es para todos los neoyorquinos que están muy ocupados y quieren una comida deliciosa, rápida y que los sacie, sin acumularse en sus cinturas. —Gracias a Dios que no he dicho «culos». Carraspeo y sonrío—. Todas mis amigas acaban de conseguir su primer trabajo y se encuentran en lo más bajo del escalafón. No pueden permitirse el lujo de gastarse cuarenta dólares y perder una hora para ir a comer a un restaurante, y no quieren un bocadillo cuyos hidratos de carbono las dejen groguis, ni comida rápida que las haga engordar. Quieren algo delicioso y nutritivo que las llene y les proporcione energía, para que no les dé un ataque de hambre a media tarde y se zampen una galleta o seis.

Gilbert asiente. Judy acaba de dejar la galleta que estaba a punto de comerse. Ups.

—Obviamente no me refiero solo a la gente que se preocupa por su peso: no es necesario que la gente esté a dieta para cuidar lo que come. Comer bien es una forma de vida... o debería serlo.

Lina pasa las fotografías que Angie sacó ayer. Dios, son geniales. Respiro lentamente y sigo hablando.

—De modo que compré un camión de comida muy viejo. Se llama Toto, tiene más óxido que metal y es precioso.

—Me recuerda a una vieja Kombi que tuve en la universidad —dice Louis, o George, no recuerdo cómo se llama.

—Empecé con dos ensaladas ricas en proteínas, sin azúcar ni trigo, con un índice glucémico bajo. Ensaladas muy sabrosas y crujientes, y grasas inteligentes, como almendras y aguacate. También preparé postres bajos en azúcar y en grasa, y al cabo de dos semanas empecé a preparar desayunos con tortitas bajas en grasas y

sin gluten. Creé una cuenta de twitter y otra de facebook. .. —No dejo de hablar, pero me doy cuenta de que se están distrayendo, por lo que tengo que sorprenderlos con algo, al menos eso es lo que me ha dicho Lina.

»La mayor revelación de estas últimas seis semanas ha sido la siguiente. — Hago una pausa para asegurarme de que me prestan toda su atención—. El camión de comida es en sí mismo el mejor anuncio del negocio. Lo conduces de un lado para otro cuando te trasladas a los distintos puntos de venta, la gente te ve y se acuerda de ti. Tuiteas o actualizas tu estado con el lugar en el que te encuentras, la gente te sigue y lo retuitea. Vendes comida, la gente se lo cuenta a sus amigos o la comparte en el almuerzo... Todo lo que haces aumenta tu base de clientes potenciales, todos tus clientes son tus seguidores, cada vez que vas a algún lado te estás dando publicidad a ti mismo. Yo no tenía el tiempo ni el dinero ni el conocimiento para invertir en publicidad, pero no ha importado. Los camiones de comida requieren una inversión baja y aportan grandes beneficios si estás dispuesto a hacer todo lo necesario para ofrecer la mejor comida posible... Y realmente es así de sencillo.

Dirijo la mirada al otro extremo de la mesa y veo que Judy anota algo en la libreta y se lo muestra al tipo de la derecha. Creo que él era el CFO, no lo recuerdo, oh, Dios, deben de estar muertos de aburrimiento. Mi confianza se viene abajo. ¿Qué iba a decir ahora? No lo recuerdo.

—Bueno, Pia, háganos de tus otras ideas para camiones de comida —me propone Lina con una sonrisa.

—Esto... Ah, sí —digo, y empiezo a hablar de la comida italiana orgánica, del Una Comida Crece en Brooklyn, de las fiambreras para los almuerzos, y de mi idea de los desayunos durante todo el día. Esto llama la atención de Mike: asiente y sonrío—. Hay muchos camiones de un tipo de comida concreta o de postres gourmet. Lo que no hay, al menos aún, son camiones que llenen el hueco existente entre sentirse bien, tener buen aspecto y hacerlo bien.

Me siento, casi con un jadeo de alivio y el corazón desbocado. ¡Lo he hecho! ¡He hablado en público sin flipar! ¡Lo he clavado!

Lina toma la palabra.

—Con Ruedas Flacas Pia ha creado una marca muy sencilla, y la gente real ha reaccionado a ella de inmediato. Nuestras vidas son complicadas, y hasta la

elección de la comida parece cargada de repercusiones nutricionales, económicas, éticas e incluso morales. Pero los camiones de comida son sencillos. Los camiones de comida nos hacen la vida un poco más fácil, un poco más real. Nos ofrecen comida que amamos. Y si resulta que esa comida también nos ama, pues... la conclusión es evidente.

—Espero que no te hayas vuelto antirrestaurantes, Lina —suelta uno de los tipos, creo que es Charlie, y todos se ríen.

—Claro que no. —Uau, Lina tiene una sonrisa de acero cuando quiere—. Estoy buscando nuevas fuentes de ingresos que puedan promocionar nuestra marca de un modo único e innovador.

Gilbert asiente y Lina guarda silencio durante varios segundos.

—Todas las grandes ideas necesitan un toque mágico. Y Pia lo ha encontrado con Ruedas Flacas. Y creemos que tiene la inteligencia y el talento para hacerlo una y otra vez.

Tengo la mirada fija en la mesa e intento disimular lo emocionada y avergonzada que estoy, pero no puedo evitar lanzar una mirada a Lina mientras habla. Me dedica una sonrisa radiante.

Se aclara la garganta.

—Voy a haceros un rápido resumen de los datos económicos...

Habla del RI (por fin he averiguado qué significa: «rendimiento de las inversiones») y de la ventaja diferencial (es decir, lo que diferencia Ruedas Flacas de los demás camiones de comida), del dinero que ha ganado Ruedas Flacas, de todo el dinero que podría ganar si tuviera una cadena de producción más ágil y racional, y de todas esas cosas.

—No vamos a reteneros mucho más tiempo —dice Lina.

En el otro extremo de la mesa, Gilbert no para de estirarse, inquieto. Parece que está de mal humor. Seguro que ha tomado muchos hidratos de carbono para comer y ahora tiene un bajón de azúcar.

Lina carraspea.

—Lo que convierte un buen camión de comida en algo genial es la personalidad de quien lo gestiona. Cualquier restaurante grande podría vender comida en un camión. Pero los consumidores establecen un vínculo con la persona que lo dirige. La gente reacciona a Pia, no solo a la comida. La pasión y la visión de Pia son la clave de su éxito.

Me sonrojo. ¿Lo son?

Lina prosigue:

—Propongo que respaldemos a Pia para que ponga en marcha tres camiones de Ruedas Flacas en la zona de Nueva York, y una vez que estén funcionando, que llevemos a la práctica las ideas de la comida italiana orgánica y del desayuno todo el día, para exportar las marcas a Chicago, Boston, San Francisco y Los Ángeles.

¿Qué?

—Lo entiendo —dice Gilbert—. ¿Cuánto tiempo calculas que necesitarás?

—El problema de estas iniciativas siempre es encontrar al personal adecuado, algo en lo que nosotros hemos tenido mucha suerte. Con Pia al mando, trabajando con un reducido equipo de gente de confianza que conduzca y venda el producto, y con el respaldo a lo largo de todo el proceso de la dirección de Carus y de los equipos de apoyo, podemos empezar enseguida. Proponemos realizar una inversión en Ruedas Flacas y expandirnos de inmediato. Un imperio de camiones de comida en doce meses. Es la iniciativa Carus perfecta: es rápida, innovadora, centrada en la gente y tiene alma.

Gracias a Dios que estoy sentada, si no me habría caído redonda. ¿Yo al mando de todo? ¿De dónde ha salido esa idea?

—Vamos a tener que analizarlo —contesta Gilbert, que intercambia miradas con Judy.

—Debería añadir que Pia ha tenido otra oferta y que ha prometido darles una respuesta a lo largo del día —añade Lina con calma—. De ahí las prisas. No quería perder esta oportunidad única de entrar pisando fuerte en un negocio que sabemos que ofrecerá unos enormes dividendos y que añadirá un gran valor a nuestra marca.

—De acuerdo —repite Gilbert con brusquedad. Está claro que no le gusta

que le den un ultimátum—. Gracias.

Nos ponemos de pie y, siguiendo a Lina, me dirijo al otro extremo de la mesa de reuniones y vuelvo a estrecharles la mano a todos. Y me aseguro de mirarlos a los ojos y de ofrecerles una sonrisa sincera que refleje seguridad en mí misma.

—Gracias por venir —dice Gilbert. No soy capaz de interpretarlo. ¿Está impresionado? ¿Se ha quedado indiferente? Tiene la misma mirada amable que al principio, pero su rostro no delata nada. Supongo que por eso es el CEO. Maldita sea.

—Enhorabuena —me felicita Judy, la de las manos heladas—. Ha sido muy interesante.

Salgo de la sala de reuniones, finjo que choco los cinco conmigo misma, con un gesto discreto y que nadie ve. Me vuelvo hacia Lina. Parece tan contenta como yo.

—¡Todavía no cantes victoria! ¡A mi despacho! —murmura.

La sigo obedientemente hasta el ascensor y luego vamos a su despacho.

Es pequeño, pero tiene buenas vistas de Manhattan y el escritorio está limpio y despejado. Cuando cierra la puerta ambas sonreímos con cara de locas. Me dan ganas de ponerme a saltar.

—Lo has hecho muy bien —dice Lina.

—¿En serio? ¿De verdad?

Sé que me ha salido bien, pero quiero más halagos.

—Ha sido excelente —me asegura—. He visto a Gilbert irse en medio de una reunión cuando se aburría. Finge que lo llaman por teléfono y no vuelve.

—¡Gracias! Oh, Dios mío... No tenía ni idea de todo lo que planeabas...

—No quería agobiarte —confiesa, entre risas—. Los nervios pueden arruinar hasta la presentación mejor preparada.

—Sin duda —respondo.

De repente me doy cuenta de que el ácido del estómago ha desaparecido. Acabo de hacer una presentación ante un grupo de gente importante, ante unos desconocidos que son unos absolutos expertos en la materia. No he vuelto a quedarme sin voz y no he dicho ninguna tontería. La he clavado.

Estoy tan contenta que tengo la sensación de que irradio alegría.

—Mira, deberías volver a casa —me dice Lina—. Yo esperaré aquí, tengo que hacer unas llamadas relacionadas con otros proyectos. Pero creo que Gilbert me llamará más pronto que tarde.

—De acuerdo —contesto. De pronto me siento ligeramente desilusionada. ¿Ya está?

—Tranquila. —Me mira a los ojos—. Tengo un buen presentimiento. Tú no apagues el teléfono. Hablaremos dentro de poco.

Al salir a la calle, miro a toda la gente que camina apresuradamente a mi alrededor y no puedo contener una sonrisa. Soy una de vosotros. He tenido una reunión de negocios. Este es mi sitio. Nueva York es mía.

Me suena el móvil: Julia. Sonrío para mí. Me muero de ganas de contarle lo que ha pasado.

—¡Jumanji!

—¡Pia! —dice Julia con voz alegre.

—¡La inconfundible! —respondo con la misma alegría—. ¡He tenido un día tan fantástico que no te lo vas a creer!

—¡Tus padres están aquí!

Oh, Dios mío, ¿cómo diablos me han encontrado? ¿Cómo han encontrado Rookhaven?

—¡Sorpresa! —Hace una pausa, como si me hubiera oído—. Ah, vale, genial. Estamos todas aquí con ellos en Rookhaven, así que ven para aquí, te están esperando. ¡Adiós!

Cuelga antes de que haya podido decir una palabra.

Me detengo. Los pensamientos se agolpan en mi cabeza. Mis padres. Mis padres, que han venido para obligarme a marcharme de Brooklyn. Y ahora tengo que volver a casa y enfrentarme a ellos.

Cuando entro por la puerta de casa, Madeleine, Julia, Coco y Angie están sentadas con gesto nervioso en el salón. Al igual que mis padres.

Resulta extraño, es más, diría que está hasta mal, verlos en esta casa. Este es mi sitio. No deberían estar aquí. Mi madre juguetea con sus anillos en un sofá, y mi padre se encuentra en el otro hablando con Angie, que tiene cara de sentirse muy incómoda. Probablemente la está interrogando acerca de las últimas decisiones que ha tomado en lo relativo a su futuro profesional.

—¿Cómo habéis averiguado dónde estaba? —Mi voz es tan baja que parece esconderse en las profundidades de mi cuerpo.

—Pia —dice mi padre, con la voz profunda y el tono recriminatorio que tanto solía asustarme—. Llevo todo el día intentando ponerme en contacto contigo.

—Estaba ocupada —susurro—. Trabajando.

—¿Qué? Habla más alto.

—¡Trabajando! —Jesús, ¿cómo es posible que todavía me hagan sentir así?—. Estaba trabajando.

Esboza una sonrisa irónica para sí... ¡Oh, la incredulidad sarcástica de una expresión facial!

—Ya tienes un trabajo de verdad. En Zúrich. Puedes trabajar de secretaria para nuestro vecino, un banquero de UBS. Venga, ve a hacer las maletas.

—No. —Es un acto reflejo.

—Ya basta. No puedes quedarte aquí.

Niego con la cabeza, intentando mantener el tono todo lo tranquilo que puedo.

—Mi vida está aquí.

Mi voz suena patéticamente infantil incluso para mí.

Me doy cuenta de que las cabezas de las chicas siguen la conversación como si se tratara de un partido de tenis.

—¿Qué vida? ¿De fiesta toda la noche? ¿Durmiendo de día? —tercia mi madre desde el otro sofá.

—Tengo un trabajo —insisto, sin hacerle caso—. Estoy ganando dinero.

—Sí, eso hemos oído —dice mi padre—. Un puesto de venta de limonada con ínfulas. Eso no es un trabajo de verdad.

—Es un camión de comida —replico—. Y tiene éxito. No sabéis de qué estáis hablando.

Mi madre palidece ligeramente y veo las arrugas de ira que surcan el rostro de mi padre. Sin embargo, antes de que pueda añadir algo, me suena el móvil. Lo miro: es Lina.

—Tengo que cogerlo —digo. Oh, por favor, oh, por favor, que sean buenas noticias.

—¿Cómo te atreves...? —me espeta mi padre, pero es demasiado tarde: ya he salido del salón.

—¡Eh, hola, Lina! —saludo, con tono de seguridad, lo más profesional posible.

—Hola, Pia —dice.

Suena muy seria. Oh, Dios, he fracasado, se ha acabado, es imposible que Ruedas Flacas sea un éxito jamás, Lina se equivocó, voy a tener que pedirles el dinero de Vic a mis padres.

Entonces carraspea.

—Pia, nos gustaría ofrecerte oficialmente un cargo aquí, en Carus International, en una nueva división que vamos a llamar Comida sobre Ruedas. Tu

cargo oficial será el de directora de nuevos proyectos, estarás bajo mis órdenes y tu sueldo inicial será de setenta y cinco mil dólares. También queremos ofrecerte cuarenta mil dólares por una participación del cincuenta por ciento de Ruedas Flacas, y a cambio te ayudaremos a expandirlo, con un límite de quinientos mil dólares el primer año.

Se me escapa un hipido de la impresión.

—Bueno, esa cifra incluye los camiones adicionales y los permisos, el equipamiento necesario para los vehículos y la contratación del personal, así que será un poco ajustado. Bastante ajustado. Pero te apoyaremos en todo lo que necesites: cocinas, preparación de alimentos, almacenamiento, estrategia de gestión...

Me pongo a dar saltos sin moverme del sitio, aunque soy incapaz de pronunciar una sola palabra. Lina hace una pausa.

—Espero que estés interesada en el proyecto. Pensamos que es el momento adecuado para invertir en algo pequeño y real que crecerá de forma natural. Y creemos que eres la persona adecuada para encargarte de él. Judy y Gilbert se han mostrado muy impresionados con tu entrega y tu pasión.

—Yo... Gracias... —Los pensamientos se agolpan en mi cabeza. No puedo asimilarlo todo—. Gracias, Lina...

—Dentro de seis meses, nos gustaría que pusieras en marcha el camión de comida italiana orgánica o el de desayunos, dependiendo de cuál se demuestre más viable en los grupos de discusión —dice—. Te echaré una mano con eso. Mientras tanto... es tu bebé.

Lina hace una pausa, pero antes de que yo pueda decir algo, baja la voz.

—Comprendo que tal vez quieras seguir por tu cuenta, Pia, es un negocio fantástico y lo entiendo. Sé que el mundo empresarial puede arruinar las ideas pequeñas y perfectas, aunque estoy convencida de que no sería el caso. Pero si quieres averiguar hasta dónde puedes llegar, Carus International es el lugar adecuado. No estarás atada a un escritorio, aunque tendrás uno aquí, claro, y gozarás de autonomía en el día a día.

—¡Sí! —exclamo—. ¡Sí! ¡Por favor! ¡Gracias, Lina, sí! ¡Sí!

—¡Oh, genial! —Percibo la sonrisa en su voz—. ¡Me alegro tanto de que hayas aceptado! ¿Puedes venir mañana a las nueve para que lo repasemos todo?

—Sí —respondo—. Sin duda. Allí estaré. Gracias. ¡Muchísimas gracias!

Cuelgo y, casi aturdida, regreso al salón.

Choco de inmediato contra un muro de tensión silenciosa. No sé por qué siguen aquí las chicas. Quiero decir que, demonios, no son sus padres. Supongo que es ese extraño control que mi padre es capaz de ejercer en una situación.

—No puedes dejarnos plantados sin más, jovencita —dice mi padre.

—Acaban de ofrecerme cuarenta mil dólares por la mitad del negocio que empecé hace seis semanas —respondo en voz baja.

—¿Qué? Habla más alto —me espeta mi padre.

—Me han ofrecido cuarenta mil dólares por el cincuenta por ciento del negocio que empecé hace seis semanas. —Mi tono al fin es firme y seguro, aunque me siento muy relajada. De hecho, no estoy nerviosa ni preocupada, ni intimidada en lo más mínimo. Soy yo misma—. Y me han ofrecido un puesto de trabajo fijo en Carus International. Van a ayudarme a expandir mi idea de negocio.

—¡Genial! —chilla Julia, y las demás estallan en gritos y aplausos.

Mis padres ni se inmutan.

Me vuelvo hacia ellos.

—Mirad, lo siento, de verdad. Sé que he abusado de vuestra confianza y que os he decepcionado muchas veces. Pero ahora soy una adulta. Ya no tenéis que preocuparos por mí.

—Te hemos reservado una habitación en el Carlyle. —Mi padre ya no parece tan seguro de sí mismo—. Y mañana por la noche te vienes con nosotros.

—No —replico con rotundidad—. No voy a volver. Me quedo aquí. Tengo un trabajo. Tengo una vida. Esta es mi casa.

Mi padre se pone en pie y se vuelve hacia mi madre, que sigue mirándome,

confundida.

—Vas a venir con nosotros —insiste.

—No, no voy a ir —digo—. Y ahora, si me perdonáis, tengo algo que celebrar.

Mi madre se levanta y, algo incómodos, ambos se dirigen hacia la puerta. Me levanto para seguirlos, más por un deseo de asegurarme de que se vayan que por educación. Cuando abren la puerta mi padre se vuelve.

—Si todo eso es cierto, entonces... bien hecho.

Y luego se van, y yo me veo engullida por una marea de chicas que gritan y vitorean.

—¡No me puedo creer que lo hayas logrado!

—¡Yo siempre he sabido que lo conseguirías!

—¡Estoy tan orgullosa de ti!

—¡Me alegro tanto por ti!

—Traedme una botella de vino —digo—. Vamos a celebrarlo.

Al cabo de un rato, la botella de vino ya está abierta y nos hemos sentado en torno a la mesa de la cocina.

—¡Por Pia! —grita Julia levantando la copa.

—¡Por mí! —exclamo—. Y por vosotras, por daros cuenta de que podía hacer algo con Ruedas Flacas, ¡y por ayudarme a hacerlo!

—¡Sí! —gritan todas.

—¡Por nosotras! —exclama Coco.

—No sé qué habría hecho sin vosotras —añado—. Y siento mucho que mis padres hayan aparecido aquí de improvisa, por cierto. Me pregunto cómo me habrán encontrado.

—Benny, tu jefe de la agencia de relaciones públicas —contesta Angie al tiempo que coge una baraja de cartas del centro de la mesa—. Tenía tu dirección para enviarte los cheques.

—Claro. Bueno, tarde o temprano tenía que enfrentarme a ellos... —Hago una pausa, pensativa. Ojalá hubiera acabado mejor. Ojalá me hubiera ganado su respeto en lugar de verme obligada a exigirlo. Pero tal vez no sea posible reparar una relación en un solo día.

—Bueno, así que directora de nuevos proyectos —dice Julia—. ¿Cuál será tu primer objetivo?

—Acabarme la copa de vino. Luego voy a fumarme un cigarrillo.

Julia y Madeleine emiten sonidos de desaprobación y Angie grita: —¡Uuuh!

—Y voy a llamar a Jonah para darle la noticia. Luego le presentaré a Lina a Phil y a Lara para que puedan hablar de Una Comida Crece en Brooklyn, a ver cómo podemos comprarles la idea para adaptarla y poder lanzarla nosotros. Es un proyecto fantástico y merece otra oportunidad —añado—. Y luego construiré el mejor pequeño imperio de camiones de comida de la ciudad de Nueva York.

—Brindo por ello —dice Julia—. Por la construcción de imperios.

—¡Por la construcción de imperios! —exclamamos todas al unísono y entrechocamos las copas.

Angie me tira el corcho.

—Eh, estoy muy orgullosa de ti. ¿Lo he mencionado?

—No ha salido todo como esperaba y sin embargo... Es casi perfecto. El Bartolo's, Jonah, Bianca, Cosmo, Vic, Lina, incluso la cárcel... Todo ha ocurrido por algún motivo.

—Has corrido un montón de riesgos —dice Angie, que mezcla las cartas con gesto pensativo—. Tal vez sea ese el secreto de tu éxito.

—Es lo que me dijo Marie que hiciera —contesto—. Correr riesgos.

—Por Marie —dice Julia.

Todas levantamos la copa de vino.

—Por Marie.

Tomo otro sorbo de vino.

—También me dijo que sobreviviría con mis amigos y mi familia... Esas sois vosotras. Sois mis amigas y ahora también mi familia. Siempre podemos contar las unas con las otras. —Hago una pausa—. Eso ha sonado seriamente estúpido.

—Bueno, ¿ahora vas a llamar a Aidan o qué? —me pregunta Julia.

—¿Alguien quiere más vino? —replico.

—¿Por qué cambias de tema? —repone Julia.

—¿Por qué no respondes a la pregunta? —insiste Maddy.

Se hace el silencio. Todas me miran fijamente, con los brazos cruzados. Saco su tarjeta de mi bolso. «Aidan Carr.» La miro durante unos segundos y suspiro.

—Sé que no has dejado de pensar en él —dice Julia—, porque pones cara de estar en las nubes.

—¿En las nubes?

—Es verdad —dice Angie—. Pareces algo retrasada.

Le tiro el tapón de corcho de vuelta.

—¡Llámallo! —suelta Coco—. ¿Qué puedes perder?

—¿La dignidad?

—Eso lo perdiste hace mucho tiempo —replica Angie.

—Sé sincera —dice Madeleine—. ¿Quieres llamarlo?

—Sí, quiero hacerlo, pero...

—Pero ¡nada! —grita Coco. Carraspea tímidamente—. He gritado más de lo que quería. Perdón.

—Saldría mal, acabaría rechazándome.

—¿Por qué dices eso? —pregunta Madeleine—. Ningún tío en su sano juicio te rechazaría.

—No quiero... bueno, ya sabéis, ponerme en evidencia. No puedo correr el riesgo.

—Pero ¿no acabas de hablar de eso justamente? —dice Julia—. ¿De correr riesgos?

—¿Qué es lo peor que puede pasar? —añade Coco.

—¿Que alguien pierda un dedo y acabe detrás del sofá?

—Por favor, no habléis del dedo. —Julia parece mareada.

—Sometámoslo a votación —propone Coco—. ¿Quién vota a favor de que Pia le llame?

Madeleine y Julia levantan la mano.

—¡Nosotras!

—Sí, venga, échale un par y llámale —dice Angie.

—Si no llamas a Aidan voy a ponerme a llorar —me amenaza Julia.

—Pues ve almacenando pañuelos, encanto, porque eso no va a pasar.

—¿Y si lanzamos una moneda? —propone Angie.

Julia se saca una moneda del bolsillo, la tira y la atrapa bajo la palma de la mano.

—Elige, Pia.

Me lo pienso un segundo.

—Cruz.

Julia retira la mano y mira.

—Chúpate esa. Vas a llamarle.

Ha pasado una hora y aún no he llamado a Aidan.

En lugar de eso, estoy tumbada en la cama, todavía completamente vestida, reflexionando acerca de todo lo que ha ocurrido.

Lo he conseguido.

He creado un negocio de éxito de la nada, lo he vendido, he ganado dinero, he conseguido un trabajo que sé que me va a encantar y he salvado mi casa y la de la gente a la que quiero.

Y esto es solo el principio. Me siento como si pudiera hacer cualquier cosa. Sé cómo luchar por lo que creo, confío en mi instinto y sé lo que me importa de verdad.

No me puedo creer que vaya a decir esto, pero... me encanta mi vida.

Entonces suena el teléfono. Es un número que no tengo en la agenda.

—Pia al habla.

—Pia, soy tu madre.

Me pongo tensa. ¿Qué quiere?

Se aclara la garganta.

—Aprovecho que tu padre ha salido para hacerte una llamada rápida y decirte... que estoy muy orgullosa de ti.

—Gracias —balbuceo. Es la primera vez que me lo dice.

—No le digas a tu padre que te he llamado. Ya sabes cómo es.

—No lo haré.

—Te quiero —dice, y cuelga.

Hacía años que no me decía que me quería, desde que era pequeña y añoraba mi casa y lloraba al teléfono cuando hablaba con ella desde mi primer internado. Y nunca, jamás me ha dicho que está orgullosa de mí.

Uau, echo de menos a mi madre.

Durante unos segundos desearía poder regresar al pasado, a la época en que tenía seis años y podía sentarme en su regazo y pedirle que me leyera un cuento, cuando ella me abrazaba y me transmitía una sensación de seguridad.

Me comprometo a llamarla la semana que viene solo para hablar con ella. Si quiero tener una buena relación con mi madre en el futuro, tengo que hacer el esfuerzo.

Entonces vuelve a sonar mi móvil. Es otro número desconocido. ¿Otra vez mi madre?

—¿Diga?

—Pia, soy yo. —Es mi padre. El corazón me late con tanta fuerza que siento algo raro en el pecho. ¿Qué quiere?

—Hola.

—Tu madre no sabe que te estoy llamando, así que no puedo entretenerme mucho. —Carraspea—. Pia, estoy muy impresionado con todo lo que has logrado en los últimos dos meses. He estado buscando información sobre Carus International y he buscado tu camión de comida en internet... Enhorabuena.

—Gracias —respondo tras una pausa. ¿De verdad está pasando todo esto? ¿Y acaba de decir que ha buscado algo en internet?

—Has logrado algo importante —dice. Habla con una voz muy cálida y relajada que no le he oído desde hace años—. Solo quiero decirte que espero que estés disfrutando de esto. Construir algo, lograr que tenga éxito... Sé lo emocionante y satisfactorio que es.

—Disfrutaré, disfruto, sí es... —balbuceo. Me he quedado pasmada.

—Disfruta hasta el último segundo, *schatzi*.

—Sí, papá. Lo haré... Ya lo hago.

No me llama *schatzi* desde que tenía diez años. Significa «cariño». Se me forma un nudo en la garganta.

—Bueno, adiós. Te llamaremos el domingo.

Y cuelga.

Me quedo mirando el teléfono, paralizada por la sorpresa.

Entonces, casi sin pensarlo, cojo la tarjeta de Aidan y me tumbo de nuevo en la cama. La miro durante unos minutos.

«Aidan Carr.»

¿Debería llamarlo?

Motivos para hacerlo: porque me gusta, de verdad, como no me ha gustado nadie desde hace años. Quizá nunca.

Motivos para no hacerlo: porque jodí la cita. Porque en cuestiones amorosas no me siento tan segura como en todo lo relacionado con Ruedas Flacas. Porque saldrá mal. Porque siempre sale mal. Porque creo que me gusta más la idea que me he formado de él que la realidad. Porque ni siquiera sé si seré capaz de mantener una relación de verdad. Porque no quiero que vuelvan a rechazarme. Porque es demasiado difícil. Porque me da miedo asumir riesgos.

Con manos temblorosas —¡oh, tópico de los tópicos!—, marco su número.

Empieza a sonar. Creo que se me va a salir el corazón por la garganta. ¡Dios! ¿Por qué llamar a un tío puede llegar a ser incluso más desquiciante que hacer una presentación en una sala llena de altos ejecutivos?

—¿Hola?

—Hola... eh... ¿Aidan? Eh... soy Pia —digo intentando que mi voz suene profunda y tranquila.

—Hum... ¿Pia... Pia?

Creo percibir una sonrisa en su tono.

—¿La chica que apretó el botón de expulsar y arruinó una velada por lo demás genial? ¿Hace unas dos semanas?

—Ah, esa Pia. Bueno, ¿cómo te va?

—Muy bien, gracias —contesto—. De hecho, yo... solo...

quería llamarte para disculparme por comportarme como una chalada en la cena. No era yo. Me encontré con alguien a quien conocía y se me cruzaron los cables.

—No tienes por qué disculparte —se apresura a decir—. Yo siento haberte gritado. No tenía ningún derecho a hacerlo. No sé qué me pasó. Llevo arrepintiéndome desde el momento en que ocurrió.

Ambos hacemos una pausa.

—Me preguntaba si podríamos repetir la segunda mitad de la cena —digo, con un nudo en la garganta.

—Preferiría no hacerlo —contesta Aidan.

Se me para el corazón un segundo. De repente me invade la vergüenza. Lo sabía. Sabía que me rechazarían otra vez.

Entonces Aidan carraspea.

—Preferiría volver a verte y ya está. Sin explicaciones, sin segundas tomas. Solo... más.

Me levanto de la cama de un salto y alzo el puño en el aire varias veces. ¡Sí!

—Bien, es una buena noticia —digo intentando mantener la calma.

—¿Qué estás haciendo ahora mismo?

—No... no se me ocurre nada interesante que decir. —Tengo la mente en

blanco y no puedo dejar de sonreír.

—Vives en Union Street, ¿verdad? ¿Un poco más arriba de Smith? Voy a salir con mi perro, Ziggy, a dar un paseo. Podría pasar en... digamos... siete minutos.

—Te estaré esperando en las escaleras —contesto.

Colgamos.

Al instante grito a pleno pulmón, sabiendo que llamaré la atención de todo el mundo. Al cabo de unos segundos las tengo a todas en la puerta de mi habitación.

—¿Qué demonios pasa?

—Aidan. Le he llamado. Viene. Aquí. Siete minutos. Ayuda.

Gracias a Dios que las tengo a ellas: en un abrir y cerrar de ojos Coco ha vuelto con cepillo de dientes y algo de pasta, Angie se encuentra de pie delante de mi armario arrojando ropa y zapatos por la habitación, y Madeleine me está cepillando el pelo.

—A mí esto del acicalamiento no se me da bien. —Julia está sentada en la cama, tranquilamente, con la copa de vino todavía en la mano—. Te daré apoyo moral.

—¡Tú vigila la calle! Busca a un chico con un perro.

—Un chico con un perro, hecho —dice, y se acerca a la ventana saltando por encima de la cama.

Me pongo colorete y desodorante mientras me cepillo los dientes, me enjuago cuidadosamente y escupo en un vaso de agua que también me ha ofrecido Coco, tiro al suelo la ropa de la reunión de negocios y me pongo mis vaqueros más sexis y una blusa, una chaqueta y un gran pañuelo.

—¿Dónde está mi Kiehl's Original Musk?

—¡En mi habitación! —exclama Coco con un grito ahogado—. Lo subiste el fin de semana pasado, ¿recuerdas?

Subo corriendo las escaleras del ático, entro en la habitación de Coco y busco el bote. Lo encuentro en la mesilla de noche y lo cojo, luego echo un vistazo a la papelería y veo una caja de prueba de embarazo vacía. ¿Eh? No tiene sentido. ¿Para qué iba a necesitar Coco una prueba de embarazo? Le conseguimos el Plan B... Si no le hubiera venido la regla, nos habría dicho algo, ¿no? Probablemente solo esté paranoica.

Tomo nota mental para hablar con ella acerca de eso mañana, bajo las escaleras de dos en dos y vuelvo a mi habitación.

—¿Qué tal estoy? —pregunto sin aliento.

—Perfecta —dice Angie.

—¡Un chico con un perro! ¡Un chico con un perro! —grita Julia desde la ventana—. ¡Esto no es un simulacro! ¡En marcha!

Ahogo un grito, me echo un rápido vistazo en el espejo mientras las chicas me ponen el brillo de labios y me ahuecan el pelo, algo completamente innecesario, y echo a correr hacia la puerta.

—¡Os quiero, chicas! —grito mientras bajo las escaleras.

—¡Nosotras también te queremos! —responde Madeleine.

Aterrizo en el vestíbulo con un golpe sordo y me tomo un momento para recuperar la compostura y el aliento.

Luego abro la puerta y salgo con toda tranquilidad, en el preciso momento en que Aidan y su perro, un precioso setter irlandés con un enorme hueso de goma en la boca, pasan por delante de nuestra puerta.

—Eh —digo con aire despreocupado.

Me mira y sonrío. Se le ilumina la cara.

—Anda, hola.

La calle está totalmente vacía, no hay ni coches ni peatones, pero todas las ventanas están iluminadas, lo que transmite una sensación de calma, acogedora, agradable.

Le sonrío y me invade una cálida sensación de... No sé cómo describirlo. De certeza. Me siento como si lo reconociera, como cuando te encuentras con alguien a quien conocías cuando eras muy joven y, años más tarde, su cara es exactamente como recordabas.

Bajo los escalones lentamente, con una sonrisa que aumenta a cada paso que doy.

Aidan también sonrío, y no rompemos el contacto visual en ningún momento.

Y cuando llego al final de los escalones sé lo que voy a hacer.

Me detengo justo delante de él y levanto la cabeza. Aidan aún sonrío, se inclina hacia mí... y nos besamos.

—¡Uuuh! —Oigo los gritos procedentes de la casa. Alzo la vista y veo a Julia, a Coco, a Madeleine y a Angie, que gritan desde la ventana abierta de mi dormitorio—. ¡Sí! ¡Uuuh!

Miro a Aidan y sonrío.

—Mis compañeras de piso.

—Me lo imaginaba. —Me devuelve la sonrisa—. Y este es Ziggy.

Miro a Ziggy, que espera sentado pacientemente y nos regala una sonrisa feliz y perruna. Le tiendo la mano para que me la huela y me la lame con afecto.

—Le gustas —asegura Aidan.

—A mí me gustas tú —contesto casi sin darme cuenta.

—A mí también me gustas tú —dice Aidan—. ¿Te apetecería dar un paseo por Brooklyn?

—Me encantaría.

Echamos a andar por Union Street, ajustando nuestro ritmo automáticamente. Tengo las manos en los bolsillos, pero al cabo de un par de pasos Aidan me tira del brazo y me coge la mano.

Y aquí viene lo más extraño de todo, me avergüenza reconocerlo: ir de la mano de Aidan me resulta... perfecto.

He encontrado mi hogar.



Agradecimientos

En primer lugar, gracias por leer este libro. Espero que lo hayas disfrutado.

Gracias a Jill Grinberg por entusiasmarse con esta idea y por hacerla realidad. Eres mi hada madrina. Gracias a Laura Longrigg por creer en mí desde el principio. También eres mi hada madrina. (Está claro que me ha tocado el premio gordo en lo que a hadas madrinas se refiere.)

Muchísimas, muchísimas, muchísimas gracias a Dan Weis's por correr el riesgo conmigo cuando dije: «Quiero escribir una serie sobre veinteañeras que sea como un cruce entre *El grupo*, *Lo mejor de la vida* y *El club de las canguro*, hum, aún tengo que acabar de perfilar los detalles». Y por su apoyo e inspiración constantes.

Gracias a Vicki Lame, una editora extraordinaria, por su brillantez, su sentido del humor, su entusiasmo y su amistad, y por hacer que el libro fuera más intenso, más ágil y mejor en todos los sentidos, y a Sarah Jae-Jones, por su ayuda y apoyo.

Gracias a Lucy Stille, porque le encantó el manuscrito y logró que volviera a enamorarme de él.

Gracias a Katelyn Detweiler, Kat Maher y Fiona Barrows, por ser unas lectoras emocionalmente perspicaces, sinceras y brillantes. (Y las futuras líderes de la industria editorial de Nueva York y Londres, por si alguien se lo pregunta.)

Gracias a Kirsty Richardson por ser la única que se interpuso entre el caos y yo cuando nació Errol; a Riikka Pirjala, por su increíble apoyo y amistad cuando nos trasladamos a Nueva York; y a Steve Clark, el mejor abogado de inmigración que ha existido jamás en todo el mundo.

Gracias también a Jim y a Tim, los chicos de las abejas; a toda la gente que tiene camiones de comida y que respondieron con gran paciencia, o no tanta, a mis preguntas y que pidieron permanecer en el anonimato (¡qué misteriosos son!); y a Val, por ayudarme a decidir cómo podían detener a Pia.

Gracias a Sasha Wagstaff por su amistad, consejo y sus ánimos. Eres mi alma gemela electrónica.

Gracias a mis sabios, cariñosos y divertidos padres por creer de verdad que soy la próxima Jane Austen.

Gracias a todas las lectoras que me escriben por correo electrónico y me dicen que son como yo. Eso espero, porque sois geniales.

Gracias a mis amigas, que me sirven de inspiración, en especial a las que me ayudaron a sobrevivir cuando cumplí la traicionera edad de veintidós años: Bee, Sarah, Alex, Amy, Caroline, Vicky, Ali, Penny, Sass, Kate, Catherine, Devi, Bennery, Lorraine, Laura, Lydia, Victoria, Susan, Daisy, Mariana, Tanya, Andrea y mi hermana Anika. Sois mis chicas. Y a Conor, Matt, Mike, Max, Chris, Hawk y Tim. También sois mis chicas.

Y gracias especialmente a Fox, mi amor, y a Errol, nuestro hijo. En palabras de Bryan Adams: «Todo lo que hago, lo hago por vosotros».

Fin

Escaneo y corrección del doc original:

Maquetación ePub: El ratón librero (tereftalico)

ADVERTENCIA

Este archivo es una corrección, a partir de otro encontrado en la red, para compartirlo con un grupo reducido de amigos, por medios privados. Si llega a tus manos DEBES SABER que NO DEBERÁS COLGARLO EN WEBS O REDES PÚBLICAS, NI HACER USO COMERCIAL DEL MISMO. Que una vez leído se considera caducado el préstamo del mismo y deberá ser destruido.

En caso de incumplimiento de dicha advertencia, derivamos cualquier responsabilidad o acción legal a quienes la incumplieran.

Queremos dejar bien claro que nuestra intención es favorecer a aquellas personas, de entre nuestros compañeros, que por diversos motivos: económicos, de situación geográfica o discapacidades físicas, no tienen acceso a la literatura, o a bibliotecas públicas. Pagamos religiosamente todos los cánones impuestos por derechos de autor de diferentes soportes. No obtenemos ningún beneficio económico ni directa ni indirectamente (a través de publicidad). Por ello, no consideramos que nuestro acto sea de piratería, ni la apoyamos en ningún caso. Además, realizamos la siguiente...

RECOMENDACIÓN

Si te ha gustado esta lectura, recuerda que un libro es siempre el mejor de los regalos. Recomiéndalo para su compra y recuérdalo cuando tengas que adquirir un obsequio.

Usando este buscador:

<http://www.recbib.es/book/buscadores>

encontrarás enlaces para comprar libros por internet, y podrás localizar las librerías más cercanas a tu domicilio.

Puedes buscar también este libro aquí, y localizarlo en la biblioteca pública más cercana a tu casa:

<http://libros.wf/BibliotecasNacionales>

AGRADECIMIENTO A ESCRITORES

Sin escritores no hay literatura. Recuerden que el mayor agradecimiento sobre esta lectura la debemos a los autores de los libros.

PETICIÓN

Libros digitales a precios razonables.

